CAMBRIDGE

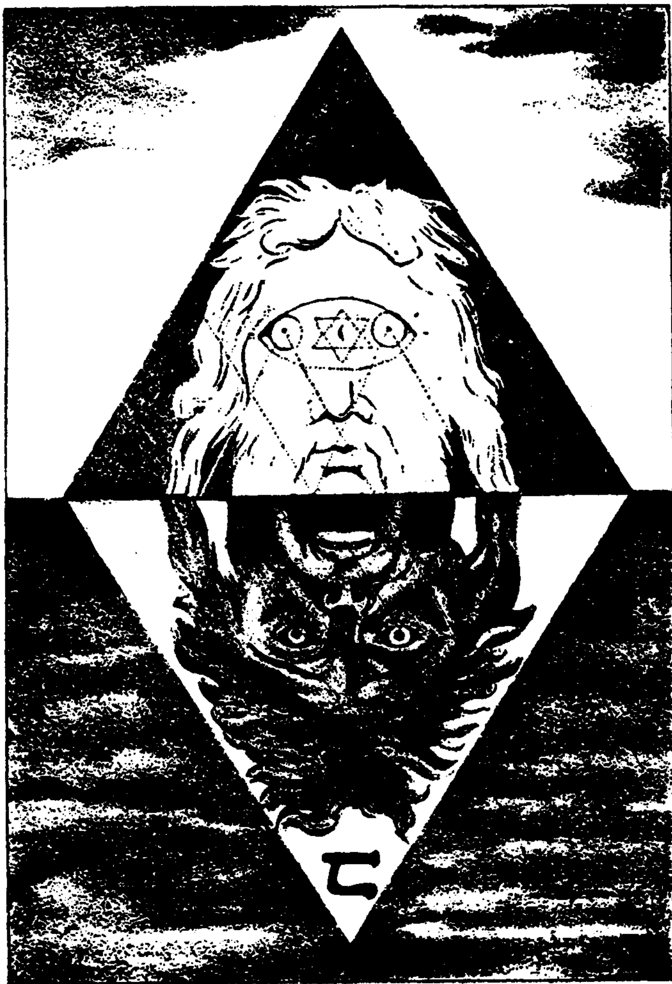
El mito del mago

E. M. Butler



El mito del mago

El mito del mago



La cabeza mágica del Zohar

El mito del mago

E. M. BUTLER

*

Edición española a cargo de Francisco Díez de Velasco
Traducción de Menchu Gutiérrez

Religiones y mitos
Serie dirigida por
Francisco Díez de Velasco


CAMBRIDGE
UNIVERSITY PRESS

PUBLICADO POR THE PRESS SYNDICATE OF THE UNIVERSITY OF CAMBRIDGE
The Pitt Building, Trumpington Street, Cambridge, United Kingdom

CAMBRIDGE UNIVERSITY PRESS
The Edinburgh Building, Cambridge CB2 2RU, UK
http://www.cup.cam.ac.uk
40 West 20th Street, New York, NY 10011-4211, USA http://www.cup.org
10 Stamford Road, Oakleigh, Melbourne 3166, Australia
Ruiz de Alarcón, 13, 28014 Madrid, España
Título original *The Myth of the Magus* (ISBN 0 521 43777 6)
publicado por Cambridge University Press 1948
Primera edición en rústica 1979
Primera edición en la colección *Canto* 1993
© Cambridge University Press 1948

Edición española como *El mito del mago*
Primera edición 1997
Traducción española © Cambridge University Press
Sucursal en España 1997
ISBN 84 8323 0151 rústica

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita
de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes,
la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio
o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,
y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler
o préstamo público.

Producción YELTES SOLUCIONES GRÁFICAS S.L.
Compuesto en *Joanna* 10 pt, en QuarkXPress™
Impreso en España por PRIMA GRÁFICAS S.L.
Depósito legal: M-32162-1997

Para R. G. B. y F. J. B.

Gustosamente hubiera aprendido las melodías de Orfeo,
de haber existido tales... *Apolonio de Tiana*

Índice

Ilustraciones

Prefacio

Qui s'excuse s'accuse; sin embargo, a la hora de enviar este volumen a la imprenta, no puedo evitar una breve explicación. Originalmente, este volumen había sido concebido como Parte I de un libro que ha quedado dividido en tres, y tiene difícil catalogación, siendo quizá demasiado pormenorizado para pasar por una mera exposición del lugar que Fausto ocupa en la historia de la magia, y, a buen seguro, demasiado superficial como compendio de un campo de atracción tan vasto. Los vacíos bibliográficos me han producido grandes quebraderos de cabeza, aunque ello no ha tenido ulteriores consecuencias; temerosa como estaba de caer en el abismo del conocimiento, perderme en él y no ser capaz de volver a salir para trabar combate con Fausto.

Es reconfortante dejar a un lado mis propias deficiencias y rendir tributo a quien se debe. En primer lugar y especialmente a los síndicos y oficiales de Cambridge University Press, por su constante amabilidad, simpatía, paciencia y ayuda. Debo mucho también a numerosos autores de tantos libros que resulta injusto nombrar uno solo. No obstante, debo hacer mención especial de Palmer y More y agradecerles su *The Sources of the Faust Tradition* (Las Fuentes de la Tradición Fáustica), una fascinante colección de saber popular sobre la magia y la figura de Fausto, hasta entonces sólo consultada por los eruditos y ahora presentada al público general de manera estimulante, concreta y comprensible, devolviendo así el conocimiento muerto a la vida. Tampoco puedo olvidarme de cómo tomé *The Hero* (El Héroe), de Lord Raglan, del puesto de periódicos de una estación y apenas me di cuenta –mientras lo devoraba– de que el tren expreso Leeds-Manchester llevaba tres horas de retraso. Si su admirable autor leyera alguna vez la introducción a este libro se daría

cuenta de que su brillante análisis del héroe literario subyace tras mi torpe tentativa.

Estoy en deuda personal y guardo un recuerdo imperecedero de los caminos que Jane Harrison me abrió en el pasado; sus libros continúan manteniendo viva su influencia en mí, aunque temo que el atrevimiento y la superficialidad del capítulo titulado "Los Sabios de Grecia" le hubieran hecho protestar enérgicamente, y que, de no ser por el amable consejo del señor Guthrie, autor de *Orpheus and Greek Religion* (Orfeo y la Religión Griega), la condena habría sido aún mayor. Asimismo, la parte dedicada a Zoroastro hubiera sido todavía menos satisfactoria de no ser por los conocimientos sobre el pensamiento oriental que debo a mi amistad con la Secretaria de la Pali-Text Society, la señorita Isaline Horner, quien, generosamente y a pesar de sus muchas ocupaciones, encontró el tiempo necesario para recopilar el índice de este libro, y con cuyos trabajos y conversaciones sobre el budismo he contraído una deuda intelectual incalculable.

Podría mencionar otros nombres, pero mis lectores entenderán que, aunque este volumen surgió de un impulso faustiano (el deseo de conocer lo que estaba más allá de mi alcance), no he invocado la ayuda del diablo y no estoy obligado a expresarle mi agradecimiento.

E.M. BUTLER

Cambridge

Introducción: orígenes

(a) EL HÉROE RITUAL

El gran presente que esta era supercientífica ha hecho a las humanidades ha sido arrojar luz sobre esas fortalezas gemelas que son el arte y la religión por medio de la investigación arqueológica y los descubrimientos antropológicos. Casi borrados en el pasado por la profusión de complejas costumbres y creencias, los rasgos estructurales de este imponente edificio son ahora, al menos, débilmente perceptibles, y ciertas formas estéticas y religiosas tradicionales adquieren un valor más significativo. El asombro cede lentamente a la comprensión de los orígenes y del desarrollo de la vida espiritual del hombre. Sin duda, el principio fundamental no es la simplicidad y, sin embargo, la uniformidad está presente. Estudiar las religiones del mundo es como vagar a través de un vasto bosque de higueras de Indias, cuyo originario tronco mitológico, enraizado en el ritual, no se desvelaría fácilmente en la jungla prehistórica en la que nació, esa tierra en que crecen todas nuestras bulliciosas religiones y los productos de nuestra imaginación poética. Su resultado es de una abrumadora complejidad; raíces, troncos y ramas están entrelazados inextricablemente y resultan indiferenciables unos de otros, mientras se abren paso hacia arriba, hacia abajo, hacia los lados, hacia la tierra y hacia el cielo. Pero el proceso que subyace detrás de toda esta rica y fantástica fertilidad sigue siendo esencialmente el mismo. La extrema vitalidad, la increíble exuberancia, el infinito número de variaciones y alteraciones de la norma, todos ellos surgen, como en un bosque de higueras de Indias, de un impulso invariable e infinito, un rítmico *perpetuum mobile*: un levantarse, caer y levantarse de nuevo en el seno de la naturaleza a través del nacimiento, la vida, la muerte y la resurrección; ciclo imitado en el ritual y en el arte.

La intensa, si bien vacilante, luz arrojada sobre este aspecto del comportamiento humano por los pioneros de ayer –inspiradores de los eruditos de hoy– cubre ahora un campo paralelo a la superficie de la tierra; y entre los fenómenos que han resultado de tales investigaciones, el más interesante y comprensible también, es el de la magia, acertadamente definida por un antropólogo contemporáneo como "la influencia más importante en la conducta humana que el mundo ha conocido".[1] Esta definición, preferible a otras más estrictas –algunas de las cuales limitarían la magia a una "pseudo-ciencia", un "presunto arte" o una "religión degradada"– es la actitud que me ha parecido más fructífera desde la que abordar el estudio que expondré a continuación. Dicho estudio comenzó con un intento por situar el Fausto del siglo XVI en la corriente principal de la tradición mágica, lo cual me condujo por derroteros muy alejados de la idea original. Pues apenas había rebasado los márgenes de la investigación cuando me di cuenta de que todos los predecesores de Fausto, así como sus sucesores o el mismo Fausto, eran esencialmente una misma persona bajo diversos nombres y máscaras. Fundadores y maestros de la religión; dioses-redentores sacrificados; rebeldes y mártires; santos y pecadores; sacerdotes de ritos secretos y ocultistas; prestidigitadores, charlatanes y curanderos; todos se conducían de igual manera y sus vidas se regían según un mismo patrón. No hacía falta un Salomón en la era post-frazeriana para deducir un origen ritual en tales circunstancias. Los hechos parecen demostrar que el legendario mago viene de aquel héroe oscuro y distante, que, como rey, dios o sacerdote, murió para renacer en ritos de la realeza o de las estaciones; y que, aunque éste se convirtiera de forma gradual en una criatura separada y encerrada en el círculo mágico, fue en su origen uno de los innumerables dioses mortales que encontramos repartidos por todo el mundo. Sin duda, un análisis de la leyenda del mago sitúa esta opinión más allá de toda duda razonable. En su forma más desarrollada, cuenta con diez elementos

[1] *Jocasta's Crime*, Lord Raglan, Thinker's Library, Londres 1940, pág. 73.

característicos; y, si bien no se encuentran siempre de forma simultánea, ni tienen el mismo valor, todos ellos resultan interesantes.

1 *Origen sobrenatural o misterioso del héroe.* Este podía ser divino como sucede con los semidioses o héroes de la mitología griega; o real, lo cual originariamente significaba lo mismo. Un origen en ocasiones diabólico y, con frecuencia, también, de naturaleza extraña o misteriosa.

2 *Sucesos prodigiosos en el momento de su nacimiento*, que avalan la naturaleza sobrenatural del héroe. La leyenda de los sucesos que rodearon el nacimiento de Mahoma constituye un ejemplo clásico de este elemento: el cielo y la tierra temblaron y (entre otros prodigios) todos los ídolos del mundo cayeron por tierra.

3 *Peligros que amenazan su infancia*, y que provienen de fuerzas o poderes del maligno. La historia de Krishna, rescatado de la perversa trama de su tío materno Kansa, ofrece un buen ejemplo de los muchos peligros que supuestamente amenazan a magos y sabios en el momento de su nacimiento.

Más que ritualistas, estos tres elementos son de carácter épico. Su obvio propósito es enfatizar la naturaleza divina del héroe, la cual es asumida por el ritual.

4 Casi siempre se describe *algún tipo de iniciación*. Este elemento puede inscribirse en los misterios del culto a punto de ser instaurado, o en una sabiduría oculta o diabólica. Se trata de un período de aprendizaje, modelado en base a ceremonias de iniciación. Las penitencias y, a menudo, también, las tentaciones hacen su aparición en este período que viene precedido, se acompaña o se sigue de

5 *Largas peregrinaciones*. Algunas veces para buscar la sabiduría; otras, para extenderla. El viaje puede ser sobrenatural e incluir un descenso a los infiernos y una ascensión a los cielos. Esto puede suceder bien a la mitad o al final de la vida del héroe. A veces, se produce en ambos momentos. Las leyendas de los chamanes tártaros están llenas de relatos sobre estos viajes a los cielos y a los infiernos.

6 *Un duelo mágico*. Es éste uno de los rasgos principales y constantes de la vida de todos los magos, ya sean legendarios o reales. Derivado del ritual, está asimismo enraizado en la realidad y constituye el punto donde confluyen vida y leyenda. Tales duelos son muy frecuentes en los escritos brahmánicos. Un revelador ejemplo del origen ritual es la dramática derrota sufrida por los profetas de Baal ante la fuerza de Eliseo.

7 *Un juicio o persecución*. Este puede suceder al duelo e invertir las posiciones. El héroe vence en el duelo mágico, pero es casi siempre condenado en el juicio, lo cual generalmente acarrea un destino fatal.

8 Es frecuente, si bien no imperativo, el desarrollo de *una escena final* en el marco de la naturaleza. Ésta puede ser de carácter sacrificial o sacramental. Puede representar una despedida solemne y profética. También puede adoptar la forma de la confesión y el arrepentimiento. Esta última, poco común en la antigüedad, se hizo muy frecuente en el medievo como consecuencia de la Última Cena.

9 *Una muerte violenta o misteriosa*. El desmembramiento de Orfeo ofrece un buen ejemplo de este primer tipo de muerte, que se deriva del ritual clásico del dios mortal. Lo que podría llamarse el mito del dios enseñante favoreció la idea de una desaparición misteriosa, acompañada de relatos contradictorios; encontramos un ejemplo en las leyendas sobre Empédocles. Muy pocos magos señalados han muerto de muerte natural, ni en la leyenda ni en la realidad. Su desaparición puede ir sucedida por un descenso al Hades (ver 5), y casi siempre tiene por resultado

10 *Una resurrección y/o ascensión*. Esta última, mucho más rara, encuentra su representación en la ascensión de Elías, en la literatura hebrea, y de Edipo, en el drama griego. Sufriendo alteraciones en su forma, ambas han sobrevivido hasta nuestros días.

Este es, en esencia, el mito del mago. Más adelante, veremos que se trata de una elaboración del ritual regio, cuyo origen, según Hocart, se

encuentra en la muerte del héroe y su renacimiento como dios. Asimismo, el mito encuentra un paralelismo con los rasgos característicos de la tragedia griega señalados por Gilbert Murray; el *pathos* del démon del año, que comportaba un *agon* o duelo, un *pathos* o muerte sacrificial violenta, y una *teofanía*, resurrección o apoteosis. Acontecimientos muy parecidos tenían lugar en los ritos reales de Egipto, Mesopotamia y Palestina, según Hooke:

> Este patrón consistía en un ritual dramático que representaba la muerte y resurrección del rey –también dios–, y era llevado a cabo por sacerdotes y miembros de la familia real. Dicho ritual comprendía un combate sagrado, en el cual se representaba la victoria del dios sobre sus enemigos; una procesión triunfal en la cual tomaban parte los dioses vecinos; una entronación, ceremonia por medio de la que se determinaban los destinos del estado para el año venidero, y un matrimonio sagrado.[1]

Hocart también menciona el matrimonio sagrado que tenía lugar en ceremonias de coronación; si bien esta característica sólo aparece en el mito del mago de forma débil y esporádica, siendo una versión especializada del mito del héroe, desarrollada a partir del ritual regio. Las mujeres no están completamente ausentes de los relatos legendarios sobre los magos; pero, en general, juegan un papel más pequeño y atrofiado. Los magos orientales eran supuestamente célibes, hecho que pudo afectar la tradición; no obstante, el mismo Zoroastro se casó en tres ocasiones; Salomón tuvo setecientas mujeres; Simón el Mago cohabitó con Helena, como también hizo Johannes Fausto. En conjunto, sin embargo, el aspecto amoroso no juega un papel importante en la vida de los magos, quienes tenían intereses más urgentes que atender. Si bien el modelo original se vio ricamente adornado con sucesos de naturaleza épica y estética, al margen de los extraños vuelos imaginativos o de

[1] *The Labyrinth*, ed. Hooke, Londres 1935, pág. v.

las libertades románticas adoptadas, el amor, excepto en uno o dos casos, no tuvo una importancia trascendental en el mundo del mago.

(b) EL MÉDICO PROFESIONAL

Si la trayectoria vital del mago legendario continuó el ritual precedente, las proezas que se le atribuyen se derivan de las funciones del curandero, brujo o hechicero, cuya rutina diaria y tarea habitual era obrar en beneficio de la tribu o de la comunidad por medio de hechizos, conjuros, encantamientos y otros actos de magia favorable, imitativa, propiciatoria o coercitiva; operaciones vitales y aparentemente milagrosas cuyo poder vivificante quedaba simbolizado y concentrado en los grandes ritos periódicos, estacionales o similares. Su oficio a menudo comportaba la ejecución de tales ceremonias, bien como héroe o sacerdote, pero también abrazaba otras actividades; y, en ausencia de grandes ritos comunales, entrañaba otras actuaciones de carácter semipúblico o privado. Las hazañas atribuidas a sus legendarios sucesores entran en dos categorías. En un primer grupo se encuentran una serie de maravillas, meras manifestaciones de poder desprovistas de origen virtual. A éste pertenecen la levitación y los prodigios voladores, la asunción de formas animales o el encantamiento de otros bajo estas formas, y el manto de la invisibilidad. Probablemente todas ellas provienen del ritual. La levitación y el vuelo son a menudo reminiscencias de la ascensión o la apoteosis. Muchas ceremonias iniciáticas simbolizan el paso de un estado a otro por medio de la asunción de máscaras o pieles de animales, especialmente allí donde prevalece el sistema totémico. Según Jane Harrison, éstas simbolizan la invisibilidad:

> El rito de la desaparición y la reaparición es tan común en la iniciación como la muerte simulada y la resurrección... Ambos son ritos de transición, de paso de un estado a otro.[1]

[1] Jane Harrison, *Ancient Art and Ritual*, Londres 1918, pág. 111.

Estas maravillas ritualistas, algunas de las más sensacionales del catálogo mágico, han sido por tanto separadas de la trayectoria vital y utilizadas con fines exhibicionistas. Pero la mayor parte de los milagros proceden de las funciones virtuales del curandero o hechicero, cuyo deber principal consistía en asegurar la prosperidad de la tribu, clan o sociedad a la que pertenecía, o la de aquellos a quienes estuviese vinculado.

Para cumplir una tarea tan onerosa con éxito, un mago profesional debe poseer, en primer lugar y como requisito básico, un grado nada desdeñable de poder sobre las mentes del resto de los hombres. De estos profesionales cabría esperar una reconocida superioridad, ya sea de índole intelectual, espiritual o personal, superioridad que realmente se encuentra entre los chamanes de Siberia o los brujos africanos. Utilizando el término en boga, éstos tienen más *mana* que el común de las gentes. Este poder innato se ve en gran medida acrecentado por la extendida creencia en su existencia, aunque llega a ser sentido hasta por el incrédulo y en algunos casos se impone por medio de manifestaciones extraordinarias. Supuesto este don esencial, el siguiente no podría dejar de estar presente. Los poderes medicinales de los magos quedan simbolizados en los nombres de brujo y curandero. Este poder para curar o hacer daño –especialmente este último ejercido con frecuencia a distancia– se apoya en ceremonias dirigidas a la mente del paciente. Algunas veces, aunque no siempre, específicos y antídotos refuerzan dichas ceremonias, en las cuales la magia simpática y las drogas medicinalmente efectivas se utilizan de forma aislada o combinada. Tales métodos producen extraordinarias curas y enfermedades extraordinarias, especialmente cuando ambos –el doctor y el paciente o víctima– están firmemente persuadidos de su eficacia. La forma en que el poder de hacer daño se extiende al poder de matar, por medio del envenenamiento de la mente o del cuerpo, o por una mezcla de los dos, es demasiado obvia y fácil de entender y no necesita mayor comentario. Pero el proclamado poder para devolver la vida a los muertos no es tan fácilmente aceptable. Este poder, sin embargo, ha sido mencionado una y otra vez. Elías resucitó al hijo de la viuda; Empédocles manifestó enfáticamente que poseía este poder; Cagliostro fue injuriosamente acusado de haber-

lo intentado en Rusia, haber fracasado y sustituido fraudulentamente a un niño vivo por uno muerto. La posibilidad de tal milagro era todavía aceptada en el siglo XVIII, y se cree que los chamanes y chamanas de hoy en día aún llevan a cabo esta operación en numerosas ocasiones. Esta fuerte tradición puede ser reminiscencia de la resurrección ritual del héroe-rey; pero, al margen de su origen, es frecuente encontrarla entre las proezas desarrolladas por el mago legendario.

Ejercer un poder sobre la vida y la muerte debía asegurar respeto, pero el control de la naturaleza era aún más vital para la comunidad en su conjunto. El poder con que Josué controlaba el curso de la luna y el sol, y la facultad de dominar el viento que decían poseer las brujas, son reflejo de la creencia primitiva según la cual la principal tarea del rey, sacerdote o mago era asegurar el alimento de la tribu fomentando la fertilidad del hombre, de los animales y de las cosechas. Esta era la principal finalidad de los ritos de las estaciones, de los reyes y de la creación. No obstante, crear una magia apropiada para las necesidades de cada ocasión, especialmente en tiempos de crisis, se convirtió en tarea del mago profesional. Los peligros que este oficio comportaba quedan vivamente ilustrados en el trágico final que encontraron los profetas de Baal tras fracasar en su intento de provocar la lluvia. Uno se pregunta cuántos reyes y sacerdotes desafortunados seguirían el mismo camino. Por otra parte, la creencia en un control mágico del clima nunca ha muerto del todo. Las leyes de la estadística testimonian un gran porcentaje de ceremonias culminadas con el éxito. Asimismo, el fracaso puede atribuirse a la cólera del dios, a la maldad de los hombres o a algún error en la ejecución del rito. Por otra parte, la observación acumulada, transmitida a través del folclore tradicional, podía al menos ayudar al practicante a determinar los períodos de lluvias y crecidas más plausibles, así como los momentos más favorables para la siembra y la siega. Nos cuesta dejar de suponer que sus poderes de observación de los fenómenos naturales no jugaran un importante papel en el oficio que había sido llamado a desempeñar.

Creer que una mayor conciencia general de las condiciones externas y de las interrelaciones venía en su ayuda y aceleraba su inspiración cuando ejercitaba sus poderes mánticos resulta dudoso. Pero, al menos, parece plau-

sible que el don profético se desarrollase a un nivel social menos primitivo que el de provocar la lluvia. Una vez adquirido, sin embargo, éste tenía una importancia capital. El conocimiento del futuro o de acontecimientos lejanos es sin duda útil. Si tengo conocimiento de que mi enemigo está en camino para atacarme, puedo armarme para la lucha. Es un paso muy pequeño el que separa la adopción de medidas precautorias con el cumplimiento de una profecía, como puede verse en *Macbeth*. Es fácil deducir que el conocimiento del futuro va acompañado del control del poder. Por todas estas razones y por otras de tipo menos definible y más espiritual, el arte mántico ha vivido un proceso de desarrollo que, por su variedad, complejidad, elaboración y, a menudo, oscuridad, no tiene parangón entre las prácticas mágicas, y difícilmente encuentra paralelismo en el mundo del espíritu. Enumerar, menos aún describir, sus múltiples y desconcertantes ramas es una tarea que excede la tarea impuesta a este estudio; no obstante, independientemente del método empleado, los ritos religiosos preliminares están casi siempre presentes y abarcan desde los ceremoniales ricamente ornamentados hasta la charla profesional. Aun cuando el vidente trabaja por medio de la inspiración y no de la interpretación, el formalismo juega un papel determinante. Desde el sacerdote que escudriña las entrañas de la víctima sacrificial en el altar, pasando por los modernos intérpretes de los sueños, hasta el adivino de feria; desde el más sublime de los profetas al último de los medicastros, nadie que posea o diga poseer el don de la adivinación carecerá de un poder ulterior del tipo que sea. La oniromancia y la astrología florecen aún hoy en día y ocupan también un lugar relevante en la leyenda; mientras la nigromancia, dependiente de la quinta función más importante del mago –el control del espíritu–, es una figura siempre recurrente.

El control del espíritu probablemente tenga su origen en los intentos de entrar en comunicación con los espíritus de los muertos, una de las formas de adoración ancestral. Éste estaba vinculado al deseo siempre presente de prosperidad tribal. Tenía por finalidad ahuyentar al maligno o ganar el favor de los muertos por medios mágicos; buenas cosechas, la victoria en la lucha, la prevención de plagas y otros desastres, y, también, adquirir conocimiento del futuro o de acontecimientos lejanos. Este último era el

principal propósito de la nigromancia propiamente dicha, siendo la adivinación por medio de los muertos el más oscuro y siniestro de los ritos mágicos, un rito ominoso por su misma naturaleza, y del cual sirva como ejemplo el de la hechicera de Endor convocando a Samuel para predecir el resultado de la inminente batalla contra Saúl. El método, propiciatorio o amenazador, era ejecutado a través de solemnes y, a menudo, terroríficas ceremonias, que aún hoy se practican, si bien de manera no tan impresionante, por los espiritistas. Parece más que probable que el control del espíritu en su sentido más preciso –la comunicación con seres sobrenaturales– derivaba de la nigromancia; sea como fuere, han sido innumerables los magos que han practicado este arte esotérico, y, cuando el contacto se ha producido o ha dicho producirse, éstos han atribuido los prodigios, milagros y poderes adivinatorios a los espíritus que les guiaban u obedecían sus órdenes. Estos seres, como las sombras de los muertos, son invocados por medio de ritos sacrificiales o de otras clases y propiciados por las oraciones. En la magia negra, los ritos son principalmente de naturaleza amenazadora, y son precedidos, en su variedad cristiana, de rezos propiciatorios y ceremonias dirigidas a la Trinidad con el objeto de asegurarse una ayuda divina antes de convocar a los espíritus elementales o diabólicos.

En el segundo grupo, los mitos de Prometeo y de Deucalion y Pirra señalan otra clase de poder, manifestado en ritos de creación. Este poder estaba en posesión de algunos grandes dioses y héroes, y, por tanto, también de los magos. No parece tener excesiva importancia entre los magos antiguos, pero es una de las mayores ambiciones de los hechiceros de la Edad Media. Éste lleva las funciones de los magos –en las cuales se basan los prodigios de sus legendarios representantes– a una meta; ya que la consecución de un tesoro, como la victoria en una batalla, pertenece al catálogo general de la prosperidad de la tribu.

Resulta fácilmente aceptable que un mago que pudiera llevar a cabo estas funciones, o persuadir a la comunidad de que lo hacía, jugara un papel muy importante en cualquier sociedad: curar a los enfermos, resucitar a los muertos, asegurar la producción de alimento, fomentar la fertilidad en general, favorecer la caza y la pesca, procurar la victoria en las batallas; esta-

blecer buenas y provechosas relaciones con los espíritus de los muertos, demonios y deidades, cuyo poder era oscuramente sentido; y, además, predecir los acontecimientos futuros. El antiguo testamento nos muestra a los sacerdotes y profetas hebreos desarrollando estas tareas a placer; y Empédocles, en uno de sus *Fragmentos*, nos ofrece un extenso, si bien concentrado, relato de los poderes atribuidos a los prodigiosos sabios de su tiempo:

> Siguiendo mis instrucciones aprenderás qué medicinas son las apropiadas para curar distintas enfermedades y reanimar a los viejos; podrás calmar los salvajes vientos que arrasan los cultivos de los campesinos y, cuando lo desees, llamar de nuevo a la tormenta; harás que los cielos se mantengan serenos y en calma, o, de nuevo, atraerás las refrescantes lluvias que vivifican los frutos de la tierra; aún más, recuperarás el perdido vigor del hombre muerto, cuando éste se haya convertido en víctima de Plutón... Soy reverenciado por hombres y mujeres que preguntan por el camino que conduce a la riqueza ilimitada, que buscan el don de la profecía...[1]

Empédocles no menciona el contacto o el control sobre el mundo del espíritu. Creyéndose a sí mismo uno de los inmortales, probablemente pensaba que esta mención era innecesaria. Por otra parte, dominaba todas las prácticas de la magia. Este pasaje explica con bastante detalle cómo el mago

[1] Citado en la *Encyclopaedia of Religion and Ethics*, en el capítulo titulado "Empedocles". [N. del Ed.: Corresponde al fragmento 31 B111, Diels/Kranz. A pesar de referirse la autora a ediciones de textos en muchos casos superadas (especialmente en lo que respecta a obras orientales y autores clásicos), se ha preferido mantener el aparato de citas original aun cuando al lector pueda resultarle provechoso cotejar ediciones (y especialmente traducciones al español, por ejemplo las de la Biblioteca clásica Gredos para los clásicos), más al día. Hay que tener en cuenta que el modo de cita de los textos clásicos, bíblicos, y orientales de la autora no se aviene a las normas tenidas por correctas por los especialistas; como explica en la página 13, su formación en la mayoría de los campos de los que trata este libro no era la de una especialista; el indudable valor de esta obra no reside en la erudición sino en el modo de exponer los argumentos (aunque puntualmente algunos puedan parecer obsoletos en la actualidad). Retocar todo el aparato de citas quizá hubiera desvirtuado el trabajo y emplear ediciones más al día hubiera modificado unos textos que la autora emplea en su argumentación en esas versiones específicas].

que bendice las cosechas puede también arruinarlas, cómo es artífice de la calma y de la tormenta. El peligro que emana de estos practicantes ha sido siempre conocido; un peligro que se encuentra en su propia naturaleza, sobreviene de la venganza –humana, diabólica o divina– y queda reflejado una y otra vez en la historia y en la leyenda. Si el héroe de tantos ritos tenía que morir por la sociedad, la carne y la sangre del mago encontraron a menudo la muerte por razones similares; aunque, a diferencia del dios sacrificado, en su caso se pensaba que cargaba la culpa de un crimen social o de un pecado espiritual. Las intenciones malignas y la magia practicada con fines personales o privados alteraron la fisonomía del practicante, si bien no aminoraron sus presuntos poderes ni el temor con el que éstos eran observados. Es también evidente que, en el caso de que existiera enemistad entre dos tribus, el "mago blanco" de una sería considerado "mago negro"[1] por la otra. El sentido común también nos dice que los poderes absolutos, que se creía ostentaban, debían de corromperles, igual que cualquier pretensión fraudulenta de poseer estos dones les degradaría inevitablemente.

Las funciones extremadamente prácticas que el mago tribal era llamado a desempeñar, orientadas en general a asegurar el alimento, se encuentran muy dispersas en las leyendas, donde figuran como prodigios milagrosos o fenómenos sobrenaturales, a menudo completamente desvinculados de su origen utilitario. La estética juega un importante papel en estos casos, en los que se describen maravillas que se desligan o ignoran la base prosaica sobre la que fueron construidas. Milagros o, con menos frecuencia, ciertos vuelos imaginativos se añadieron profusamente a estos textos –*disjecta membra* de los ritos– separados del contexto original. La importancia social del mago profesional quedó oculta bajo un torrente de fantásticos prodigios que se convirtieron en objeto y finalidad en sí mismos. Aún más, estos prodigios adquirieron tal relevancia en las leyendas que terminaron por borrar su estructura originaria. E incluso cuando el mito comenzó a moldear las vidas de los grandes sabios religiosos, sus obras legendarias crecieron como

[1] "Mago blanco", que practica la magia blanca; "mago negro", que practica la magia negra. (*N. de la T.*)

cizaña entre sus palabras y desviaron la atención de lo moral a lo maravilloso. No obstante, detrás de todos los héroes míticos e históricos de la magia se encuentra el espectro de una víctima-actor, que ejecuta o padece un acto sacrificial, y la sombra de un auténtico curandero que evoca la lluvia.

Esta figura en la que se combinan una fulgurante ascensión, una degradante caída y una suerte de recuperación parcial posterior; esta posición siempre ambigua que el mago ocupó en la sociedad y su extraña aura –radiante a veces y otras tenebrosa– que confunde la mente, todo ello constituye el tema que ilustra las vidas y leyendas, o las vidas legendarias de los veinte singulares héroes de este libro. En esta ligera y superficial contribución a la historia de las ideas, me he mantenido lo más alejada posible del nivel legendario, basándome más en las concepciones y creencias más extendidas que en los datos históricos. No he alcanzado las profundidades de la erudición ni he escalado las altas cumbres de la filosofía y de la religión. Si bien, naturalmente, el valor de la literatura ha jugado un importante papel en el presente volumen, he reservado el desarrollo del proceso creador de mitos en la literatura para un futuro estudio. Como consecuencia de esta decisión y de mis propias limitaciones y deficiencias, *El mito del mago* resultará poco profundo e insuficiente para todos aquellos especialistas cuyos campos de estudio he tocado aquí tan someramente. No soy una orientalista, tampoco una especialista del hebreo; no soy una experta en lenguas clásicas, ni una medievalista; no soy arqueóloga, ni antropóloga; no soy teóloga ni tampoco historiadora. Ni siquiera soy maga. Debo incluso decir que, si consideramos el gran número de leyendas que existen sobre ellos, mi aportación a la historia de los magos y comerciantes de la magia es muy pequeña. Existen bibliotecas enteras sobre algunos, numerosos volúmenes sobre otros y libros sobre casi todos ellos. El presente libro consigue al menos mostrar cómo la concepción de la magia ha estado tradicionalmente unida a algunos personajes muy famosos, siendo las vicisitudes de la tradición anterior y posterior a Fausto las que he intentado trazar aquí; observando, por así decirlo, la espuma de la cresta de las olas, más que las olas mismas o, aún menos, las profundidades del mar.

Si bien he intentado evitarlo en la medida de lo posible, en ocasiones ha sido prácticamente imposible no verme envuelta en especulaciones acerca de la base hipotética sobre la cual descansaría la realidad objetiva de esas propiedades sobrenaturales de algunos magos, proclamadas por ellos mismos o por otros. La naturaleza de la evidencia –cuando la evidencia existe– carece de valor desde un punto de vista crítico. Los testigos hostiles así como los testigos favorables carecen de objetividad, y es realmente difícil encontrar observadores desapasionados. Lecky afirmaba acertadamente que cuando se trata de fenómenos sobrenaturales, la humanidad cree contra toda evidencia o deja de creer a pesar de ella, pero nunca en razón de la evidencia. Por mi parte, aunque debo confesar que mi sistema no ha funcionado como un "ábrete sésamo" para la cueva mágica, he intentado adoptar una postura abierta ante cada uno de los magos que he estudiado individualmente, si bien mi principal preocupación ha sido valorar su influencia particular en el desarrollo de la tradición. Cuando se trata de investigar sobre la brujería, la magia, o su gran pariente, la religión, la única base verdaderamente sólida sobre la que nos movemos es su tenaz e inamovible presencia en la mente de los hombres. Es ahí donde han probado tener un innegable poder, y es éste el criterio en el que he basado mi trabajo de selección. Muchos casos han sido excluidos por falta de espacio; si bien, todos los que han sido objeto de consideración ejercieron sobre sus contemporáneos o sobre la posteridad –en la vida, la leyenda o la literatura– esa misteriosa fascinación que constituye su principal prerrogativa.

Parte I

La edad de oro

*

I
Los sabios de Oriente

(a) LOS MAGOS

Según algunas autoridades, los magos medos eran ya conocidos, mucho antes de Zoroastro, como una casta mágico-sacerdotal, una de las seis tribus medas mencionadas por Heródoto (484-406 a.C.). El término "magia" deriva de esta raza de hombres, aunque su etimología es discutible y oscura. Utilizada por los griegos, no obstante, la *magia* nombraba originalmente la religión, el saber y las prácticas ocultas de los magos orientales, y nuestra principal fuente de conocimiento de estos misteriosos hombres es el príncipe de todos los historiadores, el mismo Heródoto. Los hechos a los que hace alusión son escasos, pero singularmente reveladores, ya que se produjeron en y están relacionados con la edad de oro de la magia. Se trataba de la era de los sueños proféticos simbólicos; y cuando Astiages, fatalmente predestinado a ser el último rey de los medos, soñó que podría sobrevenirle un mal y que ese peligro estaba relacionado con su hija Mandane, se apresuró a consultar a los magos. Éstos le confirmaron que los temores suscitados por su sueño eran fundados y que existía una amenaza para su reinado, la cual trató de evitar casando a Mandane con un hombre persa, tranquilo e insignificante, pero de alta cuna, llamado Cambises, a quien consideraba muy por debajo de un medo de clase media. Sin embargo, el destino fatal se acercaba sigilosamente, y el rey volvió a consultar a los magos acerca de un nuevo sueño, aún más ominoso, sobre el fruto del vientre de Mandane. Éstos confirmaron los temores del rey: el niño no nacido estaba destinado a reinar en su lugar. A este suceso siguió una serie de acontecimientos sofócleos. En vez de ser sacrificado, según las órdenes de Astiages, el niño, Ciro, fue ocultado y llevado secretamente a un pastor que vivía en un lugar lejano. Pero la sangre se impuso. El niño

fue elegido rey entre sus compañeros de juego, y sus cualidades llegaron a oídos de Astiages, el cual supo inmediatamente quién era. Su venganza sobre el criado desobediente fue terrible; no obstante, cuando se dirigió de nuevo a los magos y les dijo lo que había pasado, lo hizo con una mezcla de preocupación y orgullo hacia su nieto.

> Los magos dijeron: "Si el niño todavía vive y ya se ha convertido en rey, sin ninguna premeditación no te preocupes por él y ten ánimo; porque no será rey una segunda vez; ya se ha dado el caso que alguno de nuestros oráculos sólo haya tenido escasas consecuencias, puesto que lo que tiene que ver con los sueños a menudo se cumple sólo en parte al final". Astiages habló entonces en estos términos: "También yo ¡oh, magos! me inclino a pensar de la misma manera, es decir, creo que si el niño ha sido nombrado rey, el sueño se ha cumplido y ya no representa ningún peligro para mí. No obstante, os pido vuestro consejo, ya que debo considerar la seguridad de mi casa y la vuestra". En respuesta a sus palabras, los magos dijeron: "También para nosotros ¡oh, rey! es asunto de gran trascendencia que tu gobierno se mantenga firme, pues de otro modo caería en manos de extranjeros, próximos a este niño, que es persa; siendo medos, nosotros nos convertiríamos en esclavos y nuestra opinión no tendría ningún valor para los persas, que nos mirarían como a personas de otra raza. Sin embargo, mientras tú –una persona de nuestra propia nación– te mantengas en el poder, compartiremos tu gobierno y recibiremos grandes honores de ti. Es por ello por lo que debemos cuidar de ti y de tu gobierno con extrema precaución. Si viéramos algún motivo de temor, te lo comunicaríamos inmediatamente; sin embargo, como el significado del sueño ha resultado ser un asunto baladí, nos sentimos aliviados y te exhortamos a que compartas nuestra tranquilidad. En cuanto al niño, envíalo de vuelta junto a los persas y con sus padres".[1]

[1] Heródoto I, 120. Siguiendo la traducción de Macaulay.

Desgraciadamente para ellos, esta interpretación humana resultó ser falsa. Ciro se levantó contra su abuelo y le destronó en el año 550 a.C. Astiages mandó empalar a aquellos magos que le habían persuadido o, mejor, que habían estado de acuerdo con él en respetar la vida de Ciro; y este último sometió a los medos fundando el Imperio Persa. Durante el reinado de su hijo Cambises (529-522 a.C.), sin embargo, los magos llevaron a cabo un atrevido y engañoso plan para hacerse de nuevo con el poder. Uno de ellos, Paticites, había sido nombrado gobernador durante la ausencia de Cambises en Egipto; lo cual sugiere que la casta aún conservaba gran parte de su antiguo prestigio. Este virrey sabía el secreto del asesinato del hermano del rey, Esmerdis, por mandato real, y también que este acto criminal, impulsado por el miedo a la usurpación, había sido silenciado. Paticites concibió el osado plan de proclamar que el mago Gaumata, quien guardaba un parecido con Esmerdis, era el hermano de Cambises, y lo sentó en el trono. La intriga funcionó durante un tiempo, y se tomaron muchas precauciones para mantener a Gaumata en la sombra. En un principio, cuando Cambises oyó lo que había sucedido, creyó que Esmerdis no había sido asesinado; sin embargo, confirmada la noticia por el verdugo, descubrió el engaño y se dirigía a desenmascarar al falso Esmerdis cuando sufrió un fatal accidente y murió, no sin antes haber puesto los hechos en conocimiento de algunos nobles persas y haberles encargado a restablecer su dominio sobre los medos. No obstante, se produjo una enorme confusión cuando, tras la muerte de Cambises, el asesino declaró que no había matado a Esmerdis, una acción que ahora temía reconocer; y, así, Gaumata disfrutó de un pacífico gobierno durante siete meses:

> ...y, durante este período, adoptó decisiones que tuvieron repercusiones muy favorables para todos sus súbditos; de forma que, a su muerte, todos los habitantes de Asia, excepto los persas, lamentaron su pérdida: siendo así que el mago envió mensajeros a todas las naciones que se encontra-

ban bajo su dominio, y proclamó la libertad de la práctica del servicio militar y la exención de tributos durante tres años.[1]

Sin duda, estas medidas contenían una gran dosis de habilidad política, y retratan esa sabiduría y ese sentido práctico que favorecen la paz y la prosperidad; pues, incluso los magos más reprensibles han dado generalmente muestras de una mejor comprensión de los elementos que constituyen la felicidad humana, que la de la mayor parte de los gobernantes y conquistadores. Es también cierto, sin embargo, que el fraude envilecía demasiado a menudo sus acciones: el fraude y la codicia del poder. El falso Esmerdis fue desenmascarado, y el vergonzoso secreto –que Ciro le había marcado por una ofensa, cortándole las orejas– quedó también al descubierto. Una vez aclarada la verdad de su identidad, Darío, el hijo de Histaspes, entró en el palacio con otros seis nobles persas y decidió terminar con el impostor. En mala hora para los magos. El asesino del verdadero Esmerdis, a quien intentaban comprometer con sus intereses, había confesado públicamente toda la verdad, suicidándose a continuación delante de todos. El palacio se encontraba aún envuelto en una gran conmoción cuando los conspiradores forzaron la entrada y, accediendo a las estancias privadas de los magos, asesinaron a Paticites y a Gaumata, e iniciaron una matanza contra todos los magos que pudieron apresar. Darío conmemoró esta insurrección con la famosa inscripción en la cual se da cuenta de la usurpación de Gaumata el Mago, del éxito de su plan y de la restauración de la dinastía aqueménida. Los persas, por su parte, mantuvieron viva la memoria de esta victoria por medio de un festival anual, el *magofonia*:

> Este día es el más celebrado por los persas. La celebración consiste en un gran festival que es llamado por los persas el festival de la matanza de los magos, y en cuyo transcurso ningún mago puede mostrarse en público, permaneciendo en el interior de sus casas durante todo el día.[2]

[1] Ibíd., III, 67.
[2] Ibíd., III, 79.

Resulta extraño pensar en estas expresiones de regocijo público que conviven estrechamente con la continuada influencia de los magos, ya que si éstos habían perdido importancia política tras la restauración de los aqueménidas, su poder sobre el control espiritual se había visto en gran medida acrecentado. Este dominio sobre la mente de los hombres ya les había hecho destacar entre los medos, y, ahora, les convirtió en los reconocidos sacerdotes de los persas. Ningún rito religioso podía celebrarse sin su presencia:

> ... un mago está en pie junto a ellos y declama una teogonía... dándose cuenta de que los sacrificios sin la presencia de un mago carecen de valor.[1]

Hoy en día, podemos entender en parte lo que en aquellos tiempos significaba un oficio semejante, unos tiempos en los que los ritos y los sacrificios eran indispensables para emprender cualquier empresa y se practicaban casi a diario; no obstante, apenas si podemos entender aquella sombra de temor reverente con la cual se contemplaba a los sacerdotes, un temor que no impedía la celebración de la *magofonia* ni aseguraba la vida de los magos frente al castigo por sus errores, como el impuesto por Astiages. Precaria, cuando no claramente peligrosa, era la suerte de estos hombres llamados a predecir el resultado de victorias o desastres nacionales. Todo indica que, cuando eran obligados a llevar a cabo este tipo de profecías, solían vaticinar resultados halagüeños; así, la visión ominosa de Jerjes, antes de su expedición contra Atenas, fue interpretada como señal de su futuro dominio sobre toda la tierra; o, de nuevo, un eclipse solar, como presagio de desastre sobre los atenienses. Es probable que, en ambos casos, temieran decir algo más. Una cosa es cierta: no importa cuán a menudo o de qué forma sus predicciones resultaran falsas, la casta nunca perdía su prestigio profético. Precediendo a Jerjes en

[1] Ibíd., I, 132.

aquella fatal expedición, sobre un carro sagrado tirado por ocho caballos blancos, los magos eran tan importantes para la empresa como el mismo ejército, y ofrecían libaciones en honor de los héroes caídos en Troya, sacrificaban caballos blancos junto al río Estrimón para atraer buenos augurios, y aquietaban la tormenta que azotaba el Cabo Sepias, sacrificando víctimas y recitando conjuros. De esta forma, los miembros de una raza dominada se imponían sobre sus conquistadores.

Heródoto menciona cómo se distinguían del resto de los hombres de muy diversas formas; y si esto era así en Asia, cuánto más lo sería en Grecia, donde su porte resultaba tan extraño, aumentando así su poder. Porque los magos entraron en Grecia, en la India e, incluso, dicen, en China; y su poder fue reconocido en todo el mundo antiguo. Este poder trascendía las diferencias religiosas, ya que siempre ha habido un algo de universal e internacional en la naturaleza de la magia; e, independientemente de lo extraños que sus ritos pudieran parecer a Heródoto o, más tarde, a Plutarco, siguieron siendo los grandes magos de la antigüedad, los intérpretes profesionales de los sueños y de las estrellas.

En la medida en que es posible interpretar las descripciones de Heródoto y Plutarco, de éstas se desprende que la religión de los magos era, bien una forma primitiva o una forma degradada del zoroastrismo. En su conjunto, parece más probable que el culto mágico precediera al zoroastrismo y fuera reformado por éste, y que los mismos magos se incorporaran a su modelo más elevado, sin dejar de practicar en privado los ritos más antiguos. En cualquier caso, el conocimiento que se tiene de este tema es demasiado escaso para dogmatizar sobre el mismo; no obstante, a partir de los relatos de Heródoto sobre sus poderes adivinatorios emerge un rasgo interesante. Los sueños ofrecidos a los magos para su interpretación son siempre extraordinariamente simbólicos, y su significado resulta fácilmente comprensible. Así, cuando Astiages vio una viña que crecía en el vientre de su hija y se extendía por toda Asia, apenas necesitó la ayuda de un profeta para entender esta visión. No obstante, consultó a los magos. Parece probable, al menos, que se tratara de una ficción amable, de un circunloquio para decir que se sentía intranquilo ante los persas, quienes podrían considerar

al fruto de Mandane como un pretexto para destronarle y llevar a los persas al poder. Si esto era así, habría consultado a los magos como políticos más que como sacerdotes, y utilizado, quizá, el reconocido lenguaje de los tiranos orientales que buscaban la exculpación de sus crímenes políticos pretextando razones de índole religiosa (o moral). Tan pronto como Astiages mudó sus sentimientos, mudó también el consejo de los magos, quienes parecen en esta historia más perspicaces que susceptibles a la interpretación psíquica; de cualquier manera, igual que sucede en el caso de Gaumata, no se muestran favorables al derramamiento de sangre, y aparecen más como pacificadores que como incitadores a la violencia.

La historia de esta extraña casta, recopilada por Heródoto, es casi una breve abstracción simbólica del mito del mago, tal y como aparecerá en este libro. Un período de dominio absoluto; pérdida de poder cuando la raza de la que surge es sometida; asunción de una falsa identidad; descubrimiento del fraude por medio de una señal que desenmascara al usurpador y lo convierte en criminal; y, con todo, un poder espiritual continuado, e incluso acrecentado, tras la ejecución de una terrible venganza. La historia resulta extrañamente profética. Mientras tanto, los griegos habían dado al verbo intransitivo (μαγεύειν), "ser mago", el sentido transitivo de "encantar, embrujar, hechizar". Aquel poder no abandonaría a sus descendientes espirituales, ni en sus días más oscuros; ni siquiera cuando los mismos magos llegaron de Oriente para reconocer y adorar al Cristo recién nacido y regresaron a sus hogares, sin que nunca más se oyera hablar de ellos.

(B) ZOROASTRO

Vi un libro en la sala real de Khusrau,
Escrito en Pahlaví, pues así llaman
A esa antigua lengua –el insigne gran sacerdote del fuego
Allí lo había colocado– adalid del sabio coro.
En aquel libro se narraban
Los hechos de antiguos reyes y héroes.

También allí se encontraban las huellas
De la sagrada estirpe de los Zandavastá; santo libro divino de Zartusht
Y allí la historia de su prodigioso nacimiento,
Y todo lo acontecido a este sabio en la tierra.
Desgastados por el tiempo, el libro y la página mística
Quedaron velados por la duda y envueltos en las nieblas de los siglos.[1]

Así escribía Zartusht-Běhrám en el siglo XIII; y, a pesar del profundo conocimiento y erudición que se han desarrollado en torno al zoroastrismo, especialmente en los *Sacred Books of the East* (la recopilación Libros Sagrados de Oriente dirigida por Max Müller), en esencia, la posición respecto del fundador continúa siendo la misma en nuestros días. Pues la mitología surgió a su alrededor como una marea que, al subir, le sumergiera en ella y, al retirarse de nuevo, le abandonara en una orilla salpicada de fragmentos de vida, de pecios y desechos de un gran naufragio, que incluía la religión que había enseñado:

> Igual que los Parsis son las ruinas de un pueblo, así sus libros sagrados son las ruinas de una religión. No ha existido en el mundo una fe cuyo pasado esplendor haya dejado tras de sí tan pobre rastro.[2]

Si consideramos los *Gâthas* como documentos de esta religión, en su forma más pura y primitiva, parecería que el proceso que llevó a cabo fue muy parecido al que observamos en el desarrollo del budismo; es decir, la victoria del ritual mágico y de la leyenda mágica sobre la doctrina. Lo que diferencia al zoroastrismo es que, en su caso, la victoria fue completa. Ello convirtió a Zoroastro –quien, probablemente, viviera en el siglo VII antes de Cristo– en una figura mítica casi pura, a quien

[1] Cf. John Wilson, *The Pársí Religion*, Bombay 1843, págs. 447 y 448. Traducción de E.B. Eastwick de la *Zartusht-Namah*.

[2] *Sacred Books of the East*, ed. Müller, Oxford s.d. (S.B.E.), IV, pág. xiv. Introducción al *Vendîdâd* de Darmesteter.

Williams Jackson intentó humanizar en vano, y sobre el cual hasta el Sumo Sacerdote de los Parsis de Karachi confesó en 1938:

> Lo sabemos todo sobre la vida de Mahoma; sabemos algo de las vidas de Buda y de Jesús; no sabemos prácticamente nada de la vida de Zoroastro.[1]

Los griegos le consideraron el mago *par excellence* y, desde mi punto de vista, es el ejemplo más perfecto de cómo la vida es sustituida por la leyenda. Siendo esto así, y habiendo los textos Avésticos y Pahlavis sobrevivido de forma tan fragmentaria, no he sentido escrúpulos en utilizar ciertos desarrollos contenidos en el tardío *Zartusht-Namah*; los cuales, a pesar de aparecer sólo sugeridos en las escrituras zoroástricas –tal y como las conocemos–, fueron probablemente tradicionales, si bien pudieron ser contaminados por la influencia hebrea, griega o cristiana. Según los eruditos que han trabajado en estos textos, los *Gâthas* pudieron redactarse en un período comprendido entre el año 1500 y el 900 a.C.; las partes más antiguas del último *Avesta*, poco tiempo antes de Darío (521-485 a.C.); las últimas partes del *Avesta*, en los siglos III y IV a.C.; y los textos Pahlavis, escritos en torno al año 900 d.C., fueron probablemente redactados durante la época sasánida (211-640 a.C.).

Las profecías precedieron al nacimiento del futuro legislador del Irán, y la gloria de Ahura Mazda se introdujo en el útero de la madre de la muchacha que iba a alumbrar a Zoroastro:

> Tras lo cual, cuando Aûharmazd hubo producido la materia de Zaratûst, la gloria, en presencia de Zûharmazd, fluyó *hacia* la materia de Zaratûst en ese germen; de ese germen continuó fluyendo, hasta *la luz que es infinita*; de esa luz que es infinita continuó fluyendo, hasta la luz del sol; de esa luz del sol continuó fluyendo, *hasta* la luna; de esa luna continuó fluyendo, hasta la luz de las estrellas; de esas estrellas continuó fluyendo hasta el fuego que *estaba* en

[1] M.N. Dhalla, *History of Zoroastrianism*, Nueva York 1938, pág. 310.

la casa de Zôis; y desde ese fuego continuó fluyendo, hasta la mujer de Frâhîmrvana-zôis, quien alumbró a la muchacha que sería la madre de Zaratûst.[1]

Después de recibir el espíritu guardián y el cuerpo material del Dios y de la Gloria, la muchacha virgen alumbró al profeta, de quien también se decía que había descendido del cielo a través de las llamas de éter, seguramente otra descripción del descenso de la Gloria. Una versión aún más atractiva convertía a Zoroastro en el descendiente de los emigrantes de un gran continente trasantlántico que llegaba a nuestra tierra tras haber llevado a cabo una expedición prodigiosa. Una vez más, la idea que subyace en el descenso del dios es esencialmente la misma. El nacimiento de un niño tal se veía naturalmente acompañado de portentos milagrosos. Además del sueño de la madre, recogido en el *Zartusht-Namah*, se encuentra el sorprendente hecho según el cual, al ver la luz del día, el profeta rompió a reír, cuando "salvo este niño, todo recién nacido ha llorado".[2] Ningún escrito sobre el profeta del Irán olvida aquella risa que iluminó toda la casa; y Plinio, quien lo menciona puntualmente, dice también que su cerebro palpitaba con tanta violencia que parecía querer evitar el contacto de una mano sobre su cabeza. Mientras tanto, aquella Gloria de la cual Zoroastro se revestirá siempre en la mente de los hombres, inundó la casa y el pueblo en el que nació; la naturaleza entera se llenó de regocijo y la creación de Ahura Mazda se vio recorrida por un estremecimiento de profunda alegría. Por otra parte, desde el anuncio de la llegada del profeta, Ahriman y sus criaturas se crisparon de cólera y terror mortal. Antes incluso de su muerte, las cohortes del mal habían intentado destruirle; y, ahora, llenos de pánico y de odio, el maligno y sus sirvientes intentaron por todos los medios a su alcance librarse de esta amenaza a su poder. En aquel tiempo, el mundo parecía plagado de viles sacerdotes o "magos negros", los Karaps

[1] S.B.E., págs. 17 y 18; *Dînkard* Pahlaví, Libro VII.
[2] *Zartusht-Namah*, ed. cit., pág. 483.

y los Kigs; en otras palabras, de aquellos que apoyaban la antigua religión que Zoroastro había venido a reformar o a reemplazar. De hecho, puede tratarse de la designación pahlaví de los magos medos. Fueran quienes fuesen, representaban a los seguidores de Ahriman, el espíritu del mal, en perpetua confrontación con Ahura Mazda, e hicieron todo lo posible por matar a su enviado durante su infancia. Todo en vano: la mano que se levantaba para asesinarle languidecía, las bestias no le herían y el fuego no le quemaba. Estaba destinado a alcanzar la madurez y a ostentar una grandeza descrita de esta forma tan sorprendente:

> ... *ahí* se manifiesta en él una mente más poderosa que la del mundo entero, y más elevada que cualquier posesión de este mundo; un entendimiento de fuerza extraordinaria; un intelecto todopoderoso y una sagacidad incalculable; también, una cautela propia de la gloria real, y un deseo absoluto del bien; una diligencia y una autoridad eficaces, e, incluso, una superioridad en poder y grandeza propias del carácter de sus cuatro naturalezas: sacerdotal, guerrera, agricultora y artesana; además de una perfecta amistad por las cosas sagradas y por el bien, y una terrible enemistad por los demonios y por el mal.[1]

Esta "terrible enemistad" fue el *leitmotiv* de su vida; y, como hemos visto, la confrontación fue compartida. Desde muy temprana edad, Zoroastro comenzó a prepararse espiritualmente para combatir el mal y para cumplir su sagrada misión. Según algunos, empezó a observar un estricto silencio a la edad de siete años; a lo cual siguió un largo y solitario período de iniciación en el desierto donde vivió, sobre la cumbre nevada de una montaña, en una cueva, alimentándose tan sólo de leche y cuajada. La tradición cuenta que tenía treinta años cuando recibió la primera revelación de Ahura Mazda. A ésta siguieron, en varios intervalos, otras siete visiones; seis conversaciones con los Amsháspands

[1] S.B.E., XLVII, págs. 46 y 47. *Dînkard Pahlaví*, Libro III.

o arcángeles, y otro coloquio con Ahura Mazda. Las conversaciones angélicas eran de una naturaleza eminentemente práctica y estaban orientadas a fomentar la prosperidad de los hombres, credo del curandero desde tiempos inmemoriales:

> Y la liberación de la agresión, la exención de la persecución y el atento cuidado de las cinco especies de los animales *fueron* prescritas... a Zaratûst con muy severa advertencia... El correcto mantenimiento del fuego de Varahran, y la propiciación de todos los fuegos, le es explicada... *y fue* amonestado severamente sobre la correcta preservación de los metales, *y de cómo* no debía hacerse uso de pertrechos de oro para la guerra... *Y Zaratûst fue* también amonestado de esta forma... sobre el cuidado y la propiciación de la tierra... y le *fueron* comunicados el cuidado y la propiciación del agua... y *fue* informado sobre el cuidado y la propiciación de las plantas.[1]

Mucho más extraño e impresionante es el relato Avéstico sobre el asalto y la tentación de Ahriman y su demoníaco ayudante:

> De la región del norte, de las regiones del norte, hacia adelante corría Angra Mainyu, el terrible, el Daêva de los Daêvas. Y de esta forma habló el agente del mal Angra Mainyu, el terrible: "Envenena, desciende deprisa y mátale". ¡Oh, santo Zarathustra! El veneno avanzaba deprisa, el demonio Bûiti, el traidor, la muerte invisible.
>
> Zarathustra entonó en alta voz el Ahuna-Vairya: "La voluntad del Señor es la ley de la rectitud. De los dones de Vohumanô a las acciones de Mazda en el mundo. Aquel que alivia al pobre hace reinar a Ahura".
>
> ¡Ofreció sacrificios a las buenas aguas del buen Dâitya! ¡Recitó la oración de los adoradores de Mazda!
>
> El Veneno perdió su aliento, huyó, el demonio Bûiti, el traidor, la muerte invisible.

[1] S.B.E., XLVII, págs. 161 y 162. *Zâd-Sparam* Pahlaví, Capítulo XXII.

Y el Veneno habló así a Angra Mainyu: "¡Tú, atormentador, Angra Mainyu! No encuentro la forma de matar a Spitama Zarathustra, tan grande es la gloria del santo Zarathustra".

Zarathustra vio (todo esto) en el interior de su alma: "El vil, el hacedor del mal, Daêvas, (pensó) pide consejo para matarme".

Se levantó Zarathustra, hacia adelante fue Zarathustra, irreductible ante Akemmanô, ante la dureza de sus malévolos enigmas; avanzó blandiendo piedras en la mano, piedras grandes como casas, que obtuvo del hacedor, Ahura Mazda, él, el santo Zarathustra. "¿Cómo, en esta tierra grande y redonda, de lejanos confines, cómo blandes (esas piedras), tú que te yergues junto a la orilla alta del río Darega, en la mansión de Pourusaspa?"

Así contestó Zarathustra a Angra Mainyu: "¡Oh, agente del mal, Angra Mainyu! Destruiré la creación de los Daêva; destruiré a los Nasu, criatura de los Daêva; destruiré el Pairika Knathaiti, hasta que el victorioso Saoshyant resucite del lago Kasava, de la región del alba, de las regiones del alba".

De nuevo, el Hacedor del mal, Angra Mainyu, le dijo: "No destruyas a mis criaturas, ¡oh, santo Zarathustra! Eres el hijo de Pourusaspa; por tu madre fui invocado. Renuncia a la buena Religión de los adoradores de Mazda, y ganarás tantas dádivas como Vadhaghna, el soberano de las naciones".

Spitama Zarathustra contestó de esta manera: "¡No! No renunciaré nunca a la buena Religión de los adoradores de Mazda, ni en cuerpo ni en espíritu, aunque me arranquen el aliento".

Zarathustra entonó en voz alta el Ahuna-Vairya. El santo Zarathustra dijo en voz alta: "Esto es lo que te pido: enséñame la verdad ¡Oh, Señor!..."[1]

Esta tremenda escena sobre la tentación, que parece haber tenido lugar en el mismo amanecer del tiempo, contiene una gran dosis de

[1] S. B. E. IV, pág. 209 y sigs. *Vendîdâd*, Fargard XIX. Se decía que Vadhaghna había gobernado el mundo durante mil años.

similitud con la contienda mágica. Asimismo, en la versión *Dînkard*, el profeta consigue poner en fuga a otro espíritu malévolo disfrazado de hermosa cortesana. Pero la victoria de Zoroastro, en este caso, significa el preludio de una vida de conflicto y de lucha que sólo termina con su muerte. Diez años de peregrinaje (algunos dicen que llegó incluso a China), intentando ganar adeptos para Ahura Mazda, le reportaron una serie de fracasos y reveses que sólo cesarían al ganarse la voluntad de un discípulo solitario, uno de sus primos. En cualquier caso, este momento precedente a la conversión del Rey Vishtaspa –quien se convertiría en el máximo exponente de la nueva fe–, resultó ser el punto crucial de su carrera. Un amargo conflicto, que tuvo lugar en el seno de la corte real, desembocó en el triunfo final del zoroastrismo. Tras mantener una larga reunión con los sacerdotes de la antigua fe –representados como "magos negros"–, el rey pareció dispuesto a aceptarla. La controversia se prolongó por espacio de tres días, durante los cuales Zoroastro contestó a treinta y tres preguntas formuladas por sus adversarios, y lo hizo de forma tan convincente que Vishtaspa se convirtió a su fe. Los sacerdotes, entonces, envenenaron la mente del rey en contra del profeta, y éste fue condenado a muerte, una muerte precedida de "terrible encarcelamiento y castigo". Así reza el *Dînkard*. El *Zartusht-Namah* elabora una teoría para explicar este cambio de parecer y, aunque ésta tiene una aroma más medieval que primitivo, resalta una acusación que siempre acompaña a los innovadores religiosos, la acusación de la magia negra:

> Los hombres sabios buscaron en secreto todo lo que en el mundo es impuro, como la sangre, la suciedad y cosas impuras, y cortaron la cabeza de un gato y un perro, también los huesos de la carroña, y todo lo que entonces fueron capaces de encontrar. Llevaron estas cosas a la casa de Zartusht...[1]

[1] *Zartusht-Namah*, ed. cit., pág. 503.

Vishtaspa fue informado del "descubrimiento" de esta maligna parafernalia, y ordenó un terrible destino para el profeta. Fue arrojado a un calabozo y abandonado allí para morir de hambre. La intervención divina de Ahura Mazda le salvó. Algunos fragmentos de las escrituras zoroástricas, que hacen referencia al triunfo que le reportó la cura de un caballo negro, aparecen en el *Zartusht-Namah* transformadas en un cuento fantástico, de origen probablemente tradicional. El corcel favorito del rey se vio afectado por una extraña y terrible enfermedad: una tras otra, sus patas se replegaron, introduciéndose en el vientre, y ningún poder en la tierra parecía poder devolverlas a su estado original. La noticia llegó hasta la prisión donde se encontraba Zoroastro, quien se comprometió a sanar al animal si se le concedía un deseo por cada pata que recuperase. Se llegó a un acuerdo según el cual, de producirse el cuádruple milagro, el rey aceptaría la fe, su hijo la defendería con las armas, la reina la adoptaría y los "hombres sabios" serían castigados con la muerte. El rey, entonces, pidió cuatro deseos –uno para él y tres para miembros de su casa– que le fueron concedidos. Aparecieron tres arcángeles a caballo, vestidos de verde y armados con toda la panoplia de guerra, gloriosos y terribles; y, tras advertir al rey sobre los compromisos a los que le obligaba su fe, le concedieron estos deseos: para él, el poder predecir su propio futuro; para uno de sus hijos, la inmortalidad hasta la resurrección; para otro, la invulnerabilidad; y para su gran visir, el conocimiento universal. En cuanto a Zoroastro, que también pidió el don de la inmortalidad, le fue otorgada la visión de toda la tierra, del paraíso, del cielo y del futuro curso de la religión. Estos dones fueron concedidos por medio de filtros mágicos, incienso mágico, una granada mágica y, en el caso de Zoroastro, de una gota de "algo que parecía miel".

Este largo y fantástico episodio constituye el último acontecimiento que recibe un interés continuado en las extensas escrituras, o en quienes, luego, construirían las leyendas. Más tarde, la extensión del zoroastrismo por medio de las guerras santas monopolizó su atención y, para nuestra sorpresa, el profeta no juega en éstas un papel importante. Las distintas versiones de su muerte –que presumiblemente le sobrevino a la edad de

setenta y siete años– persisten en esa idea de gloria que acompañó a la figura mítica de principio a fin. Las fuentes iraníes proclaman que fue asesinado por un brujo turco infiel; o, según una versión más impresionante, que murió durante las guerras santas, junto con otros ochenta sacerdotes, en el gran Templo del Fuego de Balkh; o, que fue despedazado por los lobos, los sirvientes del maligno Ahriman. Los escritores patrísticos griegos y latinos hicieron circular una historia según la cual habría muerto en la hoguera como castigo a su práctica de la astrología, ese arte diabólico y prohibido; ya que (igual que los hombres sabios de la corte del Rey Vishtaspa) le veían como a un "mago negro"; si bien una visión también duradera y más amable, le convertía en uno de los magos, un heraldo y profeta de Cristo. Pero las mejores palabras sobre el final de Zoroastro en la tierra fueron pronunciadas por un poeta:

La hueste llegó a Balkh, el pillaje y la muerte
Asolaban el mundo. Se dirigían al Santuario del Fuego,
Hacia la antecámara y el palacio revestidos de oro,
A las llamas fueron arrojados ellos y el Zandavasta,
Ochenta sacerdotes había en el templo, siervos de Dios,
Y a todos los que estaban junto al fuego mataron los turcos,
Y barrieron su culto. El fuego que Zarduhsht
Había antes encendido, se apagó con su sangre;
Quién mató a aquel sacerdote, no lo sé.[1]

La oscuridad o el misterio que rodearon la muerte de Zoroastro favorecieron la creencia de su eventual resurrección. Esta idea se manifestó de forma metafísica y simbólica. Se dijo que su semilla había sido depositada en el fondo de un lago. En este lago se quedarán preñadas tres muchachas durante un baño, dando a luz, en intervalos de mil años, a un héroe encargado de dar nueva vida a la tierra. El último de éstos, la

[1] Firdausí, *Sháhnáma*. Traducido al inglés por Warner, Londres 1910, v, pág. 92.

encarnación final de Zoroastro, será el sabio Saoshyant ("de las regiones del alba"), que culminará la destrucción total del mal, de Ahriman y de sus huestes, asentará la verdad y la justicia sobre la tierra y resucitará a los muertos.

Ya en el *Avesta* se hace alusión al nacimiento milagroso, a los portentos y peligros, a la prueba y a la persecución, a la muerte violenta y a la resurrección. El héroe del ritual se vislumbra detrás de esta leyenda, igual que sucede con el primitivo curandero, el mago popular:

> *Maravillosa* es la revelación hecha por Zaratust, benéfica, por sus conocimientos médicos, su conocimiento de la naturaleza humana y otra memoria, secreta y completa de *aquello* que es necesario para el conocimiento legal y la percepción espiritual; también el conocimiento, por la revelación, de los ritos que sirven para alejar la peste, triunfar sobre el demonio y las brujas, y anular el poder de hechizos y brujerías. La cura de la enfermedad, la neutralización de los lobos y de otras criaturas nocivas, la descarga de la lluvia, y el poder sobre el granizo, las arañas, la langosta, y otros males que dañan los cultivos de grano y otras plantas y son enemigos de los animales, por los maravillosos ritos... Y la revelación a la humanidad de las aguas que corren por arroyos maravillosos, y remedios contra la enfermedad, combinados por médicos expertos... y el extraordinario beneficio de otros...[1]

Tales eran algunas de las revelaciones del profeta enviado por Dios a la humanidad con este mensaje:

> Di a los hombres del mundo que en él encontrarán cosas ocultas y cosas reveladas. Hazles saber que en todo aquello que brilla y está lleno de luz, está el brillo de mi gloria. Si me adoran, no se equivocarán, si vuelven su rostro hacia aquello que brilla. Si observan mis mandamientos, Ahriman

[1] S.B.E., XLVII, págs. 75 y 76; *Dînkard Pahlaví*, Libro VII.



1. Retrato idealizado a partir de una escultura que supuestamente representa a Zoroastro.

se mantendrá alejado de ellos; nada en el mundo es mejor que la luz, no importa que sea grande o pequeño. Con la luz creamos a los ángeles y creamos el paraíso; el infierno se formó después con la oscuridad. No importa en cuál de los dos mundos te encuentres, no encontrarás ningún lugar donde mi luz no brille.[1]

[1] Zartusht-Namah, ed. cit., pág. 495.

II
Los hombres santos hebreos

(a) MOISÉS

Aunque es probable que el verdadero Moisés viviera mucho antes que el verdadero Zoroastro –si asumimos que ambos fueron personajes históricos–, el legislador hebreo parece más próximo a nosotros en el tiempo, ya que las nubes mitológicas nunca cubrieron del todo al héroe real o ficticio del Éxodo. No obstante, bastaría una pequeña manipulación en el Talmud –en el apocalipsis judío, de Josefo y Filón– para que Moisés, el mago, tal y como aparece en la Biblia, pasase a formar parte del mito del mago.

La paternidad divina nunca fue asociada al profeta de Yaveh (esta idea enfrentaba totalmente las concepciones monoteístas judías); no obstante, Filón insinuó la posibilidad de la naturaleza dual de un Moisés inmaterial anterior al histórico. Pero esta idea nunca llegó a cuajar. La leyenda del niño nacido bajo el yugo de la esclavitud, adoptado por la hija del faraón y más tarde elegido como vehículo de la palabra del Señor, era demasiado poderosa. Por otra parte, los peligros que rodearon su infancia y amenazaron a toda su raza, fueron características de toda su vida. Las leyendas talmúdicas añaden otros portentos en forma de sueños; y tanto el faraón como la madre de Moisés tuvieron visiones de su futura grandeza, superior a todo el esplendor y poder de Egipto. Aún más, el niño curó a la hija del faraón de la lepra cuando ésta le sacó de las aguas; y, más tarde, en un gesto profético, tomó la corona de la cabeza del rey y se la puso a sí mismo.

El período de iniciación, tal como se describe en la Biblia, comienza con el encuentro del ángel del Señor en la zarza ardiente del Monte Sinaí (Horeb), y termina con los cuarenta días y cuarenta noches pasados en el mismo monte, cara a cara con Yaveh. Este período se ve pre-

cedido y continuado por años de caminar errante por el desierto, y se diferencia de los largos viajes realizados por otros magos –que buscaban la sabiduría o la predicaban– en que Moisés viajaba acompañado de su pueblo y buscaba la tierra prometida. Desde este punto de vista, se trataba más de una odisea que de un peregrinaje. El beneficio material dominaba la mente del pueblo, y su líder debía esforzarse para ejercer con éxito su papel de curandero. No obstante, la búsqueda de la sabiduría nunca deja de estar presente, ya que el punto fundamental de esta historia es la comunicación de la Tora a Moisés por Yaveh, y del profeta a su pueblo. El Apocalipsis de Baruc recrea la historia e inventa una serie de visiones o de viajes espirituales –llevados a cabo por Moisés desde el Monte Sinaí– en los cuales el Señor le muestra las profundidades del abismo, la grandeza del paraíso, la boca de la Gehena, el lugar de la renunciación, la región de la fe y la tierra de la esperanza.

Después de la última y trágica escena de la ascensión final al Monte Sinaí, en la cual Moisés ve la tierra prometida y sabe que nunca entrará en ella, muere en la tierra de Moab

> ... conforme a la palabra del Señor. Y le enterró en un valle en la tierra de Moab, frente a Bet-peor; pero nadie hasta hoy ha conocido el lugar de su sepultura.[1]

> ... y su imagen cambió milagrosamente: y murió en estado de gloria conforme *a la palabra del Señor y le enterró* como le había prometido, y los ángeles lamentaron su muerte, y rayos y antorchas y flechas le precedieron en un solo acorde... porque le amaba grandemente; y le enterró con sus propias manos en un lugar elevado de la tierra, y a la luz del mundo entero.[2]

> ... y cuando iba a abrazar a Eleazar y a Josué, y aún estaba platicando con ellos, una nube se alzó sobre él de repente, y desapareció en un valle,

[1]Deuteronomio 33, 5-6.
[2]Filón, *Antigüedades Bíblicas*, de la traducción de James, Londres 1917, pág. 132.

aunque se escribió en los libros sagrados que murió, esto se hizo no fuese a ocurrir que se aventuraran a decir, que se había reunido con Dios por su extraordinaria virtud.[1]

De este relato a la Asunción de Moisés (que sobrevive como tal sólo en el título de un Testamento de Moisés) hay un paso muy corto, más tarde confirmado por la aparición de Moisés en la transfiguración de Cristo de las Escrituras. Pero esta resurrección había sido evidentemente precedida por un descenso al Hades, conforme a la referencia de Judas al combate sostenido entre Miguel y el diablo por el cuerpo del profeta. Otra tradición se desarrollaría también a partir del misterio que rodeó al lugar del enterramiento; y según ésta, Moisés habría sido asesinado por su propio pueblo. La pasada relación entre ambos, y la palabra de los profetas –especialmente la de Oseas– dan visos de verosimilitud a esta versión (más tarde defendida por Freud). Este final armoniza no sólo con el *pathos* de los ritos y del drama ritual, sino también con las frecuentes catástrofes que los magos impopulares tuvieron que enfrentar en la vida real. Portentos y peligros en el momento de su nacimiento, iniciación, un largo y lejano peregrinaje, un final misterioso y posiblemente violento, una asunción, un descenso al Hades y una resurrección: todo está ahí.

Pero es la contienda mágica la que ocupa el lugar más prominente de la historia de Moisés el mago. Se trata del más significativo e impresionante de los enfrentamientos a vida o muerte entre practicantes rivales de los que está llena la historia de la magia; y es también el más trascendente, pues de su resultado depende el destino de las naciones. La grandeza de sus proporciones y el carácter religioso del estímulo que supuestamente guía sus acciones ha desorientado a muchos

[1] Flavio Josefo, *Antigüedades judías*, de la tradución de Whiston, Londres 1906, pág. 113. Tanto las *"Antigüedades"* como el Apocalipsis de Baruc fueron escritos en el siglo I d.C.

sobre la verdadera naturaleza de la contienda que se describe, un enfrentamiento por medio de actos maléficos y de destrucción, sello distintivo de la magia negra en todo el mundo. A gran escala y movido por elevadas razones, Moisés anticipó las peores atrocidades atribuidas a los brujos africanos y recurrió a métodos inhumanos de liderazgo para liberar a su pueblo de una intolerable esclavitud, al menos intolerable para él. Este es el telón de fondo de una de las historias más grandiosas, oscuras y también feroces del mundo.

La situación de los israelitas en relación a los egipcios era la de una minoría inmigrante que constituía una amenaza potencial y, en consecuencia, sufría tiranía y opresión. Verdadero caldo de cultivo para el surgimiento de un agitador; no obstante, sin esta figura, la situación no parecía entrañar peligro alguno. Si juzgamos por el relato del Éxodo, la gran mayoría de los israelitas cultivaba el resentimiento y apretaba sus cadenas. Aunque la política del Faraón era su gradual exterminio, por medio de la eliminación de la progenie masculina, su esfuerzo por contrarrestar el número de nacimientos se veía desbaratado las más de las veces, y éstos continuaban aumentando en número. Todo indica que tenían comida en abundancia –la posesión de hatos y rebaños les estaba permitida–, y en ocasiones sus pesadas labores eran al menos supervisadas por hombres de su misma raza. Como cabía esperar en tales circunstancias, la iniciativa de arrancarse este yugo no partió de ellos; estaban demasiado acostumbrados a la enfermedad de la esclavitud.

Pero había un hombre entre ellos, nacido entre los de su raza y crecido entre sus opresores, que había aprendido de éstos a mantener una postura completamente diferente ante la vida. Los agravios cometidos contra los oprimidos israelitas pesaban gravemente sobre él y se convirtieron en una obsesión. Ellos eran su pueblo, los herederos de un pasado más glorioso y feliz. La cólera se apoderó de él cuando vio a un egipcio maltratar a un israelita, y mató al ofensor. Este acto fue descubierto y puesto en conocimiento del Faraón. Moisés se vio obligado a huir a la península de Sinaí en un miserable exilio.

> Entre las colinas que coronan la alta meseta hay una que, en aquel tiempo, era llamada el Monte de Dios. Era tierra sagrada para los egipcios y también para los árabes, quienes la ascendían como peregrinos, descalzándose de sus sandalias al alcanzar la cima. No es extraño que el Sinaí provocara reverencia y temor; ciertamente, es una tierra espectral e impresionante. Las montañas se levantan altas y severas, con sus cinco picos de granito señalando al cielo; avalanchas como las que se producen en los Alpes, no de nieve, sino de arena, caen por sus laderas desnudas produciendo un sonido claro y tintineante que recuerda al de las campanas de un convento; el aire tiene una calidad especial; la voz humana puede escucharse desde una distancia sorprendente y crece hasta convertirse en un estruendo; y, algunas veces, de las colinas se levanta un sonido retumbante parecido al de disparos lejanos de pesados cañones... Mientras caminaba sobre las cumbres, miró al oeste y vio un desierto; más allá de éste se extendía Egipto, la casa de la cautividad, la tierra de la esclavitud. Miró hacia el este y vio un desierto; más allá de éste se extendía Canaán, el hogar de sus ancestros, una tierra de paz y, pronto, una tierra de esperanza. Porque ahora nuevas ideas bullían en su interior. Comenzó a ver visiones y a soñar sueños. Escuchaba voces y no veía forma alguna; veía árboles que ardían con fuego y, sin embargo, no se consumían. Se convirtió en un profeta; entró en un estado de éxtasis.[1]

En aquel lugar y en aquel estado, llegó la hora ominosa y ambigua de la revelación. Llegó disfrazado de posesión o control de un dios violento y volcánico, que respiraba muerte y fuego, anatema y venganza, el *alter ego* de un hombre decidido a ser el líder y salvador de su pueblo, y a proclamar el culto a un solo dios, el Dios de Abrahám, de Isaac y de Jacob. A partir de este momento, Moisés sufrió el terrible destino de un hombre atrapado entre dos piedras de molino: entre una fuerza violenta,

[1] Winwood Reade, *The Martyrdom of Man*. Thinker's Library. Londres s.d., págs. 148 y 150.

inexorable y demoníaca que le guiaba hacia delante y un pueblo rebelde que obstruía su camino; por no mencionar los temibles obstáculos que plagaron su viaje y las razas enemigas decididas a impedir la intrusión en su territorio. Es comprensible que no dejara de recordar a los israelitas los milagros que había hecho en Egipto.

Éstos, como he dicho, eran de una naturaleza aviesa. La magia que Moisés probablemente había aprendido en Egipto, y en cuyo aprendizaje también Yaveh había intervenido, resultó ser más poderosa que la de los sabios, hechiceros y magos del Faraón; si bien pudiera parecer que Aarón era más diestro que Moisés, o, al menos, igualmente necesario para el éxito de estas empresas. En cualquier caso, independientemente de quién fuera el agente, la contienda se saldó con la victoria y la gloria de ese poder que había sido puesto a prueba. Una y otra vez, Yaveh declaró que había endurecido el corazón del Faraón para que le destruyera e instaurara su propio poder. Malévolamente inspirando la continuada desobediencia a sus ultimátums a un cegado adversario, Yaveh castigó con plagas, pestes y matanzas, hasta que, finalmente, les exterminó en el paso del Mar Rojo. El poder sobrenatural, utilizado al servicio de la destrucción, se hace en todo momento patente. Estos milagros son la obra de una mente cruel que sólo persigue un control despótico. Uno no sabe por quién sentir más lástima en ese reino del terror que Yaveh instauró en Egipto para establecer el monoteísmo: por el Faraón, enceguecido por el dios que había decidido su destrucción; por los egipcios, que sufrían indirectamente los pecados del Faraón; por los israelitas, que llegaron a implorar a su líder que les dejara solos y les permitiera continuar sirviendo a los egipcios, y ahora eran conducidos o arrastrados al desierto; o por el mismo Moisés, poseído por una fuerza enérgica, impulsora e incontenible.

La expedición que siguió a los temibles acontecimientos de Egipto es una de las más dolorosas de la historia. No puede decirse que los desdichados israelitas, que anhelaban la tierra de la abundancia y envenenaban su espíritu con el espejismo de un país rico en leche y miel y una esperanza continuamente frustrada, soportaran sus sufrimientos con

entereza; esta imagen contrasta trágicamente con el irreductible valor de Moisés y su férrea determinación de no permitirles el regreso a la esclavitud o al politeísmo. Como siempre sucede con los fundadores religiosos que establecen su doctrina en base a hechos milagrosos, entre otras muchas dificultades, Moisés temía ser incapaz de continuar su obra sin defraudar las expectativas que sobre él se habían formado. Es más, estos milagros eran fundamentales para la supervivencia de la raza que le había seguido hasta el desierto, y, de hecho, estaban encaminados a procurar agua y comida, principal tarea de los curanderos. El maná hizo su aparición durante una crisis como por arte de magia, igual que en otra el agua brotó de una roca. Pero la carne de codorniz que fue enviada como respuesta a sus ruegos envenenó a los que la comieron, lo cual fue interpretado como un castigo de Yaveh a sus impíos deseos. Con un pueblo tan testarudo, tan rebelde y murmurador, no es de extrañar que los milagros fueran de naturaleza amenazadora. Cuando las masacres y las terribles amenazas de la cólera de Yaveh fracasaban, hacían su aparición misteriosas plagas; mientras terroríficos sones de trompeta y violentas manifestaciones estuvieron a la orden del día, una vez se anunció que el espíritu familiar del mago había fijado su residencia en el tabernáculo.

En conjunto, la magia llevada a cabo por Moisés, o a través de Moisés, tenía un tinte oscuro; es decir que, quienquiera escribió o publicó la epopeya del Éxodo se encontraba en el lado equivocado de la frontera mágica. El que, a pesar de todo, la impresión general evocada esté lejos de ser una crónica del mal y, por el contrario, difunda un sentimiento de miedo reverente y, a veces, de gran santitud, es debido a la convicción religiosa y al fervor del escritor. La creciente y gradual lucha que va de la monolatría al monoteísmo, la entrega de los diez mandamientos, la grandeza del proyecto y el sombrío esplendor del escenario se combinan en una misma escala para contrarrestar el espíritu de venganza y la maldad. Hay algo tan temible en la figura de este dios violento, algo tan trágico y sublime en la figura de su perseguido profeta, que ambas trascienden al bien y al mal, igual que sucede con la magia, sea blanca o

negra. Dudamos que haya existido una divinidad equiparable a Yaveh en la historia del tiempo. Resulta, por tanto, razonable que la contienda mágica que presidió fuera la más grande y famosa de cuantas se han producido en la historia del mundo; mientras que la tentación de Zoroastro, llevada a cabo por Ahriman, el mismo Espíritu del Mal, se sitúa claramente entre las demás.

(b) SALOMÓN

A pesar de contar con las principales características del mito del mago, la historia de Moisés, tal y como se cuenta en la Biblia, no es, ni mucho menos, tan estereotipada como la leyenda de Zoroastro, y hace pensar en el relato casi histórico de una serie de acontecimientos reales. Es ésta muy singular, incluso en lo que se refiere a posteriorés acrecencias legendarias, y se presenta de forma tan única que poco o nada deja a la acción del tiempo. Cristalizada en su forma bíblica, sería demasiado difícil mejorar (de hecho, no lo ha sido) esta maravillosa epopeya de una migración. Por otra parte, el héroe, Moisés, vive una existencia de la realidad tan intensa que, a su lado, la figura de Zoroastro aparece ensombrecida. Ambos han pasado a la posteridad como legisladores más que como magos y, sin embargo, es mucho lo que ésta debe al curandero y al héroe ritual de la magia. Por lo que a Moisés se refiere, su reiterada insistencia en afirmar que todos los milagros eran obra del propio Yaveh ha fomentado el aspecto profético por encima del taumatúrgico. Severo, terrible, trágico y sublime, parece seguir proclamando en nuestros oídos: "¡Israel, presta atención, el Señor tu Dios, el Señor es uno!"

La leyenda de Salomón se desarrolló sobre pautas muy diferentes. La imaginación creadora de mitos se abalanzó sobre la figura del rey sabio, se apoderó ávidamente de ella y nunca más le devolvió la libertad. No obstante, en los primeros relatos de la vida de quien sería un insigne mago (Reyes y Crónicas) no existe ninguna alusión a que practicara la magia, si bien su figura está rodeada de un halo de misterio.

Hijo menor de David y Betsabé, fue señalado por su padre como su sucesor (porque "el Señor le amaba").[1] Tras sofocar la rebelión de su hermano mayor, Adonías –quien se había levantado para usurpar el trono–, y después de haber sido proclamado y ungido rey por su agonizante padre, Salomón se convirtió de hecho en soberano de Israel, y aseguró una alianza con Egipto casándose con la hija del Faraón. Se cuenta que fue entonces cuando el Señor se le apareció en un sueño y le dijo: "Lo que me pidas te será dado". Salomón pidió un corazón prudente para juzgar a su pueblo. Y, así, le fue concedido "un corazón sabio y prudente; de forma que no ha habido antes de ti otro como tú, ni después de ti se levantará otro como tú". Y como no había deseado riquezas ni honores, éstas le fueron regaladas como recompensa: "de forma que no habrá entre los reyes uno como tú en todos tus días"; o, aún más enfáticamente: "como nunca tuvieron los reyes que han sido antes de ti, ni tendrán los que vengan después de ti"[2].

Esta escena trascendental fue inmediatamente seguida del famoso juicio de las dos rameras que proclamaban ser madres de un mismo niño; poco después, vendría un nuevo testimonio de la sabiduría y el conocimiento de Salomón:

> Y Dios dio a Salomón sabiduría y prudencia muy grandes, y grandeza de corazón, como la arena que está a la orilla del mar. Y era la sabiduría de Salomón mayor que la de todos los hijos de Oriente, y que toda la sabiduría de Egipto... y su fama llegó a todas las naciones de los alrededores. Y compuso tres mil proverbios, y sus cantares fueron mil cinco. También disertó sobre los árboles, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo que nace en el muro. También disertó sobre los animales, sobre las aves, sobre los reptiles y sobre los peces. Y para oír la sabiduría de Salomón

[1] 2 Samuel xii, 24
[2] 1 Reyes iii, 5 y sigs. y 2 Crónicas i, 7 y sigs.

venían de todos los pueblos y de todos los reyes de la tierra, adonde había llegado la fama de su sabiduría.[1]

Si este tributo a la sabiduría de Salomón resulta sorprendente, la impresión causada por sus riquezas y la gloria producida por el relato de la construcción del Templo son indelebles. Con la ayuda de Hiram de Tiro, se reunieron los materiales, la mano de obra y los tesoros y, después de siete años de trabajo, la obra quedó concluida con toda su magnificencia, el arca de la alianza fue colocada en el santuario y el Templo fue dedicado al Señor. Al terminar la ceremonia, Salomón tuvo una segunda visión, en la cual la promesa de una futura gloria para él y para su pueblo se acompañaba de graves advertencias contra el culto a otros dioses. Esta escena recuerda a aquella que se desarrollara entre el Rey Vishtaspa y los arcángeles, si bien tuvo distintas consecuencias. Por otra parte, la detallada descripción que a continuación se hace de la construcción de sus maravillosos palacios y de su trono inigualable, quizá contenga un indicio de que Salomón se desviaba del culto hacia lo mundano. La visita de la reina de Saba para probar al rey con "preguntas difíciles" añadía el testimonio de un mundo extraño a su reputación de sabiduría, gloria, riqueza y soberanía, y muestra al todavía sabio y virtuoso rey en el cénit de su poder. El autor de las Crónicas se detiene ahí y solamente adorna un poco el texto diciendo, por ejemplo, que en los tiempos de Salomón la plata era tan común como la piedra; en Reyes, sin embargo, se incluye una triste historia sobre el final de sus días. Entre las setecientas mujeres que, junto con trescientas concubinas, formaban el harén del rey, había muchas "mujeres extranjeras" que adoraban a dioses ajenos, y finalmente alejaron su corazón del culto exclusivo al Señor; de forma que siguió a Astoret, la diosa de los sidonios, a Milcom (o Moloc), el abominable ídolo de los amonitas, y a Quemos, ídolo abominable de Moab;

[1] 1 Reyes iv, 29-34.

construyó altares para ellos en lugares elevados; quemó incienso y ofreció sacrificios a éstos y a otros dioses. El Señor le recriminó severamente por todo esto, profetizó un justo castigo para sus descendientes y levantó adversarios contra él. Como resultado, Salomón parece perder su imperio sobre Edom antes de morir y "descansar con sus padres".

Este retrato de un rey extraordinariamente sabio, rico y poderoso, que escribió los Proverbios, el Cantar de los Cantares, el Eclesiastés y el Libro de la Sabiduría, pero que sucumbió a la idolatría hacia el final de su vida y murió desacreditado, produjo una fascinación de muy distintos tipos. No es posible encontrar un ejemplo más claro de los procesos de la leyenda que el que nos ilustra esta fascinante historia, que, además arroja luz especialmente sobre las vicisitudes del mito del mago: su impredecible elección de héroes, su misterioso período de incubación, sus peregrinaciones orales, su aparición casi simultánea en la literatura de pueblos muy distantes entre sí, sus características estereotipadas presentadas bajo infinitas variantes, su incansable vitalidad. Pocas figuras de la historia han sido tan firme y persistentemente objeto de la atención general como la de Salomón, tanto en Oriente como en Occidente. Es una de las estrellas fijas más brillantes del firmamento mágico. Su nombre vivirá tanto tiempo como la palabra "magia" viva en el mundo; y, mientras ésta sea practicada, su autoridad se invocará en todos los países civilizados. Probablemente llevaría toda una vida catalogar todos los relatos que sobre su figura existen; sus fuentes documentales abarcan desde el Próximo Oriente a la India, la Península Malaya, los países eslavos, y llegan hasta Irlanda. La Biblia, el Talmud, el Corán, *Las mil y una noches*, gran profusión de poemas persas y turcos; el *Testamento de Salomón* griego, la *Gesta Romanorum*, leyendas francesas, alemanas e inglesas; el *Claviculae Salomonis* medieval, traducido a todas las lenguas europeas, y todavía en uso hoy en día con fines prácticos; todas estas contribuciones y centenares de ellas más han conservado, conservan y conservarán vivo su nombre para todo aquel que se acerque, por la razón que sea, a la magia. Y, por si todo esto no fuera suficiente, la tradición masónica vuelve su mirada a la construcción del

Templo, y otorga a Salomón un nuevo y oculto significado. La gran fantasía que acompaña a la figura del rey sabio y el irresistible brillo del que se ha visto siempre rodeado producen en el lector de hoy el mismo efecto que se dice produjo en la Reina de Saba hace miles de años. Sólo la magia puede responder de esta sorprendente profusión.

Si volvemos a la historia que se cuenta en Reyes y en Crónicas, podemos ver cómo, inevitablemente, la noción de magia se manifiesta en su estilo, si es que no la origina, como parece probable. La sabiduría y las riquezas de Salomón aparecen como dones divinos en un sentido especial; de hecho, de origen sobrenatural. El siempre celebrado juicio sobre el niño tiene toda la fuerza de una inspiración, de una sabiduría preternatural disfrazada de sentido común. Este relato hizo sonar un acorde que aún hoy continúa vibrando en oriente; los juicios de Salomón a los que dio pábulo son muy numerosos y todos siguen el mismo patrón; porque si el Oriente ama la sabiduría, el Oriente Próximo la ama aún más y prefiere verla expresada bajo la forma de parábola concisa. Los pasajes de Reyes, Proverbios y del Libro de la Sabiduría (aunque la atribución que de este último se hace a Salomón es ciertamente errónea), citados anteriormente, ayudaron a confirmar la creencia de su inteligencia sobrenatural, una inteligencia superior a la que hubiera podido tener cualquier otro hombre de su tiempo. Por lo que se refiere a las riquezas y honor concedidos por intercesión divina, quienquiera que lea atentamente la descripción que del Templo, los palacios y el trono se hace en Reyes y Crónicas, no podrá resistir la creciente fascinación de una grandeza y una gloria que trascienden el trabajo humano. La figura de Hiram de Tiro se desvanece y un ejército de espíritus (que pronto empezamos a figuramos como jinns) reemplaza a éste y a sus obreros; todo ello en medio de una atmósfera de esplendor oriental y suntuosidad que anticipa la de *Las mil y una noches*. Nos encontramos ya en un mundo legendario, en el cual la Reina de Saba, con sus "preguntas difíciles" y el reconocimiento de su inferioridad espiritual, aparece como una rival en el terreno de la magia, vencida en su combate con el héroe. El hecho de que fuera una mujer pudo tener un significado sim-

bólico, ya que, como más tarde señalaría Josefo, hace alusión al subsiguiente declive de Salomón, un declive provocado por las mujeres extranjeras de las que se enamoró perdidamente. El tono del Cantar de Salomón contribuiría sin duda a reforzar al retrato de un monarca dominado por esa clase de pasiones que ningún agua podía saciar. Mientras tanto, las trágicas implicaciones de su caída resuenan en los profundos lamentos del sacerdote que una vez "fue rey de Israel en Jerusalén". Si consideramos el contexto en que se produce, esta frase pudo surgir de la tradición de un Salomón exiliado o, al menos, sugiere esa idea. Del conjunto fragmentado del relato bíblico deducimos que una parte considerable de la historia fue omitida deliberadamente.

Aunque el intento de ordenar de forma lógica los relatos sobre Salomón es el resultado natural de la historia de una vida coherente basada en claras líneas míticas, han sido las historias y no el curso legendario lo que ha fascinado al mundo a través de los tiempos; y aunque Hammer-Purgstall consultó la *Suleimannáma* del poeta turco Firdusi (que no debe confundirse con el persa Firdausí) en setenta volúmenes en folio, aún así (a juzgar por sus extractos y sus quejas), esta obra monumental no resulta una epopeya sino una colección de cuentos y episodios. Con esta gran abundancia de material, Fleg ha creado un conjunto artístico, y la colección de leyendas sobre Salomón de St John Seymour dispone los acontecimientos que me propongo resumir a continuación en un orden muy parecido.

La llegada del niño de naturaleza real, cuyo nombre significaba "apacible", fue precedida por una anunciación de corte clásico; su infancia se vio amenazada por Belcebú y una sabiduría sobrenatural se manifestó en él, a través de un juicio extraordinario, a la edad de tres años; dicha sabiduría continuó manifestándose durante su niñez y adolescencia en forma de preguntas y respuestas a sus mayores. La iniciación, combinada con una tentación o una prueba, se produce cuando el Señor se aparece a Salomón en un sueño y le pide que elija un deseo. La leyenda añadió el anillo mágico, cuyas cuatro piedras preciosas otorgaban al rey poder sobre los vientos y las fuerzas de la natu-

raleza, sobre los pájaros y las bestias, sobre los hombres y sobre todos los espíritus, celestes, terrestres o infernales. De esta forma se vio transformado, en el curso de una noche, en el brujo más poderoso que el mundo ha conocido, y pasó a representar, por así decirlo, el deseo-sueño del primitivo curandero. El desigual combate entre la sabiduría y el poder se ponía así en marcha. El anillo mágico simplificaba todo milagrosamente. Los espíritus malignos, que intentaban obstaculizar la construcción del Templo, fueron sometidos por su poder y obligados a trabajar en su erección. Su mismo líder, Asmodeo, el principal adversario de Salomón, fue sometido por el poder del anillo y obedecía las órdenes del rey. De esta forma, dirigida y controlada por el genio, la construcción del Templo, de los palacios y del inigualable y deslumbrante trono, llegó a su fin; y todo ello sucedió en medio de un poder y un esplendor sin parangón en el mundo.

No obstante, no todo eran parabienes. Ignorándolo Salomón, los demonios habían enterrado secretamente libros de magia bajo el trono y, más tarde, harían correr el rumor de que había sometido a los espíritus por estos medios. En otras palabras, planeaban acusarle de haber empleado magia negra –igual que los Kigs y Karaps hicieron en su combate con Zoroastro– creando unas pruebas que han sobrevivido hasta nuestros días. Ignorante de estas maquinaciones, Salomón no era tampoco un hombre feliz. Alzado sobre una gloria casi cegadora, poseedor de un poder sobrenatural y rodeado de un mundo en paz, el Eclesiastés nos aporta el testimonio trágico de un doloroso estado de ánimo que a menudo empañaba su alma. Tenía sabiduría en exceso, pero no un conocimiento absoluto, y varias historias testifican las limitaciones de su poder. El amor y la muerte se encontraban más allá de su control. No podía detener el curso del destino e ignoraba sus establecidos decretos. Y lo que era más humillante, no tenía medios para satisfacer el hambre de una sola ballena, cuanto más la de setenta mil de sus congéneres. Incluso su juicio le traicionaba a veces. No podemos evitar cierto sentimiento de perplejidad al saber por Josefo que en una prueba contra Hiram, Salomón no pudo resolver todos los acertijos que le

propusieron y perdió una gran suma de dinero. El Occidente, menos enamorado de la sabiduría que el Oriente, y considerablemente más receloso de esta actitud, se inclinó durante un tiempo a observar a Salomón de la misma forma que inspiró tanta hostilidad en Arístides el Justo. Las leyendas medievales sobre Salomón y Saturno, y sobre Salomón y Marcolf (o Morolf), se complacieron en presentar al rey sabio de la tradición batido una y otra vez por la astucia de un pícaro avispado. Sin embargo, para su ignominia o para su gloria, la lucha por la inteligencia y la sabiduría, concentrada en su conocido encuentro con la Reina de Saba, corre paralela al conflicto asmodeano y proviene de la misma fuente del ritual.

Los viajes remotos, que pocas veces dejan de adornar las vidas legendarias de los magos, ocupan un lugar privilegiado en la historia de Salomón; el cual fue transportado por el viento o en su alfombra mágica sobre todos sus dominios, visitó los cielos y se internó en lo más profundo del mar. Las descripciones de la alfombra mágica son casi más abundantes que las del trono, y el viaje real por el aire se vio rodeado de tal pompa y ceremonia, y adornado con tantos prodigios y maravillas, que la imaginación de nuestros días pierde argumentos en su persecución y vuelve con alivio la mirada a la desilusión del Eclesiastés. Todo terminó con el hastiado reconocimiento de que no hay nada nuevo bajo el sol, de que todo es vanidad y de que toda la gloria del mundo es polvo y al polvo debe volver. Nuestra gran sabiduría no es sino locura, y el placer de los sentidos es el único regalo que un hombre puede esperar de la vida.

"Su amor por las mujeres le hizo enloquecer, y no puso ningún freno a su lujuria";[1] y fue por el deseo de complacer a sus muchas esposas extranjeras por lo que su corrupción le llevó a la idolatría y terminó por someterle a Asmodeo, el espíritu malévolo al que una vez había controlado por completo. En un momento de locura, le permitió que cogiera

[1]Josefo, *Antigüedades judías*, pág. 232.

su anillo, y su poder fue tras él, al fondo del mar, donde Asmodeo lo arrojó. Este último adoptó la forma de Salomón y, enviando al rey a exilio, reinó en su lugar. Según las leyendas talmúdicas, el destronado monarca, reducido a la mendicidad, reconoció sus errores y se arrepintió de ellos. Su renacimiento a la virtud fue merecedor del perdón divino, lo cual se desprende de la milagrosa recuperación del anillo del vientre de un pez. De nuevo poderoso, Salomón encerró a Asmodeo y al resto de los demonios en una tinaja, la selló con el anillo mágico y la hundió en las profundidades del mar. Las distintas suertes que ésta corrió en adelante no conciernen al héroe de este cuento –permaneciendo oculta durante el resto de su vida– quien murió en olor de santidad, pronunciando profecías sobre la destrucción del Templo y su invisible reconstrucción final. O, al menos, eso es lo que cuenta la tradición hebrea; mientras tanto, la leyenda cristiana insiste en que murió pecador, como también se desprende del autor de Reyes; y existe una historia medieval escocesa según la cual fue condenado a ser devorado cada día por diez miel cuervos hasta el final del mundo. Estas opiniones enfrentadas reflejan prejuicios religiosos, siendo el relato del Corán el más aplaudido. Cuando su fin se acercaba, Salomón rogó al Señor que mantuviera oculta su muerte al genio, de forma que continuase el trabajo del Templo. Este deseo le fue concedido. Salomón murió de pie, apoyado en su bastón. No fue hasta un año más tarde cuando un gusano royó este soporte, el cuerpo cayó al suelo y el genio se dio cuenta del engaño. El trabajo se interrumpió de inmediato, pero el Templo había sido terminado, si bien otros mantienen que la obra quedó incompleta.

Quedaban sus libros. Los espurios libros de magia, según algunos, fueron "descubiertos" por los demonios debajo de su trono, y han circulado con el nombre de Salomón desde entonces. Según otros, el mismo Salomón quemó sus libros de magia antes de su muerte; más exactamente, arrojó todos sus escritos a las llamas, aunque éstas se negaron a consumir los Proverbios, el Eclesiastés y el Cantar de los Cantares. De los tres libros de magia que se dice ardieron, dos han sobrevivido hasta hoy, o, al menos, se dice que han sobrevivido:

> Y esta *Llave de Salomón* abría todos los tesoros de las artes mágicas. Y este *Anillo de Salomón* contenía todos los gestos por los cuales se somete a los espíritus. Y *El Testamento de Salomón* nombraba cada uno de los nombres de los demonios, y recitaba todos los conjuros y hechizos que los hacían entrar o salir, que los expulsaban o provocaban su rencor.[1]

Según Josefo, Salomón no hizo sino dejar tras de sí su obra mágica, que fue practicada en su tiempo:

> Dios también le capacitó para aprender el arte de expulsar a los demonios, una ciencia útil y curativa para los hombres. También compuso encantamientos para aliviar las enfermedades. Y enseñó la forma de utilizar exorcismos, por los cuales se arrojan fuera los demonios, de forma que no vuelven nunca más; y este método curativo ha mantenido una gran vigencia hasta nuestros días; porque he visto a cierto hombre de mi propio país, cuyo nombre era Eleazar, liberar a personas endemoniadas en presencia de Vespasiano, y a sus hijos, y a sus capitanes, y a la entera multitud de sus soldados.[2]

La leyenda de Salomón, igual que la leyenda de Moisés, tiene un sello particular ausente en la leyenda de Zoroastro. El feroz profeta hebreo –que en el nombre de Yaveh llevó a cabo actuaciones mágicas mucho más terribles que las que jamás se han asociado a Salomón– escapó de la condena moral que recayó sobre Salomón, con toda la fuerza del sentido del pecado judío, a causa de su idolatría. El temible peligro espiritual que late en toda la magia, el culto a dioses falsos o la adoración al demonio, conforman la sombra que las Escrituras proyectan sobre Salomón. Esta sombra, después luminosa, le envolvió en las radiantes nieblas de la magia para posteriores generaciones.

[1]E. Fleg, *The Life of Solomon*. Traducción Garvin, Londres 1929, págs. 225 y 226.
[2]Josefo, op. cit., págs. 218 y 219.

Salomón tenía naturaleza real –era el hijo de David– pero no era el hijo de Dios. Ningún hebreo podía serlo. Apenas existe rastro del descenso al infierno; y, si bien reinó durante un año después de su muerte, ésta, aunque ciertamente misteriosa, no deja de ser, en el mejor de los casos, sino una forma atrofiada de la resurrección. La leyenda amó a Salomón; sin embargo, a pesar de todo lo que ha hecho por él, su figura no refleja tanto a la víctima divina de origen ritual, como al creyente humano susceptible al error, tentado durante toda su vida a hacer mal uso de su milagroso poder.

III
Los sabios de Grecia

(a) PITÁGORAS

Las vidas legendarias de Zoroastro y de Moisés transcurren de acuerdo a las pautas tradicionales, pero el descenso al Hades (descrito en ambos casos como una visión) es un añadido posterior, igual que la asunción de Moisés; por otra parte, el futuro renacimiento de Zoroastro como el salvador Saoshyant –que deriva de las mismas ideas rituales de la resurrección– constituye una parte esencial de su historia, igual que su muerte se suma a la tradición y es de naturaleza violenta. El origen sobrenatural del profeta de Irán le diferencia también de sus padres hebreos. Parecería que el modelo sobreimpuesto a la vida de Moisés, como se cuenta en la Biblia, tenía ciertos rasgos que no eran originalmente semíticos –el origen divino, el descenso a los infiernos y la muerte violenta o misteriosa– ya que, aunque la asunción era también una idea mitológica tardía, estaba presente en la historia de Elías y aparece, al menos, apuntada en la de Enoc. Los tres elementos restantes –latentes o asumidos en todas las manifestaciones del ritual primitivo, y probablemente muy desarrollados en Egipto– alcanzan su más pura expresión en la mitología griega, en la cual los dioses descendían entre los mortales y volvían a ascender a los cielos; y en la cual, también, los grandes héroes eran semidioses que a menudo se internaban en el reino de las sombras para rescatar a un mortal amado. Los cuentos sobre Apolo, Dioniso, Orfeo, Teseo y Heracles, sobre Demeter o Perséfone, están impregnados de estas ideas, y ciertamente resplandecen con ellos de forma extraña y fascinante.

Antes de considerar las figuras de dos sabios griegos, cuyas vidas legendarias reproducen muchas de las características de los grandes dioses y héroes de Grecia, me gustaría detenerme un poco en las *Bacantes* de

Eurípides, una obra en la cual la historia y el ritual se funden artísticamente, y en la cual también, durante el combate entre "Dioniso" y Penteo, y sobre el escenario, se desarrolla una operación mágica. En los ritos dionisíacos, era el mismo dios el que –bien en forma animal o humana– resultaba despedazado, o al menos se representaba bajo esta apariencia. En la tragedia griega, el héroe dramático sufría a menudo un destino similar, ya fuera físico o espiritual. El *agon* de los ritos se convertiría en la dramática lucha, que hoy conocemos, frente a un adversario cuya significación ritual original se ha olvidado. Esta significación todavía está presente en la acción de las *Bacantes* y, notablemente también, en la ambivalencia de los antagonistas: el démon, víctima y asesino de los ritos. Penteo sufre el destino de dios-víctima, y esto lo convierte en el héroe de la tragedia desde un punto de vista estético, ya que es él quien suscita las emociones dramáticas de la piedad y el miedo. El combate entre dos adversarios se transforma en un experimento mágico, en el cual la magia se encuentra de un solo lado; esto forma parte de la situación dramática y es un ingrediente que intensifica el reto ortodoxo mediante habilidades mágicas, en el cual la magia del rival es más débil. Penteo no posee ninguna y, por tanto, está fatalmente condenado desde el principio. Por otra parte, "Dioniso" es el logro artístico más sorprendente de la historia de la poesía.

Esta extraña y esencialmente trágica raza de hombres, que actúa sobre la humanidad por medio de la magia, no ha cambiado mucho desde el siglo V a.C., y los magos aún provocan o padecen el mismo tipo de catástrofe que sobrevino a Penteo y a Agave en esta obra. El nuevo dios, personalmente o por medio de su representante, vence y destruye de forma terrible al partidario de la antigua religión, tras un combate cuya misteriosa naturaleza nos hiela la sangre. Porque aquí, dominado por el horror, vemos el embrujo y el encantamiento mágico del rival en el combate; vemos a la víctima, un joven arrojado, un oponente vigoroso, horriblemente transformado en un esclavo sensiblero, condenado a un ignominioso destino, a un final casi inconcebible. No sabemos, ni sabremos nunca, si la mente de Penteo fue destruida por el

poder de la sugestión, o (como cree Verral) por las drogas; o si se trató de una "invasión psíquica", "la entrada del dios en el interior de su víctima";[1] es decir, un caso de obsesión mágica, alejado de la comunión mística con el dios que representa el coro. La obsesión o posesión de un espíritu se encuentra por lo general en el lado "oscuro" de la magia, lo cual parece suceder aquí, si juzgamos por la degradación que se opera en Penteo; mientras el coro, al margen de lo estático de su tono, está formado por reverentes y religiosos devotos. Esta misma ambigüedad entre el bien y el mal, complicada por las apariciones y desapariciones de la religión, el misticismo y la magia, prevalece a lo largo de toda la obra. Después de todo, es posible que el milagro del palacio sólo se produjera en la mente de algunas de las ménades; es igualmente posible que se tratara de una manifestación sobrenatural; o, como opina el Pr. Dodds, que en este episodio el dios estuviera representado por "el mago imaginativo, el tejedor de fantasías".[2] Podemos y, de hecho, debemos sacar nuestras propias conclusiones sobre si el lidio era "Dioniso" disfrazado, o simplemente un sacerdote fanático, quizá iluso. No existe una respuesta concluyente a estas cuestiones. La misma naturaleza de la magia es ambigua, hecho en el cual reside también su fuerza. Y, en este caso, una religión de indescriptible belleza, arrebato, santidad y alegría prevaleció sobre un culto oficial carente de inspiración por medios inhumanos y, ciertamente, diabólicos. El carácter del "misterioso, sonriente, despiadado extranjero"[3] que llegó de Oriente perturba la mente con sus cualidades irreconciliables de espiritualidad y bondad, traición y violencia, belleza y engaño. Su poder es igualmente engañoso; en algunas de sus manifestaciones parece divino, perversamente malévolo en otras; la sombra de la falsedad se proyecta sobre algunas de ellas. Penteo le llamó "brujo extranjero conocedor de encantamientos", y

[1]Eurípides, *Los Bacantes*, ed. Dodds, Oxford 1944, pág. 163.
[2]Eurípides, op. cit., ed. cit., pág. 144.
[3]G. Norwood, *The Riddle of the Bacchae*, Manchester 1908, pág. 66.

probablemente no fuera más que eso; pero dominó a las Bacantes por completo, enloqueció e hizo bailar sobre las colinas a todas las mujeres de Tebas, pervirtió la mente de Penteo y fue dueño del don aún más peligroso de la sugestión mística. Su figura trasciende nuestra comprensión en esta obra de arte, igual que todos sus deudos y amigos lo hacen en la vida real. Los juicios de los críticos sobre el "Dioniso" de las *Bacantes* guardan un profundo parecido con los juicios que sobre los magos emitieron sus contemporáneos. Algunos, al descubrir cierta incongruencia en un punto determinado, buscan su huella por todas partes y, haciendo alarde de una forma de pensar de sofista les parecen normales los acontecimientos más increíbles. Otros cierran los ojos a la estela malévola que "Dioniso" deja tras de sí, y apelan a las "ciegas fuerzas naturales" para armonizar santidad y deidad con el mezquino rencor y la maldad de un modelo demasiado humano. Se trata del trágico dualismo, presente en el corazón de todos los grandes magos, que nos confunde y plantea preguntas; como en el caso de este desconcertante, hermoso y, sin embargo, mortífero ser.

Las mismas emociones contradictorias se plantean en el personaje de Penteo. La condena moral alterna con una aprobación exagerada o una interpretación freudiana de la pulsión sexual del héroe-víctima. Quizá haya sido Verral (tan desprestigiado hoy en día) quien nos haya dado la definición más objetiva: "...Penteo es la equivocación y, como exige la tragedia, provoca, sin merecerlo, su destino".[1]

No obstante, al margen de los sentimientos de piedad, temor, admiración o disgusto a los que nos induce el antagonista, la verdadera y sorprendente experiencia que nos aportan las *Bacantes*, "la dimensión añadida de la emoción",[2] es la revelación de la naturaleza mágica, y ello lo consigue por medio del equilibrio entre la fascinación, la gloria, la exultante belleza, la pureza, la santidad y calma de

[1]A.W. Verral, *The Bacchants of Euripides*, Cambridge 1910, pág. 56.
[2]Eurípides, op. cit., ed. cit., pág. xliii, citas de James Adam.

las odas corales, y la brutalidad, la sutileza, la malignidad y el mal uso del poder que destila la acción. El combate mosaico tiene mayores proporciones, pero como el autor es unilateral en sus simpatías; refleja una inteligencia relativamente simple y una fe incondicional. En términos emocionales, el encuentro entre "Dioniso" y Penteo es mucho más perturbador que el que sostienen Moisés y el Faraón. Dos escenas breves, complejas y cada vez más extrañas demandan y eluden una interpretación. Hemos asistido a la actuación de un mago; hemos sido testigos de los resultados de la misma; no sabemos lo que sucedió con el palacio, porque no podemos saber, ni sabremos, que sucedía en la mente del sonriente extranjero. Sin embargo, de una vez y para siempre, el alcance y trascendencia del poder mágico y del mago nos ha sido revelado. Ello sólo pudo producirse de esta forma en la edad de oro de la magia. Pensemos en el Fausto de Goethe, incluso en el Faustus de Marlowe, y la distancia que separa a los practicantes del arte de la antigüedad y de la modernidad resultará visible.

Una expresión tan extrema de lo que Nietzche llamaría magia dionisíaca debió sorprender a los espectadores con su sombrío realismo y, probablemente, consternó al mundo helénico. Un rechazo consciente o inconsciente de prácticas tan siniestras pudo, por tanto, ayudar a moldear la leyenda de Pitágoras sobre líneas reconociblemente "apolíneas". Porque, a pesar de que ha llegado hasta nosotros de forma fragmentaria, la paciencia e inteligencia de los eruditos (cuyos más altos resultados están representados en las monografías de Isidore Lévy) ha conseguido unir los pedazos y nos ha presentado una reconstrucción coherente y plausible de las leyendas que sobre Pitágoras circulaban en el siglo IV a.C., y de las cuales, en el siglo III a.C., Jámblico y Porfirio sólo aportaron fragmentos inconexos. El grado de probabilidad que subrayan las distintas hipótesis adoptadas o planteadas por Lévy debe tenerse por conjetural, y las revolucionarias conclusiones que extrae de éstas no tienen por qué ser aceptadas; no obstante, según su opinión, la perdida leyenda de Pitágoras modeló el prototipo de todas las que vinieron después y, por tanto, la historia que se cuenta en los Evange-

lios y la doctrina que en ellos se encuentra derivan principalmente de Pitágoras y, en grado menor, de una combinación de elementos judíos; o, utilizando su fraseología, el Pitágoras de la leyenda conquistó el Oriente, y, a través de él, el mundo entero en la persona y la enseñanza de Cristo.

La cuestión de la prioridad en este caso excesivamente complicado no es un ejemplo más de mi tesis principal: el común origen ritual de todos estos mitos del mago, hace casi inevitable que se contaminen, sofistiquen y modifiquen entre sí. Estudiarlos no deja de ser algo parecido a detenerse sobre el puente de Passau y ver cómo las aguas del Inn, el Isar y el Danubio se mezclan entre sí. Cien yardas más allá del punto en que confluyen resultan completamente indiferenciables. No obstante, si Lévy está en lo cierto en una de sus principales hipótesis, si de hecho *La Vida de Apolonio de Tiana* de Filóstrato es una imitación bastante fidedigna de *La Vida de Pitágoras* de Apolonio (hoy perdida), deberíamos aceptar también que la leyenda de este último tuvo una influencia de mucho mayor alcance en el mito del mago que conocemos, tal y como se desarrolló en el Próximo Oriente y en Occidente.

Las fuentes documentales de esta historia son las referencias dispersas que del héroe aparecen en la literatura griega del siglo V a.C. en adelante –las notas biográficas de Jámblico y Porfirio–; dichas referencias parecen tener su origen en la interesantísima leyenda egipcia de Siosiris, en la cual el conflicto mosaico y los detalles de la vida de Pitágoras parecen haberse fundido en un todo fantástico. Es más, *La Vida de Apolonio de Tiana* de Filóstrato puede utilizarse, con la debida precaución, para llenar algunos de los vacíos existentes. A partir de estas numerosas y variadas referencias y recopilaciones, sabemos que el sujeto que vivió en el siglo VI a.C. era el protagonista de una profecía pitia hecha a su padre Mnesarco. Este último fue informado por el oráculo de que el hijo del cual su mujer estaba embarazada sobrepasaría en belleza y sabiduría a todos cuantos habían existido hasta entonces. Desde aquel momento, la madre, Partenais, fue llamada Pitais; a lo cual, inevitablemente, se unió la idea de un origen inmortal:

Pitais, la más bella de la tribu samia,
Alumbró de los abrazos del Dios del Día
Al renombrado Pitágoras, el amigo de Júpiter[1]

El hermoso niño, el hijo de Apolo, fue aupado en el curso natural del mito hasta confundirse con el mismo dios Apolo; unos decían que era el Apolo pitio, otros el hiperbóreo; algunos sostenían que era Peón, uno de los démones que habitan la luna, o un dios olímpico sin nombre. No obstante, la identificación con Apolo prevaleció sobre el resto de las versiones y dio pábulo a la historia de cómo Abaris, sacerdote del Apolo hiperbóreo, reconoció la divinidad de Pitágoras. Éste entonces le confesó su naturaleza en privado y le mostró el muslo de oro que actuaba como confirmación y reconocimiento de su misión divina entre los hombres. También se dijo de él que "al ponerse en pie, en los Juegos Olímpicos, dejó al descubierto su muslo de oro";[2] y los mismos pitagóricos estaban tan convencidos de su divinidad que evitaban utilizar su nombre, refiriéndose a él con designaciones tales como "él", o "el divino".

Una gran belleza y una sabiduría precoz distinguieron la infancia del "samio de largos cabellos". Tales, el viejo filósofo reconoció que no podía enseñarle nada que ya no supiera, y le envió a Egipto para que aprendiera la antigua y misteriosa sabiduría de aquella tierra. Reconocido como uno de los inmortales por los marineros del barco en el que viajaba, Pitágoras fue recibido e instruido por los sacerdotes de Egipto; fue hecho cautivo por Cambises, y llevado a Babilonia, donde fue iniciado en los misterios de los caldeos y de los Magos, y aprendió el culto más perfecto de los dioses. Según Diógenes Laercio (siglos II y III d.C.), allí fue discípulo de Zaratas o Zoroastro, una interesante yuxtaposición de nombres que demuestra cómo los griegos creían que el profeta del Irán era anterior a Pitágoras y, de alguna forma, responsable

[1] Jámblico, *Vida de Pitágoras*. Tr. Taylor (1818), Londres 1926, pág. 2.
[2] Ibíd., pág. 75.

de la doctrina pitagórica. Habiendo sido instruido y purificado por este sabio, Pitágoras regresó finalmente a Grecia, país del que se dijo había estado ausente durante cuarenta años, un período de iniciación inusualmente largo, que coincide exactamente con la duración del peregrinaje de los israelitas por el desierto. Su ministerio comenzó en Samos, aunque no fue comprendido en su patria y partió hacia Crotona, en Italia. Según Porfirio, fue durante este viaje cuando descendió a la cueva del Ida, en la isla de Creta. Lévy está seguramente en lo cierto cuando interpreta este acto como apagada reminiscencia de la *katabasis* o el descenso al Hades, hecho que (cuando, en el mito del mago, aparece en la mitad de la vida del héroe) siempre se contempla como elemento de su iniciación al conocimiento oculto, e incluye instrucciones sobre las recompensas y castigos que pueden recibirse después de la muerte, según el relato que de ello hace Virgilio en *La Eneida*. Antes de descender a la cueva, Pitágoras se sometió a ritos purificadores, envolviéndose en un vellón negro y pasando así una mañana junto al mar y una noche junto al río. Después, desapareció durante veintisiete días, llevando a cabo ritos en honor a Zeus y presenciando la ceremonia anual del levantamiento del trono a esa deidad. Diógenes Laercio rechazó enérgicamente que ese descenso fuera de naturaleza maravillosa, y dijo que Pitágoras había proclamado haber descendido al Hades, haber pasado un año en las regiones inferiores y haber presenciado allí numerosos prodigios, cuando, en realidad, había permanecido durante todo ese tiempo en una cueva, ayudado secretamente por su madre, quien le llevaba noticias y alimentos. Esta actitud escéptica encuentra ecos parecidos en la *Vida* de Jámblico; en un pasaje del libro, un interlocutor hostil se mofa de las pretensiones de Pitágoras y le propone que, ya que está a punto de descender al Hades, lleve una carta a su padre muerto, de quien esperaría una respuesta. Como este hombre era responsable de la muerte de muchas personas, Pitágoras responde que no va a descender a la morada de los impíos donde bien sabe que se castiga a los asesinos. Todo parece indicar que Lévy está en lo cierto cuando piensa que la *katabasis* era una característica fundamental de la leyenda original.

Siguiendo su camino, tras el episodio del Monte Ida, Pitágoras predice milagrosamente el número exacto de una captura de peces; pide como recompensa que sean devueltos al mar y compensa a los pescadores por hacerlo. Llega entonces a Crotona, donde pronuncia varios sermones públicos, convirtiendo a los habitantes de la ciudad a sus doctrinas y sometiéndose éstos a sus preceptos. La transmigración de las almas, los sacrificios puros a los dioses, una vida casta y prácticas ascéticas conforman las creencias y virtudes más significativas de su credo. Tan entusiastas se mostraron, sobre todo los hombres jóvenes, que bajo sus auspicios se creó una sociedad secreta en la cual se compartían todos los bienes. Las doctrinas que inculcó en sus discípulos eran esotéricas, y las pautas de la sociedad son las que rigen en las sociedades secretas de hoy en día. De hecho, es la primera de su clase de la cual se ha conservado una información detallada. Los postulantes eran sometidos a severas pruebas de obediencia, penitencia y abstinencia, estrechamente vigiladas por Pitágoras. Si dichos postulantes superaban estas pruebas, se sometían a un período de cinco años de silencio, durante el cual escuchaban las instrucciones de Pitágoras "tras el velo", estándoles prohibida su visión. Después de un nuevo período de tres años como "esotéricos", eran admitidos en su presencia. En el caso de ser expulsados de la sociedad por alguna ofensa cometida contra ella (la más grave de las cuales era comunicar la doctrina secreta a un profano), ésta les otorgaba unos bienes cuyo valor doblaba el del capital que habían aportado, y se les erigía una tumba en el recinto de la misma; se les consideraba muertos y si algún miembro de la sociedad les encontraba en el mundo exterior no les reconocía. La comunidad observaba un modo de vida monástico, pío y frugal, y sus arcanas doctrinas se guardaban

> ... en el máximo secreto, no se ponían por escrito y se transmitían oralmente de unos a otros, como misterios de los Dioses.[1]

[1]Jámblico, op. cit., pág. 116.

Es más, según una historia contada por Jámblico sobre un pitagórico moribundo, éstos se reconocían entre sí por signos y símbolos secretos, y estaban obligados a acudir uno en ayuda del otro cuando se hacía uso de ellos.

Seguramente, el secretismo con el cual se preservaban las doctrinas explica el hecho de que el Pitagorismo parezca haber sido más una profunda influencia subterránea que un culto o un credo. El evangelio que se le atribuye tradicionalmente es de gran espiritualidad y pureza. La inmortalidad del alma; recompensas y castigos después de la muerte; la doctrina de la transmigración; el énfasis en la castidad; la adoración a altares sin mancha de sangre; la sustitución de víctimas sacrificiales por semillas de mijo, pasteles, miel e incienso; la abstinencia de todo alimento extraño a los dioses "porque nos mantiene alejados de la familiaridad con los dioses";[1] el rechazo al sacrificio de animales para alimentarse (porque la matanza de reses conduce a la guerra y "la guerra es el caudillo y el legislador de la matanza");[2] la adivinación, no por medio de las entrañas de las bestias, sino a través de los números; el desprecio por la fama y las riquezas terrenales; la defensa de la bondad y la condena de cualquier clase de violencia y exceso; son éstos algunos de los principios de una religión que, asimilada por el orfismo, ejerció una profunda influencia tanto en Platón como en el cristianismo.

Se dice que Pitágoras, el hombre-dios instructor a quien se asocia esta religión, se vio envuelto en una lucha a vida o muerte con un perverso oponente, el cruel tirano Falaris. Desconocemos cómo y cuándo Pitágoras cayó bajo el poder de Falaris, pero el héroe divino fue capturado, hecho prisionero y amenazado de muerte. Se le acusó de brujería y, aunque Abaris intercedió en su defensa, hubo un momento en que el encolerizado tirano hizo peligrar la vida de ambos. No obstante, Pitágoras tuvo presciencia divina de que no iba a morir a manos de Falaris.

[1] Ibíd., pág. 57.
[2] Ibíd., pág. 98.

Como "Dioniso", en las *Bacantes*, no dio muestras de temor alguno; habló con valentía ante el tirano; negó que los dioses fueran los responsables del mal, culpando a la intemperancia de las desgracias humanas, y filosofó con firmeza "en medio de terribles circunstancias"[1].

> Pero aún hizo algo más generoso: destruyó la tiranía, detuvo al tirano cuando estaba a punto de hacer caer sobre la humanidad las más deplorables de las calamidades, y liberó a Sicilia del más cruel e imperioso poder... Pues en el mismo día en que Falaris amenazaba de muerte a Pitágoras y a Abaris, él mismo fue asesinado por medio de una estratagema.[2]

Aunque estas dos frases están separadas en el texto, parecen indicar que Pitágoras fue responsable de la estratagema que liberó a Sicilia de la tiranía de Falaris, igual que "Dioniso" había liberado a Tebas de la tiranía de Penteo. Y, realmente, es difícil leer el enmarañado y confuso relato de Jámblico sin recordar vívidamente los aterradores acontecimientos de las *Bacantes*. Pero Pitágoras, en línea con el temperamento de su naturaleza, no aparece explícitamente relacionado con el asesinato.

La victoria conseguida sobre el hombre que le había llamado brujo fue seguida, como sucede a menudo en la vida de los magos, de la catástrofe y la traición. Un rico y poderoso crotonense, de nombre Cilón, que no había sido admitido en la sociedad, se vengó de la secta prendiendo fuego a la casa de Milón, donde los pitagóricos estaban reunidos, produciéndose la muerte de cuarenta discípulos y de su líder. Esta segunda *magofonia* de la historia, que figura en todas las leyendas pitagóricas, probablemente simboliza los actos de levantamiento y persecución contra la secta; pero la muerte del líder en la casa incendiada no fue aceptada por todo el mundo. Se dice que el ataque se produjo en ausencia de Pitágoras,

[1] Jámblico, op. cit., pág. 113.
[2] Jámblico, op. cit., pág. 114.

quien, debido a la hostilidad de Cilón, habría abandonado Crotona para viajar a Metaponto, en Sicilia, donde se creía había muerto. De esta forma tan vaga, Jámblico da por terminada la historia de la vida de su héroe. Probablemente, apenas sabía qué hacer con la confusión de los acontecimientos. Diógenes Laercio aseguró que la hostilidad desatada en Crotona siguió a Pitágoras hasta Metaponto. El filósofo se refugió en el Templo de las Musas, pero fue sitiado allí y murió de hambre tras cuarenta días sin alimentos. Según otra versión, Pitágoras huyó de sus enemigos, llegó a la linde de un campo de judías y, al negarse a cruzarlo –no pudiendo pisar a las almas que éstas contenían–, fue alcanzado y muerto por sus enemigos. También otra versión tradicional narraba que desapareció misteriosamente por un estrecho desfiladero, ascendió al cielo y fue visto de nuevo sobre la tierra.

La versión completa de la leyenda de Pitágoras incluye una profecía antes de su nacimiento, un origen divino, viajes distantes, una iniciación, una *katabasis*, una batalla victoriosa, una persecución y un final violento o misterioso, al cual –si juzgamos por *La Vida de Apolonio de Tiana*– probablemente se añadieron una ascensión y una resurrección. De hecho, los únicos rasgos totalmente ausentes del modelo clásico del mito del mago son los peligros que amenazan a éste durante la infancia y un escenario final conocido. Su doctrina de la reencarnación garantiza algún tipo de reaparición, y la semejanza que existe entre su lucha con Falaris y los acontecimientos de las *Bacantes* nos aporta el claro elemento ritual de esta leyenda.

Es más, los milagros atribuidos a Pitágoras son, en muchos casos, versiones más amables de los prodigios de las ménades –a las que se hace referencia en el drama de Eurípides– y evocaciones también de los de Orfeo. Pitágoras domesticó a un oso daunio salvaje susurrándole al oído y le obligó a jurar que no volvería a tocar a un ser vivo; encantó a un águila blanca que sobrevolaba el Monte Olimpo y la hizo posarse sobre su mano, acariciándola después suavemente; capturó y liberó a serpientes de mortal veneno sin sufrir ningún daño; persuadió a un buey de que dejara de comer judías (símbolo del alma en su transmigración), y salvó

de morir a los peces que se encontraban sobre tierra seca, sin que ninguno de ellos pereciera. Estas anécdotas muestran un poder sobre la creación animal, que, al igual que en los milagros dionisíacos, emana de la simpatía; si bien, en este caso, no existe un aspecto de ferocidad o rapiña. La naturaleza le aclamó en la persona del río Neso, que le saludó por su nombre, y entre sus demás poderes se encontraban

> ... la infalible predicción de los terremotos, la rápida erradicación de la peste y de los fuertes vientos, la cesación instantánea del violento granizo y la calma de las olas de mares y ríos, de forma que sus discípulos podían cruzarlos.[1]

Es posible ver aquí el poder sobre los fenómenos naturales que proclaman los curanderos. En el caso de Pitágoras, el poder sobre la mente de los hombres se manifiesta en los excitantes y duraderos efectos de sus sermones de Crotona. También poseía el arte de sanar, utilizaba melodías y encantamientos contra las pasiones del alma y la enfermedad del cuerpo, y dio numerosas muestras de su poder para predecir acontecimientos. Pero el más señalado de sus dones sobrenaturales era su conocimiento de las vidas del alma. Recordaba su existencia anterior y la de otros; dijo haber sido Euforbo, el que mató a Patroclo, y que Milias de Crotona había sido el Rey Midas; reconoció a un antiguo amigo –o al menos eso decía alguien que se burlaba de él– reencarnado en un perro. Esta sorprendente y, sin duda, sensacional facultad contaba con una larga tradición oriental, y estaba destinada a sobrevivir al paso de los tiempos hasta nuestros días. La teoría de la reencarnación sobre la cual se basaba, habitualmente atribuida a Pitágoras, no se limitó a influir en la imaginación de sus contemporáneos, sino que pervivió en la memoria y ocupa un lugar destacado en el Occidente contemporáneo. Dicha teoría ha sido siempre una creencia de origen oriental; y, sin duda, Pitágoras

[1]Jámblico, op. cit. pág. 72.

tuvo conocimiento de ella a través de fuentes orientales, si es cierto que fue el primero de los sabios de Grecia que estableció este principio. Heródoto ofrece un interesante relato de una derivación de éste. Declaró que algunas de las leyendas más extrañas que había escuchado provenían de un misterioso "hombre-espectro" llamado Aristeas, a quien algunos calificaban de pitagórico. Este hombre dijo que su alma abandonaba su cuerpo siempre que lo deseaba y regresaba a él cuando se lo ordenaba. Se dijo que su cadáver desapareció en una ocasión después de su muerte. Reapareció siete años más tarde, escribió un poema y volvió a desaparecer. Volvió a ser visto doscientos cuarenta años más tarde en Metaponto. Asimismo, tenía la reputación de ser un gran viajero y un gran sanador. Dejó tras de sí un recuerdo indeleble y fue resucitado bajo otro nombre en tiempos modernos, unos tiempos que también han visto el resurgimiento de sociedades secretas de corte pitagórico.

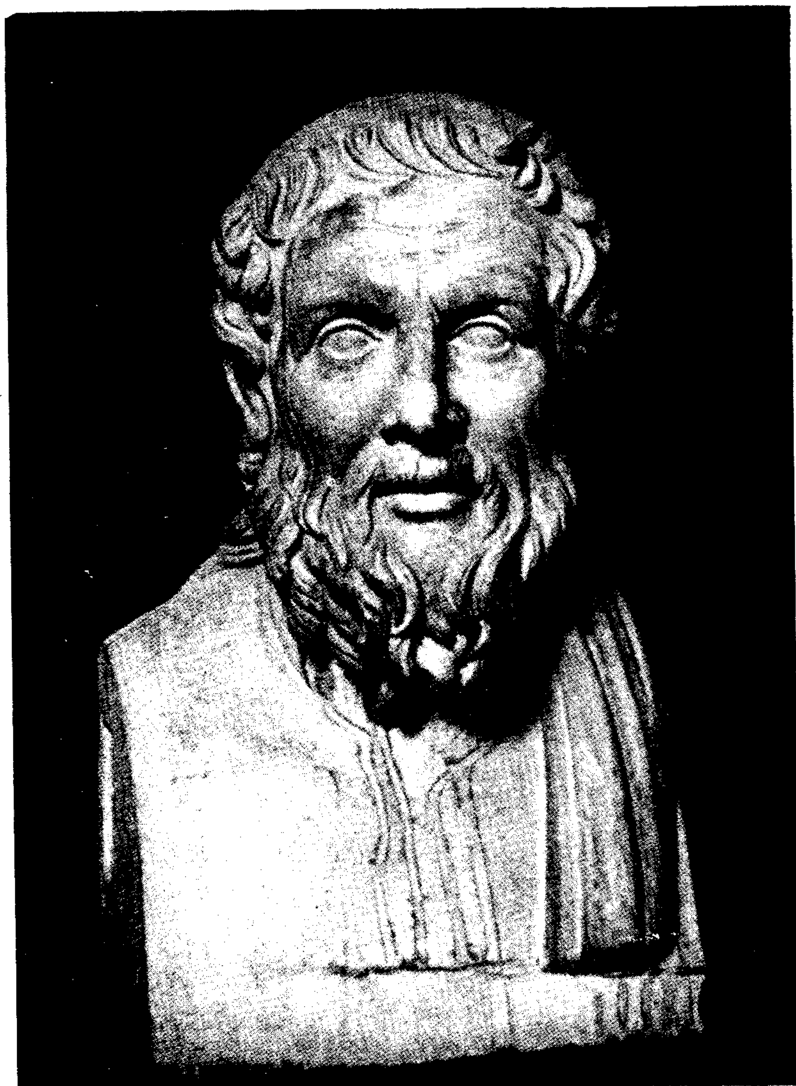
Resulta evidente que Pitágoras debe ocupar una posición de gran relevancia en cualquier historia –por poco pormenorizada que ésta sea– del mito del mago que se desarrolló en Occidente. Y, sin duda, si consideramos que el pensamiento griego constituye la influencia más importante ejercida sobre la Europa moderna, nadie puede sorprenderse de que el modelo griego se manifieste en la vida de muchos magos de nuestros días.

(b) APOLONIO DE TIANA

En *La Vida de Apolonio de Tiana* de Filóstrato desaparecen los elementos siniestros tan presentes en las *Bacantes*; y, una vez más, Apolo, y no Dioniso, controla el escenario mágico. La tranquila serenidad del hombre de Tiana se encuentra muy alejada de la gloria mística de Zoroastro, la intensidad espiritual de Moisés, el brillante esplendor de Salomón y el peligroso poder de "Dioniso". De hecho, ejemplifica una cualidad raramente encontrada en la historia de los magos: *sophrosine*, o calma del alma, una victoria apolínea sobre la fuerza dionisíaca. Es esta incorporación de la tradición pitagórica la que me permite situarlo antes de Cristo, aunque,

si aceptamos su existencia (y parece innecesariamente escéptico no hacerlo), debemos mencionar el hecho de que la biografía de Filóstrato fue escrita en el siglo III d.C. y el héroe vivió en el siglo I de nuestra era. Una figura que combina la santidad con un comportamiento civilizado, el humor con la sabiduría, la entereza con la urbanidad y una humanidad inquebrantable ante situaciones de extrema provocación, no es fácil de encontrar todos los días, y, entre los magos, aparece como un ser tan fabuloso como el unicornio. Pero así era Apolonio, un devoto pitagórico que instruía sobre la pureza, el ascetismo, la barbarie que representaban los sacrificios sangrientos y sobre la transmigración de las almas, según el modelo socrático; apoyando todo ello en el ejemplo de su conducta, que sin duda no era la de un vulgar mortal.

Fue engendrado de forma divina por Proteo, quien anunció la inminencia de su nacimiento a su madre, diciéndole que estaba a punto de dar a luz al mismo Proteo. Su misma llegada se vio precedida por un sueño, en el que la instó a salir a un prado a recoger flores. En ese lugar, rodeada por un círculo de cisnes cantores, la mujer trajo al mundo al niño; siendo el retumbar de un trueno, no una señal de amenaza, sino un signo de que el niño trascendería las cosas terrestres y se aproximaría a los dioses. Es cierto que ningún otro peligro, secular o infernal, amenazó la infancia del sabio. Su iniciación a los misterios de Pitágoras dio comienzo con el período de cinco años de silencio que se impuso a sí mismo y que concluyó con su visita a los brahmanes indios, quienes le hicieron copartícipe de su oculta sabiduría y ciencia mágica. Es ésta la mayor distancia conocida que los magos de la antigüedad recorrieron hacia Oriente en busca de conocimiento. En esta biografía, la sabiduría de Egipto se considera muy inferior a la de la India, y los cuentos sobre los viajes de Apolonio aparecen adornados con los fantásticos detalles mitológicos de tipo geográfico, que tanto deleitaban a los griegos, y de los cuales Esquilo dio tan maravilloso ejemplo en su *Prometeo*. Apolonio fue un gran errabundo. Buscando y enseñando la verdad, viajó a través de Babilonia, la India, Egipto, Grecia, Sicilia e Italia. Igual que antes de él había hecho Pitágoras, descendió a una cueva, cuyo otro nombre era el Hades. Al descender a la



2. Apolonio de Tiana

morada del dios Trofonio, en Lebadea, "en interés de la filosofía" (aunque los sacerdotes, que le consideraban un brujo, intentaron impedírselo), se envolvió en su manto filosófico y desapareció con esta pregunta en los labios: "¿Cuál crees, oh Trofonio, que es la filosofía más pura y perfecta?"[1] Siete días más tarde, emergió milagrosamente en Aulis, portando la respuesta del dios: un volumen con los principios de Pitágoras.

Su muerte fue muy misteriosa. Según una versión, entró en el templo de Atenea, en Lindos, y no fue visto nunca más. Una versión más circunstancial le sitúa en Dictina, en Creta, lugar del cual desaparece en plena noche. Los sacerdotes le habían negado la entrada al templo, e incluso le habían encadenado, pues creyeron que era un ladrón que quería apoderarse de sus tesoros, y también un brujo, porque los perros guardianes del recinto habían dado señales de alegría al verle. Pero Apolonio se liberó de sus cadenas y, después de llamar a sus carceleros, corrió a las puertas del templo, que se abrieron para recibirle y volvieron a cerrarse tras él. Se escuchó un coro de muchachas que cantaba: "Apresúrate en la tierra, apresúrate hacia el cielo, apresúrate".[2] Poco después de este traslado, reapareció sobre la tierra para predicar la doctrina de la inmortalidad del alma a un joven incrédulo, a quien convirtió sin reservas. También Vopisco, en su *Vida de Aureliano,* cuenta cómo este emperador fue disuadido de destruir la ciudad de Tiana por la aparición de Apolonio, a quien reconoció por sus estatuas, y que le exhortó a no derramar sangre de inocentes.

El *agon* o contienda de la vida de Apolonio tiene dos caras, igual que sucede en la vida de Salomón. Para empezar, hay una serie casi continua de argumentos que termina con la victoria de Apolonio o, más exactamente, con las doctrinas de Pitágoras. Con este propósito el sabio tenía siempre cerca a su discípulo y supuesto primer biógrafo, Damis; un seguidor, probablemente ficticio, que es utilizado en el libro, igual que otros personajes, como antagonista en las discusiones, cuya máxima

[1] Filóstrato, *Vida de Apolonio de Tiana.* Trad. Conybeare, Loeb Classics, Londres 1917, II, pág. 383.
[2] Ibíd., II, pág. 401.

expresión aparece representada en la cabal disputa entre Apolonio y los gimnosofistas egipcios, quienes fueron derrotados por doctrinas brahmánicas. El método socrático se hace particularmente evidente en las conversaciones con Damis, quien, con el objeto de que su preceptor pueda predicar sobre el credo pitagórico, se ve obligado a menudo a hacer comentarios necios. Aunque agradable narrador, incluso hábil en algunas ocasiones, Filóstrato no era Platón, y, al escuchar los discursos de Apolonio sobre el arte de pintar, de tocar la flauta, sobre el comportamiento de los elefantes o sobre temas semejantes, su prosa no recuerda a los *Diálogos*. Sin embargo, la nobleza de su inteligencia se hace patente cuando trata cuestiones éticas.

> Mientras se acercaba a la imagen del Coloso, Damis le preguntó si en su opinión podía existir algo más grande; a lo cual respondió: "Sí, un hombre que ama la sabiduría en un espíritu limpio e inocente".[1]
>
> "No mires aquello que es considerado riqueza... porqué habría de ser mejor que arena acarreada de cualquier lugar... el oro carece de lustre y no es sino escoria cuando ha sido arrancado con lágrimas humanas... ".[2]
>
> "Como he estudiado en profundidad el problema del surgimiento del arte (filosofía) y de sus primeros principios, me he dado cuenta de que su origen se halla ligado a hombres dotados de trascendencia religiosa, hombres que han estudiado la naturaleza del alma, y cuya existencia encuentra sus raíces en lo inmortal y en lo no engendrado".[3]
>
> "En todas mis acciones he tenido presente la salvación de la humanidad"[4].

[1]Ibíd., I, pág. 509.
[2]Ibíd., I, pág. 553.
[3]Ibíd., II, pág. 43.
[4]Ibid., II, pág. 325.

El debate o argumento final está representado por la disputa entre la sabiduría egipcia y, encarnada por los gimnosofistas, la ciencia brahmánica en la que Apolonio había sido iniciado; lo cual, si consideramos que en aquel tiempo el pensamiento indio era menos familiar para los griegos que la sabiduría egipcia, repite el conocido esquema de la conquista de una nueva religión respecto de otra más antigua. No obstante, todo ello aparece hábilmente entretejido con el conflicto principal, en relación al cual no es sino un episodio. El combate se libra contra un malvado colega antagonista llamado Eufrates, que envidia al hombre de Tiana y decide destruirle tras ser derrotado por Apolonio en el intento por ganarse el favor de Vespasiano. Ingenioso intrigante, se dedicó a manchar la reputación del filósofo y consiguió indisponerle con los poderosos gimnosofistas. No obstante, Apolonio consiguió mantener unas relaciones aceptables con éstos después de la disputa, algo así como un estado de neutralidad armada. Una prueba mucho más penosa le aguardaba. Ya en el pasado había sufrido un juicio en Roma, a manos de Tigellino, acusado de impiedad hacia Nerón; pero había inspirado tal terror en Tigellino –quien le tenía por un dios– que terminó siendo puesto en libertad. La acusación hecha ahora al sabio por Eufrates, sin embargo, era mucho más grave. Según éste, Apolonio habría conspirado con Nerva contra el emperador Domiciano, y habría mutilado a un niño arcadio para, examinando las entrañas de la víctima, adivinar la fecha de la ascensión de Nerva al trono. Esta acusación, la más grave de todas –alta traición apoyada en magia negra–, comportaba la pena de muerte, y Apolonio fue advertido por su amigo Demócrito de que se mantuviera alejado de Roma a toda costa. Sin embargo, el filósofo creyó esa actitud indigna, y prefirió someterse al juicio y probar su inocencia. Encarcelado y tratado con crueldad, fue finalmente conducido ante Domiciano de forma amenazadora y ominosa; pero su personalidad produjo en Domiciano un efecto parecido al que había producido en Tigelino, y que recuerda al cambio operado en Penteo por "Dioniso".

> Y cuando se llegó a la cuarta pregunta –que hacía mención a Nerva y a sus amigos–, en vez de lanzarse a formularla con premura, guardó un tiempo de silencio y, tras una larga reflexión, y con el aspecto de alguien que se siente confundido, comenzó a hablar de una forma que sorprendió a todos; porque... dio largos rodeos...[1]

Apolonio contestó resueltamente, llamó a declarar a testigos de confianza, levantó el aplauso del público que estaba presente en la sala de justicia, y fue absuelto por el emperador, quien, con voz temblorosa, añadió que debía permanecer en Roma para mantener una conversación privada con él.

> De tal modo fortalecido, Apolonio dijo: "Te doy vivamente las gracias, mi soberano, pero me sentiría obligado a decirte que es a causa de estos herejes por lo que tus ciudades se hallan arruinadas, y las islas llenas de exiliados, y el país lleno de lamentaciones, y tus ejércitos llenos de cobardía, y el senado lleno de sospecha. Permíteme, si es tu voluntad, que hable; si no, ya que no puedes matar mi alma, envía a alguien para que mate mi cuerpo. Aunque no, tampoco puedes matar mi cuerpo, 'no puedes matarme porque, mira bien lo que te digo, no soy mortal'". Y con estas palabras desapareció de la sala de justicia...[2]

Y no sólo abandonó la sala de justicia "de una forma tan divina e inexplicable"[3] que dejó perpleja a aquella asamblea, sino que, sucediendo esto a mediodía, se apareció milagrosamente al anochecer ante Demetrio y Damis en Dicearquía, donde hubo de esforzarse en gran manera para convencerles de que no era un fantasma.

A pesar de la espectacularidad de su triunfo, hoy éste nos parece menos notable que la defensa que Apolonio había preparado por escrito

[1]Ibíd., II, pág. 281.
[2]Ibíd., II, pág. 283 (la cita pertenece a la *Ilíada*, XXII, 13).
[3]Ibíd., II, pág. 317 y sigs.

y que no tuvo ocasión de leer. Dicha defensa contiene algunos pasajes elocuentes, imbuidos en ocasiones de *pathos*, especialmente cuando prueba su inocencia de la acusación de magia negra por medio de una coartada.

> Nunca realicé sacrificios de sangre, tampoco lo hago ahora, nunca la he tocado, ni siquiera para derramarla sobre el altar... ¿Qué, entonces... hacía realmente aquella noche?... Filisco de Melos, alumno mío de filosofía durante cuatro años, se encontraba enfermo por aquellos días. Yo dormía en su casa porque sufría terriblemente de la enfermedad que le causó la muerte. ¡Ah, qué hechizos no hubiese practicado si con ello hubiera salvado su vida! Gustosamente hubiera aprendido las melodías de Orfeo, de haber existido tales, para traer al difunto de nuevo entre vosotros. Creo que hubiera peregrinado por él al mundo inferior, si tales cosas fueran posibles... El poco amor a la verdad con que se ha formulado esta acusación queda probado por el testimonio de estos caballeros; pues, según parece, no me encontraba en los suburbios sino en la ciudad; no extramuros, sino dentro de una casa; no con Nerva, sino con Filisco; no era responsable de la muerte de otro, sino que me encontraba rezando por la vida de un hombre; no pensaba en problemas de estado, sino de filosofía; no elegía a un revolucionario para suplantarte, sino que intentaba salvar a un hombre de mi condición.[1]

A lo largo de toda su defensa, Apolonio proclamó que había sido inspirado y asistido por los dioses, para, finalmente, declarar que no era mortal; pero el pasaje que acabo de citar parece negar tanto la posibilidad de un descenso al mundo inferior como la resurrección de los muertos, facultades ambas que se le reconocen en otras partes de su biografía. Este larguísimo documento puede pues pertenecer a un período anterior a *La Vida*, y puede también ser auténtico. La acusación de magia

[1]Ibíd., II, pág. 357.

negra, que persiguió a Apolonio durante toda su vida, incluso después de su muerte, es un alegato estereotipado que se levanta contra todos los magos; muy pocos consiguen librarse por completo de este cargo, y el reconocido empeño de la biografía de Filóstrato es borrar esta mancha asociada al nombre de su héroe. No obstante, para una mente moderna, resulta extraño que la persona más noble y bondadosa de toda esta casta fuera la que con más saña hubo de padecer esta condena, cuando, por ejemplo, Moisés nunca tuvo que enfrentarse a ella. La contaminación de las reservas de agua, la ruina de las cosechas, la plaga del ganado, las llagas y heridas de los egipcios, las tormentas y el granizo, la matanza de los primogénitos... estos milagros dirigidos contra los encarnizados enemigos de los israelitas podrían de modo perdonable pasar por magia blanca a ojos de estos últimos; no así a los de Apolonio, quien, situado en un nivel de civilización más elevado, nunca hubiera suscrito tal opinión, como se evidencia en aquella parte de su defensa en la cual hace alusión a la epidemia de Éfeso que había prevenido.

> Supongamos que entre los escitas o celtas, que viven junto a los ríos Istro y Rhin, se fundara una ciudad tan importante como Éfeso en Jonia. Se trataría de una poterna de bárbaros que rehúsan someterse a tu poder; supongamos entonces que está a punto de ser destruida por una epidemia, y que Apolonio descubre un remedio y los previene. Imagino que un hombre sabio sería capaz de defenderse a sí mismo incluso contra una acusación como ésta, a menos que, verdaderamente, el soberano deseara deshacerse de sus adversarios, no por el uso de las armas, sino por medio de una plaga; por eso yo imploro, mi príncipe, que ninguna ciudad sea nunca arrasada, ni para complacerte a ti, ni para complacerme a mí; no podría contemplar la enfermedad en los templos sin intentar evitar que aquellos que la padecen sucumbieran en ellos.[1]

[1]Ibíd., II, pág. 317 y sigs.

Éste es el *leitmotiv* de todos los milagros que se dijo llevó a cabo; todos ellos de un marcado carácter filantrópico. Apolonio no se encuentra ya en íntima conexión con el mundo de las cosechas y los rebaños que aparecen en las leyendas de Zoroastro, Moisés y Dioniso. Los banquetes mágicos de los brahmanes, sus copas y escanciadores mágicos muestran ya (como sucede en relatos semejantes sobre la figura de Salomón) la transformación de la realidad en la fábula, y allí donde la misión del primer hechicero era conseguir alimentos, y en esos términos se entendía la prosperidad de los hombres, el oro sustituye a los frutos de la tierra. Ya Empédocles se había jactado de las ilimitadas riquezas que su magia era capaz de procurar, tarea en la cual Salomón superó a todos los magos. El hombre de Tiana (como Pitágoras) despreciaba las riquezas, pero sabía dónde encontrarlas. El curandero y el adivino del oro se entremezclan en el siguiente relato. Conmovido por la triste situación de un padre con cuatro hijas a quienes debía procurar una dote, persuadió a éste de que invirtiera su modesto capital en un pequeño olivar y un jardín con colmenas. Los olivos produjeron una rica e inusual cosecha y compensaron con creces la inversión, si bien aquella estación fue significativamente mala para todos los demás. Hasta ahí la figura del curandero; no obstante, oculto en la tierra, se encontró también un tesoro, de forma que el padre, gracias a la infinita benevolencia de Apolonio, recibió riquezas por dos medios diferentes.

Este segundo Pitágoras, o semidiós predicador, era un notable sanador y exorcista. La detección y prevención de la epidemia de Éfeso (atribuida por sus enemigos a la hechicería) causó una gran sensación entre sus ciudadanos, ya que el sabio, reconociendo al demonio de la pestilencia bajo el disfraz de un viejo mendigo ciego, persuadió a éstos para que lo mataran a pedradas, y por medio de este drástico procedimiento liberó a la ciudad del terrible azote. Los apedreamientos y flagelaciones rituales, utilizados para prevenir las enfermedades, derivan de la práctica de las brujas-curanderas; mientras que la resurrección de los muertos se remonta a Elías, Eliseo y Empédocles. El relato tiene un tono precavido, tal vez buscando una

armonía con la actitud que Apolonio plantea en su defensa. La muchacha que devuelve a la vida había muerto en el mismo momento de su matrimonio. Filóstrato sugiere que quizá ésta se encontraba en trance y que, dándose cuenta de ello, Apolonio consiguió revivirla con el tacto de su mano y el sonido de su voz. No obstante, el acto adquiere un tinte milagroso. Durante su estancia con los brahmanes, curó a un muchacho endemoniado por medio de una carta dirigida al espíritu que le poseía, una carta llena de perturbadoras amenazas (obviamente, un encantamiento escrito); también curó a un cojo, a un ciego, a un paralítico y alivió los dolores de una parturienta. Este último milagro fue realizado por medio de una especie de magia imitativa propia de la época.

> Invitó al hombre a que, cuando su mujer se encontrase a punto de dar a luz a su nuevo hijo, entrara en su dormitorio llevando consigo una liebre y, tras dar una vuelta alrededor de su esposa, liberara a la liebre en el preciso momento...[1]

Curó a un muchacho que había sido mordido por un perro rabioso y sacó un demonio del cuerpo de un hombre joven que, si bien tenía una reputación licenciosa, antes de que Apolonio detectara en él la presencia del espíritu maligno, no era sospechoso de posesión.

> Cuando Apolonio fijó su mirada en él, el demonio que habitaba en su interior comenzó a dar gritos de furia y temor, tales como los que profieren los hombres bajo tortura; y el demonio juró que abandonaría el cuerpo del joven y que nunca más volvería a tomar posesión de hombre alguno. Pero Apolonio se dirigió a él lleno de cólera, como un amo se dirigiría a un esclavo astuto, rastrero e insolente, y le ordenó que al abandonar el cuerpo del joven ofreciera una señal visible de que lo había

[1] Ibíd., I, pág. 319.

> hecho. "Derribaré aquella estatua", dijo el demonio, y señaló una de las imágenes que se encontraban en el pórtico del rey, pues era allí donde tenía lugar la escena. Resulta casi imposible describir el vocerío y maravillado aplauso que se produjo entre los presentes cuando la estatua comenzó a moverse y, finalmente, cayó. El joven se frotó los ojos, como si acabara de despertarse, y vivió según el ejemplo de Apolonio de ahí en adelante.[1]

Demostrando poseer un notable poder sobre los espíritus, sometió la voluntad de un duende, domesticó a un malicioso sátiro, y desenmascaró y venció a una hermosa vampiresa que había hecho presa de su discípulo Menipo. Asimismo, invocó la presencia de Aquiles, cautivo en el mundo de las sombras, para conversar con él sobre la guerra de Troya. Para atraerlo, desdeñó antiguos métodos y rechazó la sangre derramada del sacrificio. Apolonio se limitó a orar según había aprendido de los brahmanes y el héroe hizo su aparición.

También poseía el don de la profecía y anticipaba numerosos acontecimientos, llegando a visualizar el asesinato de Domiciano, en el preciso momento en que éste se producía, a muchas leguas de distancia, al otro lado del mar. De nuevo, Filóstrato debe responder de la sospecha de hechicería que recae sobre sus poderes mánticos:

> Los brujos, a quienes considero los seres más infortunados de la humanidad, proclaman poder alterar el curso del destino valiéndose bien de la tortura de los espectros, de los sacrificios bárbaros, de ciertos encantamientos o unciones... Pero Apolonio se sometía a los decretos del Destino, y sólo predecía acontecimientos futuros, siendo sus predicciones revelaciones de los dioses y no actos de brujería.[2]

[1] Ibíd., I, pág. 391 y sigs.

[2] Ibíd., I, pág. 489. Conybeare traduce (εἴδωλον) como "espíritu perdido", lo cual es, a mi juicio, innecesario.

El mismo Apolonio habló así de la profecía:

> Pues los dioses perciben lo que el futuro guarda, y los hombres lo que sucede ante ellos, y los hombres sabios lo que se aproxima.[1]

Recordaba con gran detalle su existencia anterior, en la cual había sido timonel de un barco egipcio, y reconoció a Amasis, rey de Egipto, en la figura de un león domesticado, al que llevaban de un lado a otro como un perro, haciendo luego que se le rindieran los honores propios de su rango.

A excepción del característico elemento de peligro que rodea la infancia del héroe, ausente en este caso, la vida de Apolonio de Tiana conforma una leyenda completa. Asimismo, Apolonio contaba con todas las facultades propias de los magos prácticos: poder sobre la mente y el cuerpo de los hombres; control sobre la naturaleza, si bien no muy marcado; elevadas facultades mánticas, y control del espíritu, el cual incluía el poder de convocar las sombras de los muertos. Su objetivo, como él mismo manifestó, era el bienestar y la regeneración espiritual, no de una sola tribu, comunidad o país, sino de la humanidad; y, a pesar de las maravillas que salpican el texto, el marcado sesgo ético de la biografía de Filóstrato no permite en ningún momento que el lector olvide la cuestión principal. No es de extrañar, por tanto, que viviera en la mente de los hombres como una figura ejemplar, y fuera adorado como un dios; tampoco nos extraña que, a principios del siglo IV d.C., Hierocles utilizara su figura en las polémicas anticristianas, y declarara que Cristo no era más sabio, más prodigioso, ni más poderoso exorcista que el hombre de Tiana. Un propósito diferente parece haber guiado la redacción de la *Vida* de Filóstrato, quien da la impresión de ignorar por completo la existencia de los Evangelios. Su propósito era defender a su

[1] Ibíd., II, pág. 323.

héroe de la acusación de brujería. Con respecto a esta acusación, Eusebio, el apologista cristiano, se encargó de responder a Hierocles, proyectando oscurantismo (un segundo Éufrates) sobre la figura del sabio, y haciendo de él una burla salvaje. Eusebio le trató como a una mezcla de charlatán y brujo, aliado con un espíritu maligno que actuaba como su protector, y a través de cuyo diabólico intermedio exorcizaba demonios. Era lo mínimo que un campeón de la cristiandad podía hacer en los últimos y más amargos estadios de su lucha contra el paganismo, aun cuando al menos un escritor procristiano de época anterior había revelado un espíritu más abierto:

> Si Dios es el creador, y señor de todo lo creado, ¿cómo es posible que los talismanes de Apolonio tengan poder sobre partes de la creación? Pues podemos ver cómo éstos aplacan la violencia del mar y la fuerza de los vientos, el efecto del veneno y a las fieras salvajes.[1]

Furioso ante la comparación con Cristo, Eusebio no tuvo dificultades para contestar a esta cuestión. El uso del último grado de la magia negra era la respuesta. No obstante, la reputación de Apolonio sobrevivió a esta embestida y, en 1625, cuando Naudé escribió su defensa de todos los grandes hombres falsamente acusados de magia, este mago griego continuaba siendo una espina clavada en la piel de los católicos. Lejos de levantar la acusación que pendía sobre Apolonio, como hiciera con el resto de personajes de su libro, concentró sus esfuerzos en ridiculizarle, dudó de su existencia y le trató con dureza, como a un simple imitador de Cristo de segunda categoría. En el curso de esta filípica, enumeró todos los paralelismos existentes entre ambas historias, creando algunos parecidos más sorprendentes de lo que en realidad son, pero

[1] Pseudo-Justino, *Preguntas y respuestas para Ortodoxos*, supuestamente escrito el año 150 d.C., aunque probablemente posterior. El pasaje corresponde a la cuestión 24, citada por R.Gleadow, *Magic and Divination*, Londres 1941, pág. 72.

guardando silencio sobre el tema del origen divino. Estos son algunos de los ejemplos que utiliza como pruebas de la abyecta imitación:

1 La anunciación.
2 Los cisnes cantores y los ángeles anunciadores.
3 El rayo y la estrella de Belén.
4 Las cartas regias de homenaje a Apolonio y la adoración de los Reyes Magos.
5 El discurso de juventud de Apolonio en el Templo de Esculapio y de Cristo en el Templo.
6 Las cuestiones planteadas a Apolonio por Damis y otros discípulos y las planteadas a Cristo por sus discípulos.
7 La intervención de Apolonio en favor de un infortunado eunuco, y la mujer adúltera.
8 Un demonio descubierto por Apolonio en el Monte Cáucaso y la Tentación.
9 La incredulidad de los efesios y la de los judíos.
10 El exorcismo.
11 La muchacha resucitada por Apolonio y la hija de Jairo.
12 La inesperada aparición de Apolonio a Damis y Demetrio después del juicio y de Cristo en Emaus.
13 La ascensión de Apolonio y la de Elías y Enoc.

Es probable que, igual que sucede con la omisión del origen divino, Naudé omitiera la ascensión de Cristo por considerar demasiado blasfema la yuxtaposición de estas ideas, pero resulta extraño que esta omisión afecte también a las escenas del juicio y que ésta se produzca en favor de unos paralelismos más que improbables. Esta engañosa lista convencería sin duda a alguien que no conociese el libro que Filóstrato había plagiado de los Evangelios. Atendiendo a la verdad, el único episodio que podría dar esa impresión a una mente sin prejuicios es el que corresponde a la conversación entre Apolonio y Demetrio y Damis, cuando, en su reaparición tras el juicio, estos amigos le toman por un espectro.

> Después de lo cual, Apolonio le tendió la mano y dijo: "Tócame, y si me desvanezco, entonces será cierto que soy un fantasma venido a vosotros desde el reino de Perséfone, tal como los dioses del mundo inferior se revelan ante los afligidos por un gran duelo. Mas si resisto tu tacto, entonces persuadirás a Damis de que estoy vivo y no he abandonado mi cuerpo". Ellos no pudieron dejar de creer por más tiempo y, levantándose, se abrazaron a su cuello y le besaron, interrogándole por su defensa.[1]

De otra manera, los indudables paralelismos que existen entre ambas historias quedan explicados de forma más satisfactoria por su origen, una tradición común a todos los magos religiosos, a la naturaleza de los milagros que llevan a cabo y a los sucesos que les acontecen. Apolonio fue, sin duda, modelado en base a las figuras de Pitágoras y de Sócrates, pero la deuda de Filóstrato con los Evangelios parece del todo ilusoria. Sólo el análisis revela el parecido, y el análisis evidencia la esencial similitud que existe entre todos los relatos sobre los magos, al margen del tiempo, el lugar o la forma de los mismos.

[1]Ibíd., II, pág. 261.

IV
La caída del mago

(a) CRISTO

La caída del mago coincide en el tiempo con el declive del mundo antiguo y tiene su causa directa en la aparición de Cristo. Cuando los antiguos dioses se derrumbaron, arrastraron consigo a sus representantes mortales o semimortales –profetas, sacerdotes y magos– hacia la oscuridad y el destierro. Al margen de las distintas razones religiosas que explican esta caída, todo indica que la historia de los Evangelios estaba demasiado bien contada y debía de desalentar o, al menos, eclipsar cualquier imitación posterior. Tanto en su faceta de hombre-dios como en la de héroe de un misterio, Cristo representaba un límite más allá del cual la imaginación humana no podía continuar desarrollando la leyenda del mago. El contenido rompió el molde y sólo quedaron los pedazos. Lenta, pero progresivamente, la confusión de religiones mistéricas y cultos individuales fue absorbida o desterrada por la religión dominante. El escenario religioso que va de la muerte de Cristo al albor de la Edad Media en Europa encuentra cierto parecido con el Punjab, "la tierra de los cinco ríos": todos nacen de una misma forma, todos siguen un curso natural, el primero fluye hacia el segundo, y el segundo hacia el tercero, hasta que, finalmente, todos ellos se unen para formar la corriente poderosa de muchas aguas que recibe el nombre de Indo.

Aunque la vida de Cristo, tal y como se cuenta en los Evangelios, es demasiado conocida como para necesitar ser recordada aquí, resulta conveniente enumerar sus principales rasgos legendarios: el origen divino y el nacimiento milagroso; la anunciación y los prodigios que rodean la natividad; la infancia amenazada del héroe; y la iniciación a través de San Juan Bautista, una iniciación en la que pueden encontrarse huellas de un

agon, ya que el Bautista reconoce la superioridad de Cristo con respecto a él, de forma muy parecida a como Abaris se somete a la voluntad de Pitágoras. Pero la verdadera lucha se libra contra Satán, y en ésta el viejo dios-mago pierde un combate de fuerza espiritual. Este combate adopta, como en el caso de Zoroastro, la forma de una tentación, en la cual el poder y la fuerza terrenal actúan como cebo. De nuevo, como en el caso de Zoroastro, el combate se ve precedido por un largo y solitario ayuno. El rasgo más interesante y aparentemente simbólico de esta tentación es la negativa de Cristo a llevar a cabo actos de magia para probar su divinidad. El hecho actuó casi como una profecía según la cual la magia dejaba de estar permitida y pasaba a tener un contenido diabólico. Sin embargo, Cristo la practicaba, y sus milagros no difieren de las parecidas, a veces idénticas hazañas de sus predecesores y sucesores. La última cena o sacramento es una maravillosa sublimación de los banquetes sacrificiales, en los cuales el dios-salvador era comido, o representado de esta forma, por sus adoradores; y el juicio y crucifixión, junto a la burla, los golpes y los azotes, derivan de prácticas similares. La desaparición del cuerpo de su tumba era un rasgo de las leyendas sobre Aristeas; el descenso al infierno (mencionado por primera vez en los Efesios), la resurrección y ascensión también encuentran un precedente en los ritos. De hecho, la vida canónica de Cristo parece mezclar la historia y el ritual –de forma parecida a las *Bacantes* de Eurípides– y se lee como un misterio dramático que ha adquirido una forma épica, mientras la vida de Apolonio de Tiana aparece más como una novela histórica. Asimismo, se trata de la vida ritual más completa que ha sobrevivido hasta nuestros días. La huida a Egipto y el peregrinaje por tierras palestinas durante el período del ministerio representan el largo viaje.

Al margen de la doctrina predicada, la historia, contada de esta forma sencilla y fragmentada, carente de elementos extravagantes, fantásticos o increíbles en su método de presentación, estaba destinada a producir el duradero efecto que tuvo, en gran medida por el énfasis en su trágico y terrible final. Las muertes misteriosas y violentas habían sido una característica constante de la leyenda mágica; en este caso, sin

embargo, la tragedia del dios agonizante se representa de una forma solemne, eficaz e inolvidable, y Cristo aparece en todo momento como un "hombre atormentado y familiarizado con el sufrimiento"; humanizándose de esta forma lo que en las leyendas de Osiris y Dioniso habían sido misterios divinos, e inaugurando una realidad del sacrificio que asombró al mundo entero. Es más, el héroe de la que habría de convertirse en una gran religión mitológica parece haber sido un ser extraordinario:

> El Profeta de Nazaret no difería en temperamento o carácter de los nobles profetas del mundo antiguo. Como ellos, predicaba la religión del corazón; como ellos, atacaba las leyes ceremoniales; como ellos, consolaba a los pobres; como ellos, lanzaba invectivas sobre los ricos y los gobernantes... Si analizamos la figura de Cristo sólo por sus relaciones con aquéllos cuyas vidas breves y amargas purificó e iluminó con alegres ideales, podríamos tomarle por el perfecto modelo de un santo humilde y sufridor. Pero su carácter tenía dos caras y debemos considerar ambos aspectos... Jesús no fue capaz de desarrollar el espíritu del perseguidor en sus acciones, pero sí en sus palabras. Al creer que tenía el poder de condenar a sus criaturas-compañeros a la tortura eterna, condenaba anticipadamente a todos los ricos y a casi todos los judíos ilustrados.[1]

Este dualismo, presente en la figura del gran profeta, parece haber coloreado los relatos tardíos de su infancia. En su conjunto, estos escritos apócrifos sobre Cristo resultan extremadamente instructivos, ya que muestran el proceso creador de mitos, que tiene su origen en los Evangelios y continúa desarrollándose bajo su influjo. En el Libro de Santiago o Protevangelio, el milagroso nacimiento de la Virgen María y sus primeros años en el templo llevan el origen sobrenatural del dios veni-

[1] Winwood Reade, *The Martyrdom of Man*, pág. 176 y sigs.

dero aún más lejos, igual que sucede en el caso de Zoroastro. Aparecen entonces la concepción milagrosa, las dudas de José, la anunciación de Gabriel y los milagros que acompañaron el nacimiento de Cristo, añadiéndose nuevos hechos a los ya conocidos por los Evangelios. La creación entera se detuvo en el momento en que el niño llegó al mundo:

> ... una brillante nube ensombreció la cueva... E, inmediatamente después, la nube abandonó la cueva, y una gran luz se hizo en el interior de la cueva, una luz tal que nuestros ojos no podrían soportarla. Y poco a poco aquella luz fue retirándose hasta que apareció el niño: y tomó el pecho de su madre María.[1]

La similitud con la Gloria de Zoroastro es sorprendente, y el milagro de la curación producido por el contacto con el niño recién nacido también es semejante en Moisés; pero el autor del Evangelio de Tomás, que convirtió la infancia de Cristo en una saga heroica, dio un giro inesperado a la leyenda que se estaba desarrollando. El texto tiene muchos detalles en común con los relatos sobre otras deidades, pero los ensombrece a todos, ya que el autor parece haber tenido un gran conocimiento sobre la psicología infantil y conservado ciertos rasgos en el héroe adulto de los Evangelios. El revoltoso niño pintado por "Tomás" se comportaba de la misma forma que lo hubiera hecho cualquier niño vivaz y superdotado; pero, como para su asombro y horror se dieron cuenta quienes le rodeaban, sus palabras se convertían en acciones, y así, todos los que despertaban su cólera morían. La virulencia de Krishna, Heracles y Sigfrido, en su infancia, no es nada comparada con ésta; y el niño recibe el infamante calificativo de "pequeño y sobrenatural pendenciero". El resultado, como prueba Helena Petrovna Blavatsky en los relatos sobre el infante prodigioso y

[1] *Apócrifos del Nuevo Testamento*. Se cita en adelante por la traducción de James, Oxford 1926 (*The Apocryphal New Testament*), pág. 46.

enfant terrible, sería la combinación de poderes sobrenaturales con una mentalidad de niño.

Hay una mezcla de artificio infantil y erudición mágica en los juegos en los que se dice tomó parte: hacer gorriones de barro y dotarlos de vuelo; regar la tierra haciendo que los ríos fluyeran hacia pozos, probablemente con una intención seria, porque cuando un compañero intentó interferir en su juego, Jesús lo fulminó. Y con razón lo hubiera hecho ya que es bien sabido que, de no ser por la intercesión de los brujos en el suministro del agua, la tierra sufriría por la sequía. No obstante, allí donde la mayoría de los niños se hubiera contentado con lanzar una mirada fulminante, este niño podía matar de forma instantánea. Era también un cabecilla aterrador, deslizándose por un rayo de sol como si fuera la cosa más sencilla del mundo. Cuando le imitaban, los demás niños se caían y se hacían daño, aunque, amablemente, él les sanaba de sus heridas. Sin embargo, los cántaros que, imitándole, ellos colgaban de los rayos de sol, se rompían definitivamente. No así el suyo. De haber sucedido, tampoco hubiera sufrido ninguna regañina al volver a casa: cuando, una vez, rompió una jarra de camino al pozo, transportó el agua en su manto, siendo éste el mismo milagro que Renuka, la madre de Rama, efectuaba diariamente, según la leyenda hindú. Diferente en todo a sus compañeros, no toleraba la insensatez y mataba sin escrúpulos a cualquiera que le atacase, cegando a aquellos ignorantes adultos que le acusaban de asesinato; si bien estaba dispuesto a devolverles la vista tan pronto como se arrepentían. Dueño de poderes tan extraordinarios, adquirió una reputación diabólica y, algunas veces, era acusado de desastres en los que no había tomado parte. En una ocasión, un niño fue empujado o cayó del tejado de una casa de dos pisos muriendo en el acto. Jesús fue injustamente acusado de ser el responsable de la catástrofe. Él, inflamado de injuriada inocencia, saltó del tejado para resucitar a la víctima, de forma que pudiera testificar a su favor. Sabiéndose mucho más inteligente que sus mentores y maestros, se aprovechaba de ello, y convertía la vida de éstos en una pesadilla. Pero era un miembro inestimable de la familia, y llevaba a cabo actos prodigiosos en relación

con las siembras y las cosechas, un don heredado por el héroe ruso Ilia de Murom. Como un Sansón o un Heracles niño, podía estirar una rama de madera y darle la longitud deseada por su padre, José. También curó a su hermano Santiago de la mordedura de una serpiente, un milagro llevado a cabo por Krishna en su infancia. Era en contacto con otros niños cuando su beligerancia parecía mayor. Éstos parecen haber vivido bajo el reino del terror y huían de él, tan pronto le veían, para esconderse en una cueva o una bodega. Un día, las mujeres que estaban sentadas fuera, tratando de evitar que Cristo les encontrara, declararon que dentro sólo había cabras; tras lo cual, Cristo dio una orden y un rebaño de cabras salió saltando de su interior. Ante la súplica de las aterradas madres, les devolvió a su forma humana "y, desde ese día, los niños no pudieron volver a escapar de Jesús".[1]

Puede parecer verdaderamente extraño, pero la magia resulta el reverso de la justicia; aunque en este caso, a pesar de su rápida inclinación a la cólera y al desprecio, el niño no albergaba un carácter vengativo. Curaba y devolvía a la vida a aquellos que había herido y matado, y también a víctimas de accidentes. Cuando, inadvertidamente, estropeó unas ropas enviadas al tintorero, sumergiéndolas en una cuba de tinte negro, bastó la intercesión de su madre para que deshiciera el estropicio y les devolviera, una a una, los colores que el tintorero iba nombrando. A pesar de su carácter perjudicial, esta última historia ilustra la naturaleza infantil de todas sus travesuras. Los milagros relacionados con el acto de matar y resucitar representan el sueño infantil de la omnipotencia. Cualquier suceso podía deshacerse en un instante si se sentía inclinado a hacerlo. Esta noción infantil de la inmunidad de los inmortales se encuentra en la tradición que rodea a los niños, y la saga apócrifa de Cristo niño tiene la fascinación de la consistencia psicológica. Pero, incluso así, ¿actuaría un niño semidiós según los dictados de sus

[1] Ibíd., pág. 68.

ingenuos caprichos, si efectivamente un dios puede alguna vez ser niño? Por otra parte, consciente o inconscientemente, "Tomás" presenta al niño como padre del hombre que una y otra vez se vislumbra en los Evangelios. Su impaciencia ante el control maternal; su furia irracional contra una higuera que no da fruto fuera de estación y a la cual da rienda suelta a través de una fulminante maldición; el amargo abuso que hace de sus enemigos, condenados todos al infierno; su estallido de cólera y su violencia física contra los prestamistas en el templo; todos estos hechos recuerdan al niño malcriado que no puede tolerar ser contrariado. Pero el resplandor de la deidad que se desliza por un rayo de sol ha menguado.

El ministerio de Cristo sufrió pocas modificaciones en los textos apócrifos. No obstante, el conflicto entre el héroe y Satán se vio en gran medida agrandado en un fragmento copto. El diablo desafió a su rival lanzando redes y anzuelos en el desierto y jactándose de ello:

> No hay ningún mérito en pescar peces en el agua; el mérito es hacerlo en el desierto.[1]

Aunque supusiera un éxito inicial, el esfuerzo del mago rival por deshacer los efectos de la captura milagrosa de peces (y su botín de almas) llevada a cabo por Cristo se convirtió en un desastre para su adversario. Cuando se le pidió que repitiera su hazaña, se mostró de acuerdo, pero esta vez se vio rodeado por una gran nube de humo y su poder se desvaneció.

La historia de la pasión atrajo inevitablemente a los mitólogos que gustaban de adornar la narrativa de los Evangelios, y las escenas del juicio se vieron especialmente afectadas. En los Hechos de Pilatos el juicio

[1] Ibíd., pág. 149.

cobra más relevancia que la crucifixión, se adorna con muchos milagros concurrentes y se ve imbuido de un carácter fuertemente antisemítico, lo cual por supuesto resulta de la tendencia a exculpar a Poncio Pilato. Los principales cargos de los judíos contra el Mesías incluían la profanación del sábado, su autoproclamación como Hijo de Dios, la acusación de haber nacido de la fornicación y de ser un hechicero a quien se sometían todos los demonios, de forma que exorcizaba demonios por medio de Belcebú, su amo. Este cargo de magia negra ya había aparecido en los Evangelios, sin bien no en el juicio; no podía dejar de hacer su aparición en una escena de gran dramatismo, escrita para inspirar odio hacia los acusadores de Cristo, para repeler rumores hostiles y para colocar la divinidad del héroe lejos de toda sombra de duda. Con este último objetivo se nos ofrece también una descripción detallada de la resurrección de la que son autores los llamados testigos oculares. En ella éstos nos informan de los intentos de los judíos por probar que el cuerpo había sido simplemente robado. Los esfuerzos por combatir las explicaciones escépticas y racionalistas del milagro, ya visibles en los Evangelios, se vieron redoblados en los relatos apócrifos de la pasión. No resultan demasiado convincentes.

La aceptación de la crucifixión de Cristo es un asunto mucho más sencillo, ya que el amargo lamento de Pedro en el Evangelio: "Mi poder, mi poder, me has abandonado"[1] suena como una gran ola que, viniendo del mar de la leyenda, rompiera en la orilla de la vida. Está incluso más cargado de verdad emocional que el desgarrado lamento canónico, y alguien debió sin duda pronunciarlo, porque ningún escritor, ni siquiera un escritor de genio, pudo haberlo inventado nunca.

Una impresión totalmente diferente se recibe de los Hechos de Pilatos y del Evangelio de Bartolomé, que describen el descenso a los infiernos. Aquí, la literatura se ha encargado claramente de dar forma a

[1] Ibíd., pág. 91.

la leyenda. Se trata de un episodio extremadamente excitante y conmovedor, con un movimiento dramático: el regocijo de los profetas al darse cuenta de la próxima llegada del redentor; el terror del infierno y de Satán, la asamblea llena de pánico, los vanos esfuerzos por resistir; el glorioso clamor tras tantos años transcurridos desde los Salmos de David:

> Y, de nuevo, hubo un grito afuera: Abrid, príncipes, vuestras puertas, abrid las puertas eternas, y el Rey de la gloria entrará por ellas. Y, de nuevo, ante esa clara voz el Infierno y Satán preguntaron: ¿Quién es este Rey de la gloria? Y la voz maravillosa les dijo: El Señor de los ejércitos, él es el Rey de la gloria. Y, he aquí que el Infierno comenzó a temblar de repente...[1]

No era un poeta cualquiera quien imaginó esa escena y repartió los versos de David entre Cristo y los poderes infernales; ninguna mente vulgar hubiera podido describir la entrada del ladrón en el paraíso con su cruz. Pero fue un poeta y no un cronista de acontecimientos, quien vio y enfatizó el significado simbólico del árbol de la cruz que derrotaba al madero de la transgresión y el conocimiento de Satán. Se trata de la metamorfosis más memorable sufrida por el espíritu de la vegetación, que desciende y retorna. La leyenda de Orfeo y Eurídice es más bella, pero la *katabasis* de Cristo no tiene parangón en su grandeza.

La tentación de Zoroastro; la lucha entre Moisés y el Faraón, entre "Dioniso" y Penteo; el esplendor de Salomón; la pureza de Pitágoras, la defensa de Apolonio, la crucifixión y la *katabasis* de Cristo; estos rasgos notables de las leyendas antiguas justifican el título de esta primera parte del libro –"The Golden Age of Magic" (La Edad de Oro de la Magia)– y pueden apaciguar a aquellos que se sientan ofendidos por encontrar a Cristo entre los magos de la antigüedad. Pues la magia de aquellos tiem-

[1] Ibíd., pág. 133 y sigs.; Hechos de Pilato.

pos participaba de la naturaleza divina. Todos los grandes dioses eran magos, y se creía que todos los grandes magos recibían su inspiración de la divinidad. El Cristo de los textos apócrifos y de los Evangelios no era una excepción a esta regla.

Las hazañas apócrifas que se relacionan con la siembra y la siega, los milagros canónicos de los panes y los peces, la captura sobrenatural de los peces, el incidente de la higuera y la transformación del agua en vino, muestran la misma relación con el suministro de comida para la tribu que la que se encuentra entre los pueblos primitivos y aparece en las leyendas de magos, legisladores y dioses. En estrecha conexión con este aspecto se encuentra el poder sobre los elementos, descrito por Empédocles como parte de la influencia sobre las cosechas; pero reducidos a meros milagros de exhibición en el poder prometeico del niño Cristo sobre el fuego, el aplacamiento de los vientos y de las aguas y el caminar sobre las aguas. La conexión con el curandero de la antigüedad es todavía mayor. Siendo niño cegaba, hería y mataba a todos aquellos que le molestaban, pero se sentía igualmente inclinado a devolverles la salud y la vida tan pronto observaba un cambio en ellos. Siendo hombre curaba a los locos, a los paralíticos, a los leprosos, a los mudos, a los ciegos, a los enfermos, a la mujer con el flujo de sangre y a aquéllos afectados por la posesión del demonio. Su método oscilaba entre el exorcismo y la curación por la fe. La resurrección de los muertos, llevada a cabo tanto en su juventud como en su madurez, continuaba un precedente hebreo bien establecido. La moneda que bajo su dirección fue encontrada en la boca del pez, como el tesoro escondido descubierto por Apolonio, es un anticipo de que, en el futuro, más que ricas cosechas, el oro sería el objeto demandado a los magos. Cristo vio la proximidad de su propio fin, pero se equivocó al especular sobre el fin del mundo. La nigromancia, o la adivinación por medio de los muertos, es la única función entre los recursos de los magos que no practicó. Pero al elevar con él a Moisés y a Elías en su transfiguración, utilizó sus poderes con un afán de exhibicionismo mágico; y la liberación de los justos de las sombras del Hades, combina la nigromancia con la leyenda orfei-

ca y los sueños apocalípticos. Su poder sobre la mente de los hombres es realmente notable, si consideramos que se ha prolongado durante dos mil años y aún no se ha quebrado. Uno de los ejemplos de ese poder es la negación de la existencia de numerosas vías hacia la verdad, y de muchos dioses y magos, reducidos a señales junto a los caminos.

(b) SIMÓN EL MAGO

La historia de Simón el Mago es la primera leyenda totalmente desarrollada sobre la fortuna y destino del mago de magia negra, es decir, del adversario del démon conquistador de los ritos, que entra en escena como el héroe-villano de la acción. Como hemos visto, tanto Moisés como "Dioniso" practicaban una forma siniestra de magia, pero ambos se encontraban en el lado de los vencedores, justificados y triunfantes. No sucedió lo mismo con el infortunado Simón, alrededor de cuya legendaria figura se concentran las ideas más oscuras de la magia, fantásticamente iluminadas por la vívida imaginación de los primeros heresiólogos cristianos. Conocido como el fundador del gnosticismo, se convirtió en el mito del primer hereje de la antigüedad; culpable, por tanto, del pecado espiritual contra el Espíritu Santo, para el cual no existe perdón. Fue violentamente atacado de forma muy parecida a la de Apolonio de Tiana. Es decir, que fue acusado de charlatán y de demoníaco. La inconsistencia de esta doble acusación es sólo aparente. Se pensaba que el Padre de las Mentiras trabajaba en gran medida por medio del engaño, y que era capaz de poco más en el terreno de los milagros. Aunque ninguna de las hazañas que Simón proclamó haber llevado a cabo son comparables, por su carácter pavoroso, con las de Moisés, su crimen, como el de Salomón, inspiró un terror supersticioso, y su nombre, levantado contra Cristo, se convirtió en anatema.

El origen divino y la metamorfosis en divinidad habían sido asociados a la gran mayoría de magos del pasado o proclamados por éstos. Simón no se quedó a la zaga de sus predecesores y aseguró que era el

dios trascendente del cosmos gnóstico, o, en otras ocasiones, el redentor. El gnosticismo, como el zoroastrismo –del cual derivaba–, fue fundado sobre el principio de la dualidad.

> De esa hipótesis (1) se seguía que la materia era intrínsecamente maligna y que un mundo inferior estaba por encima del superior hacia el cual el alma deseaba escapar; (2) que el alma había nacido en el mundo superior y había caído desde éste, con anterioridad a su existencia consciente, como resultado de un desastre cósmico; (3) que el alma podía ser restaurada sólo por medio de una intervención divina, ya que su avance era detenido sin esperanza por su encarcelamiento en la materia. Las ideas que de esta forma se ofrecían a la especulación gnóstica fueron expuestas y elaboradas en términos de mito. Se asumía que la naturaleza espiritual del hombre derivaba de un ser divino que había caído del mundo de la luz al mundo de la oscuridad. El proceso de redención implicaba, en primer lugar, la restauración de este ser caído, y la restauración no podía llevarse a cabo sino por el voluntario descenso de otro ser Divino, de rango igual o superior. Puede decirse que el mito gnóstico, en todas sus variaciones gira en torno a estos dos seres: la Divinidad caída y el Redentor... la mezcla del principio superior con el inferior desarrolla un cosmos fuera del caos. Como agente de la creación, el gnosticismo asume un *Demiurgo*, quien... gobierna el mundo por él creado en la creencia de que él mismo es el Dios Supremo... Un rasgo singular del gnosticismo es la identificación de su Dios inferior con el Dios del Antiguo Testamento... No se identifica con Satán, pero se inviste de atributos inferiores y se limita a la única tarea de la creación ciega.[1]

El simbolismo más importante, que los responsables de la leyenda de Simón parodiaron en el mito de Simón y Helena, tiene un carácter sideral; de esta forma, el Logos y su Pensamiento, el Mundo-alma, que-

[1] Hastings, *Encyclopaedia of Religion and Ethics*, VI, artículo "Gnosticism", págs. 236-237.

dan simbolizados como el Sol (Simón) y la Luna (Selene, Helena); de la misma manera, en el microcosmos, Helena representa al alma humana caída en la materia, y Simón, a la mente que la redime.[1]

Éste es el bagaje mítico frente al cual Simón el Mago debía representar su legendario y lamentable papel. Su autoproclamación como redentor hizo que, inexorablemente, se le acusara de blasfemo, y si este hombre de paja luchaba contra un todopoderoso adversario (como probó la historia), fue inevitable que su vida, trazada según el patrón tradicional, representara el negativo de la foto, donde el blanco aparece como negro, y el negro como blanco.

Se dice que Simón el Mago aprendió magia en Egipto y fue iniciado en la secta de Dositeo, la cual estaba formada por veintinueve discípulos y por una mujer, Helena. Parece ser que Dositeo se proclamó manifestación del Eterno, supremo principio de la gnosis simoniana o presimoniana. Simón entabló y ganó un duelo mágico con Dositeo. Cuando este último intentó sofocar la rebelión con su vara, ésta pasó a través de su cuerpo como si fuera de humo, tras lo cual Dositeo reconoció a Simón como al Eterno, sometió a éste su liderazgo y murió poco después. Pero el verdadero combate aún no se había librado. Según la historia narrada en los Hechos, Simón el Hechicero era adorado como dios en Samaria, pero sus milagros se veían eclipsados por los de Felipe. Esto impresionó de tal modo al mago que se convirtió y fue bautizado. Aún más sorprendido se sintió al ser testigo de la forma en que el Espíritu Santo se ofrecía a la gente por la imposición de las manos. Pecando de ignorante, ofreció dinero para comprar este poder. Fue rectamente castigado por Pedro, se tragó el desaire y pareció arrepentirse de su pecado. Pero los cazadores de herejías no podían contentarse con un final tan insignificante para el supuesto fundador

[1] G.R.S. Mead, *Fragments of a Faith Forgotten*, Londres 1900, pág. 168. Otro nombre del Eón o Poder caído era Sofía.

del gnosticismo, cuyos peligrosos dogmas habían sido parcialmente aceptados por San Pablo. En verdad, Baur y sus seguidores, sorprendidos por la gran similitud entre los aspectos doctrinales de las controversias entre Pedro y Simón, y entre Pedro y Pablo, veían a Simón el Mago como un mero símbolo legendario de Pablo. No obstante, si el origen de la historia es verdadero, el símbolo se convirtió en realidad; y, aunque casi con seguridad la figura de Simón el Mago es ficticia, éste vive intensamente en su leyenda. La suya, como se describe en los textos apócrifos y en el pseudo-Clemente, fue una naturaleza demasiado jactanciosa como para que se contentara con jugar un papel secundario en materia de magia con respecto a cualquier hombre. La tensión y la fuerza de un espíritu que luchaba frenéticamente por encima y más allá de sí mismo no concuerda con los relatos hostiles de sus hechos y sentencias, y producen una clase de piedad punzante, de efecto contrario al perseguido. Uno comienza gradualmente a colocarse del lado del hechicero cuya fama se transformaba en infamia cada vez que se enfrentaba a Pedro, siempre pisándole los talones y condenándole ante los espectadores. Fue una lucha larga y agotadora, llena de vicisitudes de una naturaleza cada vez más desastrosa. El vigor de Simón comenzó a desfallecer; algo razonable si consideramos que hasta su propio perro testificó en su contra, y que un bebé de siete meses fue dotado con la voz de un hombre con el mismo propósito. Dominado por el pánico, arrojó sus libros de magia al mar, para evitar que Pedro se apoderase de ellos y le acusara de hechicería, y se dirigió precipitadamente hacia Roma, ciudad cuyo emperador y ciudadanos aún creían en su divinidad y seguramente le protegerían de su implacable adversario.

Pedro le seguía los pasos, acompañado por su una vez enemigo y ahora amigo Pablo; y el infortunado Simón fue conminado a defender públicamente su prestigio ante Nerón, quien envió a buscar a los dos rivales para presenciarlo. Pedro propuso una prueba muy sencilla; que Simón el Mago leyera sus pensamientos, le dijera lo que acababa de decirle a Nerón y cuál había sido la respuesta de éste.

Dijo Nerón: ¿Quieres hacerme creer que Simón no sabe estas cosas, alguien que resucitó a un muerto y se presentó al tercer día después de haber sido decapitado, alguien que ha hecho todas las cosas que dijo podía hacer? Dijo Pedro: Pero nunca las hizo delante de mí.[1]

Este era el punto crucial del asunto, e, inevitablemente, recuerda la diagnosis hecha por el adivino con respecto à la relación entre Antonio y César:

Tu démon, es decir, el espíritu que te protege, es
Noble, valiente, elevado, intachable,
Mientras que el de César no lo es; pero, cerca de él, tu ángel
Se sobrecoge de miedo, como si estuviera dominado: Abre,
Por tanto, un espacio suficiente entre los dos.[2]

Era esta íntima idea de que su poder se desvanecía en presencia de Pedro la que hizo que Simón eludiera el combate y no respondiera al desafío, lo cual contribuyó a que su rival se alzara con un nuevo triunfo. Un triunfo fácil, ya que, al amenazar Simón con enviar a sus ángeles para vengarse de Pedro, este último sabía a qué atenerse y se preparó para el asalto. Junto a él, Simón gritó lleno de cólera:

Que corpulentos perros vengan hasta aquí y lo devoren ante el César. Y, de pronto, perros corpulentos hicieron su aparición y corrieron hacia Pedro. Pero Pedro, tendiendo sus manos en oración, mostró a los perros el pan que había bendecido; ante lo cual, los perros dejaron de hacer su aparición. Entonces, Pedro dijo a Nerón: Mira, te he demostrado saber lo que Simón iba a hacer, no por medio de palabras, sino de hechos; en

1 P. M. Palmer y R.P. More, *Sources of the Faust Tradition*, Nueva York 1936, pág. 30 y sigs.; citado de los *Hechos de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo*.
2 Shakespeare, *Antonio y Cleopatra*, Acto II, Escena III.

> cuanto a él, después de haber prometido que traería ángeles contra mí, ha traído perros, y así demuestra que sus ángeles no se parecen a dios sino a un perro.[1]

En esta peligrosa situación, Simón se jugó el todo por el todo en un poder o un truco que le había hecho famoso. Declaró que al día siguiente ascendería a los cielos, y evidentemente confiaba en volar lejos y desaparecer como había hecho más de una vez en el pasado. Nerón, en absoluto reacio, ordenó que se construyera una elevada torre en el Campo de Marte y que todo el mundo y todos los dignatarios estuviesen presentes en el espectáculo:

> Simón subió, entonces, por la torre, frente a todos y coronado de laureles; tendió sus brazos hacia adelante y comenzó a volar. Y cuando Nerón vio cómo volaba, le dijo a Pedro: Este Simón dice la verdad, y tú y Pablo decís mentiras. A quien Pedro respondió: Inmediatamente sabrás que nosotros somos verdaderos discípulos de Cristo, y que él no es Cristo, sino un mago y un malhechor. Dijo Nerón: ¿Todavía persistes? Mira, no ves como asciende a los cielos... Y Pedro, mirando resueltamente a Simón, dijo: Yo os ordeno, ángeles de Satán que le lleváis por el aire, por el Dios que creó todas las cosas, y por Jesucristo, a quien al tercer día levantó de los muertos, que ceséis de engañar al corazón de los incrédulos, y que, a partir de este momento, dejéis de soportarle y permitáis que caiga. E, inmediatamente, viéndose abandonado, cayó a un lugar llamado Sacra Via, es decir, Vía Sagrada, donde se rompió en cuatro partes y pereció, víctima de un destino maligno.[2]

[1] Palmer y More, op. cit., pág. 31; citado de la misma fuente.
[2] Palmer y More, op. cit., pág. 33 y sigs. En los *Hechos de Pedro*, Simón se rompe la pierna en tres puntos y muere más tarde; cf. *Apócrifos del Nuevo Testamento*, pág. 331 y sigs.



3. "La muerte de Simón el Mago", de Benozzo Gozzoli

La frustrada ascensión de este mago con mentalidad de Ícaro es un claro ejemplo de propaganda contra la magia frente a la distinta naturaleza de los milagros. Filóstrato intentó trazar una línea divisoria entre ambos, si bien los primeros padres cristianos contaban con una prueba infalible: las maravillas producidas en el nombre de Cristo eran divinas; el resto, diabólicas; las primeras eran llamadas milagros, las segundas magia. Cristo rehusó llevar a cabo actos de magia cuando fue tentado por el diablo: Simón el Mago aseguraba constantemente que no era un mago, sino el Hijo de Dios. Su caída simboliza la caída en desgracia de toda una casta. La ascensión o la apoteosis dejó de ser, de ahí en adelante, un hecho esencial en la vida de los magos. Perdió su significado ritual y su función dramática como clímax de una acción, y pasó a ser, simplemente, uno de los muchos prodigios que los hechiceros llevaban a cabo. La alfombra mágica de Salomón fue el sustituto medieval de la antigua teofanía. Los corceles mágicos, las capas mágicas, las escobas de las brujas o las hadas de pantomima no son sino débiles reminiscencias de los días en los que los héroes, semidioses y profetas se elevaban a los cielos, y en los que los sabios se desvanecían en los templos o en encumbradas montañas. La gran era clásica de la magia se desplomó el día en que Simón el Mago cayó a la Vía Sagrada y pereció.

La frustrada ascensión había sido precedida por una falsa resurrección, llevada a cabo por un truco de magia. Simón embrujó a un carnero de forma que adoptara su fisonomía hasta ser decapitado "en un lugar oscuro"; el ejecutor se dio cuenta del engaño, pero no se atrevió a informar a Nerón, quien quedó perplejo al ver cómo éste reaparecía a los tres días, demostrando, supuestamente, que, como proclamaba, no era un mago, sino el Hijo de Dios. La sustitución del carnero puede derivar de la historia de Abrahám e Isaac, probablemente interpretada como un símbolo del cambio del hombre al animal que se produjo en los sacrificios. La hazaña en apariencia milagrosa de Simón tendría infinitas repercusiones. Sería extremadamente erróneo sostener que una anécdota legendaria o tradicional sucede en un momento determinado por primera vez; y las muertes falsas, entre las cuales bien puede haber

figurado la decapitación, eran una constante en los ritos. No obstante, este es el primer ejemplo que conozco en el cual un mago parece haber muerto decapitado y vuelve a recuperar su estado anterior. Un pasaje de *La vida de Apolonio de Tiana* de Filóstrato parece referirse a tal fenómeno; ello sucede cuando un tribuno hostil propone al sabio que se someta a la penosa prueba de la decapitación para probar su pretendida divinidad. En la tradición islámica, se decía que un judío llamado Batruni decapitó una vez a un hombre y volvió a unirlo con un golpe de su espada; en la Europa del siglo XIII, se creía que muchos magos habían llevado a cabo esta maravilla; y en el siglo XVI, si no antes, lo que Reginald Scot llamó la Degollación de Juan Bautista se había convertido en un conocido truco de prestidigitador. Es posible que tuviera su origen en la historia de Simón el Mago, en la cual la magia y la impostura se mezclan. Sin duda, marcó un punto de inflexión en las vidas legendarias de los magos. De ahí en adelante, sus resurrecciones, igual que sus ascensiones, se verían reducidas a hazañas realizadas esporádicamente.

Antes de analizar la lista de prodigios asociados a Simón el Mago o proclamados por éste, poniendo el acento en que en ambos casos éstos aparecen en los textos apócrifos o en los documentos clementinos, los prodigios que el mago era capaz de llevar a cabo eran tácitamente atribuidos al poder de las mentes de hombres alucinados, un poder que le abandonaba cada vez que un apóstol hacía su aparición.

> Hacía entrar en comedores a ciertos espíritus que eran pura apariencia y no existían en realidad... hacía que hombres con miembros amputados parecieran indemnes durante un corto espacio de tiempo, igual que los ciegos, y se dice que, en una ocasión, hizo que muchos muertos resucitaran y se movieran, como hizo con Nicóstrato. Pero Pedro no dejó de seguirle y de condenarle ante los espectadores.[1]

[1] Ibíd., pág. 331; *Hechos de Pedro*.

> Entonces, Simón se acercó resueltamente a la persona muerta, y ellos pusieron el féretro frente a él, y él se miró la mano derecha y la mano izquierda, y elevó su mirada al cielo, pronunciando muchas palabras: algunas de ellas fueron pronunciadas en voz alta, y otras secretamente y en voz baja. Y así se demoró durante largo tiempo, sin que nada sucediese, sin hacer nada, y la persona muerta (continuaba) yaciendo sobre su féretro. Y Simón el de Cefas se acercó a él de forma valiente y decidida... Y tan pronto la palabra de Simón fue pronunciada, el hombre muerto resucitó y se levantó de su féretro.[1]

Si tenemos en cuenta lo contrarios que los escritos antisimonianos eran con respecto a la magia, las maravillas que se asocian a Simón el Mago seguramente representan la clase de hechos con los cuales los apóstoles, rodeados de hechiceros, debían de lidiar. Si el mago antiguo era considerado un dios, es seguro que poseía un gran poder sobre la mente de los hombres. A su poder se atribuían los milagros de la curación y la resurrección de los muertos. También era aceptado que los espíritus le obedecían, si bien se trataba de espíritus malignos. Se jactaba de poder convertir las piedras en pan; de hacer crecer los árboles y los retoños; de hacer brotar hojas y frutos en un instante; de que podía ordenar a una hoz que segase y que ésta lo hiciese diez veces más eficazmente que cualquier otra. Resulta claro, por tanto, que la sangre del primitivo curandero había sido inoculada en sus venas. Debe notarse que este mago perverso no tuvo reparos en llevar a cabo uno de los milagros que Satán sugirió a Cristo. También hizo alarde de poder realizar el otro, y se arrojó desde cimas encumbradas sin sufrir daño alguno. Además poseyó el don de la invisibilidad, del vuelo y de la transformación, este último en alto grado. Podía transformarse a sí mismo y transformar a otros en cualquier forma deseada. Era inmune al fuego, podía romper los barrotes y cadenas de una prisión, atravesar las rocas como si estuvieran hechas de

[1] Palmer y More, op. cit., pág. 34 y sigs.; *Hechos de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo.*

barro y abrirse camino a través de las montañas. O, al menos, eso era de lo que se jactaba sin reparo, mientras muchos de sus enemigos daban testimonio de sus poderes de transformación. Más adelante, proclamó que podía animar a las estatuas, haciéndolas reír y bailar, y que había dotado de movimiento a una serpiente de bronce. Con anterioridad ya circulaban los rumores de tales milagros. Los brahmanes visitados por Apolonio tenían escanciadores autómatas; si bien el sabio griego, a pesar de alabar estas y otras maravillas similares, no se sintió inclinado a imitarlas; según los creadores de la leyenda, el trono de Salomón contenía imágenes de hombres, bestias y pájaros de todas clases, hechas de metal, que se movían y hablaban; los trabajos de Dédalo, la estatua de Memnón, las cabezas oraculares de la antigüedad y los hombres de arcilla animados de Prometeo fueron probablemente familiares en la Edad Media; pero es la hazaña que Simón el Mago proclamó haber realizado la que parece haber llevado a los magos medievales y a los escritores legendarios hacia la construcción del autómata. Este aspecto creativo de sus funciones apenas había figurado en las vidas de los magos de la antigüedad; de hecho, los gorriones de Cristo niño constituyen la primera señal del mismo, siendo el trono de Salomón una adición posterior. Pero las estatuas animadas de Simón el Mago no representan, ni mucho menos, sus innovaciones creativas más importantes.

En términos doctrinales, y como ya se ha hecho evidente, jugó el papel del Anticristo, es decir, del redentor gnóstico, venido para liberar las almas de los hombres, y para manifestar, entre otras cosas, que:

> La resurrección de la carne no existe, *sólo* existe la del espíritu: y que el cuerpo del hombre no es la creación de Dios; y, también con relación al mundo, que Dios no lo creó, y que Dios no conoció al mundo, y que Jesucristo no fue crucificado y era sólo una *apariencia* (es decir, que fue crucificado sólo en apariencia), y que no nació de María, ni de la semilla de David.[1]

[1] *Apócrifos del Nuevo Testamento*, pág. 288; *Hechos de Pablo*.

El Dios de este pasaje es el Dios trascendente del cosmos gnóstico; y, por lógica, era fácil colegir que el alma del hombre era superior al ser que había creado el mundo.

> Debéis saber esto, que el alma del hombre ocupa el siguiente lugar después de Dios, una vez liberada de la oscuridad de su cuerpo. Y que, inmediatamente después, adquiere la presciencia: por lo cual es invocada en la necromancia...[1]

Un alma que nunca hubiera poseído un cuerpo humano sería incluso más poderosa que un alma apartada y purificada por medio de operaciones mágicas, y Simón sostenía:

> He hecho... que el alma de un niño, impoluta y violentamente asesinada, e invocada por medio de inexpresables conjuros, me asistiera; y por todo ello digo que yo, por mi poder, habiendo convertido el aire en agua, y el agua en sangre, y habiéndola solidificado en carne, he formado una criatura humana –un niño– y realizado un trabajo mucho más noble que el de Dios el Creador. Porque Él creó un hombre de la tierra, mientras que yo lo he creado del aire, algo mucho más difícil; y de nuevo lo he deshecho y lo he devuelto al aire, pero no antes de haber colocado su retrato y su imagen en mi dormitorio, como prueba y memoria de mi trabajo.[2]

El característico giro gnóstico introducido por Simón el Mago en el arte de la necromancia, la idea de un alma más pura en poder de los vulgares mortales, derivaba de la actitud crítica que los gnósticos tenían con respecto al Dios creador. La creencia, también sostenida por Pablo, de que la materia es intrínsecamente maligna, condujo lógicamente a especulaciones sobre la naturaleza de la deidad que la había creado, situándola en

[1] Palmer y More, op. cit., pág. 16.
[2] Ibíd., pág. 18.

un puesto bajo de la jerarquía celestial. También incrementó extraordinariamente esa insatisfacción respecto de la humanidad y ese deseo de mejorarla que son una constante en el desarrollo de todas las religiones. La rectificación ensayada por Simón por medio de un ser hecho de elementos más puros se llevó a cabo en interés de la magia, especialmente de la adivinación. Este parece haber sido el punto de partida de los incesantes esfuerzos de los magos medievales y de los filósofos naturales por producir organismos vivos sin la intervención de la procreación. Pablo, que también desaprobaba la relación sexual, preparó el camino para el monasticismo. Los alquimistas medievales, por su parte, aspiraban a descubrir los secretos de la naturaleza, y algunos de ellos creyeron que ello podría conseguirse madurando en el laboratorio homúnculos femeninos y masculinos confeccionados a partir de sangre humana.[1] Experimentos sorprendentemente complejos de esta naturaleza eran defendidos, si no llevados a cabo, por inteligencias ingeniosas, cultas y trastornadas. Una de ellas fue la de Paracelso. Y la esperanza que siempre alentó a tales aventureros fue la nunca abandonada y siempre frustrada promesa de obtener la presciencia.

Otro de los aspectos del gnosticismo que se evidencia en las leyendas sobre Simón fue su asociación con una mujer llamada Helena, la divinidad caída también conocida como Sofía.

> Y el Pensamiento fue hecho prisionero por los Poderes y Ángeles que habían sido emanados por ella. Y sufría todo tipo de indignidades a sus manos, con el fin de impedirla ascender de nuevo hasta su Padre, incluso volver a ser prisionera de un cuerpo humano... De modo que ella, transmigrando de un cuerpo a otro cuerpo, y padeciendo por ello continuas indignidades, terminó incluso por arrendar un lupanar, convertida en "la oveja descarriada".[2]

[1] J. Scheible, *Das Kloster*, Stuttgart 1845 y sigs., III, pág. 524 y sigs., publica en *Magia Divina* un informe sobre este proceso.

[2] Mead, *Fragments of a Faith Forgotten*, pág. 169.

Este mito ilustra la mofa que de Simón hacían sus enemigos, quienes sostenían que la mujer era una vulgar prostituta de Tiro. No obstante, existía un concepto de ella más poético:

> ... traída de los altos cielos... Sabiduría, la madre de todas las cosas, por quien... los griegos y los bárbaros unidos en combate, fueron capaces de ver en alguna medida una imagen de ella; pero de ella, tal y como es, la que habita con el primer y único Dios, todo lo ignoraban.[1]

Aunque todo lo que se sabe de esta incorpórea compañera es que una vez fue vista por un gran número de personas simultáneamente inclinarse hacia adelante y mirar a través de todas las ventanas de una torre al mismo tiempo. El hecho de que se llamara Helena, también Luna y Selene, y fuera identificada por el Simon clementino como Helena de Troya, arroja la decadente gloria de la mitología griega sobre la figura del infeliz hereje que dio su nombre al pecado de la simonía, se levantó contra Cristo y tuvo un final tan lamentable. Si fue el primero de una larga serie de magos perversos en luchar infructuosamente contra el palidecido hombre de Galilea, fue también el primero, y durante largo tiempo el último, en honrar un símbolo de belleza sólo oscuramente entendido.

[1] Palmer y More, op. cit., pág. 15.

Parte II

Los siglos oscuros

*

I
Bajo la nube Cristiana

(a) CIPRIANO

Durante la época de Cristo, de sus apóstoles y de sus primeros discípulos, la doctrina que predicaban se vio confirmada por innumerables prodigios. Los lisiados andaban, los ciegos veían, los enfermos sanaban, los muertos resucitaban, los demonios eran expulsados, y las leyes de la Naturaleza quedaban suspendidas con frecuencia en beneficio de la iglesia.[1]

Si abandonamos a los Padres y nos adentramos en la Edad Media, nos encontramos con una atmósfera densa y cargada de lo sobrenatural. La demanda de milagros era casi ilimitada, y la oferta era igual a la demanda. Hombres de extraordinaria santidad parecían llevarlos a cabo de forma natural y regular, hombres cuyas vidas estaban plagadas de estos logros y que recibían la aprobación de la máxima autoridad de la Iglesia. En un hombre santo, la cosa más normal del mundo era que levitase en mitad de sus oraciones, que fuera visitado por la Virgen o por un ángel. Apenas había una ciudad donde no se mostrara alguna reliquia responsable de haber curado a un enfermo, o una imagen que no hubiera abierto y cerrado los ojos, o inclinado la cabeza hacia un ferviente devoto. Quizá más extraordinario, pero no menos increíble, era que los peces se hubieran agolpado en la orilla para escuchar la prédica de San Antonio; que fuera necesario cortar una vez al mes el cabello del crucifijo de Burgos, o que la Virgen del Pilar, en Zaragoza, atendiendo el ruego

[1] E. Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, ed. Bury, Londres 1897, I, pág. 69 y sigs.

> de un devoto, hubiera devuelto a éste una pierna que le había sido amputada. Hombres aparentemente afectados por enfermedades incurables sanaban de forma instantánea al tocar una reliquia de Cristo o de la Virgen... Visiones gloriosas anunciaban su descubrimiento, los ángeles les transportaban por el cielo. Si un misionero partía hacia el extranjero y se mezclaba entre los paganos, las señales sobrenaturales confundían a sus oponentes y anulaban a su paso a los poderes de la oscuridad. Se dice que si un príncipe cristiano desenvainaba su espada por una causa eclesiástica los apóstoles combatían del lado de su ejército y llevaban a cabo milagros para dispersar al enemigo.[1]

Esta caterva de testigos del poder sobrenatural investido por la Iglesia es la nube bajo la cual los magos luchaban por subsistir. La mitología, que se consolidaba para convertirse en teología, se rompió irremediablemente por el efecto de aquella fuerza, creando la angelología y la demonología, y sus contrafiguras humanas: los santos y los pecadores de la primera Iglesia cristiana medieval. Estas figuras estereotipadas del conflicto entre el bien y el mal resultaban casi inidentificables en un campo de batalla pisoteado por las fuerzas contendientes, siempre con igual resultado; mientras los prodigios se convertían en algo tan sumamente asequible que el esfuerzo de llevarlos a cabo apenas merecía pena. ¿Cómo podía un hechicero causar la menor impresión en un mundo en el que huestes de hombres santos podían, sin el menor esfuerzo, ganarle en su propio juego? El único camino que le quedaba abierto era el que Simón el Mago había tratado de ensayar: entrar cautelosamente en el seno de la Iglesia.

Entre la multitud de pecadores arrepentidos que aspiraban a la santidad y que pueblan las páginas de *La Leyenda Dorada*, las leyendas de San Cipriano y Santa Justina fueron muy populares desde el siglo XIV al XV; y, si bien encuentro escasa o ninguna justificación en ver a Cipriano

[1] W.E.H. Lecky, *History of the Rise and Influence of the Spirit of Rationalism in Europe*, Londres 1865, I, págs. 153 y 154.

como a un precursor del Fausto del siglo XVI, el estado en que nos llega su leyenda muestra cómo a ella están ligadas concepciones anteriores, al mismo tiempo que ilustra la rapidez de la caída de Simón el Mago; pues, si bien Calderón pondría más tarde el sello de su genio en el hombre a quien llamó el mago maravilloso, no fue exactamente bajo esta luz como su figura fue observada en un principio.

Es cierto que sus poderes mágicos fueron objeto de una falsa alabanza antes de su conversión, pero sólo para hacer más sorprendente esta última, y para demostrar que Cipriano de Antioquía (quien, casi con seguridad, nunca vivió fuera de las páginas de la fábula) fue una importante recompensa para la Iglesia. Iniciado tempranamente en las religiones mistéricas de Apolo, Mitra, Demeter y Dioniso, había realizado también muchos viajes, y estudiado magia en Egipto y entre los caldeos. *La Leyenda Dorada* interpretó sus iniciaciones como un acto de consagración al demonio, llevado a cabo por sus padres cuando tenía siete años. Tenía fama de dominar los elementos, la demonología y la profecía, igual que de poder invocar a los espíritus infernales. Podía transformarse a sí mismo y a otros en pájaros o en bestias; era un adepto de la necromancia; y, evidentemente, también practicó la nigromancia, ya que le son atribuidos el sacrificio de víctimas y la cesárea de mujeres embarazadas. La faceta de invocador de la lluvia, que le fue asociada tras su conversión, representa un vínculo entre el curandero y el sacerdote cristiano.

Un hombre tan poderoso asumiría sin vacilación la misión que le encomendara su amigo Acladio (Aglaidas): que ablandara el corazón de la virgen Justina a quien pretendía en matrimonio. Pero Justina se había convertido al cristianismo y abrazado una vida de castidad. Esto había conferido a la mujer tal poder sobrehumano que, tras hacer la señal de la cruz, e imitando a su modelo, la virginal Tecla, había molido a golpes a su pretendiente. Era recomendable hacer uso de la ayuda sobrenatural, y Cipriano la invocó, primero en favor de su amigo, y luego en el suyo propio. Invocó a un demonio, le expuso el caso y éste le aseguró un éxito rápido.

> Me convertí en apóstata de Dios [dijo el espíritu maligno con jactancia] por obediencia a mi padre; envié confusión a los cielos; hice caer ángeles de las alturas; engañé a Eva; privé a Adán de las delicias del Paraíso; enseñé a Caín a matar a su hermano; manché la tierra de sangre; hice crecer espinas y cardos; reuní multitudes; causé adulterios; enseñé a la gente a hacer un becerro; instigué la crucifixión de Cristo; hice temblar ciudades; derribé muros; dividí casas. Habiendo hecho todo esto, ¿cómo no voy a tener poder contra ella? Toma este filtro y rocía la casa de la doncella desde fuera, y el espíritu de mi padre se introducirá en ella, e inmediatamente prestará oído a tus palabras.[1]

Pero no contaba con su ejército, igual que Cipriano, "sin saber, pobre desdichado, que el poder de Cristo es insuperable".[2] La doncella se enfrentó con diferentes oraciones y la señal de la cruz a todos los ardides, maquinaciones y sofisterías de un demonio tras otro; superándo, finalmente, al príncipe de todos ellos. *La Leyenda Dorada* intentó dotar a esta conclusión, considerada inevitable, de un interés dramático, llamando la atención sobre los sufrimientos que no sólo Justina sino toda Antioquía tuvo que soportar.

> Y, entonces, con el consentimiento de Dios, fue hostigada con hachas y fiebres. Y el demonio mató a muchos hombres y bestias, y les obligó a decir que eran demoníacos, y que una gran mortalidad asolaría toda Antioquía si Justina no consentía en casarse y tomar a Cipriano. Tras lo cual, todos aquellos que estaban enfermos y languidecían a causa de algún mal se tumbaron a la puerta del padre y de los amigos de Justina, pidiendo a voces que se casara con él y librara a la ciudad del gran peli-

[1] Palmer y More, *The Sources of the Faust Tradition*, pp. 45 ff.; citado de la versión griega de *La Conversión de Sta. Justina y S. Cipriano.*
[2] Ibíd., pág. 45.

> gro. Justina rechazó estos ruegos con firmeza y todo el mundo la amenazó. Al sexto año de aquella mortandad, rezó por ellos y dio fin a aquella pestilencia.[1]

En vista del número de muertos, es una lástima que no ofreciera sus oraciones al principio de la epidemia. El desesperado esfuerzo de Cipriano y Acladio por acercarse a Justina adoptando una forma femenina, o, incluso, ornitológica, estaba naturalmente destinado al fracaso, igual que el también desdichado intento del demonio de hacer creer a Cipriano que había persuadido a la virgen, apareciéndose ante el enloquecido amante bajo el aspecto de ésta. Tan pronto Cipriano pronunció el nombre de la doncella, el pretendido súcubo se desvaneció como el humo. La historia terminó con una confrontación entre el mago y el espíritu malévolo.

> Profundamente avergonzado, el demonio se apareció ante Cipriano. Cipriano le dice: "Has sido conquistado por una niña. ¿A qué poder obedece su victoria?" El demonio dice: "No puedo decírtelo, porque vi una señal que me llenó de temor. Por eso retrocedí. Yo te conozco, júramelo y te lo diré". Dijo Cipriano: "¿Por qué quieres que jure?" El demonio dijo: "Por los grandes poderes que me asisten". Cipriano dice: "Por los grandes poderes, no me apartaré de ti". Armándose de valor, el demonio dice: "Vi la señal del Crucificado y temblé lleno de temor". Entonces, dice Cipriano: "¿Es el Crucificado más poderoso que tú?" El demonio dice: "Es más poderoso que todo. Porque por cualquier error o cualquier cosa que hagamos aquí recibiremos una recompensa en el mundo que vendrá. Porque hay un tridente de bronce, y ha sido éste calentado y está colocado en el cuello del pecador; y, así, con el siseo del fuego los ángeles del Crucificado le conducen al tribunal, que juzga a cada cual según

[1] Palmer y More, op. cit., pág. 55; citado de la traducción de Caxton de *La Leyenda Dorada*.

> sus obras". Cipriano dice: "Me apresuraré, por tanto, a hacerme amigo del Crucificado para evitar ser objeto de tal castigo". El demonio dice: "¿Me has hecho un juramento y ahora rompes tu promesa?" Cipriano dice: "Te desprecio y no temo a tus poderes".[1]

Y fue así cómo se convirtió, quemó sus libros de magia, y, según algunos relatos, él y Justina se elevaron en santitud y terminaron, él como obispo y ella como fundadora de un convento. Según otras versiones, ambos fueron perseguidos, torturados y, finalmente, decapitados como cristianos.

No obstante, incluso coronados como mártires de producción en serie, sus figuras no son precisamente edificantes. Cipriano parece saber bastante bien de qué lado espiritual le conviene colocarse cuando rompe bruscamente con el espíritu malévolo al que había jurado fidelidad. Y lo que es más importante, al aniquilar lo que pretendía ser un combate cósmico y desfigurar el primer plano, convierte la historia en una vulgar seducción con su inevitable acompañamiento de filtros de amor. Las implicaciones trágicas dan paso al interés amoroso, ese lugar común de la literatura europea occidental; y el interés amoroso, al convenio frustrado y mancillado por las nociones de castidad de Paulina:

> Y el demonio le dijo: ¿Y qué significaban entonces las palabras de Dios, cuando dijo: Creced y multiplicaos y colmad la tierra? Así pues, bella hermana, creo que si persistimos en la virginidad haremos vana la palabra de Dios...[2]

(b) TEÓFILO

Disminuida su gloria –aunque el mago aparece encarnado en la deprimente figura de Cipriano–, el héroe era todavía un mago pertrechado

[1] Ibíd., pág. 49; *La Conversión de Sta. Justina y S. Cipriano.*
[2] Ibíd., pág. 54; *La Leyenda Dorada.*

con sus poderes tradicionales. Ni esta distinción siquiera recibió Teófilo de Adana, cuya leyenda cautivó la imaginación de toda la cristiandad, desde el siglo VI al XVI; y, al igual que la de Cipriano, se contó en casi todas las lenguas europeas, enmarcándose inevitablemente en *La Leyenda Dorada*. Su expresión literaria más famosa fue el misterio dramático de Ruteboeuf, del siglo XIII. El héroe, un meritorio pero sumiso senescal de la Iglesia, atrajo sobre sí la desgracia al rechazar un obispado que se le había ofrecido de manera insistente; viéndose después acosado y perseguido por el hombre que fuera elegido en su lugar, y que, de hecho, le privó de su posición de senescal. En un principio, Teófilo soportó esta injusticia con resignación y fortaleza; pero no era lo suficientemente fuerte para sobrellevar la calamidad que había recaído sobre él, y la amargura se apoderó de su alma, la amargura y la autocompasión. En este sombrío estado, se dirigió a

> un perverso judío, un practicante de toda suerte de artes diabólicas, que ya había sumido a muchos en el profundo pozo de la perdición con sus consejos anticristianos.[1]

Pues en este período, se creía que todos los hechiceros eran judíos; y, lo que es peor, todos los judíos eran sospechosos de hechicería. Se contaban terribles relatos (brotes del árbol envenenado del antisemitismo) sobre sus matanzas de inocentes cristianos, cuya sangre se utilizaba en horribles ritos. Previamente, éstas o similares atrocidades habían sido propagadas por los paganos sobre los cristianos, una de las muchas maneras por las cuales la hostilidad hacia un culto extraño encuentra su terrible desahogo. El "detestable judío" quiso ayudar a Teófilo, advirtiéndole antes de que no se asustara de nada que pudiera ver o escuchar, y de que, bajo ningún concepto, hiciera la señal de la cruz. Tras lo cual, le condujo en medio de la noche a la plaza de la ciudad y

[1] Ibíd., pág. 62; *Milagro de la Virgen María relacionado con Teófilo el Penitente*, por Eutiquiano.

... le mostró, de pronto, criaturas vestidas con blancas vestiduras, que portaban gran número de palmatorias, y, sentado en medio de ellas, al príncipe. Eran el demonio y sus subordinados. El desventurado judío, tomando al senescal de la mano, le condujo a esta infame asamblea. Y el demonio le dijo: "¿Por qué has traído a este hombre ante nosotros?" Él replicó: "Mi amo, le he traído hasta aquí porque ha sido injustamente juzgado por su obispo y ha pedido mi ayuda". Dijo, entonces, el demonio: "¿Cómo podría ayudar a un hombre que sirve a su Dios? Si fuera mi sirviente y se contara entre los nuestros, le ayudaría de forma que fuera más poderoso que antes y gobernara sobre todo, incluso sobre el obispo". Y el pervertido judío dijo al infortunado senescal: "¿Has oído lo que te ha dicho?" Y éste replicó: "Lo he oído, y haré todo lo que me pida si me ayuda". Y comenzó a besar los pies del príncipe y a suplicarle. El demonio le dijo al judío: "Que niegue al hijo de María y aquellas cosas que son ofensivas para mí, y que ponga por escrito su renuncia sin reservas, y si las niega, yo le concederé cualquier cosa que desee". Entonces, Satán entró en el senescal y éste dijo: "Niego a Cristo y a Su madre". Y poniendo todo ello por escrito y derramando cera sobre la declaración, la selló con su propio anillo, y los dos se alejaron grandemente regocijados de su perdición.[1]

De ahí se siguieron una serie de acontecimientos no muy difíciles de prever. Por intercesión satánica, Teófilo fue restituido a su anterior cargo y, en muy poco tiempo, vio mejorar en gran medida su posición. Pero el miedo al infierno comenzó entonces a roer lo que, cortésmente, podría llamarse su conciencia, y estalló en prolongados, piadosos y lacrimosos lamentos, en los cuales se mezclaban casi por igual el remordimiento y el terror. Tan hondo era su clamor que llamó la atención de la Virgen María. Si bien, en un principio, se enfureció al escuchar lo que

[1] Palmer y More, op. cit. pág. 62 y sigs. En el tiempo en que el drama de Ruteboeuf fue escrito, el pacto se firmaba con la sangre de Teófilo.

había hecho, la Virgen no persistió en esta actitud. Tras varias conversaciones, en las cuales puso a prueba la sinceridad de su arrepentimiento, obtuvo para él el perdón divino, y la anulación milagrosa del pacto. Teófilo hizo entonces pública confesión de su horrible pecado ante el obispo y toda la congregación; el pacto fue quemado, y, tres días más tarde, en el lugar donde había tenido las visiones de la Virgen, el pecador tuvo un final edificante.

Mientras tanto, el verdadero mago, el execrable judío, juzgado y condenado, tuvo un triste final; si bien la importancia de su destino es menos relevante. Reducido al estatus de paria, al de mero intermediario, no era el héroe de la historia. La leyenda de Teófilo representa al mago antiguo en el nadir de su carrera. Si ya Cipriano había sido despojado de un origen divino y de una aprobación, el judío ni siquiera contaba con un nombre digno o un solo milagro que lo apoyara. Las huellas de la antigua tradición revolotean en torno a Teófilo, quien, en ningún momento de su vida llena de altibajos, fue mago. La iniciación fue el siniestro homenaje rendido a Satán. Los desesperados diálogos con la Virgen María –en los cuales imploró a ésta, obteniendo finalmente su mediación– son una débil y poco dramática muestra del último juicio ante una corte de apelación de la cual pocos magos, por no decir ninguno, escapaban. La última escena, un colofón al martirio de Cipriano, adoptó la forma de una confesión, seguida por la celebración de la misa y la transfiguración del rostro del penitente. Pero Teófilo no tomó parte en el conflicto o contienda, en ese gran combate contra un rival en pretensiones a quien se debía vencer. En este caso, se trata de un forcejeo con su alma, en el cual Satán y Dios son los protagonistas. Podemos verle débilmente, agazapado en el pórtico de la Iglesia, oscurecido por las sombras que las alas de Apolión proyectan sobre él, iluminado por la gloria de la Virgen, y completamente aplastado por el peso de ambas.

Y, sin embargo, a pesar de lo paradójico que pueda sonar, los magos medievales hubiesen estado perdidos sin Teófilo –alguien que no fue un mago en absoluto– pues éste devolvió la coherencia de la

acción dramática a sus vidas, unas vidas que se encontraban en un rápido proceso de desintegración. La triste situación en la que se encontraba y de la cual le rescató María, se convirtió en una situación estereotipada en el mundo de la magia: una batalla real librada entre demonios y hechiceros en torno a un pacto infernal. Los antiguos practicantes evocaban y tenían poder sobre espíritus a quienes se decía estaban asociados. La idea de un vínculo de sangre con los espíritus había hecho su aparición en la literatura judía mágica antes del nacimiento de Cristo. No obstante, aunque Cipriano tuvo una alianza con Satán, fue capaz de repudiarla con impunidad, por el simple hecho de romper su palabra dada. La noción de un pacto formal con el demonio, admitido por San Agustín y por otros Padres de la Iglesia, se adentró sigilosamente en la leyenda a través del relato de un tal Proterio liberado de las consecuencias de un pacto de tal naturaleza por San Basilio bajo el reinado de Juliano el Apóstata. Una vez la leyenda de Teófilo echó sus raíces, barrió con todo lo anterior. Un pacto escrito y firmado con sangre, en el cual se renunciaba a la cristiandad por unos servicios cuyo precio era el alma del signatario, se convirtió en elemento indispensable del bagaje del hechicero, igual que el libro, la varita mágica y el círculo. El pacto generó innumerables situaciones y una infinita serie de variaciones sobre el fecundo tema. Las estratagemas del demonio para conseguir ese compromiso en forma "legal"; sus perversas sofisterías sobre el plazo y el lugar de su vencimiento; los ardides de su adversario para dejar abierta una salida por la que poder escabullirse; los frenéticos esfuerzos por apoderarse del documento antes de que venciera su plazo de ejecución; la frecuente y triunfal intervención de un *deus* o *dea ex machina* a su favor; los ritos prescritos para hacer y deshacer los efectos de este acto impío; copias de especímenes; la inevitable inclusión de esta idea en la corriente paralela de la brujería, y los desórdenes, por no decir estragos, que en ésta causara... todo ello es una historia en sí misma, una historia profusamente ilustrada por sucesos funestos o espeluznantes de las vidas de aquellos magos medievales que alcanzaron una fama legendaria.



4. El milagro de Teófilo

(c) GERBERTO

Las escandalosas leyendas de papas nigrománticos conocieron su máximo esplendor en las postrimerías del siglo XIV y a lo largo del siglo XV, y se originaron en los círculos cismáticos. Los escritores luteranos hicieron, más tarde, uso notable de las mismas. Estas leyendas apuntan a la

gradual pérdida de prestigio espiritual de la iglesia católica romana, si bien no son demasiado interesantes en sí mismas. Benón, un cardenal cismático, que al parecer fue un terrible calumniador, declaró que, desde Juan XII (965-972) hasta Gregorio VII (1073-1085), había habido dieciocho papas nigrománticos, y que éstos se habían sucedido unos a otros en una ininterrumpida línea diabólica. Más tarde, se añadirían otros, entre los que por supuesto se incluye al Papa Juan. De Alejandro VI (1492-1503) se dice que superó en perversión a todos los demás.

Bartolomé Platina, ayudante bibliotecario del Vaticano, apoyó con el peso de su autoridad muchas de estas leyendas en su *Opus in Vitas Summorum Pontificum* (1479) y, en conjunto, esta creencia consiguió gran credibilidad en el siglo XVI, lo cual representa un signo de los tiempos. No obstante, las historias sobre Gerberto, quien se convertiría en Silvestre II (999-1003), derivaban de un estrato de ideas diferente, ya que algunas de ellas fueron transmitidas por William de Malmesbury (1095-1142). La reputación de hechicero de este papa se debió a la conjunción de dos factores. En primer lugar, se trataba de un hombre evidentemente erudito y dotado de raras cualidades; y en segundo, se creía que había estudiado en España, bien en Toledo o en Córdoba; siendo España, bajo el dominio musulmán o sarraceno, el país heredero de la sabiduría y la magia de Oriente.

Entre esos infieles, reputados maestros del arte, había uno –en cuya casa se hospedó Gerberto– que poseía un libro de magia incomparable: este libro otorgaba el poder de someter al demonio a la voluntad de su dueño. Gerberto decidió obtener este tesoro, pero el filósofo árabe se negó a desprenderse de él, y lo escondió bajo su almohada durante la noche. Gerberto descubrió el escondite mientras hacía el amor con la bella hija del sarraceno. Así pues, sólo tuvo que emborrachar a su posadero, robar el libro y escapar. Pero el mago fue tras él por tierra y por mar, y, siendo como era una persona muy versada en astrología, halló siempre el rastro de Gerberto consultando las estrellas. El fugitivo consiguió entonces confundirle, colgándose durante un tiempo de un puente, de forma que no tocaba ni la tierra ni el agua, y logró ganar la costa a salvo. Abriendo rápidamente el libro, y haciendo uso de sus

poderosos encantamientos, invocó a Satán, y el espíritu le llevó a salvo a la orilla opuesta. Desde aquel momento, no hubo para Gerberto una vuelta atrás. Había vencido a su poderoso rival y ahora concentró sus intereses en el pontificado. Con este fin, entregó su alma a Satán, por medio de un documento firmado, y, como recompensa, fue nombrado papa. Elevado al poder y abusando de éste de forma sorprendente, Silvestre II quiso como es obvio saber cuánto tiempo viviría para disfrutar de las delicias de su posición. Mientras se abstuviese de celebrar la misa solemne en Jerusalén, no tendría nada que temer. Quien es advertido, se arma para afrontar lo que venga. Silvestre II no tuvo dificultades en aprobar una abnegada ordenanza sobre la visita a Tierra Santa, y se entregó a una vida perversa y lujuriosa. Pero quien cena con el demonio necesita una cuchara muy larga. Al dar el sacramento en una iglesia desconocida de Roma, el malévolo papa sintió que su fuerza le abandonaba rápidamente, y se vio rodeado de demonios por todas partes. Al escuchar que el nombre de la iglesia era la Cruz Santa de Jerusalén, se dio cuenta de que había caído en una trampa y de que su hora había llegado. La impresión le abatió. En aquel lugar y a aquella hora, hizo una abierta confesión de su culpa y pronunció las más solemnes y conmovedoras advertencias contra el trato con espíritus malignos. Pidió que su cuerpo fuera despedazado y que, tras su muerte, fuera colocado en un catafalco de madera verde, tirado por dos caballos vírgenes, uno blanco y otro negro. Debía dejarse que los caballos fueran donde quisiesen. El lugar en el que éstos se detuvieran sería el elegido para su enterramiento. Se debió de producir una gran conmoción cuando esta extraña procesión fúnebre se detuvo ante la iglesia de Juan de Letrán; aún mayor debió de ser el terror producido por los profundos gritos y lamentos que venían del interior del féretro. Después, se produjo un silencio mortal, y Silvestre II fue depositado en la iglesia de Letrán para descansar allí eternamente. Pero "descansar" no es el término adecuado para este espíritu perturbado, cuyo terrible destino le había deparado una existencia postmortem de naturaleza fantasmal. Su tumba vertía lágrimas siempre que la caída de un papa estaba próxima, y sus huesos retumbaban siem-

pre que alguno de ellos estaba a punto de morir. Sin embargo, parece improbable que estuviera condenado por toda la eternidad como todo el mundo asumía, ya que, seguramente, los caballos llevaron su cuerpo a tierra consagrada por intercesión divina.

El verdadero Gerberto, a cuyos oídos llegó este terrible relato, parece haber sido un eminente filósofo y matemático. Hasta entonces, la magia había estado asociada a poderes extraordinarios, teñidos de un aura anormal o sobrenatural. Ahora, la edad dorada de la magia había terminado, y una siniestra interpretación se había unido a ella: la erudición y la ciencia eran artes sospechosas. Se creía que Gerberto mantenía trato carnal con el demonio, y que un espíritu familiar, bajo la forma de un hirsuto perro negro, le acompañaba. Se creía que tenía el poder de cegar a sus adversarios y de encontrar tesoros escondidos por medio de la execrable práctica de la necromancia. Este era su lado más oscuro. La tradición también asegura que fue el primero en introducir los números arábigos en el norte y oeste de Europa, y le atribuye la introducción de los relojes. Sólo un corto paso separaba esta modesta contribución de la creencia de que, en realidad, era su inventor. Se dice que un maravilloso mecanismo, construido por él en Magdeburgo, registraba todos los movimientos celestes, y los tiempos de la salida y la puesta del sol. Se daba por sentado que Gerberto había estudiado astronomía –y su hermana gemela, la astrología– en Córdoba, ciudad donde éstas habían florecido notablemente. Era la época de los vehementes sueños mecánicos, y William de Malmesbury dio fe de una serie de máquinas hidráulicas milagrosas, construidas en Reims por Gerberto, en las cuales el agua ejecutaba sinfonías e interpretaba fascinantes melodías. Más tarde, este historiador relató su propia visita a un mágico palacio subterráneo, erigido por Gerberto, cuya deslumbrante gloria se desvanecía al menor contacto con el mismo. Además, este extraordinario papa, descendiente directo de Simón el Mago, parece haber sido el primero de los numerosos magos medievales que, por medio de artes ilícitas, habían fabricado cabezas de bronce. Éstas, igual que un grupo de consejeros, daban respuestas inmediatas a cualquier tipo de cuestión, y, lo que es más

importante, adivinaban el futuro. No obstante, igual que sucediera con los oráculos de la antigüedad a los que habían venido a sustituir, su lenguaje era ambiguo. Fue la cabeza de bronce de Gerberto la que le engañó sobre Jerusalén; y no podía ser de otra forma, ya que había sido fabricada con la ayuda del demonio.

De otra manera, es difícil ver elementos de perversión en la avalancha de ingeniosos inventos que se atribuyen a Silvestre II. Su reputación negativa probablemente responde al hecho de que poseyera una mente superior a la normal. En cualquier caso, si tan sólo fue un representante de esa frecuente y desesperada perversión espiritual que se asociaba a las mentes elevadas, constituye también un ejemplo clásico del legendario practicante de magia negra de aquellos días.

II
Sombras postpaganas

(a) VIRGILIO

Durante éste y posteriores períodos, las mentes obsesivas de los escritores cristianos continuaron transformando el material legendario de los magos en edificantes historias de arrepentimiento, conversión y salvación, o en relatos que advertían sobre los castigos derivados de la iniquidad, como sucede en los casos de santos y pecadores descritos en el capítulo precedente. Una uniformidad ortodoxa se impuso pues sobre los mitos surgidos del ritual en tiempos prehistóricos; unos mitos que habían seguido su propio camino, adaptándose sin demasiado esfuerzo a las cambiantes condiciones, costumbres y creencias. Este crecimiento natural recibió los conscientes cuidados de la cristiandad, fue podado y modelado; y, encerrado en la cárcel del fervor religioso, se desarrolló extraordinariamente en una atmósfera artificial de asfixiante piedad. Si la humanidad, en su conjunto, pudiera alguna vez ser sometida por completo a una tiranía espiritual, todas las historias sobre hechiceros que se desarrollaron a partir de entonces y hasta los albores del siglo de las luces hubieran sido simples arabescos iluminados en las páginas de los libros piadosos, y fue ésta la principal tendencia del desarrollo literario que se produjo tanto antes como después de la Reforma. No obstante, las ideas paganas sobre la magia no llegaron a erradicarse nunca por completo. Continuaron en secreto, apenas alteradas por el credo dominante; persistiendo y ejerciendo su duradera fascinación sobre la mente humana. No obstante, las luces que proyectaron sobre la leyenda y la literatura fueron como luciérnagas en la noche, o jirones de nubes sobre los páramos, no como estrellas en el firmamento.

Las fuertes raíces de la creencia en personalidades extraordinarias dotadas de poderes sobrehumanos, junto a su menguante significación religiosa, quedan bien ilustradas en la interesante aparición de Virgilio, bajo la máscara de mago, a principios del siglo XI. Si el lapso de mil años que separa la muerte del poeta y su mágico renacimiento nos parece un fenómeno remarcable en sí mismo, la forma adoptada por la leyenda no es menos sorprendente. Si Virgilio iba a transformarse en un mago medieval, parecería que su obra poética, si no su misma vida, debería aportarnos alguna explicación del fenómeno; tanto más cuando la reverencia suscitada por su genio había provocado su posterior deificación en Roma, y sus obras se utilizaron con fines adivinatorios. Las *Sortes Virgilianae*, ya en boga entre los Antoninos (96-192 d.C.), siguieron siendo consultadas, como bien sabía Rabelais, hasta la víspera del Renacimiento.[1] Teniendo esto en cuenta, y considerando la bella y maravillosa *katabasis* contenida en la *Eneida*, los mágicos ritos mortuorios de Dido, los encantamientos de amor descritos en la octava égloga y la "profecía" de Cristo de la cuarta, uno esperaría encontrar algo comparable, en términos legendarios, a la augusta presencia contenida en la *Divina Comedia*. Pero éste no es el caso en absoluto. El mito medieval, en el cual persisten algunos débiles trazos de la vida real del héroe, ignoró las *Sortes Virgilianae*, y no hizo uso del descenso a los infiernos ni de la invocación hecha por Dido a los poderes de la oscuridad. Naturalmente, el "profeta" de Cristo tuvo mucho más éxito. Virgilio aparece bajo esta máscara en varias versiones de la leyenda, igual que camina y ronda el escenario de las obras mistéricas, unas veces acompañado y otras reemplazado por la sibila Cumana. De cualquier forma, su nombre probó ser uno de esos imanes en torno a los cuales las historias inconexas se congregan; en su caso, relatos fantásticos y, a menudo, muy pueriles derivados del folclore oriental y fuertemente enraizados en las *Mil y Una Noches*.

[1] *Gargantua et Pantagruel*, Libro III, Capítulo X.

Esta indiferencia casi total hacia la importancia histórica y literaria del héroe –quien ni siquiera es mencionado como poeta– sugiere un origen popular; y Comparetti, en su erudito estudio medieval sobre Virgilio, siguió el rastro de las leyendas transmitidas por Conrad de Querfurt, Gervasio de Tilbury, Alejandro Neckman, Juan de Salisbury y por otros autores del siglo XII, hasta su origen local napolitano. Éste enraíza en la fantasía supersticiosa que rodea la tumba del poeta, y que sobrevivió a toda memoria de su verdadera existencia y personalidad durante cientos y cientos de años. Esta fantasía, ayudada y encubierta por la curiosidad y las preguntas de los visitantes, se fue expandiendo gradualmente, abarcando otros monumentos locales; encontró su camino hacia la literatura, creció y se desarrolló a base de acrecencias; hasta que, en el siglo XVI, se había convertido en un todo perfectamente coherente. No obstante, los detalles biográficos se sobreimponían a la colección de milagros asociados al nombre de Virgilio, y no tenían otra misión que la de unirlos entre sí; no son el resultado de un crecimiento orgánico, si bien contienen elementos rituales.

El origen divino reclamado por los magos de la antigüedad, llamativo por no encontrarse en las vidas truncadas de Cipriano, Teófilo, Gerberto y otros de su clase, volvió a hacer una modesta aparición en algunas de las leyendas de Virgilio, según las cuales éste tuvo una ascendencia de naturaleza real, y fue el hijo del rey de Bugia, en Libia. Tampoco olvidaron por completo mencionar hechos portentosos acaecidos en el momento de su nacimiento, ya que Roma tembló cuando nació y una gran precocidad marcó los primeros años del futuro mago. Su iniciación en las artes ocultas se produjo de manera accidental. Según la versión más aceptada, se topó con un espíritu maligno que estaba prisionero en un agujero cerrado con tablas, y que, a cambio de su liberación, le ofreció el libro mágico de Salomón, o del maligno Zabulón. Virgilio aceptó el soborno y, luego, asustado por las proporciones del espíritu que había liberado, le engañó para encerrarlo de nuevo, al estilo de *Las Mil y Una Noches*. Este comportamiento tan poco distinguido ante un acuerdo de caballero hubiera hecho que su homónimo poético se

revolviera en su tumba; pero (como Cipriano e incontables más habían descubierto), cuando uno se las tiene que ver con los espíritus malignos, no se puede permitir el lujo de unos nobles principios. Y Virgilio estaba a punto de necesitar toda la ayuda que la magia pudiera procurarle en su lucha con el Emperador de Roma, con el fin de recuperar una propiedad de su madre que le había sido injustamente arrebatada. A pesar de lo prosaico que el *casus belli* pudiera parecer (seguramente basado en el carácter autobiográfico de la primera égloga), terminó por convertirse en una perfecta contienda mágica, en la cual también tomó parte el hechicero del Emperador. Después de arrebatar sus legítimas cosechas de manos de los usurpadores de su propiedad por medios mágicos, Virgilio protegió su castillo con un infranqueable muro de aire; logró deshacer el hechizo proyectado sobre sus defensores a quienes el hechicero rival había sumido en un profundo sueño; por medio de un encantamiento, hizo que los agresores se creyeran rodeados y sumergidos en aguas profundas; y, de esta forma, paralizó a todo su ejército y consiguió la victoria. Aunque el pasaje del Mar Rojo pudo servir de modelo a su posterior hazaña, el fantástico *agon* está completamente desprovisto de severidad mosaica o de cualquier interés humano.

Las mentes contemporáneas hallaron interés en los numerosos asuntos galantes de Virgilio, ninguno de los cuales favorecía al bello sexo, ni (desde el punto de vista moderno) al héroe. El más popular es el relato de Febila, tomado enteramente de un *fabliau* y famoso en la literatura medieval mucho antes de que se asociara a Virgilio. La malvada joven dio a entender que aceptaba gustosamente el cortejo del mago, cuando en realidad quería ridiculizarle, y le dejó suspendido en una cesta a media altura del muro de su dormitorio para que toda la ciudad se burlara de él a la mañana siguiente, desafortunadamente para él un día de mercado. Pero el hechicero, que había sido incapaz tanto de adivinar el engaño como de escapar de la burla, era lo suficientemente poderoso y despiadado como para vengarse de la forma más desagradable. Haciendo uso de sus artes privó a toda la ciudad de fuego, el cual los ciudadanos sólo podían obtener, individualmente, de entre las piernas de Febila, a quien

había suspendido de un andamio en camisón. Tras lo cual, desapareció, no sin antes haber dispuesto que el castigo de Febila durase tres días.

Después, se vio envuelto en una larga y absorbente relación amorosa con la hija del Sultán de Babilonia, a quien visitaba y transportaba a Nápoles por medio de un mágico puente de aire. Por último, le construyó un maravilloso palacio; si bien rehusó a casarse con ella y la dio en matrimonio a uno de sus caballeros. Su verdadero matrimonio, que se produjo después de sus amoríos orientales, no debió de ser muy afortunado a juzgar por su posterior actitud hacia las mujeres. Esto reflejaba con bastante fidelidad los resultados de la combinación de cristianismo y caballería, unas ideas aceptadas por todo el mundo en aquel tiempo:

> ... no hubo nunca en la historia del mundo un tiempo en el que las mujeres fuesen más insultadas, más vergonzosamente vilipendiadas o difamadas que en la Edad Media... El número de anécdotas, triviales u obscenas, que arrastran a las mujeres por el barro es sencillamente infinito.[1]

Es la falta de significado y la trivialidad de la vida legendaria de Virgilio en su conjunto lo que ayuda a medir la distancia que separa a los magos medievales del mago de la antigüedad, una distancia ligeramente acortada sólo por las distintas versiones de su muerte. Los creadores de leyendas, que intentaron sintetizar la figura del hechicero con la del profeta de Cristo, le permitieron que se arrepintiera de sus prácticas malignas antes de su final. Después de hacer pública confesión de su fe en el cristianismo en un banquete de despedida, murió de la forma más edificante, con un libro de teología entre las manos y sentado en un sillón en el cual había grabado todos los sucesos descritos en el Nuevo Testamento. A esta escuela de pensamiento también pertenece el relato de la búsqueda por San Pablo del cuerpo del profeta pagano, que encon-

1 D. Comparetti, *Vergil in the Middle Ages*. Traducción, Benecke, Londres 1908, pág. 326.

tró en una cámara subterránea situada entre dos cirios y rodeada de libros. Un mecanismo automático de mayales guardaba los restos incorruptos. San Pablo desactivó el mecanismo para acercarse al cuerpo, tras lo cual todo se redujo a polvo ante sus ojos.

No obstante, la cristianización de la leyenda de Virgilio fue sólo ocasional. Según otras versiones, desapareció misteriosamente en medio de un temporal; o, desoyendo las advertencias de su oráculo de bronce, sufrió una insolación y murió. Estas versiones guardan relación con la verdadera vida de Virgilio y con el relato de la muerte de Gerberto, consecuencia también de la malinterpretación de las palabras de la cabeza de bronce que había construido. El autómata de Virgilio le dijo que tuviera cuidado con su cabeza, hecho que él interpretó como una advertencia de que guardara el oráculo. La versión que terminó por prevalecer sobre las demás hace referencia a un frustrado rejuvenecimiento. Al ver cómo se acercaba su vejez, Virgilio resolvió engañar a la muerte recuperando su juventud. Los medios empleados fueron tan horribles como peligrosos y, con toda probabilidad, provienen de las operaciones que Medea llevó a cabo en las figuras de Esón, Jasón y Pelias. Un criado fiel fue persuadido, contra su voluntad, de cortar a su amo en pedazos pequeños y de colocarlos en un barril con sal por espacio de nueve días; período durante el cual una lámpara que colgaba sobre el barril debía ser alimentada a diario con aceite. El éxito del experimento dependía de que el barril permaneciera intacto durante todo aquel tiempo. Desgraciadamente, el emperador, quien ahora sentía un gran apego por el mago, extrañó su presencia al cabo de siete días; sonsacó al criado el paradero de su amigo; obligándole luego a que forzara el mecanismo automático que guardaba el castillo y a que le condujese hasta el barril. Tras revolver el contenido de éste, reconoció la cabeza de Virgilio y mató al criado. Poco después, él y su séquito vieron cómo el cuerpo de un niño desnudo daba tres vueltas alrededor del barril, corriendo y gritando: "maldita sea la hora que aquí te trajo",[1] tras lo cual desapareció para no ser visto nunca más.

[1] *Early English Prose Romances*. Ed. Thoms, Londres 1858, II, pág. 58.

El niño desnudo es una adición medieval a la "caldera del apoteosis" de Medea, y figuraría más tarde en el legendario final de Paracelso, quien en sus escritos habla de Virgilio el mago. La historia refleja el modo en que la tradición de la resurrección o la regeneración se distorsiona con un final desastroso –igual que en el caso de Simón el Mago– probablemente porque la posibilidad de que tal milagro fuera llevado a cabo por un simple mago había dejado de ser creíble; en cualquier caso, éste continúa siendo el rasgo más interesante de la misma. Más tarde, incluso se atribuyó a los huesos del hechicero una especie de inmortalidad; se dijo que éstos protegían a la ciudad de Nápoles y que causaban fuertes tormentas al ser expuestos.

Pues fue bajo la figura de protector como Virgilio recibió múltiples honores en Nápoles; un protector capaz, según la tradición, de todo tipo de acciones prodigiosas, tanto defensivas como ofensivas, de naturaleza activa o pasiva. La conexión tradicional con el suministro de comida resulta evidente en el encantamiento por el cual devuelve a su heredad las cosechas de sus enemigos. También poseía un jardín mágico donde nunca llovía. Dicho jardín estaba protegido por un muro de aire, con el fin de que los pájaros no pudiesen escapar. Se jactaba de hacer que los árboles frutales dieran fruto tres veces al año, y sus espíritus iban a buscar para sus banquetes los platos servidos en los festines de sus adversarios. Pero estos milagros eran marginales y mucho menos característicos de Virgilio que sus maravillosos mecanismos para prevenir el mal. Una mosca de bronce y una sanguijuela de oro preservaban a la ciudad de estas pestes; y un caballo de bronce, construido por medio de sus poderes mágicos, protegía de fracturas los lomos de todos los corceles de la ciudad, sin importar la carga que soportaran.[1] Sus baños curativos de Puteoli prevenían o curaban todas las enfermedades conocidas por el hombre, de forma que de una manera u otra se comportaba como lo hubiera hecho un honesto curandero. Por otra parte, la estatua –derri-

[1] Talismanes iguales a estos fueron atribuidos a Apolonio de Tiana.

bada dos veces por su mujer, e inhibidora de la pasión sexual de las mujeres napolitanas– nos lo muestra como a un obstructor y no como a un promotor de la fertilidad, como a un brujo maléfico y no como a un mago de magia blanca, si bien fiel a esa tergiversada tradición que convirtió a Justina en una santa. Las mujeres de hoy quizá puedan perdonar a Virgilio de quien se dice fue el primer inventor del refrigerador, un mágico tajo de carnicero, que garantizaba el frescor de la carne por un tiempo indefinido.

Estos ingeniosos inventos y otros del mismo tipo fueron ensombrecidos por los maravillosos autómatas de su creación, máquinas inteligentes que anticipaban los robots del futuro. Jinetes o caballos mecánicos protegían las calles nocturnas de ladrones, pícaros y asesinos; y la temible *bocca della verità* (conocida con anterioridad, pero ahora atribuida a él) hizo algo más que la estatua inanimada para promover el comportamiento virtuoso entre las mujeres; pues, con el brazo introducido entre sus despiadadas mandíbulas, esta horripilante cabeza de mármol cortaba de un mordisco y automáticamente la mano de una esposa que juraba en falso sobre su fidelidad; una terrible prueba de castidad que, sin embargo, el ingenio femenino fue capaz de burlar en una ocasión, para el impotente disgusto de Virgilio. La *salvatio Romae*, más agradable de contemplar, era sólo terrible para los enemigos de Roma. Consistía en un elaborado mecanismo, erigido sobre el Capitolio, por medio del cual la estatua de cualquier provincia o reino que veía una amenaza cernirse sobre la Ciudad Eterna tocaba una campana y señalaba en dirección al lugar de donde venía el peligro. Este ingenio, que probablemente derivaba de la leyenda de los gansos, fue finalmente destruido por un astuto ardid cartaginés. Haciendo creer que cavaban bajo el Capitolio en busca de oro, unos emisarios enemigos la derribaron. Uno tras otro, todos los talismanes de Virgilio encontraron el mismo destino, y así hasta que él mismo dejó de existir.

El relato de sus maravillosos inventos y de sus poderes milagrosos no termina, ni mucho menos, con los pocos ejemplos que he ofrecido aquí. Pero ya es suficiente. Este Salomón medieval erigió también pala-

cios, y fue, de hecho, el mayor constructor medieval, muy por delante de Gerberto. No obstante, al no existir un soporte real tras la figura fantástica del maravilloso mago, ni una sanción religiosa, histórica o poética, todo se desvaneció.

(b) MERLÍN

La historia de Merlín, el más famoso de todos los magos medievales, produce una impresión totalmente diferente. Abandonar la bulliciosa vida y las actividades optimistas de Virgilio para encontrarse con la oscura y misteriosa figura que mira al lector con ojos salvajes y melancólicos en la *Vita Merlini*, es como entrar en otro mundo. Este poema latino –hoy en día atribuido unánimemente a Geoffrey de Monmouth, y escrito en 1148– destila esa atracción universal que responde, si no a su verdad histórica, sí a su verdad emocional; y deriva, con toda seguridad, bien de manera directa o indirecta, del quizá histórico bardo galés del siglo VI, Myrddhin Wilt, o Merlín el Salvaje. Según la tradición, este infortunado poeta perdió la razón durante una batalla, abrumado por el dolor que le produjera la matanza de sus amigos. Se dice que una visión de luz insoportable trastornó su mente durante la refriega; también una voz le gritó al oído que era culpable de la sangre derramada en el campo de batalla, y que debía, de ahí en adelante, vivir en los bosques entre las bestias salvajes. Los poemas galeses del siglo XII y posteriores hacen referencia a esta trágica figura; otros reproducen diálogos entre Myrddin y Taliesin, y entre Myrddin y su hermana Gwenddydd; y, por último, otros se le atribuyen a él. A pesar de la escasez y oscuridad de los detalles que pueden extraerse de estas fuentes, estos contribuyeron a crear la imagen de un poeta triste, acosado por el dolor y el remordimiento, que vivía en parajes solitarios, lamentando glorias pasadas, que mantenía contacto con espíritus y pronunciaba extrañas profecías en estado de éxtasis:

Diez y cuarenta años, como juguete de seres sin ley,
He vagado entre espíritus, en las tinieblas.[1]

En el poema de Geoffrey, este bardo celta, dotado de poderes proféticos y de una extraña clarividencia, recobró la razón al beber las aguas de un manantial mágico. Ninguna mención se hace de su muerte o de su nacimiento. No obstante, en la *Historia Regum Britanniae* (1135-47), Geoffrey ofrece nuevos y más concretos detalles sobre Merlín, y, de hecho, lo describe desde un ángulo diferente, que sería el comúnmente aceptado por los romanceros posteriores. Su fuente para la *Historia* fue la *Historia Britonum*, escrita en el siglo IX por "Nennius", quien introduce la figura de un rey-profeta, Ambrosio, nacido sin padre –su madre, al menos, declaró que no había yacido con hombre alguno–, si bien Ambrosio decía ser el hijo de un cónsul romano. Geoffrey identificó a Ambrosio con Merlín; hijo, según él, de un padre-demonio que había seducido a una monja. Más tarde, la paternidad del profeta fue atribuida al mismo Satán, después de que un consejo de demonios hubiera aprobado el nacimiento del Anticristo por medio de esta especie de contra-encarnación. No obstante, la madre se arrepintió y confesó su pecado; el infante fue bautizado por San Blas; y, poseedor de poderes milagrosos, escapó del estigma del maligno. Sin duda, la maravillosa salvación de su madre en el momento de su nacimiento fue la primera revelación de su origen sobrenatural. En cualquier caso, independientemente de la forma honesta o pecaminosa en que fuera engendrado, el hecho de que no fuese hijo de un vulgar progenitor cobró una gran importancia en la literatura. Y, en conjunto, el Merlín de la *Historia* –que incluía una serie de profecías– ensombreció la figura del héroe de la *Vita Merlini*, tanto en los numerosos romances en prosa y verso escritos

[1] Del poema galés *The Avallenau*, atribuido a Myrddin. Edición de Parry, de la *Vita Merlini* de Geoffrey de Monmouth, *University of Illinois Studies in Language and Literature*, Illinois 1925, pág. 129.

sobre él, como en el resto de obras que pertenecen al ciclo artúrico y en las cuales aparece incidentalmente. Esto armonizaba con el espíritu de una época que amaba los hechos prodigiosos por encima del misterio y la melancolía; y, de hecho, los romances en los cuales Merlín es el héroe principal tienen un lado tedioso y prolijo. Sin embargo, nunca perdió del todo ese indescriptible encanto del cual le dotó la imaginación celta, a través de Geoffrey, y en base al cual Malory, Spenser, Tennyson y Swinburne crearon el sello de la gran poesía. Verdaderamente, no hay ningún mago en la historia tan marcado por el glamour. La carrera poética póstuma del mayor mago del mundo abrió una senda, a través de la literatura, de ramificaciones infinitamente fascinantes. El rastro de Merlín conduce al bosque encantado de Brocelianda, donde la magia se libera del ritual, de la reverencia debida a la religión y del peso de la moral o de las cuestiones filosóficas; un lugar donde el encantamiento reina sobre todas las cosas.

Habiendo sido engendrado de forma sobrenatural, no necesitaba, ni de hecho se sometió a ningún tipo de iniciación en los misterios de su arte; sin embargo, Merlín mostró su poder a muy temprana edad en una contienda contra los magos del rey Vortigern. Estos nobles, totalmente incapaces de prevenir las derrotas que el Rey de Bretaña sufría a manos de los sajones bajo Hengist, aconsejaron al monarca que construyera una fortaleza en Gales para cerrar el paso a sus enemigos. Aunque el lugar elegido era la cima de una colina, la tierra se tragó las piedras de sus cimientos tan pronto éstas fueron colocadas. Los bardos y brujos, llamados rápidamente para responder por tan inexplicable desastre, no sabían qué hacer, aunque no se atrevían a reconocerlo. Dijeron, entonces, que las piedras no podrían juntarse, ni aquel lugar ser erigido, si éstas no se unían con la sangre de un hombre-niño nacido de una mujer humana, pero por intermedio de un padre inmortal. La búsqueda de este ser prodigioso terminó con el descubrimiento de Merlín, quien fue conducido a la corte de Vortigern, junto a su madre, con promesas de grandes riquezas. Al ver a este hermoso niño, el rey se comportó como lo había hecho Astiages, cientos de años antes, cuando

Ciro fue conducido ante su presencia. Tocado por la gracia, la gravedad y la nobleza del niño, no fue capaz de matarle. En vez de sentenciarle a muerte, le expuso la situación y le pidió su consejo.

> A cuyas palabras... Merlín... respondió de esta forma: Noble Señor, ciegos estuvieron vuestros bardos, faltos de ingenio se mostraron vuestros brujos, y simples y obtusos vuestros adivinos; demostraron desconocer el arte e ignorar por completo los secretos de la naturaleza, pues en el seno de esta colina se encuentra un gran foso, o un pozo profundo, el cual ha tragado y digerido todos los materiales que arrojásteis a las zanjas. Debéis, por tanto, ordenarles que caven más hondo, y descubriréis el agua en la cual vuestros cubos de piedra han sido lavados, y en el fondo del lago encontraréis dos rocas huecas, y en ellas dos horribles dragones profundamente dormidos...[1]

Sus palabras probaron ser ciertas; es más, cuando los dragones quedaron al descubierto, despertaron y se enzarzaron en un mortal combate, en el cual el dragón blanco (que representaba a los sajones) venció al rojo, un signo ominoso para Vortigern. Había así comenzado su carrera de vidente; después, Merlín continuó ayudando con sus consejos y poderes sobrenaturales a Vortigern, a Uter Pendragon y a Arturo. El bardo se fundió lentamente en la figura del mago, y su leyenda creció y se desarrolló; una leyenda a la que inevitablemente aguardaba un final trágico o misterioso. Se contaron muchas versiones sobre este asunto. Algunos dijeron que había entrado en la Casa de Cristal de Bardsey, acompañado de nueve bardos, llevando consigo los trece tesoros de Bretaña, y que no fue visto nunca más. Otros dijeron que se había retirado a un edificio de mágica

[1] T. Heywood, *The Life of Merlin*, Londres 1813, pág. 40. Primera edición 1641. Heywood, cuyas profecías sobre la historia de Inglaterra se apoyan en la *Vita Merlini* de Geoffrey, hace aquí un uso muy marcado de esta fuente, que amplía ligeramente.

construcción, Esplumeor, y que se había desvanecido, igual que Moisés, Pitágoras, Empédocles y Apolonio hicieron antes que él. La versión favorita, sin embargo, introducía la idea del amor romántico y fatal, y también la tradición ritual de la muerte a manos de un espíritu adversario más poderoso. Si la historia de Virgilio y la cesta arroja una luz desagradable sobre la actitud "caballerosa" hacia las mujeres, el cuento de Merlín y Nimiana, basado también en el engaño y la traición femenina, es bello y triste. Desde un ángulo distinto y en sentido contrario, reproduce la aventura de Virgilio con el espíritu prisionero. Virgilio se topó con este demonio al comienzo de su carrera, demostró ser más sabio que él y lo sometió. Merlín sucumbió a un truco parecido hacia el final de su vida. Se creía que Nimiana o Viviana (nombre probablemente derivado de la compañera-ninfa Chwimbian de la leyenda galesa) era la hija de un rey; otros creían que era un hada acuática, y Malory la llamó una de las Damas del Lago. Quienquiera que fuese, amó al gran encantador y le esclavizó desesperadamente. Para mantenerle entre sus cadenas le arrancó el secreto de la tumba mágica abierta en las rocas, le llevó hasta el lugar con engaños y allí le encerró para toda la eternidad, perdido eternamente para el mundo, y sin embargo vivo. Esta catástrofe, que combina los rasgos del pathos del démon del año con la *katabasis*, permite también una especie de inmortalidad o resurrección; pues en algunos relatos la prisión estaba hecha de aire, de forma que, sin ser visto, Merlín podía ver y escuchar todo lo que sucedía a su alrededor, incluso conversar con los paseantes, como se dice que hizo con Gawain. Spenser parece haber sido el primero (fue sin duda el más grande) en atribuir a Merlín la hazaña por la cual Salomón aseguró que el trabajo del Templo continuaría después de su muerte.

Y así, vistiéndose ambos con extrañas
y pobres vestiduras, para que nadie pudiera descubrirles,
se dirigieron a Maridunum, que ahora
recibe el nombre de Cayr Merdini.
Allí fue el sabio Merlín en otros tiempos (según dicen)
a vivir, bajo tierra,

en un profundo pozo, lejos de la luz del día
de forma que no pudiera ser hallado por ningún ser viviente,
encerrado y rodeado de sus espíritus.

Y si alguna vez, al viajar, te encuentras en el mismo camino,
ve a conocer ese horrible lugar.
Es una espantosa y profunda cueva (según dicen)
un pequeño espacio formado bajo una roca,
donde nace el rápido Barry, para después precipitarse
hacia las colinas boscosas de Dynevowre:
pero, préstame atención, bajo ningún concepto
te atrevas a entrar en ese siniestro lugar,
no sea que, desprevenido, los crueles espíritus te devoren.

Quédate en lo alto y, oído en tierra,
escucharás un espantoso ruido –de cadenas de hierro
y calderos de cobre– que se propaga,
proviene de cientos de espíritus que soportan grandes sufrimientos.
y se abrumará tu pobre imaginación,
y a veces fuertes golpes, y sonidos tintineantes
resuenan horriblemente desde el fondo de aquella roca.

La causa, dicen algunos, es ésta: poco antes
de morir, Merlín quiso
levantar un muro de bronce que rodeara
Cayrmerdin, y encomendó
a esos espíritus que lo terminaran.
En el transcurso de las obras, la Dama del Lago,
a la que hacía mucho amaba, le mandó llamar con premura,
y él, entonces, forzado a abandonar a quienes para él trabajaban,
los ató hasta su regreso para que no cesaran en su trabajo.

Mientras tanto, mediante la treta de la falsa dama,
fue sorprendido y enterrado bajo tierra
y nunca volvió a su obra.

Esos espíritus, sin embargo, no pueden nunca dejar de trabajar,
tanto temen su mandato,
y allí trabajan y laboran día y noche
hasta la conclusión de esa muralla de bronce,
pues Merlín tenía más penetración en la magia
de lo que ningún ser vivo tuvo antes o después de él.[1]

El gran encantador galés superó a Salomón en este punto, ya que la presencia física de este último era necesaria para mantener activos a los espíritus malignos, mientras una orden de Merlín era suficiente para garantizar una obediencia duradera. De hecho, algunos rasgos de la edad de oro de la magia impregnan esta leyenda: un origen sobrenatural, los milagros del nacimiento, los peligros que amenazaron sus primeros años, una contienda con magos rivales, un juicio supremo (Nimiana), una muerte misteriosa que comporta una especie de descenso al mundo inferior, seguida de una existencia invisible y continuada... Sólo la iniciación, el viaje distante y la escena de la despedida están ausentes de las diez características principales de una vida legendaria completa. Muchos magos cuentan incluso con menos, pero en el caso de Merlín el oro es oro imaginario, y su figura ha sido absorbida de nuevo por la poesía de la cual emergió.

La profecía es el máximo don que se atribuye al bardo mágico. Sin duda, nadie hasta Nostradamus pudo igualar sus poderes adivinatorios en la Edad Media.

La Sibila predice un suceso futuro:
una vara dorada de gran valor, por su valentía
será entregada a los gloriosos jefes anteriores a los dragones;
el que difunde la gracia derrotará al hombre profano,
anterior al niño, audaz como el sol en su trayectoria,
los sajones serán erradicados, y florecerán los bardos.[2]

[1] Spenser, *The Faerie Queene*, Book III, Canto 3.
[2] *The Avallenau*. Ed. Parry, *Vita Merlini*, pág. 129.

Geoffrey publicó primero un libro sobre las profecías de Merlín, que más tarde incluyó en su *Historia.* La popularidad alcanzada por ésta y otras colecciones queda patente en el hecho de que fueron incluidas en el Índice por el Concilio de Trento (1545-63). En 1641, Heywood dio gran publicidad a Merlín el adivino, al imprimir gran número de sus profecías *soidisant* en versos pareados; también su nombre es utilizado en los almanaques hasta el siglo XVIII, igual que Old Moore hoy en día. Pero, al margen del don de la adivinación, tenía otros muchos poderes. Spenser mantenía que podía desviar el curso de la luna y del sol, tornar la noche en día, la tierra en mar y el mar en tierra; de forma que ese poder sobre las fuerzas de la naturaleza era muy marcado. Ello aseguraba el control del suministro de alimento, y no nos sorprende saber por Heywood que hacía que cualquier gamo que el rey Vortigern deseara cayese en sus manos. En su faceta de curandero o sanador hacía uso de la música: encantaba la melancolía de Vortigern por medio de dulces sonidos producidos por manos invisibles. Fue también por medio de la música, decían algunos, como transportó mágicamente los monolitos de Stonehenge desde Irlanda hasta su actual ubicación en Salisbury Plain. Similares milagros fueron asociados a numerosos brujos galeses, como a Anfión y a Orfeo en Grecia; algo natural cuando se piensa en el genio musical de los celtas. Igual que Simón el Mago lo había sido antes que él, Merlín fue también un maestro consumado de la transformación. Disfrazó milagrosamente a Uter Pendragon bajo la apariencia de Gorlais, el esposo de Igerna, y yació con ella de esta forma, igual que Zeus había hecho con Alcmena; mientras Gorlais, como Urías, moría en batalla. Por otra parte, el mago que presidía la Tabla Redonda, el círculo mágico más famoso de la historia, utilizaba sus poderes para proteger a sus amigos. Hechizó a Pelinor, quien buscaba la muerte de Arturo, haciéndole caer en un trance y volviendo a Arturo invisible. Podía crear ejércitos quiméricos, y fabricar o descubrir espadas mágicas. De hecho, era casi un segundo Virgilio de la artesanía. En la leyenda galesa, se hizo famoso por aquel espejo mágico que, según Spenser, jugó el papel de la *salvatio Romae* para el rey Ryence.

Así era la bola de cristal que hizo Merlín
y dio a guardar al rey Ryence
para que nunca los enemigos invadieran su reino
sin que él, en su castillo, lo supiera, y antes de que oyese
noticia sobre ello, así pudiera impedirlo.
Era un regalo magnífico para un príncipe,
y un trabajo digno de infinito reconocimiento,
que podía revelar traiciones y rendir al enemigo.
¡Feliz vivió este reino desde entonces![1]

Los galeses también mencionaban una casa de cristal que había construido en torno a una de sus amantes, algo seguramente relacionado con la historia de Nimiana y la cárcel de aire de Merlín, y, de nuevo, reminiscencia del muro de aire con el cual Virgilio rodeó su castillo y su jardín mágico; mientras el puente en la *Morte Darthur*, que ningún caballero podía cruzar si no estaba libre de traición o villanía, es el contrapunto masculino de la *bocca della verità*. Finalmente, Heywood atribuyó a Merlín la profecía de una invención que ya circulaba por las calles de Nápoles.

Todo ocurrirá por mediación de un hombre de bronce
quien, montado en su caballo también de bronce,
guardará noche y día la puerta principal de Londres,
sin importar que, despreocupada, la gente esté despierta o dormida.[2]

No obstante, a pesar de estas similitudes, incluso préstamos, Virgilio y Merlín son dos polos opuestos. El gran poeta latino, uno de los más grandes de todos los tiempos, se convirtió en un charlatán mágico cuyas invenciones y decepciones amorosas resultan de una extraordinaria trivialidad. El oscuro bardo galés, quien probablemente jamás existió, vive

[1] *The Faerie Queen*, Book III, Canto 2.
[2] Heywood, op. cit., pág. 75.



5. Merlín

la vida más intensa de la poesía, aunque no cuente con un suelo firme bajo sus pies. Por encima de la degradación espiritual e intelectual, es la pérdida de toda idea de la realidad que representa la caída del mago tras la venida de Cristo. Cipriano y Teófilo son puras invenciones de la imaginación pía; el verdadero Gerberto se desvaneció tras el "mago negro",

de forma casi tan absoluta como lo había hecho el verdadero Virgilio tras su homónimo medieval. Merlín es, desde todos los ángulos y puntos de vista, la creación de Geoffrey de Monmouth. Incluso el mítico Zoroastro cuenta con una base real más sólida que estas sombras postpaganas. El deseo apremiante de encontrar las huellas de un mago de carne y hueso surge en esta coyuntura, un deseo que ahora puede colmarse.

III
Bajo un cielo negro

(a) ZITO

Por supuesto hubo magos profesionales en la Edad Media. Siempre ha habido esta clase de gente y siempre la habrá. Pero su existencia se mantenía generalmente en la oscuridad, sus huellas estaban ocultas, y, en su mayor parte, practicaban el antiguo arte de manera furtiva. Sin embargo, en la corte de algún príncipe o de un noble supersticioso, gozaban a veces de protección e inmunidad. Entre estos pocos favorecidos, se encontraba el hechicero bohemio Zito, la figura que, a finales del siglo XIV, gozó del mayor renombre por sus trucos y hazañas. Nada se sabe de sus orígenes, y los únicos rumores que circularon sobre él en el curso de su vida fueron la presencia de un Schotek o espíritu familiar que vivía a su entero servicio, y su muerte a manos del diablo. Este siniestro personaje interpretaba el doble papel de bufón y de mago de la corte del rey Wenceslao IV de Bohemia, y era asiduo acompañante del verdugo público, que también era miembro del séquito real. Aunque privilegiada, su posición era de naturaleza precaria, viéndose obligado en cierta ocasión a defenderla frente a un hechicero rival en una contienda mágica. Según el cronista Dubravio, el acontecimiento se produjo en el año 1389, durante las ceremonias que se celebraban en honor al matrimonio de Wenceslao y de su segunda esposa, Sofía de Baviera. Su padre, el duque Juan, que sabía del gran placer que la magia procuraba a su futuro pariente, trajo en el séquito que se dirigía a Praga para las festividades de la boda un carro cargado de magos. Grande era la presión en torno a la plataforma levantada para acomodar al grupo, grande era la sorpresa y el aplauso que provocaban sus prodigios: hacer cuerdas

de arena, comer fuego y transformarse ellos mismos en monstruos; grande también era la humillación espiritual de Zito que veía cómo su figura se eclipsaba y perdía rápidamente prestigio ante el inconstante público. Finalmente, no pudo soportarlo por más tiempo y obtuvo permiso de Wenceslao para dar una lección a los entrometidos extranjeros. Acercándose a su líder, Gouin, y estirándose la boca de oreja a oreja, se lo tragó entero, con todos sus aparatos, sólo deshechando los zapatos que tenían demasiado barro para su gusto, igual que el Monte Etna había hecho con las sandalias de Empédocles. El suspiro que se había producido entre la multitud creció hasta convertirse en un estruendo cuando, tras la protesta del duque Juan, escupió al perverso prestidigitador en un cubo de agua. El recuerdo de Jonás y de la ballena, y de la carrera de ogros encabezada por Polifemo, nos trae a la memoria aquellas comidas sacrificiales en las cuales el dios era engullido de forma real o simbólica. La contienda entre Zito y Gouin es una versión medieval y desordenada de la resurrección ritual. Es más, al liberarlo y cuando los espectadores pensaban que se había ido definitivamente, Zito entró en las filas de aquellos magos relativamente extraños de quienes se creía eran capaces de resucitar a los muertos.

Si esta hazaña fue llevada a cabo en defensa propia, no puede decirse lo mismo de las numerosas estratagemas dañinas que el hechicero bohemio tendió sobre sus compañeros cortesanos, aunque a veces se tratase de represalias y a menudo mostrasen rasgos de gran antigüedad. Su venganza de una broma, por ejemplo, se tradujo en la voz de: "¡Fuego! ¡fuego!"; cuando los bromistas sacaron las cabezas por las ventanas para ver dónde estaba, les hizo crecer cornamentas de ciervos en la frente por medio de un hechizo, de forma que no podían volver a entrar. El hombre-ciervo del paleolítico, la figura cornuda más impresionante de aquel período, constituye una prueba iconográfica de la conexión entre la magia y la asunción de la forma animal, todavía muy arraigada en la Inglaterra del siglo VII, cuando Teodoro, Arzobispo de Canterbury (668-90), declara que quienquiera que

> adopte la forma de un ciervo o un toro; es decir, pretenda hacerse pasar por un animal salvaje y se vista con la piel del animal de una manada, y se ponga encima la cabeza de una bestia; aquellos que así busquen la apariencia de un animal salvaje, serán castigados con tres años de prisión por este acto diabólico.[1]

Sin duda, los cortesanos debieron de considerar diabólica la estratagema que Zito les tendió setecientos años más tarde; y la respetable antigüedad de su origen no debió de tranquilizarles demasiado, ni de reconciliarles con él, cuando vieron cómo sus manos se convertían en pezuñas a la hora de comer, impidiéndoles disfrutar de los alimentos que Zito engullía ávidamente.

Es posible que Zito divirtiera a Wenceslao, pero los cortesanos no debían de sentir demasiada simpatía por él y le temían enormemente, siendo como era capaz de dejarles sin habla y sin movimiento ante la menor provocación, y de privarles del poder de tomar represalias. Ni siquiera cabía la posibilidad de medirse con él, como comprendió a su pesar el campesino que compró un hato de cerdos del mago. Ignorando lógicamente la advertencia de no llevarlos al agua, se dio cuenta de que eran simples haces de paja que no podían resistir esa prueba. Volvió a la posada donde la compra se había materializado, enloquecido por el engaño del hechicero, y resuelto a enfrentarse con él. Encontró a Zito aparentemente sumido en un profundo sueño; le tiró de la pierna con fuerza para despertarle y a punto estuvo de caerse de espaldas al quedarse con esta extremidad entre las manos. Esta desconcertante experiencia demostró ser terriblemente cara y la ilusión más cruel de cuantas estaban en juego; pues, tan pronto el campesino pagó una larga suma para compensar a Zito, éste volvió a adoptar su aspecto anterior.

[1] Del *Liber Poenitentialis*, citado por M. Murray, *The God of the Witches*, Londres s.d., pág. 22.

La naturaleza de casi todos los trucos asociados a Zito parecen demostrar que era un consumado maestro ilusionista. Todo el mundo se quedaba con la boca abierta cuando ponía arneses a un gallo Bantam, lo cargaba con una enorme viga de madera, y le hacía arrastrar este peso por la calle sin que diera muestras de hacer el menor esfuerzo. En medio del asombro general, sin embargo, una criada joven que pasaba por allí, con un trébol de cuatro hojas en su cesta, dijo que el gallo sólo empujaba una brizna de paja. Zito la castigó por desenmascararle y creó una ilusoria corriente de agua que ella vadeaba con las faldas remangadas hasta la cintura, ante las carcajadas de los espectadores, que, por deseo de Zito, no veían agua alguna. La historia no dice por qué el trébol de cuatro hojas que continuaba en su cesta no funcionó en esta ocasión.

Aunque el nombre de "bohemio" que se aplicaba a los gitanos no tenga quizá ninguna relación con su origen –que, a juzgar por su lengua, algunos creen es indio–, esta particular historia, combinada con la facultad alucinatoria e ilusionista de Zito, me inclina a creer que éste era de raza gitana. El poder de fascinación de los gitanos sobre quienes no son de su raza es notorio, y seguramente es más que una coincidencia el hecho de que Scott hable de un gitano que

> "ejercía su fascinación sobre una serie de gente en Haddington, a quienes mostraba un gallo común que arrastraba... un pesado tronco de roble. Pasó un hombre con un carreta de tréboles. Se detuvo y cogió un trébol de cuatro hojas; los espectadores abrieron los ojos y descubrieron que el tronco de roble era un junco".
>
> La planta cuadrifolia, con forma de crucifijo, actuaba como un poderoso antídoto contra la brujería. Es más, frente a este símbolo de la cruz, el gitano debía desistir de la práctica de un arte considerado ilegal.[1]

[1] La cita de Walter Scott y la nota sobre ésta fueron tomadas del artículo de David MacRitchie sobre los "Gitanos", que aparece en la *Encyclopaedia of Occultism* de Lewis Spence, Londres 1920.

Tanto la lengua como la psique de los gitanos sugieren una afinidad con el Indostán; y esta descripción de una ilusión ante la cual –en el caso de Zito– una persona es inmune guarda un fuerte parecido con el mito indio del truco de la cuerda. Este truco, por cierto, volvió a hacer su aparición en *Isis sin velo* de Madame Blavatsky, quien probablemente lo tomara del *De Praestigiis Daemonum* de Wier. En la práctica totalidad de los relatos sobre esta hazaña legendaria, existe alguien –bien una persona a quien resulta imposible hipnotizar, o demasiado alejada, o situada demasiado por encima de la cabeza del mago y fuera del radio de su poder– que no ve nada especial salvo una multitud boquiabierta. Las historias increíbles sobre el truco de la cuerda son tantas que, en 1890, un periodista americano sacó provecho del asunto en el *Chicago Tribune*, y declaró que había presenciado una de estas actuaciones junto a un amigo, quien hacía dibujos del proceso mientras él tomaba instantáneas del mismo. Los dibujos reproducían todo el proceso: las instantáneas sólo mostraban a un fakir gesticulante y a una excitada audiencia. Este artículo causó una gran sensación; y Hodgson, un importante miembro de la Sociedad de Investigación Psíquica, que había buscado en vano el rastro del truco de la cuerda por toda la India, escribió a su autor, presionándole para que le diera más detalles. Este último se vio obligado a reconocer que había inventado todo el asunto, bajo el transparente pseudónimo de S. Ellmore (vender más[1]), como un ejemplo de mistificación. Esta mundialmente famosa leyenda ha alcanzado proporciones tan fabulosas como la del unicornio, si bien no se ha extinguido como el dodo. De forma mucho menos sensacional, en la historia del gallo y el trébol, Zito interpretó el papel del fakir. Esto sugiere que practicaba el hipnotismo, aunque debe excluirse la teoría del hipnotismo en masa. De hecho, poseía ese poder sobre la mente de los hombres sin el cual ningún mago podía ir muy lejos. Sin embargo, debe recordar-

[1] *N. de la T. Sell more*, "vender más".

se que la magia es un arte que exige la colaboración entre el artista y su público. Si existe otro tipo de colaboración –venga de abajo o de arriba– será siempre una cuestión discutible, una pregunta que las historias de las que hablaremos a continuación con dificultad ayudarán a resolver.

(b) JUANA Y GILLES

Al margen de lo exageradas, incluso legendarias, que las historias sobre Zito puedan ser, éste fue sin duda un personaje verdadero, que practicaba su arte en la corte de un rey. Para Wenceslao, se trataba simplemente de un bufón, lo cual demuestra una vez más cómo el concepto de la magia había perdido casi todo su valor; no obstante, mientras produjera diversión, contribuía al bienestar de su séquito; por otra parte, la malicia y el despecho a los que daba rienda suelta hablan de un practicante de magia negra. Casi con toda probabilidad este pícaro malicioso había dejado de existir cuando dos víctimas muy diferentes de la magia, acusadas de practicar el arte negro, tuvieron un terrible final en Francia: Juana de Arco, en 1431, y Gilles de Rais, apodado Barbazul, en 1440. La primera fue martirizada porque, en aquel entonces, cualquier forma de magia no practicada por la Iglesia era tenida por diabólica; el segundo, porque se vio envuelto en sus prácticas más siniestras. Tanto la santa como el pecador fueron castigados por vivir bajo el sol negro de la magia que oscurecía los cielos cristianos.

Aunque el abismo que parece separar la magia blanca de la negra se abre entre los dos, fueron amigos y compañeros de armas durante los gloriosos días de los triunfos de Juana; incluso hoy en día parecen unidos por un misterioso vínculo, como si fueran el anverso y el reverso de una misma medalla. En sus importantes estudios antropológicos sobre brujería, M. Murray los convierte en sustitutos de la víctima divina o real de un culto pagano primitivo, todavía entonces muy enraizado en Europa, y aún después, al menos, en opinión de esta autora. Esta interesante teoría ayuda de tal forma a explicar lo que de otra manera resulta inexplicable en la historia de la brujería, que uno se siente profunda-

mente tentado a aceptarla, o, al menos, a hacer uso de ella como fructífera hipótesis. Sin duda, simplifica el problema de los numerosos juicios por brujería que se llevaron a cabo desde el siglo XV al XVIII, los cuales corroboran la idea de una epidemia espiritual sin parangón en la historia, acompañada de histeria de masas, alucinaciones colectivas, quizá, incluso, de manifestaciones en masa a increíble escala. Si estas figuras representan los espasmos mortales de una religión *in extremis*, el caso sería menos desconcertante, como M. Murray mantiene:

> La única razón que explica el inmenso número de brujas que fueron juzgadas y condenadas a muerte en Europa occidental es la de que nos encontramos ante una religión extendida por todo el continente y cuyos miembros ocupan todos los estadios de la escala social, desde el más alto hasta el más bajo.[1]

Durante mucho tiempo, se ha aceptado que la brujería, cuando se halla presente, es una superviviente de ideas y ritos paganos impropiamente comprendidos por sus adversarios e, incluso, por sus practicantes. M. Murray cree, quizá sin pruebas suficientes, que hasta el siglo XV se trataba todavía de una religión organizada; de un secreto a voces entre el populacho; de un vicio secreto entre la gente más cultivada, perseguido sin piedad por la Iglesia. El temible estigma de la herejía que se asociaba a la brujería y las monstruosas historias que se contaban sobre ésta respondían al espíritu de una Iglesia militante que inspiraba a los jueces y demonólogos contra un credo rival. Esto parece bastante plausible. Más difícil resulta creer que M. Murray está en lo cierto cuando sostiene que la costumbre periódica de buscar una víctima divina o un sustituto de ésta se mantenía viva en la Europa occidental de aquellos días. No obstante, algunas de sus deducciones sobre esta hipótesis resultan muy plausibles; entre ellas, su interpretación del juicio y ejecución de Santa Juana.

[1] M. Murray, *The God of the Witches*, pág. 48.

Juana de Arco, tan misteriosa hoy en día como lo fue durante su corta y trágica vida, fue quizá el prototipo heroico de todos aquellos seres infortunados a quienes se llamó "brujas" y entre los cuales fue finalmente clasificada; centenares y miles de mujeres que sufrieron tortura y muerte por su dios y por su fe. Con una diferencia: mientras ellas fueron simples mártires, Juana fue una elegida víctima sacrificial. Esa sería la razón por la cual, en toda Francia, nadie levantó un dedo por salvarla; y, si M. Murray está en lo cierto, y si consideramos su pertinaz negativa a reconocer la autoridad de la Iglesia, es justo reconocer que, desde su punto de vista, los jueces cristianos que la juzgaron tenían motivos para condenarla. No obstante, la cuestión quedaba oscurecida por su indudable piedad y por las voces santas que invocaba; de forma que su canonización en nuestros días también parece justificada. Es posible, sin embargo, que Juana no fuera ni una "bruja", ni una "víctima divina", ni una "santa"; sino el más raro de los fenómenos: una verdadera maga. Ciertamente, en Juana se da la tradicional iniciación, el combate victorioso, la persecución, el juicio, la muerte violenta, y, aunque probablemente espúrea, una resurrección, en la figura de Jeanne des Armoises. Al margen de cualquier interpretación de los hechos, estos no son dudosos en sí mismos, y siguen un curso totalmente paralelo al de los "hechos" de la leyenda. Una persona guiada por lo sobrenatural y dotada de poderes de esta naturaleza, que en apariencia realizaba hazañas milagrosas, sufre públicamente el tradicional destino que interpretaran los actores de los primitivos ritos sacrificiales: el sino del dios encarnado, del rey-mago-sacerdote. Si la teoría de M. Murray es correcta, el antiguo dios, personificado en una muchacha aún adolescente, es, en esta ocasión histórica, trágicamente suplantado por el nuevo. Al leer hoy su historia (incluso bajo el aplastante sentido común de Shaw en su prólogo a Santa Juana), nos parece encontrar rastros de la verdadera magia: ambigua y efímera como siempre, y portadora de un catastrófico final para quien la practica. A ella se asociaron, en apariencia, dones sobrenaturales, o, al menos, sobrehumanos. Shaw la califica de genio; yo prefiero el término mana: algo ni bueno ni malo en sí mismo; podero-

so, raro, engañoso e incierto; siempre dispuesto a desertar de su instrumento en la hora de la necesidad: "Mi poder, mi poder, me has abandonado"; un amargo lamento que resuena a través de los siglos.

Juana murió demasiado joven como para que ninguna de las cualidades más discutibles generadas por el mana pudieran desarrollarse. Su protector elegido para la batalla, Gilles de Rais, par y mariscal de Francia, se convirtió, si hemos de creer en su propia confesión, en el ser más perverso y depravado de la humanidad. Aunque, como el resto de Francia, no hizo ningún esfuerzo por salvar a la Doncella, parece que su destino le afectó vivamente, pues escribió *El Misterio de Orleans* en su honor, montó y produjo la obra con esplendor sin precedentes e interpretó él mismo el papel de Gilles de Rais. En tiempo de paz, el gran valor que había mostrado en el campo de batalla se convirtió en magnificencia, ostentación, lujo y extravagancia desenfrenada. Los relatos sobre su modo de vida –tanto en el tiempo pasado en su patria como en sus viajes en el extranjero– son de todo punto sorprendentes, y sugieren una vanidad desordenada e insensata, cuando no algo peor. Y es posible que existiera algo peor tras esta frenética prodigalidad; aunque las acusaciones que le llevaron a juicio pueden responder al deseo de sus clamorosos y presuntos herederos de preservar los bienes que su vida derrochadora no había aún consumido; en cuyo caso, el juicio de Gilles de Rais guardaría bastante parecido con los procedimientos llevados a cabo contra los Caballeros Templarios.

Fueran fundados o no, sobre Barbazul comenzaron a circular terribles rumores sobre asesinatos de niños, magia negra y espantosas atrocidades; y, pronto, una avalancha de acusaciones hizo necesario juzgar al sospechoso ante un tribunal civil y eclesiástico. Arrogante y espontáneo con sus jueces al principio, Gilles se estremeció cuando miembros de su servicio testificaron en su contra, acusándose ellos mismos de complicidad en sus crímenes. Su actitud cambió por completo cuando fue amenazado con la excomunión, rogando piadosamente contra esa sentencia; no obstante, no perdió su entereza ni confesó los crímenes de los cuales había sido acusado hasta que se le amenazó con la tortura. Fue entonces

cuando se desató un verdadero torrente de palabras, revelando tal nivel de degradación, indescriptibles crueldades e inhumanas atrocidades que el Obispo de Nantes se levantó y cubrió el crucifijo que presidía el tribunal. El arrepentimiento de Gilles, tan sensacional como todo lo que atañe a su extraordinaria existencia, fue tan sentido y genuino que murió de la forma más heroica y ejemplar, consolando a sus cómplices con promesas sobre el paraíso hasta el último momento, cuando fue ahorcado, para, más tarde, arder en la hoguera. Fue, sin duda, un final tan piadoso que uno no se sorprende al escuchar cómo en el lugar de su ejecución se erigió un templo. Irónico giro de la rueda de la fortuna es que las madres lactantes visitaran este templo para tener leche abundante; especialmente si consideramos la forma en que Gilles había masacrado en vida, o se dijo que había masacrado, a niños inocentes.

Aunque su confesión "espontánea", hecha bajo amenaza de tortura, resulta naturalmente sospechosa, los relatos ofrecidos sobre sus numerosos intentos por pactar con el diablo son convincentes, ya que, al margen de la frecuencia o de la intensidad con la que asistiera a las ceremonias, nunca vio o escuchó nada. Gilles atribuyó esto a la piedad de Dios. Más plausible parece que Prelati, el mago italiano que dibujaba los círculos, celebraba los sacrificios e informaba de sus avances a Gilles, le engañara todo el tiempo con sus historias sobre un espíritu llamado Barron, que nunca se manifestaba cuando Gilles estaba presente. El mismo Barbazul no era un mago, si bien contrató a magos y tomó parte en las repugnantes ceremonias que realizaban en su nombre. En este aspecto guarda cierto parecido con Teófilo, aunque ¡qué inocuo parece este santo descafeinado cuando se le compara con Gilles de Rais! Este último pudo haber sido un loco asesino; y, aunque la razón se sobrecoge ante el número de crímenes que confesó y su increíble sadismo, Buchenwald y Belsen cuentan con una respuesta a los mismos. Aún así, a pesar de su propia confesión y de las de sus cómplices; a pesar de la evidencia circunstancial y de las descripciones plausibles de sus inútiles invocaciones al diablo, el hecho de que la amenaza de tortura precediera a todas estas revelaciones, las invalida. Redactado por él mismo o por

otro, es posible que el horrible documento leído en el juicio contra Barbazul fuese un documento legendario. Sin duda, contiene todos los sueños oscuros que habían hechizado la mente de los hombres durante siglos y obsesionaban a la sociedad desde los llamados "descubrimientos" sobre los ritos de los templarios. Fuese un simple trozo de papel o un registro de hechos reales, era un producto de la clase de imaginación más depravada. Pues el hecho de que una mente pudiera concebir tan horrendos actos era un síntoma de desorden moral y mental tan grave como el de que un hombre pudiera llevarlos a cabo. Y Gilles de Rais, o quienquiera fuese responsable de su "espontánea" confesión, añadió una sustancia sensacional y un todavía más sensacional aspecto al mito de la magia negra.

Esto tiene una importancia trascendental en la historia de los hechiceros y en su posible papel de sustitutos de la víctima divina, al confesar pecados imaginarios para ser asesinados. Su historia no se presta tan bien a la interpretación de M. Murray como la de Juana. Durante el curso del juicio, ella parecía provocar a veces su propio destino; se guardaba en cuestiones de fe; obviamente, ocultaba algo. Gilles, quien declaró que en todas las "concesiones" que había preparado para entregar al diablo, firmadas con su sangre, se había reservado siempre su "vida y su alma", era un firme ortodoxo; y esto hace que sus crímenes, si los hubo, fueran aún más siniestros. Su posterior identificación con el Barbazul del folclore ha sido vívidamente apoyada por Lévy; pero, excepto por la atmósfera de terror y el olor a sangre, el cuento de Perrault tiene poco en común con el juicio de Gilles. Mientras tanto, el oscuro y ambiguo hechizo del Barbazul de Orleans continúa ejerciendo su temible fascinación sobre la mente de los hombres. El *Làbas* de Huysmans y la descripción sumamente poética de Charles Williams en su estudio sobre la brujería lo demuestran.

Si Juana poseía *mana*, Gilles revela *panache*. Ambos gozaron de gloria y fama en su zénit; ambos dieron pruebas de gallardía y valor; ambos fueron juzgados por brujería, hallados culpables y ejecutados. Uno de ellos pudo ser un mago, el mago radiante e inmaculado; el otro, un cri-

minal desesperado, no lo fue. Sin embargo, de alguna manera, sus historias se entremezclan, y ambos trascienden las limitaciones humanas. Por eso ninguno de estos dos seres de probada existencia parece pertenecer del todo al mundo del común de los mortales.

(c) EL DOCTOR FAUSTO

Es posible afirmar sin reservas que fue a un mundo corriente, y en concreto a su estrato más bajo, al que el verdadero Fausto perteneció; así lo atestigua su preferencia por esas tabernas alemanas que tan vívidamente Erasmo retrató en sus cuadros. Atestadas de gente, ruidosas y sucias, eran mayoritariamente frecuentadas por una sociedad grosera, malhumorada y vocinglera a la hora de comer, una sociedad alborotadora que se abandonaba al juego cuando el vino había corrido en abundancia. Juglares, charlatanes y bribones de todas clases medraban en aquella atmósfera, caldo de cultivo ideal para las estúpidas supercherías y trucos picarescos asociados al verdadero Fausto, cuya fama, de no ser por su desmedida fanfarronería, bien podría haberse reducido a polvo. Pues el futuro héroe de Marlowe, Goethe e incontables poetas más era un gran mago sólo por el juicio que hacía de sí mismo. Según esa estimación, no obstante, reinaba por encima de todos, y debemos creer que él mismo es el primer responsable de la leyenda de Fausto. Sus absurdas fanfarronerías irritaban, incluso enfurecían a sus eruditos contemporáneos, los humanistas; quienes, inmersos en mayor o menor medida en especulaciones y experimentos secretos, sabían que sus jactancias eran descabelladas. Tritheim, reconocido popularmente como un necromante, habló de Fausto casi con maldad, llegando a decir sardónicamente que este último había huido a toda prisa de Gelnhausen al saber de su presencia en la ciudad, por miedo a encontrarse con él. Rufo, Camerario y Melanchthon, quienes tuvieron algún tipo de contacto personal con Fausto, le despreciaron. Sin embargo, él continuó proclamándose fuente de la necromancia y maestro de los astrólogos, el mayor alquimista de todos los tiempos, el

segundo mago, quiromante, adivino por medio del agua y de la bola de cristal, y filósofo de los filósofos. Declaró que los milagros de Cristo no eran nada comparados con los suyos, y que podía superar la restauración de Ezra de las Escrituras perdidas, reproduciendo todas las obras de Platón y de Aristóteles –si es que, alguna vez, estas se olvidaban– y, lo que es más importante, mejorándolas. No es de extrañar que haya merecido los epítetos de fanfarrón, charlatán, pícaro y loco.

Sus trucos parecen haber sido tan insignificantes y fraudulentos, como grande su descaro; las únicas hazañas de las que dieron fe sus contemporáneos fueron las de su mezquindad y bajeza:

> Este truhán, hecho prisionero en Batenburg junto al río Maas, cerca de la frontera con Geldern, y en ausencia del Barón Hermann, fue tratado con bastante indulgencia por su capellán, el Dr. Johannes Dorstenius, ya que prometió a este hombre –que era bueno pero no inteligente– conocimientos sobre muchas cosas y varias artes. Es por ello por lo que le estuvo llevando vino –que excitaba sobremanera a Fausto– hasta que la vasija quedó vacía. Al saberlo Fausto, y al decirle el capellán que se iba a Grave para afeitarse la barba, Fausto prometió enseñarle un nuevo arte por el cual podía quitarse la barba sin utilizar la cuchilla, siempre y cuando le trajese más vino. Cuando esta condición fue aceptada, le dijo que se frotara fuertemente la barba con arsénico, si bien no hizo ninguna mención sobre esta preparación. Una vez el ungüento hubo sido aplicado, se produjo tal inflamación que no sólo se quemó el pelo, sino también la piel y la carne. El mismo capellán, indignado, me contó este ejemplo de villanía en más de una ocasión.[1]

Un mínimo de conocimiento farmacéutico aplicado con un máximo de malicia: ejemplo típico de los vacilantes cimientos en los que se

[1] Palmer y More, *The Sources of the Faust Tradition*, pág. 106. Traducido de la cuarta edición de *De Praestigiis Daemonum*, de Johannes Wier.

apoyaría la futura fama mágica de Fausto, una fama no basada en la realidad, a juzgar por los fragmentos afanosamente reconstruidos sobre la historia de su vida. Esto lleva a la insoluble cuestión de si hubo más de un Fausto, uno mejor y otro peor. Desde el punto de vista de la leyenda, es indiferente; pero, a veces, me he preguntado si Jorge (deletreado Jörg) y Juan no pudieron ser hermanos, incluso gemelos. Los escasos y, a menudo, escandalosos hechos sobre esta posible personalidad doble no parecen excluir esta teoría, aunque tampoco la apoyan.

En 1507, terminando la cuaresma, un hombre que se hacía llamar Jorge Sabellicus, Fausto junior, la fuente de la necromancia (y todo lo demás), obtuvo el puesto de maestro en Kreuznach. Esto fue debido a los buenos oficios del famoso Franz von Sickingen, "un gran amante del conocimiento místico". Su *protégé*, sin embargo, abusó sobremanera de la confianza puesta en él, entregándose "a la más miserable clase de lascivia con los niños".[1] Cuando sus pecados fueron descubiertos huyó del castigo. Dos años más tarde, el 15 de enero de 1509, un tal Johannes Fausto obtuvo el título de Bachiller en Artes en la Facultad de Teología de la Universidad de Heidelberg; ocupó la primera plaza en una lista de quince personas y pagó debidamente sus cuotas. Parece muy poco probable que este estudiante fuera Jorge; aunque la siguiente referencia sugiere lo contrario, porque, en octubre de 1513, el humanista Rufus oyó a Jorge Fausto "Hermitheus Hedebergensis" (¿Hemitheus Hedelbergensis?, el semidiós de Heildelberg) fanfarroneando y diciendo cosas absurdas en una taberna de Erfurt. El 12 de febrero de 1520, domingo, el Doctor Fausto recibió diez florines por hacer el horóscopo del Obispo de Bamberg; el 5 de junio de 1528, Jorge Fausto de Helmstedt proclamó que los profetas nacían cuando el sol y Júpiter se encontraban en la misma constelación, y que él era el caudillo o preceptor de los Caballeros de San Juan de Hallestein, en la frontera con Carintia. Diez días más tarde, el 15 de junio de 1528, el Doctor Jorge Fausto de Heidelberg

[1] Ibíd., pág. 86. Carta de Tritheim a Johannes Virdung, de 1507.



6. Doctor Faustus. De un grabado de Rembrandt

fue expulsado de la ciudad de Ingolstadt acusado de ser un adivino; y al Doctor Fausto, "el gran sodomita y necromante", le fue denegado un salvoconducto de la ciudad de Nuremberg el 10 de mayo de 1532. El 25 de junio de 1535, "el famoso necromante Dr. Fausto" se encontraba en Münster, donde profetizó acertadamente que el obispo volvería a tomar

posesión de la ciudad aquella misma noche. En 1540, "el filósofo Fausto" auguró correctamente "un año muy malo" para los ejércitos europeos en Venezuela.[1]

Una conducta escandalosa y un buen título de teología (si es que Jorge y Juan son el mismo); insensatas jactancias y una reputación siniestra; horóscopos y predicciones sobre el futuro; esto, junto con esa trampa ruin tendida a Dorstenius, es todo lo que realmente se sabe sobre el Fausto histórico. Pero apenas había desaparecido de sus domicilios habituales cuando comenzaron a circular sobre él todo tipo de rumores aún más sensacionales. La reputación que había decidido ganarse a toda costa sobrevivió a sus fanfarronerías. Otros se encargaron entonces de continuar esta historia, atribuyéndole "muchas maravillas sobre las cuales podría escribirse un tratado especial";[2] y declarándole "el hechicero más notable que puede encontrarse en tierras alemanas en nuestros días".[3] Se descubrió entonces que había adquirido "una fama tan notable entre la gente común que apenas puede encontrarse a una persona que no sea capaz de contar algún ejemplo de su arte".[4] Había aumentado su propia fama por alguna razón; pero también debió realizar, al menos delante de la "gente común", algunos trucos más efectistas que el de chamuscar la barba de un capellán. Una cosa que sí parece cierta, si debemos creer a Wier, que es un escrupuloso reportero, es que fue el mismo Fausto quien comenzó a extender el rumor de que mantenía tratos con el diablo:

> Cuando otro conocido mío, cuya barba era negra y cuya tez era bastante oscura y mostraba signos de melancolía (pues era esplénico), se acer-

[1] Cf. para todos estos detalles, Palmer y More, op. cit., págs. 87-96.

[2] Ibíd., pág. 103; de la *Zimmersche Chronik* del siglo XVI.

[3] Ibíd., pág. 104.

[4] Ibíd., pág. 123; de la *Operae Horarum Subcisivarum* de Philipp Camerarius, el hijo de Joachim.

có a Fausto, este último exclamó: "Di por cierto que eras mi cuñado y, por tanto, te miré a los pies para ver si te salían largas garras de estos"; comparándole así con el diablo a quien creía estar viendo y acostumbraba llamar su cuñado.[1]

Este mal chiste no podía sino tomarse al pie de la letra en el reino diabólico del siglo XVI. Un sacerdote protestante suizo, Johannes Gast, había cenado una vez con el notorio nigromante. Cuando, en un sermón popular, describió cómo Fausto había sido estrangulado por el demonio y cómo (algo horrendo de contar) el cadáver volvía una y otra vez la cabeza hacia el suelo –aunque, en cinco ocasiones, volvieran a colocarla sobre su espalda– el esbozo de la leyenda quedó trazado. Este terrible final no perdió nada en el relato que de él se hizo: las premoniciones de la víctima; el temblor de la casa a medianoche; el descubrimiento del cuerpo a la mañana siguiente, cerca de la cama, con la cara vuelta sobre la espalda: todo ello se convertiría rápidamente en motivo de murmuraciones y se abriría paso hacia la imprenta. Gast contó asimismo que en ocasión de una cena con Fausto en Basilea, el mago había servido un plato de caza fuera de temporada y, por tanto, de naturaleza sobrenatural; también, que el caballo y el perro que le acompañaban eran demonios "dispuestos a llevar a cabo cualquier servicio". Sin duda, el sacerdote había sido informado de que el perro asumía a menudo la forma de un criado y servía en las comidas. Peor aún, este maligno hechicero se había vengado de los monjes de "cierto monasterio muy rico" por darle un vino de baja calidad, enviando un *poltergeist* en forma de plaga. Este espíritu demostró ser tan feroz que, finalmente, tuvieron que abandonar el monasterio y dejarlo bajo la protección del conde Palatino. Esta historia pudo desarrollarse a partir del cuento de la barba, pero también es posible que el mismo Fausto fuera el responsable de su póstuma cone-

[1] Palmer y More, op. cit., pág. 106 y sigs.; de Wier, op. cit.

xión con el suceso más recurrente de los que se cuentan entre las historias de fantasmas. La tradición de Wittenberg informa de que Melanchthon había amenazado con tales represalias por haberle sermoneado:

> Fausto replicó: Señor, me recrimina incesantemente con palabras abusivas. Uno de estos días, cuando se siente a la mesa, haré que todas las cacerolas de su cocina salgan volando por la chimenea, de forma que ni usted ni sus invitados tengan nada que comer. A lo cual, Melanchthon replicó: Será mejor que no lo haga. ¡Malditos sean usted y sus trucos! Tampoco Fausto llevó a cabo su amenaza: el diablo no podía robar en la cocina de un hombre virtuoso...[1]

Los relatos que Gast puso en circulación se basaban en los propios dichos y hechos de Fausto, interpretados a la luz de los tiempos. Todos ellos tenían la autoridad que les otorgaba el haber sido pronunciadas desde un púlpito, por alguien que había cenado con el necromante. Más prestigio aún tenían las anécdotas de Melanchthon, el colega de Lutero y colaborador de la Reforma. Éste hizo correr la noticia de que Fausto había devorado a un mago rival en Viena, siendo este último descubierto pocos días más tarde en una cueva (reminiscencias de Zito); que había intentado volar en Venecia, pero que se había "estrellado penosamente contra el suelo" (reminiscencias de Simón el Mago). Las dos únicas referencias auténticas que Lutero hace a Fausto en su tertulia también demuestran que, si los humanistas hacían todo lo posible por rebajar las pretensiones del mago, el clero reformado ayudaba a confirmarlas; y fue la tendencia creadora de mitos y no la oposición racional la que finalmente ganó la partida.

La personalidad de Fausto y probablemente sus propias acciones condicionaron los cinco relatos que de él se cuentan en la *Crónica de Erfurt*

[1] Ibíd., pág. 122. *Christlich Bedencken und Erinnerung von Zauberey*, de A. Lercheimer, Heidelberg 1585.

de Hogel. Esta crónica fue copiada en el siglo XVII a partir de una fuente, ahora perdida, de mediados del siglo XVI; y las historias en cuestión pueden también encontrarse *verbatim* en la edición de 1589 del *Fausto* de Spies. A primera vista, parecen tan legendarias que uno tiende a atribuir al libro el mérito de su invención. Si bien nada puede probarse, estas historias reflejan tantas características de Fausto que bien podrían haberse basado en hechos reales. La ostentación que hacía de su conocimiento, su desproporcionado orgullo, su gusto por el buen humor y los embustes, y su incorregible corazón se muestran ante el lector en estas anécdotas. Incluso el primer relato, que vuelve sobre la pista de la antigüedad, no es inconsistente con la idea de que Fausto utilizó la tradición. Se cuenta que, durante su estancia en Erfurt y por medio de incesantes jactancias, el mago consiguió permiso para dar una serie de conferencias a los estudiantes de Erfurt sobre Homero. Durante estas exposiciones, excitó su curiosidad de tal forma que le pidieron que les presentara a los héroes de los poemas en persona. Después de señalar un día para su actuación, Fausto invocó uno a uno a todos los antiguos héroes griegos. Cada uno de ellos entró separadamente, inclinó la cabeza en dirección a la audiencia, como si fuera un gesto dirigido a los troyanos, y se retiró. El último de todos, el gigante de un solo ojo, Polifemo, hizo una aparición terrorífica, con una barba roja en llamas, y en el acto de devorar a un hombre cuyas piernas colgaban de su boca. Este monstruo resultó más fácil de invocar que de hacer desaparecer; dio a entender que iba a comerse a un par de estudiantes; golpeó el suelo con su gran pica de hierro e infundió terror en el corazón de todos los presentes, hasta que, finalmente, fue inducido a partir. La "fuente de la necromancia" resultó bastante efectiva, y Fausto casi parece un segundo Odiseo. La necromancia clásica, una faceta del entusiasta renacimiento de la poesía griega, había hecho ya su aparición en el siglo XV, en Italia; donde Juan Francisco, un sobrino de Pico de la Mirandola, habló de un hechicero que había conjurado a Aquiles y a Héctor; había mostrado también el sitio de Troya, y, más tarde, había sido arrebatado por el diablo. Fausto no hacía entonces sino seguir el camino trazado por su

predecesor, aunque contribuyera a su continuación con el grotesco incidente de Polifemo.

Si consideramos que tales historias eran corrientes en aquella época, ¿qué podría detener a Fausto de llevar a cabo estas actuaciones con la ayuda de cómplices? Había tenido tiempo para prepararse, y la audiencia se encontraba, sin duda, muy predispuesta. Es posible atribuir la descripción de la invocación al estilo habitual de la crónica, pero ésta coincide exactamente con una escena de *Dumb Crambo*; y, especialmente, la entrada de Polifemo contiene un latente realismo. El permiso para conferenciar sobre Homero, arrancado a las autoridades por las fanfarronerías de Fausto, bien puede, al menos, haber sido un hecho real.

En la siguiente historia Fausto aparece una y otra vez. Se trata de otra versión de su conocido alarde sobre las obras de Platón y de Aristóteles. En un banquete organizado para celebrar el comienzo del curso académico en Erfurt, los teólogos y miembros del consejo allí presentes se lamentaban de las comedias de Plauto y de Terencio que habían desaparecido. Fausto se ofreció a ponerlas en escena, completas, y durante cierto número de horas, en cuyo transcurso deberían ser copiadas rápidamente por un grupo de estudiantes y escribas. Temiendo que el diablo pudiera infiltrar alguna materia ofensiva en aquellos textos, los padres de la ciudad y los teólogos rehusaron aceptar tan generosa oferta. De haber aceptado, naturalmente los amanuenses hubieran tenido que transcribir algo, pero ¿qué?

La tercera historia es también susceptible de una explicación natural, si aceptamos la connivencia del dueño de la posada y de su hijo. En medio de una jarana en la Posada del Ancla de Erfurt, un grupo de amigos de Fausto echó de menos la presencia de éste y preguntó al posadero por el lugar donde se encontraba, contestándoles el último que se hallaba en Praga. Uno del grupo invocó su presencia en broma, y hete aquí que Fausto aparece instantáneamente, como si hubiera sido trasportado por un corcel *soidisant* mágico. El hijo del posadero aparecía a intervalos para dar testimonio de su voracidad sobrenatural. Tras servir

al mago una copiosa comida, éste convidó a sus compañeros a vino de Rheinfal, de Malmsey, a un vino español y a otro francés –según los invocaba–, abriendo agujeros en la mesa, taponándolos y sacando el vino con espita. Este truco, que estimuló la imaginación de Goethe, es uno de los más populares entre los que conforman la colección del prestidigitador. He visto distintas variantes del mismo sobre los escenarios, y podría incluso explicarlo. No contiene magia alguna. Los compinches de Fausto, ahora un tanto achispados, "vieron" a Fausto montar en su caballo, el cual se elevó rápidamente por el aire, y le llevó de vuelta a Praga. Uno se pregunta, cuántos de ellos se encontraban completamente borrachos en aquel momento.

La cuarta, que más tarde tendría un interesante desarrollo, merece ser citada aquí en su totalidad:

> Tras varias semanas, regresa a Erfurt desde Praga cargado con espléndidos regalos que allí le habían hecho, y pide al mismo grupo que sea su invitado en la festividad de San Miguel. Los amigos llegan a las habitaciones, donde no hay señal alguna de preparativos, y esperan allí. Pero él golpea la mesa con un cuchillo. Pronto, alguien entra y dice: "¿Qué desea el señor?" Fausto pregunta: "¿Cuán rápido eres?" El otro responde: "Como una flecha". "No", dice el Doctor Fausto, "no me sirves. Vuelve por donde has venido". Entonces vuelve a golpear y otro sirviente entra y hace la misma pregunta. Dice: "¿Cuán rápido eres?" "Como el viento", dice él. "Eso es algo", dice el Doctor Fausto, pero también le despide. Entonces vuelve a golpear y cuando un nuevo sirviente hace su entrada y formula la misma pregunta, éste dijo que era tan rápido como los pensamientos del hombre. "Bien", dijo Fausto, "tú me servirás". Y salió con él, le dijo lo que debía hacer y regresó con sus invitados, y les dejó que se lavaran las manos y que se sentaran. Pronto, el sirviente, acompañado de otros dos, les sirvió tres bandejas cubiertas a cada uno, y esto sucedió cuatro veces. Por tanto, fueron servidos treinta y seis platos: caza, aves de corral, verduras, pasteles de carne y otros tipos de carne, por no mencionar la fruta, las confituras, los pasteles, etc. Todos los vasos, copas y

jarras estaban vacíos sobre la mesa. El Doctor Fausto preguntó entonces a cada uno de ellos qué clase de vino o cerveza quería beber, y puso las copas al otro lado de la ventana, volviéndolas a meter enseguida, llenas de la bebida que cada uno había elegido. La música que uno de los sirvientes tocaba era tan deliciosa que sus invitados nunca habían escuchado nada igual, y tan extraordinaria que parecía eran varios los que tocaban armoniosamente órganos, pífanos, cornetas, laúdes, arpas, trompetas, etc. Y de esta forma gozaron hasta el pleno día.[1]

Realmente, se trataba de un magnífico banquete, incluso para los cánones del siglo XVI; pero no hay nada que sugiera la presencia de la magia. Un poco de teatro al principio, cierto movimiento extraño en el que la ventana actúa como una trampilla, un banquete principesco y música encantadora. El único misterio es cómo Fausto pudo permitírselo, aunque es posible que se exagerara su magnificencia. Siendo muy poco o nada lo que de maravilloso tiene este relato, su presencia en el *Fausto* de Spies de 1589 pasó desapercibida durante casi cien años. Pero cuando Fausto fue introducido en los escenarios populares alemanes, se reconocieron las posibilidades que latían en las figuras de los criados complacientes y éstos pasaron a representar a espíritus malignos. La escena se convirtió en una de las preferidas de los teatros de marionetas; experimentó infinitas variantes, e incluso comenzó a hacer su aparición en los libros malditos. Hasta donde sé, el incidente mismo es característico de Fausto; también el relato de Plauto y de Terencio, aunque se derive de una hazaña atribuida a Ezra. Como el curso de la vida de Fausto parece moldeado por las líneas tradicionales del ritual, y como casi todos los fenómenos que más tarde se asociaron a él eran de segunda, de tercera, de cuarta y hasta de enésima mano, uno se siente más inclinado a deducir una base histórica para explicar el pequeño residuo de materia individual que aún persiste.

1 Palmer y More, op. cit., págs. 114 y 115. De la *Crónica de Erfurt* de Hogel.

El quinto episodio de la *Crónica de Erfurt* es más biográfico que anecdótico. Puede tratarse de una elaboración de las vehementes discusiones que al parecer Fausto sostuvo con Melanchthon, o de un trabajo de bordado aplicado sobre un suceso real acontecido en Erfurt. Ciertamente, no hay nada inverosímil en la intervención de un monje franciscano llamado Dr. Klinge, quien, presionado por las autoridades, debe convencer a Fausto de que mude su conducta y evite así que la juventud de Erfurt y "otros bobalicones" puedan descarriarse. La conversación entre ambos aparece casi siempre en forma de diálogo: Klinge presiona en vano al necromante para que se arrepienta; este último alude al pacto de sangre que ha firmado con el diablo y rechaza con impaciencia la opinión del monje, según la cual no es demasiado tarde para corregir su error y obtener el perdón divino, sobre todo de celebrarse una misa por él en el claustro franciscano:

> "Misa aquí, misa allá", dijo el Dr. Fausto. "Mi voto me ata por completo. He despreciado a Dios caprichosamente, me he convertido en un perjuro y en un incrédulo hacia Él; he creído y confiado más en el diablo que en Él. Por tanto, no puedo ni volver a Él, ni obtener ninguna clase de consuelo de Su gracia, que he perdido como castigo. Por otra parte, no sería honesto ni redundaría en mi honor que se dijera que he violado mi sello y mi voto, lo cual he hecho con mi propia sangre. El diablo ha mantenido honestamente la promesa que me hizo, y yo mantendré honestamente el voto que le hice y puse por escrito".[1]

Palabras valientes, pero engañosas. Aquí se encuentra en forma embrionaria el punto crucial de lo que sería el alma del Fausto: el caso del pecador endurecido que no puede arrepentirse, ni piensa hacerlo. Si esta conversación tuviera una génesis biográfica, el mismo Fausto sería

[1] Palmer y More, op. cit., pág. 117 y sigs. De la *Crónica de Erfurt*. Se ha sugerido que este episodio podría derivar de las *Confesiones* de S. Agustín.

el responsable de la leyenda de su obstinación; y puede ser biográfica, ya que en el caso de sus predecesores estos se arrepentían en el último minuto o eran arrastrados a la perdición sin ningún tipo de advertencia previa. Si la *Crónica de Erfurt* precede al primer Fausto (1587), este pasaje también contiene la primera referencia explícita al pacto infernal, en cuyo caso Fausto actuaría una vez más como el arquitecto de su leyenda póstuma. Fuera como fuese, la petulante aunque también siniestra referencia a su "cuñado", hecha al amigo de Wier, hubiera bastado para poner en movimiento la lanzadera que tejería su imagen en el sombrío tapiz de la magia del siglo XVI. Estaba atrapado en una telaraña, cuyos hilos corrían hacia arriba y hacia abajo, de un lado a otro, y borraron poco a poco los rasgos poco atractivos del hombre real, convirtiéndolo en una figura estereotipada del modelo maléfico de la mitología infernal contemporánea. Ésta estaba dominada por espíritus malignos que escoltaban a verdaderos ejércitos de condenados hacia las profundas fauces del infierno. No lo merecía en realidad. No era lo suficientemente grande, ni lo suficientemente perverso. No era un Gilles de Rais. Se había limitado a darse demasiada importancia, a hacer algunos trucos simplones y a decir bastantes tonterías. Pero había hecho un trato con el diablo, un trato que Barbazul nunca llegó a consumar y en el cual, de haberse producido, no hubiera puesto en juego su vida y su alma.

El estudioso de la magia descubre sin demasiada sorpresa que Fausto juega un papel verdaderamente muy pequeño en la historia y teoría de este arte. Los demonólogos contemporáneos le han dedicado apenas unas palabras. Wier le despreció; Bodin ni siquiera le menciona en su exhaustiva obra *De la démonomanie des sorciers* (1580). Lavater, Hondorff, Reginald Scot y Guazzo sólo hacen alusión a él de forma casual. De hecho, sólo Lercheimer le presta un poco de atención en su defensa de las brujas, y en la cual ataca a los hechiceros entre los que Fausto se encuentra. Con el paso del tiempo su nombre aparece cada vez con menos frecuencia incluso en las obras de los escritores de la magia. En su profusamente documentada "Digression on Spirits" (Digresión sobre los Espíritus), de la *Anatomy of Melancholy* (Anatomía de la Melancolía),

Burton no le menciona ni una sola vez. Como es natural, en 1625, Naudé no incluye su nombre entre la lista de grandes hombres acusados falsamente de magos, y hace despreciativa referencia a las historias a él asociadas, tildándolas de meras fábulas. Cuando Francis Barret intenta rehabilitar las artes de la magia en *The Magus* (El Mago), de 1801, ignora por completo a Fausto en el cuerpo principal del libro y no le incluye en el apéndice biográfico. Eliphas Lévy no tiene nada que decir de él en su exhaustiva *History of Magic* (Historia de la Magia), escrita a mediados del siglo XVIII. Sax Rohmer no encuentra ninguna razón para incluirle en su penetrante monografía, *The Romance of Sorcery* (Lo novelesco de la hechicería) (1914). Y tenía razón. Los estudiosos de las artes ocultas todavía prestan atención a las vidas y obras de Hermes Trismegisto, Salomón, Nostradamus, Paracelso, Agripa, Roger Bacon y John Dee para conocer la tradición o descubrir secretos mágicos. Hoy en día nadie soñaría encontrar alguna luz en Fausto, ni siquiera cuando los Libros Negros que se le atribuyen tuvieran cierta presencia entre los círculos mágicos de poca monta en Alemania, en los siglos XVII y XVIII. No obstante, comparados con *La Clave de Salomón*, éstos apenas cuentan.

La opinión experta nunca ha tomado a Fausto en consideración, pero su llamada a la inteligencia popular de su tiempo y a la de tiempos posteriores no fue vana. Durante su vida, consiguió imponerse sobre algunas personas cultas como astrólogo que podía predecir acontecimientos. El Obispo de Bamberg pagó una buena suma de dinero por un horóscopo, y el famoso filólogo Joachim Camerarius, casi al mismo tiempo que ridiculizaba los "trucos de juglar" de Fausto, sugería que podría ser interesante consultarle sobre el futuro. En cuanto a los estudiantes universitarios, parece que todos le estimaron. Siempre aficionados a la magia y haciendo trucos por su cuenta, conservaron fresca su memoria tras su desaparición; repitiendo y adornando las historias que se contaban sobre él y otros más, y preservándolas a través de la escritura. Más tarde, éstas se unen libremente en un hilo conductor pseudobiográfico, en el manuscrito Wolffenbüttel, al que subyace el primer libro de Fausto. Los relatos eran los mismos cuentos gastados que habían

sido transmitidos religiosamente de una generación a otra, y ahora se reunían bajo el nombre de Fausto. Una edición muy tosca es, por tanto, una de las características del *Fausto* de Spies que apareció en 1587. La contribución del autor reside en cierta sabiduría teórica, tomada de Wier, Lercheimer y otros, de los que extrae historias suplementarias sobre el héroe de su libro y sobre otros hechiceros. Todo parecía preparado para una compilación al estilo Virgilio-siglo XVI. Pero el autor de la biografía tenía un serio propósito en este trabajo. De fe luterana, era un hombre profundamente religioso, tan religioso que su mente ferviente había desarrollado una sombría vena poética. Es ésta la razón por la cual Fausto, quien se había incorporado al manuscrito Wolffenbüttel por la fuerza de su propia publicidad, se deslizaría a través de las doradas puertas de la poesía en un abrir y cerrar de ojos. La prosa y el verso isabelinos fueron los dos portales que cruzaría en su camino hacia la inmortalidad, y, sin duda, ningún mortal lo mereció nunca menos. Reservo este aspecto de la vida póstuma de Fausto para un estudio especial. Por el momento, mi principal interés es desentrañar el lugar que ocupa en la tradición de la magia.

"Spies"[1] decía que Fausto era de origen humilde pero respetable. Su inteligencia tan precoz hizo que un pariente rico le adoptase y corriera con los gastos de sus estudios escolares y universitarios. Las sombras de Moisés y Faraón oscilan un momento y abren paso a una mente ambiciosa, arrogante y pervertida, produciéndose un giro de la teología hacia la magia negra. Tan rápidamente avanzó Fausto en este arte profano que pronto estuvo preparado para trazar el círculo mágico de goecia e invocar a un espíritu maligno. Sólo habían transcurrido algunas noches cuando ya había firmado un pacto con él, lo había sellado con su propia sangre, había renunciado a la cristiandad y había

[1] Spies fue el editor del primer libro de Fausto, el cual apareció anónimamente con un prefacio suyo. En ocasiones, utilizo su nombre entre comillas cuando me refiero al autor.

vendido su alma a cambio de conocimiento y poder. Así descendió por la hollada senda, abierta por Proterio y por Teófilo, alisada por un monstruoso regimiento de papas, y hecha aún más resbaladiza por una hueste de otros "magos negros", uno de los cuales –William de Line– había sido condenado a muerte en 1453 por haber perpetrado este crimen. Grotescas y terroríficas manifestaciones precedieron a la materialización del espíritu ante el círculo. No fueron éstas producto del genio inventivo del autor, más bien daban cuerpo a ideas en curso, maravillosamente descritas por Benvenuto Cellini. Debe decirse, sin embargo, que sí se produjo una innovación, aunque no es posible decir si ésta se debió a "Spies" o a sus fuentes. Ésta consiste en el nombre del diablo custodio o espíritu familiar: Mefostófiles, quien no se convertiría en Mefistófeles hasta el siglo XVIII. Se trata de un nombre notable tanto por su eufonía como por su poder de sugerir un significado, aunque nadie ha descubierto todavía cuál puede ser éste, ni siquiera de qué lengua se deriva: persa, hebreo o griego. Una ambigüedad siniestra hechiza las sílabas y parece mofarse de conjeturas como "enemigo de la luz" (Mefotofiles), "enemigo de Fausto" (Mefaustofiles), o "destructor-mentiroso" (Mefiz-Tofel); trascendiendo también a aquellos nombres bárbaros y carentes de significado que inventaban *ex profeso* para las listas contemporáneas de la jerarquía infernal. Por otra parte, el hecho de otorgar un nombre propio al espíritu familiar de los "magos negros" constituía una innovación; el bautismo que aparece en el libro de "Spies" hizo al demonio más real y favoreció el interesante esfuerzo de dotarlo de un carácter individual. A pesar de su naturaleza embrionaria, esta actitud psicológica, asociada tanto al mago como a su control, fue un factor determinante en el resurgimiento de la leyenda; pues hay algo desgarrado y titánico en el héroe, algo terrible y despiadado en el espíritu maligno.

El deseo de conseguir un conocimiento ilícito incitó en gran medida a Fausto a firmar el pacto, el hecho fatal de la iniciación. El miedo y el remordimiento contribuyeron por su parte a generar esas penosas e imperecederas cuestiones sobre el cielo y el infierno, los perversos y los

condenados, a las cuales Mefosto contestó de forma tan horrible y desesperada en la primera parte del libro. La aspiración al conocimiento absoluto fue una constante en la vida legendaria de Salomón; a la misma tradición pertenecen las ascensiones al cielo, los descensos oníricos a las regiones infernales, y las vueltas en torno a lo que, con la ayuda de compilaciones geográficas, hacía las veces de la tierra en la segunda parte del libro. El sueño sobre el infierno es una versión grotesca de la *katabasis*. El principal *agon* se produce entre el héroe y el espíritu maligno, siempre en liza en el terreno de las preguntas y las respuestas; un *agon* que cobra mayor relevancia cuando Fausto expresa su deseo de casarse, se siente abrumado por el remordimiento o intenta arrepentirse, como sucede débilmente tras las admoniciones de un anciano bondadoso, sin duda el Dr. Klinge de la *Crónica de Erfurt*. No obstante, en una de las historias sobre sus hazañas mágicas (en su mayor parte agrupadas en la tercera sección de la biografía) pueden discernirse rasgos del modelo anterior: el combate con un mago rival. Este eco llega hasta la falsa muerte y resurrección de Simón el Mago, si no aún más lejos; ya que se trata de una de las historias sobre la decapitación más extendidas. Se dice que los héroes celtas Cuchulainn y Gawain encontraron –cada uno en su camino– a un extraño que les desafió a que lo decapitasen. En ambos casos, éstos hicieron lo que se les pedía; el extraño se alejó llevándose su cabeza y reapareció más tarde como si nada hubiese sucedido. También se relaciona con este arte a un hechicero judío, llamado Zedequías, vinculado a la corte de Luis el Piadoso (814-49), a un Maestro Teodo y a un tal Juan el Teutón, del siglo XIII. Lercheimer escribió una historia parecida sobre cierto A.v.Th. que vivió en su tiempo. Este mago había convencido a la fuerza al joven criado de una posada en la que se hospedaba de que se sometiera a tan peligroso y delicado experimento. Cuando llegó el momento de volver a colocar la cabeza en su sitio, éste resultó incapaz de hacerlo, porque alguien entre el público se lo impedía con una poderosa magia contraria. Después de dos solemnes advertencias al desconocido para que desistiera de su actitud, el mago hizo que un lirio creciera milagrosamente de la mesa en la que estaba sentado, tras lo cual

cortó la flor; inmediatamente, uno de los presentes cayó decapitado bajo el banco y A.v.Th. pudo resucitar al joven criado. En el folclore alemán, el lirio es el símbolo del alma inmortal, lo cual explica su presencia en este relato. Los moralistas rigurosos probablemente creerán que el perverso mago se llevó su merecido, y estoy de acuerdo en que fue un final feliz para el pobre joven criado. "Spies" se adueñó de la historia, la elaboró un poco y se la atribuyó a Fausto. No satisfecho con eso, sin embargo, inventó otra más, todavía más horrible.

> Durante la Cuaresma se dirigió el doctor Fausto a la feria de Frankfurt. Su espíritu Mefostófiles le contó allí que en una taberna de la calle de los Judíos había cuatro magos que se cortaban la cabeza unos a otros y se la enviaban luego al barbero para que les compusiese la barba, y que mucha gente contemplaba aquello. Mucho disgustó esta nueva al doctor Fausto, que creía ser el único polluelo en la nidada del Diablo, y fue a verlos en el preciso momento en que los magos se habían reunido para cortarse las cabezas, y con ellos se hallaba el barbero encargado de componerlas y lavarlas. Sobre la mesa había un alambique de vidrio con agua destilada. Uno de ellos era el mago principal, el verdugo, y con sus artes mágicas hizo surgir en el alambique un lirio que empezó a florecer, y lo llamó "raíz de la vida". Luego ejecutó al primero de sus compañeros, mandó que le hicieran la barba y volvió a colocar la cabeza en su lugar. Al punto desapareció el lirio, y el hombre recuperó su cabeza por entero. Lo mismo hizo con el segundo y el tercero, que también tenían sus lirios en el agua: mandó que les hicieran la barba y volvió luego a colocarles la cabeza en su lugar. Mas cuando le llegó el turno al mago y ejecutor principal, y su lirio floreció y reverdeció en el agua, cortáronle también la cabeza, y mientras la componían y lavaban en presencia de Fausto, éste se enfadó al ver tanta infamia y presunción en el mago principal, que se había dejado cortar la cabeza blasfemando insolentemente y con la risa en los labios. Acercóse entonces Fausto a la mesa donde estaba el alambique con el lirio, tomó un cuchillo e hirió con él la flor, separándola del tallo sin que nadie se diese cuenta. Cuando advirtieron los

magos el desaguisado, sus artes redujéronse a nada y no pudieron reponerle la cabeza a su compañero. Y aquel hombre malvado tuvo, pues, que morir y perecer en pecado, que es así como el Demonio acaba recompensando y despachando a quienes le sirven. Mas ninguno de los magos supo cómo había podido cortarse aquel tallo, ni tampoco pensaron que lo hubiera hecho el doctor Fausto.[1]

Esta mezcla diabólica de malignidad y santurronería convierte esta contienda en un caso aparte en los anales de la hechicería. No se actúa en defensa propia, ni abiertamente; tampoco se enjuician las habilidades mágicas de alguien. Cualquiera podría haber cortado el tallo. En las luchas entre magos, no existen precedentes de un hecho tan injustificado y cobarde como éste. Zito se tragó entero a un formidable rival, pero lo devolvió ante la escasa protesta de su patrón, si es que la hubo. Merlín se contentó con airear la ignorancia y estupidez de los brujos de Vortigern, aunque éstos hubiesen maquinado en contra de su vida. Virgilio venció a sus enemigos en el campo de batalla y los dejó estar. Simón Pedro fue realmente cruel con Simón el Mago y responsable de su muerte, pero es el triunfo de la verdad lo que mueve su proceder. Apolonio de Tiana maldijo a sus oponentes y desapareció; Zoroastro destruyó a los Kigs y a los Karaps, pero éstos habían intentado antes hacer lo mismo con él y eran los enemigos de la luz. Sólo "Dioniso" y Moisés pueden ser justamente llamados malignos, y, aún así, no es posible comparar la temible crueldad de éstos con la del rencoroso y pequeño hechicero llamado Fausto.

Esta historia es sólo un episodio de la vida de Fausto –sin duda el más oscuro de todos– mientras que la victoria sobre el mago rival es por otro lado el punto más luminoso en carrera del héroe. El verdadero combate que se libraba era más importante: la lucha por el alma de

[1] Scheible, *Das Kloster*, II, pág. 1043 y sigs. Puede que "Spies" encontrara la historia ya hecha y la utilizara; sin embargo, más parece que la hubiese inventado en base al modelo de Lercheimer. (N. de la T.) Trad. de Juan José del Solar, Madrid 1995.

Fausto. Ésta llegó a su clímax cuando el hechicero intentó arrepentirse después de su entrevista con el anciano. Aterrorizado por el furioso espíritu, firmó un segundo pacto, más comprometedor incluso que el primero. Después, no hubo vuelta atrás. Se hundió todavía más en la villanía y en la corrupción y, a través de los buenos oficios de Mefistófeles, obtuvo un verdadero harén de mujeres mortales con las que cohabitar (sombras de Salomón); también muchos súcubos, entre los cuales se encontraba el espíritu de quien creía era Helena de Troya.

Toda vez que los héroes homéricos habían vuelto a convertirse en objeto de hechizos necrománticos, era inevitable que, en una época de gran preocupación por la mujer, la incomparable Helena emergiera con ellos del largo crepúsculo de los dioses griegos que comenzaba entonces a disiparse. Éstos volvieron a través del ambiguo poder de la magia, misteriosos y espectrales, pues eran demonios disfrazados. El Nigromante de la *Historia* de Hans Sachs (identificado por Lercheimer como Tritheim) creó la figura de María de Borgoña para Maximiliano I, e invocó a Helena de Troya para divertimento del emperador. Si era ya una figura deseada, el Fausto de "Spies" concibió una complicación aún mayor: la de emparejarla con Fausto. No era la primera vez que se imaginaba cómo su sombra renovaba su vida amorosa en la tierra. Los griegos creían que ella y Aquiles habían vivido juntos en la isla de Fera después de abandonar esta vida; y Simón el Mago había ofrecido un precedente más obvio al identificar a la Helena gnóstica que le acompañaba con Helena de Troya, y describirla con memorables palabras. "Spies" no era realmente consciente de lo que había redescubierto o devuelto a la vida. Tampoco hizo uso del tema con la intensidad trágica que los poetas medievales habían derrochado en la unión entre Tannhäuser y Frau Hölle, cuyo segundo nombre era Venus. Este sorprendente símbolo poético sobre la arrasadora fascinación de la belleza y alegría paganas y sobre la devastación que éstas pueden acarrear se encuentra en un plano poético mucho más elevado que el de la Helena del primer Fausto. Descrita casi por completo con diminutivos, como si se tratase de una bella muñeca que mira con los ojos sensuales de una

mujer atrevida, hoy en día no alteraría el pulso de nadie. Sin embargo, esta representación inadecuada de un espíritu maligno que se pretendía sugestivo, traducida a la prosa inglesa, inflamó la imaginación de Marlowe. Ella inspiró también tal pasión en Fausto que éste no podía soportar perderla de vista. De esta extraña unión nació Justus Fausto, un niño con poderes proféticos, como antes que él los había tenido Merlín, y también como aquel misterioso niño creado por Simón el Mago con fines mánticos. Tanto la madre como el hijo se desvanecieron a la muerte del mago.

Revolcándose por tanto (para adoptar el tono de su primer biógrafo) en toda clase de lujuria con sus amantes y súcubos, Fausto se acercaba al final que le estaba predestinado, y cuanto más se acercaba a él mayor era su abandono y desesperación. Cuando quedaba sólo un mes para que su contrato con Satán expirase, todo eran lágrimas, lamentos y rechinar de dientes. Como no es de extrañar, estas quejas lastimeras exasperaban a Mefóstofiles, quien, ni mucho menos por primera vez, respondió con violencia, como el propio gran Reformador. La voz era la voz de Mefosto, pero las palabras eran las palabras de Lutero. En aquella lengua viva, nerviosa y popular, basada casi íntegramente en dichos y proverbios, con la cual Lutero solía remachar sus clavos; con la misma ruidosa vitalidad, los mismos juicios morales inexorables y la misma cólera hiriente, reprendió a su débil víctima por su apostasía y vida maligna. Ahora, dijo aquella voz cruel y triunfante, es tiempo de cosechar lo que planté. "Dios es el Señor; el diablo es sólo un abad o un monje".

Este generoso tributo, junto a otros indicadores que señalan en la misma dirección –la aversión de Mefosto por el matrimonio, la burla sobre el celibato de monjes y monjas, la irrespetuosa actitud hacia el Papa, y el hecho de que el espíritu maligno sirviese a Fausto disfrazado de monje– se utiliza siempre como ejemplo de la tendencia anticatólica del libro. Ésta es sin duda cierta, pero insignificante si se compara con la gran fuerza inspiradora, a veces manifiesta, que emanaba directamente de Lutero. Ello intensificó el aspecto dramático de la lucha entre los dos antagonistas, y la convirtió en algo completamente irremediable.

Para Lutero, y para las incontables inteligencias que ganó para su causa, la idea del poder y la malignidad del diablo era una verdadera obsesión. Ésta iba mucho más lejos que las concepciones aplaudidas hasta entonces y que todavía sobrevivían en la literatura popular en forma de diablos cómicos o estúpidos. Lutero cambiaría todo eso y mostraría un panorama desastroso, una terrible y siniestra visión de la vida, enredada en ardides y lazos del diablo casi imposibles de evitar.

Bajo el más oscuro de los soles negros, la cuestión de la eventual salvación de un necromante apenas podía tomarse en serio. "Spies" se afana por mostrar que el poder de Mefisto sobre la mente de su víctima era tal que le impedía incluso buscar el perdón y la gracia divinos. Ha sido comúnmente aceptado que la mayor lenidad mostrada hacia hechiceros anteriores era debida a la mariolatría; sirvan como ejemplo las leyendas de Teófilo y de su oscuro sucesor Militario, quienes, incapaces de negar a la Virgen bendita, escaparon a la perdición. No obstante, la condena de Fausto y de sus colegas contemporáneos en el crimen mágico es incluso una forma más clara de demonolatría: la creencia luterana en los casi ilimitados poderes de Satán, contra los cuales ningún santo mediador o una Madre de Dios piadosa podía hacer nada.

Sin embargo, en el primer Fausto es posible discernir débiles signos verbales de la tradición católica. Tales signos resultan audibles en los discursos del anciano, si bien el espíritu maligno acaba pronto con las esperanzas que éste defiende con insistencia. De forma bastante inconsciente, sin embargo, una suerte de ambigüedad impregna el relato del final de Fausto, muy parecido al de Gerberto. Se recordará que este último pidió que su cuerpo fuera mutilado antes y después de su muerte, y que fuera enterrado en el lugar en el que los caballos que arrastraban el féretro se detuvieran. Al detenerse éstos ante la iglesia de Letrán, parecería que había sido perdonado y que su alma había sido salvada. La opinión sobre este asunto estaba dividida, pero nadie dudó nunca de la condena eterna de Fausto, o hubiera pensado en alterar la leyenda, hasta que Lessing lo hizo de una forma peculiar. No obstante, la última noche de Fausto en la tierra siguió el precedente establecido por Gerberto. Tras

llamar a sus amigos estudiantes más queridos para que compartieran con él una cena, a una media milla de Wittenberg, el infeliz mago les abrió su corazón. Les habló de su vida perversa, de su pacto con el diablo y de su próximo final. Como Gerberto y como Gilles de Rais, les pidió que evitaran un destino como aquél con palabras conmovedoras. Después de rechazar todo consuelo y toda esperanza, les rogó que se retiraran a dormir y que no se preocuparan de cualquier ruido que pudiesen escuchar, pero que enterraran su cuerpo si le encontraban muerto por la mañana. Éstas fueron sus últimas palabras:

> porque muero como buen y como mal cristiano: como bueno, porque siento un sincero arrepentimiento y en mi corazón no dejo de rogar por la salvación de mi alma; como malo, porque sé que el Diablo quiere llevarse mi cuerpo y yo estoy dispuesto a entregárselo siempre que deje en paz a mi alma. Y ahora os ruego que vayáis a acostaros y os deseo una buena noche, que para mí será más bien enojosa, espantosa y mala.[1]

Su deseo le fue concedido. Entre la medianoche y la una de la madrugada, se levantó un terrible viento que parecía fuese a destruir la casa; también se escucharon silbidos y siseos que producían la impresión de que el edificio estaba lleno de víboras, serpientes y otras culebras peligrosas. La puerta de Fausto se abrió de golpe, y los aterrorizados estudiantes escucharon débilmente cómo llamaba: "¡Me quieren matar! ¡Ayuda!". Pero enseguida todo quedó en calma. A la mañana siguiente, su cuerpo destrozado fue encontrado junto a un montón de estiércol en el patio; su habitación estaba llena de sangre, sesos y dientes, y sus ojos estaban pegados a la pared. Pero ¿qué pasaba con su alma? ¿Había escapado a través del agujero que se percibía a pesar de la mutilación? Quizá los estudiantes, que consiguieron enterrarle, acariciaron

[1] Scheible, op. cit., II, pág. 1066. (N. de la T.) Trad. de Juan José del Solar, Madrid 1995.

alguna esperanza en este sentido; esperanza que tristemente se desvaneció cuando el fantasma del muerto se apareció a Wagner durante la noche y le hizo siniestras revelaciones; también cuando fue visto por otros mirando por la ventana de su casa.

Aunque la condena de Fausto no es evidente en sí misma, no puede decirse que, a pesar de la piedad que contenían sus últimas palabras, tuviera un final edificante. Persistió en su comportamiento maligno hasta el último minuto, y, después de corromper a su sirviente Wagner, no sólo le dejó sus libros de magia, sino que buscó los medios para que este joven depravado heredara su habilidad diabólica y fuera servido por un espíritu familiar después de la muerte de su amo. Esta ayuda cínica prestada a otro para que se pierda reduce el valor de los desgarradores lamentos que pronuncia cuando el miedo al tormento eterno comienza a hacer temblar su moral. Fue cruel cuando tuvo poder y sintió compasión de sí mismo cuando llegó la hora del arreglo de cuentas. Zito, impenitente hasta el último día, fue arrancado de un banquete por el diablo. La tradición no cuenta cómo se comportó en aquella crisis. Roberto de Normandía, apodado el Diablo, había sido consacrado a Satán por su madre antes de su nacimiento, y fue el demonio encarnado de las matanzas y las carnicerías en los primeros años de su edad adulta. Recobró el sentido cuando se dio cuenta de que todo el mundo huía de él, preguntó a su madre y conoció la terrible verdad. Lleno de angustia espiritual, fue a Roma, se confesó al Papa y fue absuelto bajo la condición de que llevara a cabo las más terribles penitencias. Se sometió valientemente a estas severas pruebas y se salvó, aunque el despiadado lo negara. De acuerdo a la versión cristiana de la leyenda, Virgilio se arrepintió de sus pecados y murió profetizando la venida de Cristo. Merlín, el Anticristo, se desvaneció después de ser bautizado. Todo indica que Gerberto, cuya forma de morir se parece en gran medida a la de Fausto, sintió un sincero remordimiento cuando le llegó la hora, más miedo que arrepentimiento. Teófilo hizo penitencia con polvo y cenizas, Cipriano se convirtió. Gilles de Rais dio la bienvenida a la muerte y murió de forma heroica. Todos quienes se sintieron culpables de pecado renunciaron a los frutos de sus pro-

fanas alianzas para quedar en paz con Dios. Fausto se sentó a gimotear en la tapia hasta que fue demasiado tarde. Su final lacrimoso y pobre de espíritu produce un contraste sorprendente con el de su doble polaco Twardowski. Este último, cuyo pacto con Satán vencería sólo en Roma, fue engañado, como Gerberto, con una hospedería que llevaba ese nombre en Polonia. Cuando se disponía a resistir con todas sus fuerzas, el diablo apeló a su honor de caballero polaco y a responder a su palabra. Twardowski se rindió caballerosamente de inmediato. El suyo es uno de los pocos finales elegantes que se encuentran entre los magos de la era postcristiana. Los dos más trágicos corresponden a Simón el Mago, quien cae del cielo como Lucifer, y a de Juana de Arco, quien muere la muerte de un dios-salvador crucificado.

El curso de la vida de Fausto –carente de un origen sobrenatural, y cuyo nacimiento no está rodeado de portentos ni de peligros– cuenta con el resto de los rasgos característicos del mito del mago, incluyendo una elaborada escena final. Toda esta parte –exceptuando los viajes celestes, infernales y terrestres– está escrita con una especie de convicción e interés igualmente temerosos en el estado mental del hechicero y en la naturaleza de su control; hecho que dota al relato de una realidad de carácter emocional. No sucede lo mismo con la descripción de las hazañas de Fausto. Agrupadas en su mayor parte en la tercera sección de la biografía, están tan mal narradas y han sido tratadas con tan poco cuidado que sugieren inmediatamente una falsa visión. No obstante, en el estado en que se encuentran transmiten todas las características familiares. El poder mágico sobre los elementos, y especialmente sobre la lluvia –de consecuencias tan importantes para el suministro de comida– se había convertido, como generalmente sucedía en las historias medievales, en un pretexto para la mistificación o para la exhibición. Con ocasión de una fiesta, una ilusoria corriente de agua hace que las damas se levanten las faldas y muestren sus bellas piernas a los hombres, quienes no tienen ni idea de por qué se les hace este estupendo regalo: una elaboración de la hazaña de Zito y una variante de la de Virgilio. Un glorioso jardín de verano, milagrosamente conjurado en las profundidades hela-

das del invierno, constituye la reminiscencia de un cuento de circunstancias que se contaba sobre Alberto Magno, otra sofisticación de la influencia del hacedor de lluvia en las cosechas, igual que los banquetes mágicos, surgidos en un abrir y cerrar de ojos, con los que todos los magos medievales se deleitaban. Fausto hizo aparecer al menos siete de éstos durante su carrera, todos ellos provistos de los manjares más raros y selectos, frutas fuera de estación y vinos exquisitos. Su débil parecido con el curandero de la antigüedad se manifiesta en sus encantamientos amorosos y en el poder de cegar, enmudecer o paralizar temporalmente a personas molestas. Igual que sucede en el caso de Zito, las reminiscencias de la resurrección ritual revolotean en torno a la historia del impertinente y joven criado a quien el prestidigitador se tragó vivo y vomitó más tarde, empapado, debajo de las escaleras. Como Gerberto, erigió un bello y deslumbrante palacio; y, como Simón el Mago, fue responsable de una aparición profética, la de su hijo Justo Fausto. También a él se atribuyeron numerosos prodigios de aparente transformación. Hizo creer a un grupo de estudiantes borrachos que sus narices eran racimos de uvas, y sólo borró esta ilusión cuando estaban a punto de arrancárselos a hachazos; también repitió las jugarretas de Zito: la cornamenta del ciervo y los haces de paja convertidos en cerdos y desintegrados en agua, con su secuela, la infeliz sátira de la víctima. Podía hacerse invisible a voluntad, cosa que hizo produciendo un gran efecto en el Vaticano, donde se dedicó a arrebatar platos deliciosos y copas de vino a Su perpleja Santidad. También rodeó el harén del sultán de Constantinopla con una densa niebla, durante la cual, disfrazado de Mahoma, se divirtió con sus concubinas. Poseía un corcel mágico, una capa mágica y una escala mágica para elevarse por el aire; creaba ejércitos fantasmales, como había hecho Merlín; y predecía el futuro por medio de observaciones astrológicas, como había hecho en su vida real. A estos numerosos y variados poderes añadió la capacidad para tragarse cualquier cosa: al criado ya mencionado, un montón de paja, un coche de caballos y una carreta.

A partir de la lista precedente es fácil predecir que Fausto también se tragó a Zito entero y lo vomitó después en un estado lamentable.

Como las vacas flacas que se comían a las vacas gordas en el sueño del Faraón, él, aunque pequeño, era, si cabe, el mejor para hacerlo; y estos préstamos son sólo una parte muy pequeña de la historia del plagio, un plagio del que era culpable el autor del primer Fausto. Su héroe es, de hecho, un auténtico mendigo disfrazado de pavo real. Todos los cuentos sobre magia son tradicionales por naturaleza. Pero en el caso de Fausto, una historia tras otra han sido tomadas de otros libros, y transcritas *verbatim* alterando simplemente el nombre del héroe. Esto subraya el hecho de que había muy poca sustancia de valor detrás de este hombre de paja. Por ejemplo, un odioso pasaje de persecución de judíos, que podría parecer original, resulta haber sido tomado de Hondorff; en concreto, de una historia sobre un hechicero del año 1274. Este hombre –y después Fausto– engañó a un prestamista judío persuadiéndole de que le serrara una pierna y la tomara como prenda de su deuda. Más tarde, el judío se desprendió de ella como de algo sin valor. Apareció, entonces, Fausto y le pidió que se la devolviera alegando que ya podía satisfacer su deuda. El desdichado judío tuvo entonces que pagar un dineral por un pedazo de carne que realmente nunca había recibido. La historia de las narices y las uvas, que gracias a Goethe ahora parece ser propiedad de Fausto, fue originalmente mencionada por Lercheimer en relación a otro. Es más, algunos de estos curiosos cuentos han sido especialmente dañados en su redacción, mientras que los más importantes –las hazañas relacionadas con la necromancia– son atribuidos explícitamente a Mefostófiles. Cuando el emperador Carlos V quiso ver a Alejandro Magno, Fausto consultó aparte con su espíritu y advirtió solemnemente al emperador que no se dirigiera a la aparición, ni le hiciera ninguna pregunta; porque, como cualquier buen luterano de aquel tiempo, admitía sinceramente que lo que Carlos estaba a punto de presenciar era una encarnación diabólica:

> Pero su majestad debe saber que sus cuerpos mortales no pueden levantarse de entre los muertos, ni estar presentes, porque esto es imposible.

Pero los espíritus pristinos, que han visto a Alejandro y a su consorte, pueden adoptar su forma y convertirse en esas personas. A través de estos espíritus os mostraré realmente a su Majestad Alejandro.[1]

Desde los días de la hechicera de Endor, el interrogatorio de los espíritus resucitados había constituido la parte más importante de la necromancia. El rito se llevaba a cabo por razones mánticas y tenía, por tanto, un propósito serio. Aquí había degenerado hasta convertirse en una simple exhibición de *Dumb Crambo*, como en el cuento de Erfurt. Su significado original se había perdido; y lo que era peor, se trataba de una réplica confusa de la descripción que hace Lercheimer de las resurrecciones de todos los grandes hombres paganos y emperadores llevadas a cabo por Tritheim para complacer a Maximiliano I. Finalmente, el fantasma de su esposa muerta, María de Borgoña, fue invocado. El inconsolable viudo, mirándola con fijeza, reconoció un pequeño lunar negro de su nuca, y declaró que se trataba realmente de ella. "Spies" coloca una gran verruga negra en el cuello de la consorte de Alejandro, sobre la cual Fausto había leído o escuchado algo. La bella y pequeña mancha del original añade *pathos* a la historia. Transformada en una horrible verruga ofrece al cuello de una dama, que quizá nunca tuvo ninguna, un aspecto extraordinariamente ridículo. Pero no tan ridículo como la cabeza de bronce que Gerberto y Virgilio hicieron famosa, y que, de forma incongruente y sin la menor explicación, parecía no pronunciar oráculos, sino hacer surgir esas corrientes de agua que tantos inconvenientes planteaban a las damas. La cosa parece bastante absurda. Podríamos seguir ofreciendo ejemplos similares de plagios ridículos durante mucho más tiempo. Baste quizá con decir que, después de hacer un recorrido por todos estos cuentos y de rastrear sus orígenes en fuentes más o menos remotas, puede decirse que sólo el incidente de la barba del capellán pertenece a Fausto de forma exclusiva. Éste "mejoró" el truco de la decapitación; cohabitó

[1] Scheible, op. cit., II, pág. 1012.

con Helena de Troya y dio vida a Justo Fausto, yendo un poco más lejos que Simón el Mago; asimismo, conjuró a las cuatro ruedas del carro de un campesino desabrido que se había negado a llevarle, enviándolas por el aire a las cuatro puertas de la ciudad. ¿Pero qué es esto en comparación con Merlín y los monolitos de Stonehenge?

La impresión general que recibimos de Fausto en su faceta de hechicero es lamentable; las hazañas tradicionales se han convertido en algo gastado y trivial; los préstamos de segunda mano se han vuelto ininteligibles, o hacen del practicante una persona resentida y desagradable. De hecho, en la biografía de Fausto, los cuentos de magia alcanzan su nivel más bajo. Si éste hubiera sido el único elemento del libro, su héroe no habría sobrevivido al siglo XVI por mucho tiempo. Pero el profundo fervor religioso que impregnaba las partes biográficas dotaron al conflicto y a la realidad del hechicero y de su espíritu protector de una naturaleza cósmica. Fue esto lo que, a una velocidad vertiginosa, condujo a ambos al drama isabelino, y de ahí, a través de los siglos, hasta nosotros.

La mala impresión que nos produce el mismo Fausto es un síntoma de los tiempos y del efecto negativo que la cristiandad había tenido sobre la posición de los magos. A pesar de que gran parte de la superestructura que los sustentaba se había hecho pedazos, los cimientos de sus vidas aún se mantenían firmes. El origen divino, rodeado de prodigios y peligros, era apenas reconocible en la ascendencia real de Virgilio y oscuramente discernible en el padre-demonio de Merlín. Los viajes remotos desaparecieron con Cipriano y volvieron a hacer su aparición con Fausto. La iniciación quedaba simbolizada en el pacto infernal; y el conflicto principal, más que la contienda entre un dios antiguo y uno nuevo o un sacrificio consumado, era un conflicto abierto entre el bien y el mal. Por otra parte, los encuentros esporádicos entre magos rivales dan fe de la fuerza con que la tradición original se aferraba a las vidas de Virgilio, Merlín, Zito y Fausto. El juicio y la persecución se unían, en general, al conflicto principal entre el héroe y el espíritu maligno; no obstante, la última escena –que a menudo adop-

taba la forma de una confesión plenaria– se convertiría, en el caso de Fausto, en una última cena (Zito fue arrancado de un banquete), enfatizando así el carácter pecaminoso de la hechicería. El *pathos* persistía y hacía aún más horrible esa característica del desenlace violento de los finales de Gerberto, Virgilio y Fausto, también el martirio de Cipriano; pero el destino final de Merlín fue poético y misterioso. El descenso al Hades fue representado como una condena eterna en el infierno, aunque Fausto también llevó a cabo un viaje onírico a las regiones inferiores, reviviendo así la *katabasis*. La resurrección se había reducido ahora a una serie de gemidos perturbadores y fantasmales, que se asociaban románticamente a un Merlín imperecedero; igual que se creía que Juana de Arco había sobrevivido a la hoguera. Al margen de qué elementos se omitieran, se mantuvieran o fuesen añadidos, el mito del mago de la versión de "Spies" se había convertido en una ruina de aspecto desagradable, con partes torpemente restauradas y una imagen general de penumbra gótica. Sólo los espíritus malignos podían sentirse en casa en aquella guarida. Es ésta una de las razones por las cuales los relatos sobre la magia antigua cristalizaron en torno a Fausto a finales de la Edad Media, y no así en torno a Juana de Arco –la salvadora sacrificada– o de Martín Lutero, el dios-predicador de aquellos tiempos. Basta con observar esta situación para comprender de qué forma se había degradado el conjunto de esta concepción; pues Santa Juana o Lutero habrían sido grandes magos en la antigüedad. Esto es debido en parte al hecho de que su naturaleza no era perversa, también a que eran figuras relevantes y conocidas. Sólo el más bajo y último de los mortales podía representar a la magia en el siglo XVI.

Es por ello por lo que el espíritu de la época eligió a Fausto por encima de sus distinguidos predecesores y contemporáneos. La leyenda había prestado la misma atención a Alberto Magno, a Tomás de Aquino y a Pedro de Apono en el siglo XIII, pero éstos no se convirtieron en mitos. En el siglo XVI, Tritheim, Agripa, Paracelso y Nostradamus fueron mucho más famosos que Fausto y gozaron de una reputación igualmente siniestra; sin embargo, sus figuras no llegaron a convertirse en

mitos absolutos. Si bien es cierto que en el proceso creador de mitos interviene un elemento de azar, también lo es que ciertas circunstancias actúan negativamente contra éste. En el caso de Mahoma, por ejemplo, si bien su nombre está rodeado de múltiples leyendas, y aunque la tradición comenzara a moldearlo en la forma de Zoroastro o de Moisés, éste se resistió a una transformación completa, ya que se conocían demasiados datos sobre su vida real. Lo mismo sucede con Lutero. Al confesar que era asaltado con frecuencia por el demonio, dio un pretexto a sus enemigos para que le llamaran el Anticristo, devolviéndole así el cumplido que le había hecho al Papa. De él se contaron todo tipo de historias legendarias, pero su vida pública fue demasiado conocida como para crear un mito coherente. En cualquier caso, la figura de Lutero fue demasiado grande, y por tanto, incompatible con la de un mago, en un tiempo en el que la magia había perdido su valor.

Dejando las modas a un lado, parecería que lo que Goethe dijo en una ocasión sobre la poesía sirve también para la mitología: sólo el conocimiento insuficiente es productivo. Para renacer en el mito, los magos deben bien estar envueltos en la oscuridad y el misterio de su tiempo, o pertenecer a una época tenebrosa. Tanto Virgilio, como Merlín o Fausto señalan en esa dirección. Igual sucede con un hombre, la deliberada omisión de cuyo nombre hasta ahora debe haber producido cierta sorpresa: el caballero inglés Roger Bacon.

(d) FRAY BACON

Aunque Bacon vivió en el siglo XIII, su leyenda de héroe llegó a la mayoría de edad en el siglo XVI, y en la historia de la magia debe verse como un contemporáneo de Fausto. Resulta inevitable, ya que la versión popular de su vida y sus hechos se lee como una respuesta deliberada al lamentable relato del héroe de "Spies", casi como si el espíritu de Inglaterra se hubiera levantado contra la magia alemana y

hubiese recomendado un producto nacional. No obstante, los datos biográficos parecen apuntar en dirección contraria. La comedia de Greene, *The Honourable History of Friar Bacon and Friar Bungay* (La honorable historia de Fray Bacon y Fray Bungay), verdadera clave de este asunto, fue puesta en escena en 1592. Casi con toda seguridad se basó en una versión en prosa de la leyenda. Sin embargo, la versión superviviente más antigua (reimpresa en el primer volumen de los *Early English Prose Romances* (Antiguos Romances Ingleses en Prosa) de Thoms no pudo ser publicada antes de 1597, ya que en ésta se cita la *Epistle on the Secret Operations of Art and Nature and the Nullity of Magic* (Epístola sobre las Operaciones Secretas del Arte y la Naturaleza, y la Nulidad de la Magia) de Bacon, traducida por primera vez aquel año del latín al inglés. *La Trágica Historia del Doctor Fausto* de Marlowe, por otra parte, fue escrita después de mayo de 1592, cuando aparece el primer libro inglés de Fausto; ya que ha sido comúnmente aceptado que ésta fue su única fuente. Sin duda, Greene tuvo prioridad sobre Marlowe, y todo apunta a que la leyenda de Bacon se imprimió en este país antes que la leyenda de Fausto. Sin embargo, tanto en los libros como en las obras de teatro, aunque con menos fuerza en las segundas, se percibe la vaga pero persistente impresión de que Bacon es utilizado para interpretar el papel del antifausto. Para decirlo de otra forma, ni "Spies" ni su traductor inglés, P.F., dan la menor señal de ser conscientes de la leyenda de Bacon; mientras que quienquiera escribió *The Famous Historie of Fryer Bacon* (La Famosa Historia de Fray Bacon) parece preocupado por la figura de Fausto. Parece justificado suponer que la preocupación estaba viva en la fuente de Greene, porque resulta discernible en la comedia, y constituye uno de los elementos de prejuicio antialemán más claros de la obra. Al margen de lo extraña, inexplicable y desconcertante que la relación entre las leyendas de Fausto y de Bacon pueda ser, e independientemente de cómo surgiera, ésta parece existir. No siendo explícito –pues Fausto no es mencionado nunca en la leyenda de Bacon–, puede que el contraste no fuese intencionado, y se debiera al hecho de que el verdadero Bacon fuese la antítesis misma del verdadero Fausto.

Roger Bacon (c. 1214-c. 1292) fue un hombre notable; un hombre tan adelantado a su tiempo que sufrió persecución por sus ideas. En el apogeo del escolasticismo, deprecó contra éste y atacó abiertamente su mismo fundamento: el establecimiento de todas las cuestiones disputadas por medio de la apelación a las autoridades, a menudo con información de segunda o tercera mano, y, en ocasiones, también, absoluta ignorancia de los escritores a los que se citaba. Una de las reiteradas exigencias era el conocimiento del griego basado en la compilación de tratados gramaticales. Aún con mayor vehemencia abogaba por la búsqueda de la verdad a través de la ciencia experimental, y esbozó un método para su procedimiento. Trescientos años más tarde, su homónimo Francis tuvo más éxito a la hora de inculcar a sus contemporáneos la importancia de esta aproximación al conocimiento. Roger, que había sido estudiante en la Universidad de Oxford, desde más o menos la edad de doce años –como era entonces corriente–, se graduó en Oxford, se convirtió allí en profesor y viajó a París después, según la costumbre de aquel tiempo. No sabemos en qué momento ingresó en la orden franciscana y se convirtió en fraile; pero llamó negativamente la atención del superior y fue sometido a una estrecha vigilancia en París, escribiendo de esta manera al Papa Clemente IV sobre el trato que recibía:

> Los Prelados y Frailes me han tenido ayunando, encarcelado; no permitían que nadie se acercara a mí, temiendo que mis escritos llegaran a manos de alguien que no fuera el Papa o ellos mismos.[1]

Esto sucedía en 1267, cuando (por suerte para Bacon) Guy de Foulkes, antes embajador pontificio en Inglaterra, y Papa desde 1266, escribió al fraile pidiéndole que le enviara un informe sobre sus teorías científicas.

[1] Citado en el prólogo de *The Cure of Old Age*... de Roger Bacon. Traducción de R. Browne, Londres 1683.

Bacon despachó enseguida su *Opus Majus, Opus Minus* y, seguramente, su *Opus Tertium* (1267-68). Es poco probable que Clemente, que murió en 1268, pudiera leerlos; pero Bacon fue liberado de su confinamiento y regresó a Oxford en 1268. Diez años más tarde, volvió a perder este favor por las sospechosas "novedades" de sus escritos. Su encarcelamiento, de nuevo en París, fue incluso más arduo y riguroso que el primero. Se prolongó desde 1278 hasta 1292, año en el que fue liberado, volvió a Oxford y murió, aunque algunos autores fijan su muerte dos años más tarde.

En aquel tiempo, se dijo –lo cual parece más plausible– que la verdadera razón de su persecución fue la acusación de magia negra que pendía sobre él, a pesar de haber declarado su "nulidad" en el ensayo sobre los prodigios producidos por el arte y la naturaleza:

> ... existe una práctica más condenable, cuando, despreciando las Reglas de la Filosofía, los hombres invocan irracionalmente a Espíritus perversos, creyéndolos provistos de una Energía capaz de satisfacer sus deseos. En lo cual hay un craso error, porque tales personas imaginan poseer algún tipo de autoridad sobre los Espíritus, y que los Espíritus pueden ser dirigidos por la autoridad humana, lo cual es totalmente imposible, ya que la energía humana o la Autoridad es muy inferior a la de los Espíritus. Por otra parte, admiten un error mucho más grave, al suponer que tales instrumentos naturales, de los que hacen uso, son capaces de invocar o de alejar a cualquier Espíritu perverso. Y perseveran en su error al intentar ganarse su voluntad por medio de Invocaciones, Deprecaciones o Sacrificios que llevan a cabo para complacer a los Espíritus. Fuera de toda duda, la forma más sencilla y correcta de obtener algo para los hombres es a través de Dios o de los Ángeles buenos, y no a través de los Espíritus perversos. En cuanto a las cosas que incomodan a los hombres, los Espíritus perversos no pueden tampoco prestar su ayuda...)[1]

[1] Frier Bacon, *His discovery of the Miracles of Art, Nature and Magick*. Traducido fielmente de la propia copia del Dr.Dee, por T.M., antes no traducida al inglés, Londres 1629, pág.3. (Existió una traducción anterior en 1597, que no me ha sido posible ver.)

> Con relación a esos Secretos que son revelados en los escritos de los magos, aunque contienen cierta verdad, si consideramos todas esas auténticas verdades que ocultan con engaño, y no siendo tarea fácil discernir entre la verdad y la falsedad, deberían ser totalmente rechazados. No deberá creerse a ningún hombre que nos asegure que Salomón, o cualquiera de nuestros sabios Progenitores, fueron los Autores de tales Libros, porque esos libros no han recibido la aprobación de las Iglesias Autorizadas ni de ningún hombre prudente, y sólo algunos Compañeros tramposos dicen que son las obras de tales hombres. Mi propia experiencia me asegura que éstos redactaron e hicieron circular sus propias invenciones, escritas en tono elevado y llamativo para confundir sus mentiras con el Texto: colocando títulos engañosos y adornándolos para adscribir sin pudor engendros tan bastardos a Autores famosos.[1]

Aunque Bacon procede, a continuación, a demostrar cómo los milagros del arte y de la naturaleza exceden con mucho cualquier cosa que pueda ser producida por medios mágicos, es necesario llamar la atención sobre el hecho de que había estudiado la magia con una mente imparcial, y llegado a la conclusión de que había algo en ella. Por ejemplo, no estaba completamente seguro de que los hechizos y encantamientos carecieran de todo poder, pues era consciente del poder de las palabras. "Todos los milagros, casi desde el principio del mundo, han sido producto de las palabras", proclamó una vez. Es más, igual que cualquier otra persona en su tiempo, incluyó la astrología en el estudio de la astronomía, y pensó que ciertas predisposiciones en el carácter de los hombres se debían a la disposición de los cielos en el momento de su nacimiento. No obstante, insistió en la libre voluntad del individuo y condenó esa clase de astrología que

[1] Ibíd., pág. 6 y sigs.

> ... se arroga una consideración sobre los cuerpos celestes, desfigurada por caracteres, encantamientos, conjuros, prácticas supersticiosas y otros fraudes.[1]

Su *Mirror of Alchemy* (Espejo de la Alquimia) refleja la misma actitud. Bacon la consideraba una ciencia experimental, uno de los medios de penetrar en los secretos de la naturaleza y del arte con los cuales siempre había estado comprometido; "arte" por supuesto relacionado en este caso con las invenciones y descubrimientos, mecánicos o de otro orden, llevados a cabo por el profundo estudio de la naturaleza. Por otra parte, al compartir con los hombres de su tiempo la fuerte expectación suscitada por la inminencia del Anticristo, también creía que su espíritu maligno debía sin duda conocer y utilizar todos los poderes secretos de la naturaleza y del arte para confusión del mundo y de las ciencias mágicas.

> Y, sin embargo, es cierto que estas ciencias magníficas, a través de las cuales puede hacerse tanto bien y tanto mal, deberían ser sólo conocidas por un número determinado de personas autorizadas por el Papa... de forma que la Iglesia pudiera recurrir a estos poderes cuando se encontrara en dificultades, y finalmente el Anticristo y sus seguidores serían combatidos –y, como los fieles, llevaría a cabo milagros como los suyos– se demostraría que no era Dios y su persecución sería obstaculizada y mitigada en muchos respectos por medidas de esta clase.[2]

Este pasaje, seguramente de fecha posterior al *Descubrimiento*, parece referirse a los prodigios que pueden producirse a través de la magia, y anima la idea de que Bacon se encontraba más impresionado por ellos que antes; por otra parte, todavía los consideraba hechos esencialmente

[1] W. Winthrop, *Roger Bacon*, Londres s.d., pág. 108. Citado del *Opus Majus*.
[2] A.G. Little, "Roger Bacon", *Proceedings of the British Academay*, Londres 1928, XIV, pág. 289. Citado del *Opus Tertium*.

inferiores, ya que seguía declarando que el Anticristo utilizaría invenciones mecánicas, trabajos de matemáticas y de geometría, en los cuales la magia no está presente, y en los cuales también queda patente la inferioridad e indignidad de los poderes mágicos en relación a los del arte y la naturaleza:

> ... podemos optar por espejos ustorios que operan a distancia, de forma que podamos quemar cualquier cosa hostil a la comunidad: un castillo o un ejército o cualquier cosa; y la máquina voladora, y una máquina navegante con la cual un hombre puede guiar un barco cargado de hombres armados a increíble velocidad; y carros de guadañas que llenos de hombres armados avanzan a gran velocidad con prodigiosa maquinaria, sin animales que tiren de ellos, y aplastan y atraviesan todo obstáculo.[1]

Aquí, igual que en el *Descubrimiento*, Bacon predice claramente la llegada de la mecanización; describe el gas tóxico y los trajes de buceo, asi como otras invenciones, indicando por lo general que las había encontrado en ciertos autores antiguos. Fueran correctas o no estas atribuciones escolásticas, poseía una mente precoz, y sin duda experimentó con cristales de aumento, lentes y telescopios. Poco antes de 1571, Leonard Digges construyó un telescopio reflectante según las instrucciones que encontró en "un viejo libro versado en los experimentos del mencionado Bacon". No hay duda de que no fue el primero en descubrir la pólvora; pero resulta evidente que encontró la fórmula de ésta de manera independiente; fórmula que parece ocultó, cifrada, en los capítulos alquímicos que concluyen su *Descubrimiento*; y lo que es más sorprendente, un pasaje de su obra sobre geografía, la cual fue incorporada por el Cardenal Pierre d'Ailly en su *Imago Mundi*, impresionó de tal forma a Colón que éste la transcribió íntegramente en una carta dirigida a Isa-

[1] A.G. Little, op. cit., pág. 290. Citado del *Opus Tertium*.

bel y Fernando. De forma que el *Opus Majus* (que contiene su trabajo en geografía) terminó por convertirse en uno de los libros capitales que indujeron a Colón a llevar a cabo su gran viaje del descubrimiento. Se dice que la propuesta de Bacon de reformar el calendario, más tarde asumida por el Dr. Dee, y basada en cálculos astronómicos, influyó en Copérnico a través de Pablo de Middleburg.

La indudable grandeza de Roger Bacon como pensador, hombre de visión y pionero de la ciencia experimental, parece haber estado siempre asociada a la nobleza de pensamiento.

> La autoridad puede impeler a la fe, pero no puede iluminar la inteligencia,

dijo una vez, y

> El fin de toda religión verdadera es llegar al conocimiento del Creador a través del conocimiento del mundo creado.

El admirable doctor vivió y escribió sus obras en humildes celdas franciscanas, dentro de los límites de dos grandes universidades; y durante más de una década, en el duro confinamiento de varias prisiones. La atmósfera que rodeó su afanosa vida es totalmente diferente a ese olor a taberna que se une de forma obstinada al verdadero Fausto, a pesar de que, más tarde, la tradición le haya asociado a la Universidad de Wittenberg. Y aunque Fausto, como Bacon, tuvo alguna experiencia con los muros de la prisión, ¡qué diferente estancia entre éstos la suya, si creemos el relato de Wier! Por un lado, un devoto de la ciencia perseguido en la Inglaterra del siglo XIII; por el otro, un pícaro charlatán, un reprendible y malvado vividor en la Alemania del siglo XVI.

Sabemos casi con certeza que los experimentos de Bacon provocaron no poco alboroto en su tiempo; también, que gozaban de una poco envidiable reputación que los relacionaba con la magia, lo cual provocaba tan desgraciados resultados. Menos de un siglo después de su

muerte, su leyenda comenzaba a tomar forma. En 1385, Peter de Trau escribía sobre él desde Zara, Dalmacia:

> A veces, por condensación natural [del aire], construía un puente de 30 millas de largo sobre el mar, desde el continente a Inglaterra, y después de pasar sobre éste con sus acompañantes sin sufrir ningún daño, lo destruía, rarificando el aire por medios naturales.[1]

Bacon, por tanto, no había defendido completamente en vano que los milagros que describía eran obras del poder de la naturaleza, una idea no sugerida para explicar la hazaña similar de Virgilio; por otra parte, el puente de Bacon trae irresistiblemente a la memoria el paso a través del Mar Rojo. En cualquier caso, fueron sus experimentos ópticos los que sin duda inspiraron el siguiente relato:

> ... construyó dos espejos en la Universidad de Oxford: con uno de ellos podías encender una vela a cualquier hora, fuera del día o de la noche; con el otro, podías ver lo que hacía la gente en cualquier parte del mundo. Mientras experimentaban con el primero, los estudiantes pasaban más tiempo encendiendo velas que estudiando libros; con el segundo, se dedicaban a ver cómo morían sus parientes, cómo enfermaban o cuáles eran sus problemas, de forma que, para ruina de la universidad, abandonaban el hábito del estudio. Y, así, por acuerdo del consejo de la universidad, ambos espejos fueron destruidos.[2]

Más tarde, esta leyenda jugó un papel importante en el libro de cuentos del siglo XVI, período en el cual parece probable que se recogieran y recopilaran por primera vez los distintos cuentos sobre Bacon en lo que Thoms llama un romance en prosa. No se trata de narraciones

[1] Winthrop, op. cit., pág. 14.
[2] Ibíd., pág. 14 y sigs.

biográficas, y por tanto tiene poco que ver con el Fausto de Spies. Carece del eje central en torno al cual giraba la vida de Fausto, pues en la carrera de Bacon no figura la firma de un contrato con el diablo. Esta omisión parece haber sido deliberada. Según una tradición, Bacon habría firmado dicho pacto, prometiendo su alma al diablo si moría bien dentro o fuera de la Iglesia. Satán encontró esta petición bastante justa. Pero Bacon le superó en ingenio y construyó una celda en el interior del muro de una iglesia, donde murió: ni dentro ni fuera. Ni la comedia de Greene ni el relato de Thoms utilizan este fragmento de sofistería; aunque en la leyenda en prosa, Bacon hace uso de esta habilidad en beneficio de otro, interpretando incidentalmente el papel del monje franciscano de Erfurt, el Dr. Klinge, y el Anciano que "Spies" intentó representar por Fausto. Un caballero infeliz, abrumado por las deudas, había prometido sus servicios incondicionales al Enemigo Mayor (astutamente disfrazado de usurero) si éste le liberaba de sus cargas financieras. El contrato debía expirar cuando todas las deudas hubieran sido saldadas. Puede imaginarse el horror del miserable deudor cuando descubrió que había vendido inadvertidamente su alma al diablo en persona. Despachándole con cándidas excusas, se desembarazó del espíritu amenazador por espacio de un día, y estaba a punto de suicidarse cuando Fray Bacon acertó a pasar por allí, y le instó a que desistiera de cometer tal pecado:

> Señor, si dejara que se condenase voluntariamente, de aquí en adelante sería indigno de vestir o tocar un ropaje que perteneciera a la santa orden de la cual soy hermano: usted sabe (no lo dudo) que la iglesia concede el poder de absolver a los pecadores penitentes, no deje que su obstinación le prive del beneficio que podría recibir: hágame su libre confesión (le ruego), y no dude de que confortaré su atribulada conciencia: Padre (dijo este Caballero), sé que todo lo que ha dicho es verdad, y muchas veces he recibido consuelo de la madre iglesia (no me atrevo a decir nuestra, pues temo que ella nunca me recibiría como a un hijo), Sé que no tengo derecho a su bendición, pero, ya que me pregunta por la causa tan de veras, se la diré, escuche y tiemble. Sepa que he vendido mi alma

> al diablo a cambio de un poco de riqueza, y que mañana seré suyo en este bosque: ahora ya conoce mi dolor, pero no sé cómo encontrar consuelo. Es extraño (dijo Fray Bacon), pero tenga esperanza, las lágrimas de arrepentimiento que no cesa de derramar pueden ser de gran ayuda; pronto le visitaré en su casa y le daré ese consuelo que (espero) le devolverá el bienestar: El Caballero se sintió de alguna forma reconfortado por estas palabras y regresó a casa. A la noche Fray Bacon entró en su casa y le encontró llorando amargamente por sus horribles ofensas, pues estas lágrimas le daban esperanza de un perdón...[1]

En la *Crónica de Erfurt*, Fausto envió impacientemente al Dr. Klinge a paseo; en el libro de Fausto de "Spies", éste comenzó a arrepentirse, pero Mefostófiles consiguió disuadirle de hacer penitencia, y le obligó a firmar un segundo contrato. Después de arrepentirse sinceramente, el *protégé* de Bacon se salvó por medio de una inteligente pieza de casuística. Los tres se reunieron al día siguiente: Bacon, que dio a entender que pasaba por allí casualmente, fue llamado por los firmantes del contrato, a quienes dijo que ya que el impróvido caballero aún estaba en deuda con el diablo, su alma no podía ser confiscada hasta que no le hubiera devuelto los dineros prestados. Esta limpia solución está en harmonía con el tono luminoso, casi soleado, que prevalece en toda la obra. El peligro siempre amenazante que dota de tanta carga emocional al libro de Fausto está aquí ausente por completo. Por un giro inesperado de la rueda de la leyenda, un estafador depravado y miserable se convierte en un alma perdida; mientras que el noble y perseguido Bacon se reduce a la figura de un mago benevolente, urbano y triunfador, que va de un lado a otro haciendo el bien, y se permite como mucho una ocasional artimaña contra un malhechor. Es más, su humanidad era tal que terminó obligándole a abjurar de la magia. Se encontraba ya deprimido por las noticias del terrible

[1] *The Famous Historie of Fryer Bacon*, ed. Thoms, *Early English Prose Romances*, Londres 1858, I, pág. 202.

final de su camarada Bungay (con razón, como se verá más tarde), cuando dos jóvenes le rogaron que les dejara mirar en su espejo mágico, el famoso "cristal de la perspectiva", para ver cómo se encontraban sus padres. Desgraciadamente, descubrieron que estos padres se estaban batiendo en duelo. Los jóvenes comenzaron a increparse entre sí mientras miraban llenos de impotencia. Por último, desenvainaron sus espadas y las blandieron uno contra el otro hasta darse muerte. Abrumado por el dolor y el remordimiento, Bacon rompió el cristal en pedazos; y, más tarde, reuniendo a sus amigos y discípulos, se dirigió a ellos de esta forma:

> Mis buenos amigos y compañeros, no desconocéis la reputación que he obtenido a través de mi arte, tal que pocos hombres vivos han alcanzado nunca: de las maravillas que he realizado toda Inglaterra puede hablar, tanto el rey como el hombre de la calle: he desentrañado el secreto del arte y de la naturaleza, y he dejado que el mundo viera esas cosas que se han mantenido ocultas desde la muerte de Hermes, ese raro y profundo filósofo: mis estudios han desvelado los secretos de las estrellas; desde el presidente a nuestros más grandes doctores, todos consultan los libros que he redactado sobre éstos, tan excelentes son los juicios que en ellos he expuesto. De la misma forma he descubierto los secretos de los árboles, las plantas y las piedras, y sus distintas utilidades; sin embargo, en tan poco estimo todo este conocimiento mío que preferiría ser ignorante, y no saber nada: pues el conocimiento de estas cosas (como he descubierto) no ha servido para aumentar la rectitud del hombre, sino, únicamente, para envanecerle. ¿Qué me ha deparado todo mi conocimiento sobre los secretos de la naturaleza? Sólo esto: la pérdida de un conocimiento superior, la pérdida de los estudios divinos, los cuales bendicen la parte inmortal del hombre (su alma). He descubierto que mi conocimiento ha sido una carga pesada, que ha frenado mis buenos pensamientos: pero me dispongo a arrancar la raíz del mal, que son estos libros: los cuales me propongo quemar, aquí ante todos vosotros. Todos le increparon para que salvase los libros, pues en ellos se encontraban aquellas cosas que con el paso del tiempo podrían ser fuente de beneficio. Él no les prestó atención

y los arrojó al fuego, y en aquellas llamas ardió el mayor conocimiento del mundo... después, ordenó construir una celda en el interior del muro de la iglesia, donde se encerró, y allí permaneció hasta su muerte. Su tiempo transcurrió entre la oración, la meditación y otros ejercicios tan divinos como estos; y buscó por todos los medios persuadir a los hombres de que abandonaran el estudio de la magia. De esta manera vivió en aquella celda por espacio de dos años, sin salir de ella en ningún momento: recibía la comida y la bebida a través de una ventana, y a través de aquella misma ventana hablaba con los que iban a verle; cavó su tumba con sus propias uñas, y allí fue enterrado cuando murió.[1]

Imposible no recordar la leyenda según la cual Salomón quemó sus libros antes de su final; y, ciertamente, hay mucho de Salomón en Bacon: su sabiduría, su conocimiento y sus invenciones, por no mencionar el hecho de que uno de los juicios salomónicos de la *Gesta Romanorum* fue atribuido al mago inglés en el romance en prosa. Más obvio, incluso, es el contraste con Fausto, ese pecador endurecido que legó todos su libros mágicos a Wagner, y colocó a su sucesor en el camino del mal que él mismo había hollado; tampoco podemos dejar de comparar el discurso de despedida de Bacon, a sus amigos y estudiantes, con la última oración de Fausto a una audiencia similar; no es posible evitar la conclusión de que el contraste era intencionado. Esta característica está presente en toda la colección de relatos sobre Bacon, muchos de ellos tomados de fuentes anteriores; pero en todos ellos se elige, o al menos eso parece, un carácter humano, incluso humanitario. Ahora bien, ésta distaba mucho de ser una característica isabelina, como atestigua de forma elocuente y a veces sorprendente la literatura de ese período. El propósito moral de la *Historie* reimpresa por Thoms es indudable, a veces, incluso, opresivo; no así, en cambio, o al menos no hasta el final, en el delicioso relato del conflicto entre Bacon y Bungay, por una parte, y en el del hechicero alemán Vandermast, por otra. Bacon había

[1] Thoms, op. cit., págs. 248-50.

conseguido reducir una ciudad francesa, largamente sitiada, por medios naturales (de hecho, por medio de su famoso espejo ustorio), a petición del Rey de Inglaterra. Este último había mostrado tanta clemencia hacia los vencidos (de nuevo, la clemencia), que el embajador francés ideó un maravilloso pasatiempo para él en señal de gratitud, un pasatiempo del cual Vandermast, el famoso mago alemán, era el principal artífice. El hecho de que fuese alemán no implica necesariamente que el autor tuviera a Fausto en mente; pues, en palabras de Herford, para el inglés medio de aquel tiempo Alemania "era famosa sólo por ser una tierra de magos y de hechiceros, el hogar de Albertus y de Agripa, Paracelso, Tritheim y el Doctor Fausto".[1] Cualquier hechicero continental, por tanto, podía ser representado por un alemán. No obstante, el Rey de Inglaterra no tenía la menor intención de que su país fuera superado por ningún otro en el arte de la magia, de la misma manera que en el arte de la guerra, y pidió secretamente a Fray Bacon y a su inseparable amigo Fray Bungay que asistieran a las sesiones y representaran los intereses de Inglaterra. A petición del rey y para asombro general, Vandermast dio comienzo a su actuación de forma grandiosa, presentando a Pompeyo vestido para la batalla de Farsalia. Bacon, entonces, invocó al espíritu de César, el cual trabó combate con Pompeyo y le venció de forma contundente, satisfaciendo así la clara intención del monarca inglés.

> Mi señor embajador (dijo el rey), creo que mi inglés ha vencido a su alemán: ¿no sabe hacer nada más inteligente que esto? Sí, contestó Vandermast, su gracia me verá vencer a su inglés antes de que se vaya de aquí; y por tanto, Fray, prepara lo mejor de tu arte para combatirme.[2]

Imperturbable, Bacon le dijo al alemán que se midiera antes con Bungay. Este último pareció preparar el terreno para la victoria alemana al

[1] C.H. Herford, *Studies in the Literary Relations of England and Germany in the Sixteenth Century*, Cambridge 1886, pág. 165.
[2] Thoms, op. cit., I, pág. 218.

invocar al árbol de las Hespérides –cargado de manzanas de oro– y a su dragón guardián. Para el mago rival fue un juego de niños invocar de las sombras al fantasma de Heracles y pedirle que repitiera su famoso desafío. Pero, justo cuando estaba a punto de arrancar la fruta, Bacon agitó su varita mágica y la sombra de Heracles dio un traspié. Apremiado por el alemán con amenazas de tormento, dio muestras de gran temor y dijo:

> No puedo ni me atrevo: porque el gran Bacon aquí se yergue, porque sus encantamientos son mucho más poderosos que los tuyos, debo obedecerle, Vandermast. Tras lo cual Vandermast maldijo a Heracles y le amenazó: Fray Bacon se rió, sin embargo, y le pidió que no se irritara antes de que su viaje terminase: pues como veo (dijo) que Heracles no obedece tus mandatos, voy a pedirle que haga algo por mí: tras lo cual, pidió a Vandermast que lo llevara a su casa, de vuelta a Alemania. El diablo le obedeció y cargó a Vandermast a sus espaldas, llevándoselo ante la vista de todos. ¡Quieto, Fray!, gritó el embajador. No perderé a Vandermast ni por la mitad de mis tierras. Tranquilícese mi señor, contestó Fray Bacon, sólo le he enviado a casa, a visitar a su esposa, y en poco tiempo estará de regreso.[1]

Aunque en todos los conflictos entre magos rivales, la idea de que los espíritus con los cuales están asociados les asisten subraya, aunque sólo sea implícitamente, la prueba de fuerza mágica, este relato presenta un mayor desarrollo al mostrar a los espíritus enfrentados a la vista de todos. El fenómeno de la necromancia se traslada aquí al enfrentamiento ritual, convirtiéndolo en un hecho más espectacular y dramático, a pesar de disminuir su grandeza. Pues sólo tenemos que pensar en Moisés ante el Faraón, o en la forma en que Simón Pedro destruye a Simón el Mago, para darnos cuenta de la gran distancia que separa a la magia medieval de la antigua. La grandeza espiritual y la carga significativa de enfrentamientos anteriores convierten a Bacon en un simple

[1] Thoms, op. cit., I, pág. 219.

jugador, y en una tontería la burla de Vandermast y el divertimento pseudo-clásico de aquel combate. Por otra parte, la inocuidad de la victoria de Bacon contrasta agradablemente con la malevolencia mostrada por Fausto ante su infortunado rival en la escena de la decapitación. ¿Es, por tanto, una mera casualidad que Vandermast aparezca como un ser extremadamente vengativo? Picado por su derrota, decidió vengarse provocando la muerte de Bacon, y con este propósito contrató a un soldado valón para que viajara a Inglaterra y, por la suma de cien coronas, matase a su odiado rival. Por suerte para el fraile, vio en sus libros que se encontraba en peligro, y cuando el asesino a sueldo apareció ante él con la espada desenvainada, estaba preparado para recibirle. Al descubrir que el hombre era un infiel que no creía en el infierno, Bacon invocó al espíritu de Juliano el Apóstata para convertirlo. Este último hizo su aparición con su cuerpo envuelto en llamas y lleno de heridas, y confesó que sufría este tormento por su apostasía. Al enfrentarse a esta terrible visión, el valón se convirtió al punto al cristianismo, y partió como cruzado a la Guerra Santa donde murió como un verdadero hombre de fe. Aquí la moraleja es clara; pero el autor deseó dejar todo bien atado, y añadió un nuevo episodio. Creyendo a Bacon muerto, Vandermast viajó a Inglaterra para medirse con Bungay. Después de probarse mutuamente con varios trucos (presididos por la sombra de Zito-Fausto), Vandermast desafió a Bungay a un duelo mágico en toda regla, y así se dirigieron al campo de batalla.

> Allí tendieron sus círculos a una distancia aproximada de cien pies uno del otro: y después de varias ceremonias Vandermast comenzó: por medio de encantamientos invocó la presencia de un fiero dragón, que se puso a correr en torno al círculo de Fray Bungye, y le abrasaba con su calor de tal forma que éste estuvo a punto de derretirse. Fray Bungye atormentó a Vandermast de otra manera: invocó la presencia del monstruo marino que mató Perseo al salvar a la bella Andrómeda. Este monstruo marino se puso a correr alrededor de Vandermast, y le lanzaba tal flujo de agua por la boca, que éste estuvo a punto de ahogarse. Entonces,

Fray Bungye invocó al espíritu de San Jorge, el cual luchó contra el dragón y lo mató: Vandermast (siguiendo su ejemplo) invocó a Perseo, quien a su vez luchó contra el monstruo marino y lo mató, de forma que ambos volvieron a encontrarse fuera de peligro.

No contentos con esta prueba de sus habilidades, decidieron continuar, y esta vez cada uno de ellos invocó a dos espíritus. Bungye exhortó a su espíritu a que le asistiera con su mayor poder para vencer a Vandermast. El diablo le dijo que lo haría si le daba tres gotas de sangre de su brazo izquierdo, y que si se lo negaba, Vandermast tendría poder sobre él para hacer lo que quisiera: el diablo de Vandermast le dijo lo mismo. Ambos se mostraron de acuerdo ante esta petición de los espíritus, pensando cada uno en vencer al otro; pero el diablo venció a ambos.

Después de entregar su sangre al diablo, como habían acordado, ambos volvieron a enzarzarse en sus conjuros: primero, Bungye invocó a Aquiles y a sus griegos, quienes marcharon hacia Vandermast de forma amenazadora. Entonces Vandermast invocó a Héctor y a sus troyanos, quienes le defendieron de Aquiles y de los griegos. Entonces comenzó a librarse allí una gran batalla entre los griegos y los troyanos, la cual se prolongó durante un largo espacio de tiempo: finalmente, Héctor cayó muerto y los troyanos se dieron a la fuga. Entonces se produjo una gran tempestad, con rayos y truenos, tan violenta que los dos hechiceros desearon estar lejos de allí. Pero sus deseos eran vanos: porque había llegado la hora: el diablo iba a pasar factura del conocimiento que les había prestado y no iba a demorarse por más tiempo, de modo que tomó posesión de ellos en el colmo de su maldad y les privó de sus vidas.

Cuando la tempestad hubo concluido (la cual asustó grandemente a los pueblos de los alrededores), los habitantes de los pueblos encontraron los cuerpos de estos dos hombres... exánimes, y extrañamente carbonizados. El primero tuvo un entierro cristiano, por su condición religiosa: el otro, porque era un extranjero.[1]

[1] Thoms, op. cit., I, págs. 242-4.

Juan Francisco Pico, el sobrino de Pico de la Mirandola, contó la historia de un mago que había reproducido el combate entre Héctor y Aquiles en el siglo XV, y había sido arrebatado por el diablo como contrapartida. Una vez más la hazaña necromántica se unía a la contienda mágica, y terminaba trágicamente para los dos rivales, ya que ambos habían firmado un pacto con el diablo, al cual habían dado su sangre. En este cuento, Bungay, de quien no se conoce ninguna otra maldad, representa una vía de escape para Bacon. El pecado de Bungay y el destino que le sobrevino iluminan extraordinariamente el paso que Bacon rehusó dar. De esta forma, el autor mata dos pájaros de un tiro: retrata el horrible final que aguarda a los hechiceros, y mantiene intacta la virtud de Bacon. Es posible, también, que esta tremenda exhibición homérica estuviese inspirada en la invocación que de Helena hiciera Fausto. Pero, incluso si estas sugerencias fuesen del todo equivocadas, incluso si el papel de Bacon no hubiese sido el de un anti-Fausto, ni la intención de Vandermast hacer de él una caricatura, el espíritu antialemán del relato de la contienda persiste en Greene, de forma aún más enfática.

Este patriotismo negativo quedaba equilibrado por el amor positivo a Inglaterra; un amor que inspiró la leyenda por la cual Bacon alcanzó la posteridad y es más conocido. No cuenta con la grandeza simbólica que impregna la hazaña central y más famosa de Fausto –la invocación de Helena de Troya–, pero vuelve sobre la pista de los sueños que asaltaran al verdadero Bacon, y su naturaleza llama la atención de nuestra presente época, mucho más amenazada y en la cual las guerras y los rumores de las guerras son una constante de la vida diaria. La gran ambición de la leyenda de Bacon era la construcción de un muro de bronce alrededor de toda Inglaterra, un muro que la mantendría a salvo de cualquier intento de invasión. Esta gloriosa tarea ocupó toda su inteligencia. No obstante, al darse cuenta de que era imposible llevarla a cabo por medios naturales (como el último Ministro de Defensa fue el primero en admitir), descubrió la solución en el recurso favorito que en el pasado se había utilizado para resolver dudas o dificultades: la construcción de una cabeza parlante de bronce capaz de responder a sus preguntas. Silvestre II y Virgilio habían

construido una; y en tiempos del verdadero Bacon, se decía que Grosseteste había construido otra. En cuanto a Alberto Magno –otro contemporáneo–, éste había fabricado un androide metálico parlante, que irritaba tanto a Tomás de Aquino con su eterna palabrería que lo estrelló contra el suelo haciéndolo añicos. Antes de producir aquellas corrientes ilusorias de agua en los jardines del Castillo de Anhalt, que tanto perturbarían a las damas, también Fausto pareció necesitar una cabeza de bronce. En realidad, estas cabezas de bronce eran tan comunes que la gente comenzó a creer que no había nada sobrenatural en ellas.

> Algunos dicen que construyó una Cabeza de Bronce que hablaba, y creen que lo hizo con la ayuda del Diablo. Pero Alberto Magno hizo lo mismo, y Boecio otro tanto, y para ello no utilizaron sino la Magia Natural. Pues Casiodoro escribe así a Boecio: Por la Inteligencia de su Arte, los Metales rugen, Diomedes de Bronce hace sonar un hueco toque de carga, la Serpiente de Bronce silba, los Pájaros parecen copias idénticas: y las cosas que no tienen voz propia cantan melodiosamente.[1]

Por otra parte, el Bacon de la leyenda, con la ayuda de Fray Bungay, construyó realmente una cabeza de bronce, toda ella –interior y exteriormente– igual al prototipo humano, pero no consiguió que hablase.

> Leyeron muchos libros, pero no pudieron encontrar solución a lo que andaban buscando, por lo cual, decidieron finalmente invocar a un espíritu e interrogarle sobre aquello que no podían obtener a través de sus propios estudios. Para ello, hicieron toda clase de preparativos y se dirigieron una noche a un bosque cercano, y después de celebrar muchas ceremonias, pronunciaron las palabras del conjuro, que el Diablo obedeció de inmediato, apareciéndose ante ellos, y preguntándoles qué deseaban. Debes saber, dijo Fray Bacon, que hemos construido una cabeza arti-

[1] Roger Bacon, *The Cure of Old Age*... Trad. R.Browne, Londres 1683 (escrito en el prefacio).

ficial de bronce, la cual desearíamos que hablase, y que es por este motivo por lo cual te hemos invocado, y que así conjurado no te dejaremos marchar, a no ser que nos digas la forma y manera de hacer que esta cabeza hable. El Diablo le dijo que no poseía ese poder; mientes mal (dijo Fray Bacon), sé que finges, dinos pues pronto lo que sabes o te retendremos aquí a nuestro placer. Ante esta amenaza el Diablo consintió en ayudarles, y les dijo que con el humo continuado de las seis sustancias simples más calientes se movería, y que en el espacio de un mes hablaría, pero que no sabía a qué hora o qué día del mes; también les dijo que si no la oían antes de que hubiera empezado a hablar, todo su trabajo se habría perdido: satisfechos con sus palabras, dejaron partir al espíritu.[1]

Esta entrevista decididamente siniestra no implica ningún pacto entre Bacon y el diablo; sino más bien ese poder sobre él tan buscado y envidiado que sólo los magos verdaderamente grandes eran capaces de ejercer y que no causaba ningún daño ni al alma ni al cuerpo del exorcista. En este caso, como en muchos otros, probó ser de muy poco valor; y continuamos a merced de un ataque por mar, porque contenía una trampa. Agotados tras tres semanas de vigilia, los dos monjes hicieron que Miles, el criado de Bacon, montara guardia, y se acostaron para descansar un poco, después de advertirle con vehemencia que debía despertarles en cuanto la cabeza empezara a hablar. El bueno y simplón de Miles (héroe de algunos de los cuentos más deliciosos de la saga) arruinó toda la empresa al confiar en su propio juicio e ignorar las instrucciones recibidas. Pues cuando la cabeza dijo: "Es la hora", y tras un intervalo, "Era la hora", Miles creyó que a su amo no le gustaría ser despertado de su sueño para escuchar tales perogrulladas. Se mofó del autómata con frases burlonas y canciones lascivas pero armoniosas. Los minutos transcurrieron inexorablemente. Los monjes continuaban durmiendo. Miles seguía con sus cantos y sus burlas. Media hora pasó, y,

[1] Thoms, op. cit., I, pág. 205 y sigs.

entonces, la cabeza pronunció las inexorables palabras: "El tiempo ha pasado", tras lo cual explotó produciendo un ruido ensordecedor y una terrible nube de humo. Esta historia sirve como recordatorio de la invención de la pólvora por Bacon, y también como ejemplo práctico de la naturaleza tramposa de los oráculos.

Los mecanismos defensivos y ofensivos para la guerra estuvieron muy presentes en las obras del verdadero Bacon, y la asociación de la cabeza de bronce con el muro protector de bronce era obviamente deliberada. Es más, el discurso que el fraile dirigió al Rey de Inglaterra, antes de utilizar su espejo ustorio para reducir la ciudad francesa sitiada, era una copia *verbatim* de la traducción del *Discovery of the Miracles of Art, Nature and Magick* de 1597. El autor de la historia utilizó también el "cristal de la perspectiva", causando un gran asombro, y dando muestras a través de toda la obra de conocer al personaje histórico. La conexión con Oxford, la asociación con Fray Bungay,[1] los últimos días transcurridos en una celda... todos estos detalles son hechos comprobables. La verdadera vida y los verdaderos trabajos de este gran hombre influyen en su existencia legendaria de manera discernible. Es por ello por lo que resulta extraño que no se mencionara el trágico conflicto que tuvo con su Orden, igual que la grandeza e importancia de la vida de Bacon. En su lugar, la contienda de todo punto frívola y caprichosa con un mago rival realza a su pesar el prestigio y la virtud del paladín inglés. Y mientras la sospecha de sus prácticas mágicas tuvo consecuencias trágicas en la vida real de Bacon, la leyenda reservó para él solo la estima y la admiración general. Este brillante colorido que recubre la sombría historia (de la cual es imposible que el escritor no tuviera conocimiento) se corresponde con la firme determinación de resaltar el carácter extraordinariamente ético de su héroe. Esta determinación coloca a Bacon en una posición única entre los magos de la era cristiana. Sin duda, sólo

[1] Thomas o John de Bungaye fue un miembro distinguido del grupo de teólogos franciscanos que enseñaba y estudiaba en Oxford en el siglo XIII, así como compañero fiel de Bacon en sus trabajos de investigación.

Apolonio de Tiana le iguala en urbanidad y filantropía. Fray Bacon se encuentra muy alejado de la sublimidad de los sabios griegos, pero destaca con diferencia entre sus colegas medievales como el más afable y humano. Entre los conversos de la magia, es el único que se arrepiente del daño causado a otros. Cipriano, Teófilo, Gerberto y Gilles de Rais se arrepintieron por conveniencia. Esto quizá se deba a la diferencia que separa la actitud cristiana ante la vida de la humanística; no obstante, un motivo ulterior parece subrayar la leyenda de Fray Bacon. Puede que fuera un intento por rehabilitar la figura del hombre mismo, un esfuerzo por liberarle del sentimiento de odio que le acompañó durante el siglo XIII. Tal vez se tratase de una apología de la magia blanca, hecha con toda la precaución del mundo, ya que Bacon renunció incluso a ella antes de morir. Puede que fuera un velado ataque contra Fausto, impregnado de orgullo nacional y patriótico. En cualquier caso, fuera cual fuese la intención, el inglés y católico Fray Bacon se enfrentó al protestante alemán Doctor Fausto y arrancó una victoria ética a su triunfante antagonista estético.

IV
A plena luz del día

(a) DEE Y KELLEY

Las leyendas de Virgilio, Merlín y Bacon no pretendían en absoluto pasar por verdaderas en el siglo XVI, igual que los cuentos de Thoms sobre Virgilio y Bacon no fueron escritos para ser tomados en serio, si exceptuamos el propósito moral que anima el final de Bacon. Por otra parte, el autor de "Spies" era un ferviente creyente, y las emociones que experimentara dotan a su narración de una fuerza dinámica que la haría poéticamente inmortal. Este hecho coincidió y pudo ayudar a la ruptura final con una tradición ya muy venida a menos. El hilo ritual que conducía hasta Zoroastro, e incluso más allá de éste, se rompió en el siglo XVI, y el mito del mago fue enterrado, o, al menos, esa es la idea que se desprende de la biografía de "Spies". De sus deshechos brotarían flores poéticas bellas y extrañas, también semillas y flores salvajes, una naturaleza lujuriosa que trepaba sobre la tierra que cubría a Fausto. No obstante, en tanto que fuerza viva generadora de nuevas leyendas, el mito del mago parecía haber muerto. Sin duda, John Dee (1527-1608), quien mantuviera un diario privado y espiritual, escribiera varios tratados autobiográficos, alguien cuyas cartas se han conservado en parte, y sobre cuya figura es posible encontrar algunos datos en los archivos de nuestro tiempo, nunca se impuso a la posteridad bajo la máscara del mito. Ciertamente, también, por unas cosas y otras, la invención de la imprenta, el desarrollo del transporte y de las comunicaciones, y la difusión del estudio y el conocimiento, se dificultaba cada vez más y casi imposibilitaba que los hombres relevantes que vivían entregados a cualquier clase de prácticas ocultas entraran en las sombras de la leyenda a plena luz del día. La aparente imposibilidad fue aceptada más tarde sin ambages, pero no

por John Dee, cuya vida y hechos, a pesar de presentar muchos enigmas y oscuridades, exigen una interpretación más psicológica que ritual.

La historia de la vida de Dee es de sobra conocida, de modo que no me extenderé en ella de forma detallada.[1] Su saber era grande, y también profundo. De hecho, además de un eminente astrónomo, fue quizá el matemático más avanzado de su tiempo. Redactó un importante prólogo para la primera traducción inglesa de Euclides, y le fueron encargados los cálculos sobre los cuales se basaría la reforma del antiguo calendario. Su condición de astrólogo se rumoreaba también en aquellos días, una época en la cual las falsas asunciones en las que se basaba la ciencia todavía se consideraban truismos. Siendo un filósofo natural, era también, inevitablemente, un alquimista, y ensayaba la transmutación de los metales y la fabricación artificial del oro. Este segundo callejón sin salida científico dio al menos un gran impulso a los métodos experimentales; por otra parte, los hechiceros, estafadores e incautos revoloteaban en torno a este tema como abejas sobre la miel. No menos popular era la astrología entre esta aristocracia. Es más, el prestigio de gran antigüedad que los rodeaba atraía irresistiblemente a los ocultistas; pues derivando, como se creía, del gran Hermes Trimegisto en persona (el dios egipcio Thot), eran herméticos y sacrosantos por definición: dos de los caminos secretos y sagrados para obtener el conocimiento universal. Casi con toda seguridad fue este aspecto el que primero atrajo la atención de John Dee, aunque más tarde su interés personal por la alquimia se vio reforzado por motivos utilitarios. Pero el muchacho que se entregaba al estudio dieciocho de las veinticuatro horas del día, cuando era estudiante en el St. John's College de Cambridge, se convirtió en un hombre con una insaciable sed de conocimiento, igual que le sucediera al Fausto de Goethe, de forma muy distinta al verdadero. Tanto Cornelio Agripa como Paracelso y Dee presentan un retrato casi común: el de hombres muy avanzados a la ciencia y conocimiento de su tiem-

[1] Cf. Charlotte Fell-Smith, *John Dee*, Londres 1909.



7. Dr. John Dee

po; pero también, el de niños que perseguían la verdad a través de unas sendas seductoras que parecían grandes caminos hacia el conocimiento y que resultaron ilusorias. La idea de que la posteridad emita un juicio parecido sobre los científicos de hoy, y hable condescendientemente de

esfuerzos malgastados, resulta más que plausible. Parece cierto que, en un momento dado, la humanidad desecha una serie de falsos valores sólo para adoptar otros. Desde el punto de vista de una perspectiva civilizada, la búsqueda de un elixir de vida y de una panacea universal se encuentra a un nivel mucho más elevado que la invención de gases venenosos y de gigantescos instrumentos de destrucción. Los alquimistas malgastaban a menudo sus vidas en la búsqueda de la piedra filosofal; pero, comparativamente, hacían muy poco daño a los demás; y el poco que pudieran hacer, es sin duda nada comparado con la destrucción provocada por la bomba atómica.

John Dee fue uno de esos que nunca hirió a nadie, salvo a sí mismo y a su familia, en su confusa búsqueda del conocimiento universal; no obstante, la reputación de ser un practicante de magia negra le persiguió casi desde el principio. En 1546, siendo uno de los primeros *fellows*[1] del Trinity College, y sublector de griego, construyó un ingenioso aparato volador para una producción de la *Paz* de Aristófanes, representada por los estudiantes. Probablemente, hoy en día, este invento se consideraría algo bastante vulgar, pero en aquel tiempo provocó una verdadera sensación, tanta que se pensó que tenía que haberse fabricado con la ayuda del diablo. La desgraciada construcción nunca fue considerada una obra de su inteligencia. Incluso como Astrólogo Real de la Reina María seguía siendo tan sospechoso que, su falta de tacto al hacer el horóscopo de Isabel, y lo que es peor, el hecho de permitir a ésta que lo comparara con el de su hermana, le llevaron a ser acusado de alta traición, tras lo cual fue acusado de haber practicado encantamientos contra la vida de María y condenado a muerte. Dee fue encarcelado y, eventualmente, conducido a la *Star Chamber*.[2] No obstante, consiguió defenderse de ambas acusaciones, y de la posterior de herejía, siendo liberado en 1555. La ascensión de Isabel al trono, indulgente pero tacaña, le convirtió en

[1] *Fellow*, graduado o profesor becado. (*N. de la T.*)

[2] Antiguo tribunal eclesiástico de inquisición, conocido por la crueldad de sus sentencias. (*N. de la T.*)

un personaje importante en la corte; y durante todas las vicisitudes de una vida cada vez más precaria, e incluso dudosa, nunca perdió su favor, ni el parsimonioso patrocinio que éste comportaba. Los primeros años de tan notable reinado fueron para el Doctor Dee –como siempre se le llamaba– los de su mayor popularidad y bienestar. *Persona grata* en la corte; considerado por los grandes, también, en el continente; solicitado por cuatro universidades –Lovaina, París, Oxford y Cambridge–; y, ya por entonces, autor de libros eruditos... ¿qué más podía desear? La respuesta tiene implicaciones trágicas. Dee deseaba el conocimiento universal. Los años pasaban y no se sentía más cerca de su consecución. Al parecer, se había establecido en la casa de su madre, en el pueblo de Mortlake, junto al Támesis. Se había casado, había perdido a su primera esposa, y se había vuelto a casar con la gentil y siempre complaciente Jane Fromond. Poseía una buena biblioteca y disponía de un laboratorio bien acondicionado; más de una vez se vio favorecido con visitas reales. Nada de esto era suficiente. El erudito de mediana edad no podía aceptar nuestras limitaciones humanas, y luchaba sin descanso por traspasarlas. Inmerso en el laberinto de los números místicos; mirando una y otra y otra vez en las profundidades líquidas de su bola de cristal; escuchando extraños ruidos y soñando extraños sueños... así vivió, hasta que, el 25 de mayo de 1581, pudo escribir en su diario estas triunfantes, aunque, sin duda, trémulas palabras: "He tenido la visión que Χρυσταλλω me ofreció, y vi".[1]

Aunque el acto de consultar la bola de cristal, como la alquimia y la astrología, se remonta a la más lejana antigüedad, esta clase de experimentos de Dee le separan decididamente del mundo de los horóscopos y del polvo proyectante y le introducen en los círculos espiritistas modernos. No se trataba de buscar o creer en la comunicación con los muertos; él tenía ambiciones más elevadas:

[1] *The Private Diary of Dr John Dee*, ed. de Halliwell para la Camden Society, Londres 1842, pág. 11.

> Y durante muchos años, en muchos lugares, lejanos y próximos, en muchos libros y en lenguas diversas, he buscado y estudiado, y con hombres diversos he conferenciado, y con mi propio discurso razonable he trabajado, para así encontrar o conseguir algún indicio, atisbo o rayo de luz sobre las únicas verdades antes mencionadas... Y habiendo leído en tus libros y anales... que, por disposición tuya, los buenos ángeles fueron enviados a Abrahám, a Isaac, y a Jacob, Gedeón, Esdras, Daniel y a Tobías, para instruirles, enseñarles, ayudarles... Por ello, después de ser instruido suficientemente, vi confirmada la idea de que esta sabiduría no puede ser transmitida por la mano del hombre, o por un poder humano, sino sólo por ti (oh, Dios), de forma mediata o inmediata.[1]

No son las aspiraciones de Dee, sino sus logros y las compañías que frecuentó en sus tentativas las que parecen barrer los siglos que nos separan. Como otros muchos devotos buscadores de verdades ocultas, y a pesar de su visión del 25 de mayo, no estaba lo suficientemente dotado psíquicamente como para avanzar demasiado en soledad. Necesitaba un vidente, y según parece, un médium bastante típico, de nombre Barnabás Saúl, suplió esta falta durante varios meses del año 1582. Sin embargo, pronto se vio obligado a confesar "que no había ni visto ni oído a ninguna criatura espiritual";[2] marchó apresuradamente, se vio envuelto en ciertos problemas con las leyes del país, negó sus poderes psíquicos, difamó al Dr. Dee, y dio bastantes muestras del escaso nivel moral que tan a menudo acompaña a los médiums. Pero lo peor estaba por llegar en la persona de Edward Kelley, quien hizo su aparición sólo unos días después de la marcha de Saúl. Esta persona extraordinariamente ambigua (unos 27 años más joven que Dee) fue, bien el más grande de los médiums que jamás existió, o el mayor fraude del mundo. El hecho de que hubiera perdido las dos orejas –o, al menos, eso se decía– como castigo por delito de falsificación, nos hace pensar que,

[1] Fell-Smith, op. cit., págs. 84 y 85.

[2] *Private Diary*, pág. 14; 6 de marzo de 1582.

desde luego, no era ningún santo. El gorro negro que siempre llevaba puesto apoyaba esta creencia. También se decía que había exhumado un cadáver recién enterrado, y que, por medio de encantamientos, había recibido de éste respuestas a sus preguntas sobre el futuro. Él mismo confesaba estar en tratos con espíritus malignos y su familiaridad con el acto de la posesión a través de ellos. En cualquier caso, no es posible conocer la verdad sobre Kelley, salvo en un aspecto. *Dónde* adquirió el famoso *Book of Saint Dunstan* (Libro de San Dunstan), un tratado alquímico, y los dos polvos proyectantes –aparentemente encontrados mientras excavaba en los alrededores de la Abadía de Glastonbury– nunca lo sabremos; pero sí parece cierto que creía ciegamente en ellos; igual que el Dr. Dee, cuyo conocimiento en esta abstrusa ciencia era tan indispensable para Kelley como su habilidad en la interpretación de la bola de cristal lo era para su patrón. La suya fue una relación bastante difícil. En una ocasión, Dee escribió en su diario: "¡Del rencor y de la hipocresía de los que ahora soy consciente, líbrame Señor! Yo no era requerido";[1] en cuanto a Kelley, siempre estaba intentando romper la relación. Esto se ha interpretado como hipocresía; pero, tras una lectura meticulosa de la *True Relation* (Verdadera Relación), parece claro que Kelley odiaba y abominaba leer en la bola de cristal. Es posible que le aburriera; o bien que fuera un esfuerzo excesivo para su imaginación; o, tal vez, que estuviera totalmente convencido de que los espíritus que contestaban a la bola de cristal eran malignos, como aseguraba siempre. Cualquiera de estas tres posibilidades puede ser la causa de esos aterradores estallidos de cólera o de esas escenas amenazadoras que el desdichado doctor sufría con tanta paciencia. Si lo que Kelley hizo durante tantos años fue practicar una estratagema de esa naturaleza, sus recriminaciones y amenazas serían la respuesta lógica a unas emociones reprimidas; un aburrimiento prolongado hasta la saciedad hubiera producido los mismos resultados; igual que el temor a los espíritus que invocaba. Pero había

[1] *Private Diary*, pág. 29. Septiembre de 1588.

ido demasiado lejos, bien en la mentira o en las materializaciones, para dar marcha atrás. Multitud de visiones y voces "angélicas" hacían su aparición, dentro y alrededor de la bola de cristal, tan pronto se ponía a observarla. Dee se sentaba a un lado, tomando notas; algunas veces, también él veía y escuchaba, pero, generalmente, dependía de la palabra de Kelley para saber lo que estaba sucediendo. Tenía sus dudas, pero no con demasiada frecuencia, y además éstas, por mucho que Kelley hiciera para detenerle, ni mucho menos eran capaces de doblegar su increíble obstinación a la hora de continuar con las sesiones:

> Porque he descubierto tantas vacilaciones y mentiras en E.K. [escribió poco antes de que su relación se rompiera por fin], en los informes que me hacía sobre las Criaturas espirituales, cuando no he estado presente en una Acción; y porque puede que su memoria le engañe, y porque era presa de estallidos de cólera, creeré todo lo que se encuentre verdadero o conforme a la verdad en un juicio mejor... E.K. tuvo en el día de hoy diversas apariciones en su propia habitación, y recibió instrucciones sobre diversos asuntos *a los que no prestó atención*, sino que, por el contrario, continuó en su actitud de *negar completamente* a aquellas Criaturas, y de romper toda relación con ellas de ahí en adelante.[1]

A mi juicio, Kelley más que Dee fue la verdadera víctima de esta historia, aunque es imposible saber si fue una víctima de su propio fraude o de los espíritus. Probablemente Dee se mostró tan sordo al desánimo por algo que había sucedido poco después de que Kelley se convirtiera en su vidente. Hasta donde nos es posible imaginar, este suceso no tuvo lugar en una de las regulares sesiones ante la "mesa de prácticas" —cuya superficie de piedra estaba preparada con todos los elaborados accesorios que favorecían la ilusión hacia la cual se inclinan quienes

[1] *A True and Faithful Relation of what passed for Many Years between Doctor John Dee and Some Spirits...*, ed. Casaubon, Londres 1659, Actio Tertia, pág. 13. Abril de 1587.

miran en la bola de cristal–, ni en él estuvo presente Kelley, a no ser que lo estuviera disfrazado. Fue en el mes de noviembre de 1582, y a la hora del crepúsculo, cuando Dee vio en la ventana occidental del laboratorio la figura de un niño-ángel, más tarde reconocido como Uriel, el espíritu de la luz. Llevaba en su mano la famosa "piedra angelical"; un objeto "extraordinariamente brillante, claro y glorioso, del tamaño de un huevo". Y, entonces, Miguel hizo su aparición con una espada llameante y ordenó a Dee: "Adelántate, tómala, y no permitas que ninguna mano mortal, salvo la tuya, la toque".[1]

Sería ocioso especular sobre los graves hechos que subyacen bajo esta visión; pero resulta fácil comprender por qué Dee insistió en continuar con las sesiones. Resulta claro que la técnica de Kelley, y evidentemente también la de Saúl, fueran o no fraudulentas, abrían nuevos caminos en la interpretación de la bola de cristal. El vidente tradicional buscaba en la piedra visiones de acontecimientos distantes o futuros, incluso visiones de espíritus. También Kelley miraba en la bola de esta forma ortodoxa, y describía de forma detallada y generalmente alegórica hechos de una naturaleza extraordinariamente fantástica. En muchos de los Libros Negros contemporáneos –por razones obvias particularmente populares en Inglaterra– se encontraba un rito más: el de "encerrar" a los espíritus en la piedra y retenerlos allí con propósitos mánticos. Se decía que Pedro de Apono guardaba siete espíritus en vasijas de cristal. Pero la "mesa de prácticas" de Kelley, igual que el gabinete de los espiritistas, era más que nada un medio para las materializaciones. Los espíritus se veían y se escuchaban tanto dentro como fuera de la bola de cristal, y si creemos a Kelley, esto sucedía con una enorme frecuencia. Las conversaciones que mantenían a través de él con el Dr. Dee eran tan absolutamente faltas de aliento, piadosas y aburridas; tan sumamente

[1] Fell-Smith, op. cit., págs. 86 y 87; de la primera parte del *Spiritual Diary*, descubierto después de la publicación de Casaubon, y todavía en estado manuscrito. Miguel había aparecido previamente, durante una sesión con Kelley, el 14 de marzo de 1582, y le había dado a Dee un anillo y un sello.

repetitivas, tan insípidas; habían sido tan obviamente plagiadas de la Biblia, y probablemente también de otros libros de sermones; eran tan pomposas e insustanciales, que, dejando a un lado las diferencias de estilo, recuerdan irremediablemente a la jerga empleada por los "espíritus" de hoy en día, y uno se pregunta si ello no constituye la prueba de que todas derivan de una misma solemne y estúpida fuente. A veces se utilizaban lenguas incomprensibles (Dee creía que se trataba de las palabras de Adán), y, ocasionalmente, una intrusión de espíritus "alegres" –verdadero insulto para cualquier espiritista serio– irritaba al buen doctor con sus obscenidades. Las cuestiones prácticas o definitivas eran respondidas con vagas generalizaciones; las profecías eran casi siempre falsas; no obstante, en ocasiones, dentro de toda esta locura parecía existir cierto método, del cual –uno sospecha seriamente– Kelley era responsable. Poco a poco, tras una entrevista insubstancial y aparentemente sin sentido con una pequeña criatura espiritual –que borboteaba palabras absurdas como un arroyuelo y que más tarde respondió al nombre de Madimi– fue apareciendo el sentido de todo este disparate. Madimi escribió un libro de damas, con el cual se pretendía demostrar que el conde Laski descendía de los Plantagenet.

El príncipe Alasco de Siradia, Polonia, invitado en la corte de Isabel en 1583, respetuoso admirador del Dr. Dee y hombre conocido por su enorme fortuna, apareció entonces en la escena espiritual. La situación parece haber sido la siguiente: Dee y Kelley habían realizado grandes progresos en sus experimentos gracias a unos polvos con los cuales confiaban en transformar metales en oro; durante aquella espera, sin embargo, se encontraban en graves aprietos financieros, pues –como sucedía con otras muchas clases de experimentos– los experimentos alquímicos consumían una gran cantidad de dinero. Tampoco los espíritus –no importa con cuánta intensidad se les interrogara al respecto– eran de ninguna ayuda en este asunto, o en ningún otro, en realidad, como demuestra la siguiente conversación con Madimi, que, por otra parte, ilustra típicamente otras muchas, como las mantenidas con Galvah, Murufri, Il, Jubanladace, Nalvage, Ath, Morvorgran, o incluso con Uriel, Miguel, Gabriel y Rafael:

DEE. Señora *Madimi*, le doy la bienvenida en Dios, que todo vaya bien, espero… ¿Cuál es la causa de su visita?

MAD. *Ver cómo se encuentra.* [Acababa de producirse una violenta escena con Kelley respecto de su esposa.]

DEE. Sé que Vd. puede verme a menudo; yo, sin embargo, sólo puedo verla a través de mi fe y de mi imaginación.

MAD. …[Señalando a E.K.] *Esa visión es más perfecta que la suya.*

DEE. Oh, *Madimi*, ¿tendré que sufrir más dolorosas punzadas como ésta?

MAD. … *Las Esposas aviesas y los grandes Diablos son Compañeros penosos.*

DEE. En relación al Señor Tesorero, al Sr. Secretario y al Sr. *Rawly*[1], ¿puede decirme qué consuelo puede esperarse de ellos? Al margen de ello, yo pongo mi confianza en Dios.

MAD. … *La rubia*[2] *teñirá, los hombres perversos ofenderán, y son más fáciles de ofender.*

DEE. Y mostrarse ofendidos será poco conveniente para la persecución de aquellos que lo intentan.

MAD. … *O no serían llamados perversos.*

DEE. Como sucede con *Alb. Laskie* su Pedigree, dijiste que tu hermana lo contaría todo.

MAD. … *Te he contado más que todo lo que tus Perros pintores y tus Gatos pintores pueden hacer.*

DEE. Habló Vd. de *William Laskie* y de *Sir Richard Laskie*, su hermano, y de cómo *William* venía de *Francia*, y luego de *Dinamarca*, y cómo, por su matrimonio con *Polonia*, llegó este *Albert Laskie*, ahora Paladín de Soradia [sic], etc.

MAD. … *Son dos hombres hermosos para pasar con ellos el rato. Cuando os pongáis juntos y estéis de acuerdo, yo haré que todos se pongan de acuerdo.*

E.K. MADIMI, ¿ME PRESTARÍA VD. CIEN LIBRAS DURANTE DOS SEMANAS?

MAD. … Estoy sin blanca.

[1] *Rawly*, "crudamente". (*N. de la T.*)

[2] Tinte que se prepara con la raíz de la rubia o alizari. (*N. de la T.*)

DEE. Por lo que al dinero se refiere, tendremos todo lo necesario cuando Dios lo considere oportuno.

MAD. ...*Escucha bien lo que voy a decir. Dios es la unidad de todas las cosas. El Amor es la unidad de toda Congregación (hablo del amor perfecto y verdadero). El mundo fue hecho por el amor del padre. Tú fuiste redimido por el amor del Padre y del Hijo. El Espíritu de Dios es (con todo) el amor de su Iglesia.*[1]

Y así sigue durante largo rato: un untuoso sermón sobre el amor, mezclado con reproches que lanza como dardos a Kelley. No obstante, los espíritus son mucho más alentadores con relación al asunto de Laski, y, realmente, Galvah le da bastante publicidad como futuro rey de Polonia y regenerador del mundo:

> *Yo te digo que su nombre está escrito en el Libro de la Vida:* El Sol no completará su curso antes de que sea Rey. Su Consejo *hará brotar la Alteración de este Estado*, y aún la de todo el mundo.[2]

Hubo muchos más intervalos de efectos igualmente contundentes; se diría que Kelley trataba de interesar a Lord Laski en sus planes alquímicos de forma práctica, y que con este fin estimulaba sus ambiciones. Era natural que el futuro regenerador del mundo necesitase un inagotable suministro de oro. Sea como fuere, Laski cayó en la red de las profecías –algo seguramente debido a la brillante reputación de Dee– y, por fin, se decidió que el doctor y su familia, junto a Kelley y la esposa de éste, le acompañaran en su regreso a Polonia. El viaje tuvo lugar en el otoño de 1585, y, hasta la llegada del grupo a la heredad del conde, el interrogatorio a los espíritus se sucedió de forma casi ininterrumpida; dichos espíritus cambiaban de opinión a cada rato acerca del glorioso futuro de Laski, mientras los experimentos alquímicos seguían requiriendo ingentes cantidades de dinero. Resulta sorprendente que persis-

[1] Casaubon, *True Relation*, pág. 31. Julio de 1583.
[2] Ibíd., pág. 17, 1583.

tieran en sus sesiones cuando una de las apariciones –más tarde llamada "el tentador" y anunciada por Kelley como un espíritu maligno– les hizo la más solemne advertencia de que desistieran:

> E.K. AQUÍ LLEGA UNA PODEROSA FUERZA; PARECE UN PREDICADOR; CREO QUE SE TRATA DE UN ESPÍRITU MALIGNO.
>
> DEE. Benedictus qui venit in nomine Domini.
>
> E.K. NADA CONTESTA; NO DICE NI AMÉN.
>
> *... ¿Eres tan ingenuo que crees que el poder de Dios descendería a un lugar tan bajo?... ¿No sería una imperfección mayor entonces imaginar, o peor, creer que los Ángeles de Dios descenderían o podrían descender a un lugar tan sucio, como esta piedra corruptible?...*
>
> DEE. ¿Quién te hizo venir hasta aquí?
>
> *... Tu locura.*
>
> ....
>
> *... Él,* Albert Laskie, *será destruido, como tú y los tuyos conoceréis la pobreza más miserable: Porque ha dado su consentimiento a esos que son Ministros de la iniquidad, espíritus de la mentira... Evitad la oscuridad, evitad la oscuridad, evitad la oscuridad.*[1]

No obstante, ya que otros espíritus llamaron a éste "el tentador", no fue difícil ignorarle, tanto a él como a sus mandatos, según los cuales Dee debía quemar sus "libros blasfemos". De intenciones completamente inocentes, Dee continuó trabajando en las sesiones, ayudado por un Kelley cada vez más inquieto. De inquieto debe calificarse todo aquel tiempo, en el cual realizaron numerosos viajes. De Polonia fueron a Praga, donde el emperador Rodolfo II tenía su corte; después volvieron a Polonia, a la corte del rey Esteban; regresaron de nuevo a Praga, y fueron finalmente recibidos como invitados por un poderoso y rico noble, llamado Rosenberg, en su castillo de Trebona, en Bohemia. La comitiva al completo se mantuvo en constante movimiento, si bien, a veces, las

[1] Casaubon, op. cit., pp. 53 ff.; Lübeck, noviembre de 1583. La profecía sobre la "pobreza más miserable", hecha a Dee, se vio cumplida.

mujeres y los niños eran dejados atrás. En cualquier caso, allí donde fuera Dee, iba Kelley también. Daba la impresión de que estaban unidos indisolublemente, no sólo por las sesiones ante la bola de cristal –que el doctor reclamaba con la misma vehemencia con que los adictos reclaman las drogas– sino también por los experimentos alquímicos: un terreno en el que, de nuevo, Kelley, a pesar de su inferior saber, parece haber sido superior a Dee en habilidad. Fuera como fuese, Kelley finalmente convenció a los que le rodeaban de que podía fabricar oro. El emperador le nombró caballero por esta proeza, o, al menos, eso cuenta la historia; la cual quizá merezca ser narrada con las palabras de un verdadero creyente:

> En 1585 los encontramos en Praga, metrópolis de la alquimia por aquel entonces, así como sede principal de adeptos y asociaciones. A la sazón, Edward Kelley y sus acompañantes tenían dinero en abundancia, y el propietario de la Bendición Hermaica no ocultaba en absoluto ni su aprecio ni sus poderes, se permitía todo tipo de extravagancias, y llevaba a cabo continuas proyecciones para sí mismo, para sus amigos y para cualquier persona distinguida que buscara serle presentado. La mayor parte de lo que obtenían se repartía. Las transmutaciones de Kelley de este período han sido atestiguadas por varios escritores, entre los cuales cabe distinguir a Gassendus. El suceso más notable y que cuenta con mayor legitimación, según Figuier, es el que tuvo lugar en la casa del médico imperial, Tadeus de Hazek, cuando, por medio de una sola gota de aceite rojo, Kelly transmutó una libra de mercurio en excelente oro, dejando además aquel agente de extraordinaria virtud un pequeño rubí [!] en el fondo del crisol. El Dr. Nicholas Barnaud, asistente de Hazek y escritor alquímico, cuyos trabajos son tan raros como respetables, fue testigo de este prodigio, y, más tarde, fabricó él mismo el precioso metal, el *désir désiré*, con la ayuda de Edward Kelley.[1]

[1] A.E. Waite, *Lives of Alchemystical Philosophers*, Londres 1888, págs. 155 y 156. Naturalmente, el "botín" eran los famosos polvos.

Esta hazaña fue legitimada y avalada de tal forma que Lord Burleigh escribió apremiantemente a Kelley, en más de una ocasión, para que regresara a Inglaterra y pusiera su milagroso conocimiento al servicio de su reina:

> Puede estar seguro de que será debidamente recompensado. Este asunto daría a su Reina mayor felicidad que cualquier otro. Buen Caballero, permita que termine mi carta rogándole, en el sagrado nombre de Dios, que no prive a su país natal de este don de Dios, y, por el contrario, ayude a engrandecer la gloria y el poder de Su Majestad frente a la maldad de sus enemigos y de los enemigos de Dios.[1]

Desgraciadamente, responder a esta llamada –redactada quizá en 1591, dos años después de que Dee se encontrara a salvo de vuelta en Inglaterra– no estaba en la mano de Kelley. El éxito de éste había sido demasiado notorio. Su secreto era demasiado codiciable como para permitirle gozar de su libertad. No sólo debía continuar fabricando oro, sino también revelar la composición de sus polvos proyectantes, o piedra filosofal. Por mucho que lo intentaran, ni él ni el Dee podían descubrir ese secreto; y, lo que era peor (según el relato de Waite, probablemente apócrifo), Kelley había malgastado esos polvos en transmutaciones jaraneras y, por tanto, no podía seguir produciendo el *désir désiré*. Interpretándose esto como una negativa contumaz, fue arrojado a un calabozo y liberado después, bajo vigilancia, para que reanudara sus experimentos; tras dar rienda suelta a su terrible temperamento, mató a un guardián y fue confinado desde entonces para el resto de sus días. Kelley dedicó su tiempo a la redacción de un tratado sobre la piedra filosofal; finalmente, incapaz de soportar más su confinamiento, intentó evadirse de la prisión en 1595. Hizo una cuerda con sábanas anudadas y comenzó a descender de la ventana de su prisión; pero la cuerda cedió,

[1] Fell-Smith, op. cit. págs. 206 y sig.

sufrió una terrible caída y murió poco después como resultado de sus heridas. Esta es, al menos, la versión comúnmente aceptada de su muerte; una muerte que quizá fue menos sensacional, pero que, con certeza, tuvo lugar fuera de Inglaterra, en 1595. Se había pasado de listo, y fuera un fraude redomado, un médium genuino, o (de lo que más probablemente se trate) una mezcla de ambas cosas, lo que el *Spirituall Diary* (Diario Espiritual) del Dr. Dee revela es que fue una de esas personas tormentosas y atormentadas que a menudo encuentran un final violento. No obstante, sus logros, tanto espiritistas como alquímicos –fuera cual fuese la forma en que se llevaron a cabo–, fueron realmente notables.

Por lo que se refiere a estas "ciencias", el Dr. Dee era muy inferior a Kelley y estaba perdido sin él. Durante su estancia en el continente, Kelley declaró que los espíritus ordenaban y apremiaban a ambos a que compartieran sus esposas, mientras, simultáneamente, sostenía su plena convicción de que dichos espíritus eran de naturaleza diabólica (una frase siempre recurrente), y declaraba que iba a romper todo trato con ellos de una vez y para siempre. Esto ha sido generalmente interpretado como lujuria enmascarada con la más absoluta de las hipocresías. Por mi parte, me inclino a creer que se trataba de un desesperado y último intento por terminar con la lectura de la bola de cristal de una vez por todas, y dedicarse por completo a la alquimia. Fuera como fuese, el mismo Dee tuvo algunas dudas en esta ocasión.[1]

Kelley desapareció repentinamente, y el pequeño Arthur Dee, de ocho años de edad, ocupó su puesto. Este hecho concuerda con la tradición de la adivinación por medio de la bola de cristal, que aconseja la figura de un niño de corta edad para este tipo de experimentos. Pero no funcionó. Arthur, quien se suponía debía ser un psíquico, como lo llamaríamos hoy, no vio nada significativo en la piedra, ni escuchó ninguna voz procedente de ésta. Kelley regresó, fue calurosamente bienvenido y volvió a desempeñar su trabajo. El resultado final fue la humilde

[1] Ver pág. 164 y sig.

aceptación de la extraordinaria misión que les había sido encomendada por los espíritus, Madimi entre ellos, quien ahora alcanzaba la condición de mujer y se mostraba desvergonzadamente desnuda. Este cuento extravagante demuestra que Dee era capaz de hacer cualquier cosa antes que perder los servicios de Kelley, y que la comunicación con el mundo de los espíritus se había convertido para él en una pasión incurable. Volvió a Inglaterra en el otoño de 1589, después de haber esperado en vano durante meses en Stade a que Kelley se le uniera. Nunca más vería a su tempestuoso vidente. Viajó a través del continente rodeado de una gran pompa; no obstante, sería la última vez que ésta, en cualquier forma, se cruzaba en su camino. Parece ser que había regalado a Kelley todos sus instrumentos alquímicos antes de partir de Bohemia; pero el precioso cristal, la "piedra angelical" –más tarde en posesión de Horacio Walpole y ahora en el Museo Británico–, le acompañó a casa, igual que por supuesto lo hizo su *Spirituall Diary*, al cual hacía probablemente referencia al hablar de "mi terrible sueño en el cual Mr. Kelley intentaba privarme a la fuerza de mis libros".[1]

Sus otros libros, la valiosa biblioteca de Mortlake, y también el laboratorio, habían sido saqueados y destruidos por una multitud levantada contra el "brujo" ausente, el mismo año en que éste partió de Inglaterra. Es éste un hecho simbólico de la triste historia de sus años de declive. Nunca volvió a encontrar un médium del calibre de Kelley. Es más, la pobreza, que siempre le había pisado los talones, ahora se convirtió en su constante y sórdida compañera. Isabel le dio pequeñas cantidades de dinero de vez en cuando; también envió condescendientemente a Mortlake a dos emisarios para que escucharan el lamentable *Compendious Rehearsal* (Ensayo Sumario) de las dignidades e indignidades, experimentos, triunfos y desastres de su vida, del cual toda mención a la bola de cristal había sorprendentemente desaparecido; por último, incluso, en 1595, año de la muerte de Kelley, consiguió para él la direc-

[1] *Private Diary*, pág. 31. Agosto de 1589.

ción del Christ's College de Manchester. Sin embargo, esta resultó ser una bendición muy dudosa: el paso de una clase de pobreza a otra, a la cual se añadían las cargas del trabajo y las mezquinas persecuciones de los *fellows*. Dee renunció a este puesto en 1603 y se retiró a Mortlake, donde mantuvo a los lobos alejados de la puerta haciendo horóscopos y diciendo la buenaventura a la gente. Mientras se consumía lentamente y hasta el mismo final de su vida, su fama de "compañero del Cancerbero, invocador y conjurador de condenados espíritus malignos" acompañó a sus desgracias. Jaime I no quiso ayudarle, e ignoró el triste ruego del anciano erudito:

> hacer que el mencionado servidor de Su Majestad sea juzgado y absuelto de ese terrible, condenable, y para él tristísimo y penoso escándalo, del cual ha sido acusado en este reino, durante muchos años y de forma continua, de palabra y por escrito, y según el cual es o ha sido un conjurador, llamador o invocador de demonios.[1]

Fuera cual fuese la naturaleza de los espíritus que Kelley conjuró para él, éstos le acarrearon –como uno de ellos había profetizado– "la más miserable de las pobrezas". Entre él y su vidente habían también iniciado una nueva clase de necromancia, imbuida de esa mezcla peculiar de santidad, farsa e imbecilidad que rodea al espiritismo de hoy en día.

(b) GAUFFRIDI Y GRANDIER

La iniciación a la magia de Dee y su largo y penoso conflicto con Kelley demuestran que, en la vida real, los magos padecen, de forma casi inevitable, algunos de los triunfos y pruebas que para ellos inventó la

[1] Fell-Smith, op. cit., pág. 293. La queja sobre "el Cancerbero" aparece en el prólogo a Euclides.

leyenda; pues la leyenda deriva del ritual y el ritual es una imitación de la vida. Por otra parte, la mitología separa las ovejas de las cabras y presenta a la magia como blanca o negra; mientras, los humanos hacedores de magia poseen naturalezas mixtas y complejas, y, a veces, el elemento espurio predomina hasta tal punto que la magia remonta el vuelo y deja un terrible hedor tras de sí. Esto fue lo que sucedió durante mucho tiempo en el siglo XVII, un período durante el cual los anales de la magia no se ven adornados con grandes nombres, si bien hubo numerosos practicantes más o menos respetables como fueron el Dr. Lambe y William Lilly en Inglaterra. No obstante, éstos y sus a veces nefastas acciones quedan sumamente empequeñecidos en la historia de la magia por las atroces historias de las monjas poseídas de Sainte-Baume, Loudun y Louviers, y completamente anulados por los siniestros escándalos de La Voisin y Madame de Montespan y sus diabólicas maquinaciones contra Luis XIV. Esta lamentable historia de ritos asesinos pertenece más al reino de la brujería que a la magia propiamente dicha, y tiene poco que ver con el mito del mago. Puedo, por tanto, obviar este último caso, y haría lo mismo con el de las monjas histéricas si no fuera por el hecho de que los desdichados a quienes se responsabilizó de su estado fueron juzgados y quemados en la hoguera como hechiceros; Gauffridi en 1611, Grandier en 1634, y Picart, una vez muerto, junto con Boullé, todavía vivo, en 1647. Ni Gauffridi ni Grandier fueron santos, pero tampoco magos. Ambos se convirtieron en víctimas de la malignidad de enemigos clericales que falsearon gran parte de los fenómenos de una forma grosera e indetectable en aquel tiempo, y que, por otra parte, concordaba perfectamente con las creencias de entonces y aseguraba la condena de los acusados. El infeliz Gauffridi confesó bajo tortura haber tenido visiones de Lucifer, haber pactado con él, haber visitado el Sabbath Negro y haber celebrado la Misa Negra. Urbano Grandier soportó heroicamente los tormentos más terribles, mantuvo que era inocente de cualquier clase de hechicería y, según todos los relatos, parecía el único hombre en su sano juicio de Bedlam:

El desdichado Grandier no cayó, por tanto, en las manos de malhechores, sino, más bien, en las de maníacos delirantes que, firmes en la rectitud de su conciencia, dieron a este increíble procesamiento la publicidad más notoria. La iglesia nunca se había visto afectada por un escándalo semejante –monjas que aullaban, que se retorcían, que hacían los gestos más obscenos, que blasfemaban y luchaban por avalanzarse sobre Grandier como las Bacantes sobre Orfeo–; las cosas más sagradas de la religión mezcladas con este odioso espectáculo y así mancilladas; en medio de todo esto, sólo Grandier en calma, encogiéndose de hombros y defendiéndose con dignidad y mansedumbre; y, por último, jueces pálidos y perturbados, que sudaban copiosamente, y un Laubardemont, con su roja vestidura, que planeaba sobre el conflicto como un buitre a la espera de un cadáver: así fue el procesamiento de Urbano Grandier... él permaneció firme, resignado, paciente, pero sin confesar nada... Para ocultar sus emociones, los exorcistas replicaban con invectivas, y los ejecutores de la justicia lloraban. En uno de sus momentos de lucidez, tres monjas se dirigieron ante el tribunal con gritos sobre la inocencia de Grandier, de lo cual se interpretó que el diablo hablaba por sus bocas y su declaración sólo sirvió para acelerar el final... Los principales exorcistas, los padres Tranquille y Lactance, murieron poco después en un delirio de violenta locura; el padre Surin, sucesor de éstos, perdió la razón; Manoury, el cirujano que asistió a la tortura de Grandier, murió obsesionado con la imagen de su víctima... las monjas nunca recuperaron la cordura. Todo demuestra, por tanto, que se trató de una terrible y contagiosa enfermedad: el trastorno mental que deviene del falso celo y la falsa devoción.[1]

La frase con la que concluye esta sorprendente descripción es más que cierta; no obstante, lo que Lévi no ve es que la histeria probó ser también un completo fraude, lo cual quedó claramente reflejado en el

[1] Lévi, *History of Magic*, pág. 370 y sigs.

(A.)

Domine magister Lucifer te Deum meum et principem agnosco et polliceor tibi servire et obedire quamdiu potero vivere et renuncio alterum Deum et Jesum Christum et alios sanctos atque sanctas et ecclesiam apostolicam et romanam et omnia ipsius sacramenta et omnes orationes et rogationes quibus fideles possint intercedere pro me; et tibi polliceor quod faciam quotquot malum potero et attrahere ad mala omnes et abrenuncio chrisma et baptismum et omnia merita Jesu Christi et ipsius sanctorum. Et si deero tuae servitutae et adorationi et si non oblationem meam ipsius fecero ter quoque die tibi do vitam meam sicut tuam x

Feci hoc anno et die. v.

Urbain Grandier

Extractum ex infernis.

(B.)



8. El pacto de Grandier

análisis de los documentos que Pivatal llevó a cabo en 1747, y que como tal se reconoció en aquel tiempo. El hecho de que la personalidad y el indiscutible atractivo de Grandier brillaran excesivamente frente a la falsa superstición y la terrible malicia de su compañero-víctima fue tal vez la causa de que el primero alcanzara una mayor notoriedad póstuma, y de que, en el *Dictionnaire Infernal* de Plancy (1826), apareciera la reproducción facsímil del pacto bilateral que firmemente se creía había firmado con los espíritus del infierno:

> Mi Maestro y Señor Lucifer, te reconozco como Dios y como Amo, juro servirte y obedecerte durante toda mi vida, renuncio a cualquier otro Dios, y a Jesucristo, a todos los santos, a la Iglesia Apostólica Romana, a sus sacramentos, y a todas las oraciones por las cuales los creyentes pudieran interceder por mí. Te prometo además hacer todo el mal del que sea capaz. Rechazo solemnemente la sagrada unción y el bautismo, y los méritos de Jesucristo y de los santos, y si dejara de servirte y de adorarte y de honrarte tres veces al día, te entregaría mi vida, la cual te pertenece.
>
> En este año y este día,
>
> Urbano Grandier.

> Excerpta de los Archivos Infernales.
>
> Nosotros, el omnipotente Lucifer, en compañía de Satán, Belcebú, Leviatán, Elimi, Astarot y otros, hemos recibido en el día de hoy el pacto hecho con Urbano Grandier, en pago al cual le prometemos la total entrega de las mujeres, la flor de las vírgenes, el honor de las monjas, y todas las dignidades, distinciones, placeres y riquezas imaginables. Fornicará cada tres días, no se abstendrá nunca de la ebriedad, nos profesará su lealtad una vez al año, lo cual sellará con su propia sangre, menospreciará los sacramentos y dirigirá a nosotros sus ruegos. Por medio de este pacto, gozará de todos los placeres terrenales durante veinte años, y después entrará en nuestro reino, para que en nuestra compañía blasfeme contra Dios.

En el Infierno y en Consejo de Demonios,

Firmado: Lucifer, Belcebú, Satán, Elimi, Leviatán, Astarot.

Refrendo de la firma y sello del Maestro de los Diablos y del Amo de todos los Demonios.

Refrendata: Baalbarith, Secretario.[1]

Cuando uno se enfrenta a cosas tales como la "confesión" de Gilles de Rais, el *Spirituall Diary* del Dr. Dee o el falso pacto de Urbano Grandier, pierde casi toda esperanza en la mente humana. La insensata depravación de imaginaciones desquiciadas por la magia parece testificar a la sazón en contra de ésta, y convertirla en la manifestación viciosa o estúpida de un mero fraude. ¿Fue sólo el hecho de que los sabios de la antigüedad vivieran hace tanto tiempo lo que confirió tanto esplendor a sus poderes, o se debió a que vivieran tiempos diferentes? Son éstas las cuestiones que nos ocupan cuando nos aproximamos al siglo XVIII.

[1] En *Das Kloster*, de Scheible, III, pág. 876 y sigs., se muestra el análisis de Pivatal sobre los procedimientos seguidos contra Grandier.

Parte III

El regreso de los Magos

*

I
Aristeas redivivus

Las formas más oscuras de la magia, y también las más pueriles, habían ido ganando terreno firmemente en Europa desde el triunfo de la cristiandad. El protestantismo se mostró dispuesto a completar esta ruina espiritual. Las recurrentes epidemias de agitación tienen todos los signos de una reacción espontánea contra la esterilidad emocional generada por la Reforma, la cual liberó una curiosidad intelectual que tendía al escepticismo religioso. Como resultado, los grandes rituales católicos dejaron de tener un efecto catártico universal, incluso dentro de su propia y ahora limitada esfera de influencia, y unas emociones desbocadas afloraron como protesta a la superficie. Pero la protesta probó no ser suficiente. La naturaleza dinámica de la demanda creó su oferta. Casi antes de que la necesidad consciente se dejara sentir, las sociedades secretas llenaron este vacío; y emergieron, no a la plena luz del día, sino a la luz crepuscular más lejana y seductora del rumor y del romance. Y, como todo el mundo sabe, llegaron para quedarse, siendo hoy sus nombres legión. Éstas prendieron con fuerza en la imaginación de los hombres, principalmente por la virtud de sus misterios rituales, los cuales pretendían poseer una sanción prehistórica, que, si bien puede resultar genéricamente correcta, debe rechazarse en todos sus ejemplos concretos. Lo que los francmasones declararon sobre sí mismos, es sustancialmente válido para todas las sociedades secretas serias:

> ... el arte real, igual que los antiguos misterios, no tiene otro objetivo que el conocimiento de la naturaleza, donde todos nacen, mueren y se regeneran a sí mismos.[1]

[1] Citado por Ragon en *The Trail of the Serpent*, Londres 1936, pág. 84. El autor utiliza el pseudónimo de "Inquire Within" ("Pregunte en el interior").

Los tres grados que representan la generación, la putrefacción y la regeneración constituyen antiguos rasgos de los primitivos ritos de la realeza, de forma que el mito del mago vuelve a adoptar su forma tradicional.

El desarrollo gradual de la masonería especulativa a partir de la masonería operativa, que tuvo lugar entre los siglos XIV y XVIII, tuvo una importancia capital y probablemente precedió a todas las asociaciones de este género, aunque es imposible ser dogmático sobre un asunto tan complicado, tan oscuro por su propia naturaleza, y sobre el cual se han mantenido opiniones y teorías tan encontradas. Sabemos, al menos, que el año 1717, que vio cómo se formaba la Gran Logia de Inglaterra a partir de cuatro logias de Londres y Westminster, señala un punto crucial en la historia de la magia; pues la hermandad que se extendió rápidamente por el continente elaboró una leyenda que volvió a situar a Salomón –uno de los principales magos de la antigüedad– en una posición prominente. Se trata de la historia de Hiram, el arquitecto del Templo de Salomón, asesinado por tres artesanos para obtener la palabra clave. Según algunas versiones, el cuerpo escondido debe aún encontrarse; según otras, ha sido encontrado, e Hiram se ha convertido de nuevo en el Gran Maestro de la Orden. Por otra parte, si trazamos la línea de la francmasonería desde Adán hasta la Torre de Babel, el Templo de Salomón, la venida de Cristo y llegamos, a través de los tiempos, a los caballeros templarios, vemos cómo los masones del tercer grado están asociados a una sorprendente tradición y a una descendencia sublime. Ésta apenas necesitó de los secretos, símbolos, ceremoniales y signos –al margen de lo sugestivos que estos fueran– para atraer a los magos modernos a la órbita de las logias. El ritual y el mito los habría creado de forma espontánea.

En lo concerniente a las sociedades secretas, la generación espontánea estaba a la orden del día, y es la única explicación que responde de la misteriosa orden que, inexplicablemente, se materializó de la nada un siglo antes de que la francmasonería emergiera de su oscuridad y tenía su centro de reunión en la Taberna del Manzano de Londres. Fundada, según

se dice, en el siglo XIV, pero conocida en un principio sólo por los manifiestos de 1614-15, contaba también con una leyenda del mago muy desarrollada, y tenía un nombre tan sumamente simbólico que, con sólo pronunciarlo, encendía la imaginación: la hermandad de la Rosacruz. Es casi seguro que ni el fundador, ni los primeros miembros, ni su lugar de reunión (la Casa del Espíritu Santo) existieron realmente; pero la idea estaba ahí, nacida de la conciencia colectiva de una época ávida de misterio, que proyectó sus sueños teosóficos, cabalísticos y alquímicos en esta sociedad esotérica. No es ir demasiado lejos afirmar que la Rosacruz reemplazó al Crucifijo, durante el siglo XVIII, en la mente de los místicos y poetas. El mismo Goethe se vio arrastrado durante un tiempo por el radio de influjo de este sorprendente símbolo y se embarcó en una épica religiosa que nunca llegó a completar, pero que tiene mucho en común con la leyenda de Christian Rosencreutz, el mítico fundador de la legendaria hermandad. Viajando de Occidente a Oriente, en busca de la sabiduría oculta y del conocimiento mágico, este mago moderno seguía los pasos de Pitágoras, Apolonio, Cipriano y de centenares de espíritus afines, cuyos tradicionales viajes hacia el oriente y duras iniciaciones en la sabiduría secreta se repetirían en la vida de los principales magos del pasado. La gran época a la que perteneció; su muerte, no tanto muerte como traslación; el descubrimiento de su cuerpo cien años más tarde "en buen estado... sin descomponer...", estos incidentes de su carrera no sólo aseguraron a Christian Rosencreutz un puesto en el cuerpo principal de la tradición mágica, sino que lo dotaron de vida y gloria nuevas.

Lo mismo puede decirse en términos generales de las sociedades secretas en su conjunto. Éstas restauraron el prestigio perdido de los magos y les dieron una nueva vida. El resurgimiento del ritual trajo consigo un renacimiento de la magia. Los ritos emblemáticos de las logias arcanas y sus leyendas conmemoraron unas vidas que se regían según un patrón tradicional y las llenaron del significado que los ideales espirituales, místicos o pseudo-ocultos de las confraternidades imprimieron sobre los iniciados y revelaron a los adeptos. El ritual, el misterio y la magia volvieron a unirse bajo una sanción casi religiosa.

El elemento ritual se desarrolló en toda Europa siguiendo esas líneas espectaculares –tan queridas del siglo XVIII– que, cargadas de sensacionalismo y presentadas con esplendor y misterio, no perdían ninguna intensidad en su transmisión. Algunas de estas descripciones muestran la clara influencia de las *Mil y una noches*, o de exaltadas imaginaciones como la del Marqués de Luchet, quien probablemente inventara el siguiente y, casi con toda seguridad, falso relato pretendidamente escrito por un corresponsal anónimo de Viena y dirigido a M. Rollig:

> Su introducción me ha procurado un interesante conocimiento en la persona de M.N.Z. Éste debió de ser informado de mi llegada bien por Vd. o por otro. Aprobó la armónica con entusiasmo. Mencionó ciertas pruebas especiales, pero no llegué a entender su significado... Ayer, hacia el anochecer, me llevó a su residencia del campo. Todo, en especial el jardín, ha sido hermosamente diseñado. Templos, grutas, cascadas, laberintos y cuevas ofrecen tal diversidad a la vista que actúan como un hechizo. La única cosa que me decepcionó fue un muro muy alto, que rodea el conjunto y que impide la contemplación de una vista maravillosa. M.N.Z. me había pedido que llevara la armónica conmigo y tuve que prometerle que la tocaría, sólo durante unos instantes, en el lugar y el momento que éste me indicaría con una señal. Mientras tanto, me condujo... a una habitación, situada en la parte frontal de la casa, y me dejó allí arguyendo que los arreglos de un baile y una iluminación requerían urgentemente su presencia. Ya era tarde y estaba casi dormido, cuando la llegada de algunos carruajes hizo que me incorporara. Abrí la ventana, pero no pude distinguir nada; menos aún los misteriosos y casi inaudibles susurros de los recién llegados. Enseguida, el sueño me venció por completo y, después de dormir durante cerca de una hora, fui despertado por un criado que se ofreció a llevar mi instrumento y me pidió que le siguiera. Como quiera que el criado caminaba muy deprisa y yo lo hacía muy despacio, sucedió que tuve tiempo (incitado por la curiosidad) de atender al sonido ahogado de trompetas que parecía venir de las profundidades de una cueva.

Imagine mi sorpresa cuando, después de haber descendido la mitad de la escalera, vi una caverna en la cual, al compás de una música fúnebre, un cadáver era colocado en el interior de un féretro. Junto a mí, había un hombre vestido de blanco, pero todo cubierto de sangre, a quien se vendaba una vena del brazo. A excepción de quienes le ayudaban, los demás estaban envueltos en capas negras y armados con espadas desenvainadas. A la entrada de la caverna, vi pilas de esqueletos humanos, amontonados unos sobre otros; el conjunto estaba iluminado por luces cuyas llamas parecían ardientes espíritus del vino. Esto aumentaba el horror del temible lugar e hizo que me retirase rápidamente para no perder a mi guía. Éste regresaba entonces por la verja del jardín cuando llegué hasta allí. Tomó apresuradamente mi mano y avanzó tirándome de ella. Jamás he visto algo que me recordara de tal forma los fabulosos cuentos de hadas como la entrada a aquel jardín. Todo estaba iluminado. Innumerables lámparas mágicas, el murmullo de lejanas cascadas, el canto de ruiseñores artificiales, el aire perfumado que aspiraba... todo era maravilloso. Se me mostró un lugar situado tras una gruta verdosa, cuyo interior aparecía divinamente decorado, y al cual, poco después, fue conducida una figura inconsciente. Inmediatamente, recibí la señal de tocar. Como quiera que, en aquel momento, estaba más ocupado en pensar en mí mismo que en los demás, no pude apercibirme de muchas de las cosas que pasaban; no obstante, fui capaz de observar que, tras haber tocado durante cerca de un minuto, el hombre inconsciente revivía y, lleno de sorpresa, preguntaba: ¿Dónde estoy? ¿Qué voz escucho? Su pregunta se vio respondida por exclamaciones de alegría, acompañadas por el sonido de trompetas y de timbales. Todo el mundo tomó las armas y se dirigió hacia el centro del jardín, donde los perdí de vista.[1]

El gran despliegue de ficción que impregna este fantástico relato es propio de las historias sobre ritos secretos de aquel tiempo; y, al mar-

[1] [Marquis de Luchet], *Essai sur la secte des Illuminés*, París 1789, págs. 221-4.

gen de su extravagancia, contiene las principales características que han estado presentes en las ceremonias de iniciación desde tiempos inmemoriales: la muerte simulada y la resurrección.

Esto llevaría lógicamente a la creencia de que quienes participaban en tales misterios podían prolongar sus vidas de forma indefinida, una idea cuidadosamente alimentada en particular por miembros reales o pretendidos de la fraternidad rosacruciana. Quiénes eran esos misteriosos seres es algo difícil de determinar, ya que proclamarse tales les estaba prohibido; no obstante, en un momento u otro, se dijo que muchos hombres eminentes lo habían sido: Roger Bacon, Agripa, Paracelso, Jakob Boehme, Descartes, Robert Fludd, Thomas Vaughan y Francis Bacon, cuya supuesta pertenencia a la secta se ha visto inextricablemente ligada a la creencia de que era el autor de las obras de Shakespeare. En cualquier caso, las reglas de la secta obligaban a sus miembros a curar a los enfermos gratuitamente, y se dice que estas curaciones se llevaban a cabo por medio del elixir de la vida. La inmortalidad personal de tales sanadores tendría su lógico corolario, y sería causa de numerosas leyendas. Una de las más conocidas es la historia del Signor Gualdi, el llamado "Signor grave", un descendiente directo del pitagórico Aristeas:

> En el año de 1687, sucedió en *Venecia* un extraño incidente, que produjo a la sazón un gran revuelo, y que considero merece ser rescatado del olvido. La gran libertad y comodidad con que todas las personas de buena posición viven en esa ciudad es bien conocida para quienes han tenido alguna relación con ella; no resulta extraño, por tanto, que un extranjero, de extraordinaria presencia y que se hacía llamar *Signor Gualdi*, fuera allí recibido por los grupos más exquisitos, aunque nadie supiera quién era o a qué se dedicaba. Permaneció en *Venecia* durante varios meses, y tres cosas deben destacarse de su conducta. La primera, que poseía una pequeña colección de buenos cuadros, la cual mostraba gustosamente a todo aquel que manifestaba el deseo de verla; la segunda, que era una persona extraordinariamente versada en todas las ciencias y las artes, y hablaba sobre cualquier tema con tal destreza y sagacidad que asombra-

ba a todo aquel que le escuchaba; en tercer lugar, se observó que nunca escribía o recibía cartas, nunca dejaba nada a cuenta ni hacía uso de pagarés, sino que pagaba todo con dinero en metálico; vivía con decencia, pero no con esplendor. Este caballero se encontró un día en un café con un noble veneciano que era un extraordinario crítico de cuadros: había oído hablar de la colección del Signor Gualdi y, de forma muy cortés, expresó su deseo de verla, a lo cual el otro consintió gustosamente. Una vez el veneciano hubo contemplado la colección del Signor Gualdi y expresado su satisfacción –diciéndole que nunca había visto una mejor, considerando su número– se fijó por casualidad en el espacio que estaba encima de la puerta de la cámara, donde colgaba un cuadro de este forastero. El veneciano miró el cuadro y luego a él. Este cuadro fue pintado para Vd., Señor, dijo al Signor Gualdi, a lo cual el otro no contestó, limitándose a inclinar levemente la cabeza. Parece Vd., continuó el veneciano, un hombre de cincuenta años, y, sin embargo, reconozco en este cuadro la mano de Tiziano, quien murió hace ciento treinta años; ¿cómo es posible? No es fácil, dijo el Signor Gualdi gravemente, conocer todas las cosas que son posibles; pero, sin duda, no es ningún crimen que yo me parezca a un retrato pintado por Tiziano. El veneciano notó rápidamente, por su manera de hablar, que había ofendido al forastero y, por tanto, decidió marcharse. Éste no pudo resistir la tentación de hablar de ello aquella noche a algunos de sus amigos, quienes decidieron comprobarlo personalmente al día siguiente. Con ese objeto se dirigieron al café a la hora en que aquel Signor Gualdi acostumbraba a hacerlo; al no encontrarle tampoco, uno de ellos, que había conversado con él a menudo, se dirigió al lugar donde se hospedaba para preguntar por él, y allí le dijeron que se había marchado una hora antes a Viena. Este asunto provocó un gran revuelo, y llegó a comentarse en los periódicos de la época.[1]

[1] Hermippus Redivivus: or the Sage's Triumph over Old Age and Death, 2.ª ed., Londres 1749, pág. 160 y sigs. Primera ed. 1744. Traducido por John Campbell de la versión alemana del Dr. Cohausen. Para una información más detallada sobre Gualdi, ver The Rosicrucians, their Rites and Mysteries, de Hargrave Jennings.

Fuera o no un rosacruz, pasó a engrosar esta lista casi de inmediato. El Signor Gualdi, probablemente por un parecido accidental con un retrato de Tiziano, presentaba el perfil, todavía tenue y sólo esbozado, de una nueva raza de magos que llegaba envuelta por el halo de una misteriosa longevidad:

> ... los adeptos están obligados a mantenerse ocultos por razones de seguridad, y... al tener poder, no sólo para prolongar sus vidas, sino también para renovar sus cuerpos, lo utilizan con la máxima discreción, y, en lugar de hacer ostentación de esta prerrogativa, hacen uso de ella con el más riguroso secreto... siendo ésta la razón por la cual el mundo alberga tantas dudas sobre el asunto. De ahí que, aunque el adepto es dueño de más riquezas de las que se contienen en las minas del Perú, vive de forma moderada, para así evitar sospechas y no ser descubierto, salvo en caso de algún accidente imprevisible.[1]

Hemos dado claramente la espalda a hechiceros del tipo de Zito y de Fausto, y estamos preparados para la aparición de Saint-Germain.

[1] Op. cit., pág. 162.

II
El hombre misterioso (1710?-1784?)

Nadie sabía quién era, un hecho que no me sorprendió en un país como Inglaterra –un lugar donde la policía secreta prácticamente no existe– pero sí me sorprendió que tampoco fuera conocido en Francia.[1]

No sé de ningún documento oficial en el que dejara algún tipo de rastro; sólo vive en documentos más o menos legendarios... Se trata de un fuego fatuo de los biógrafos del siglo XVIII. Cada vez que crees tener una oportunidad de dar con él en algún documento auténtico, te da esquinazo...[2]

Napoleón III, muy sorprendido e interesado por lo que había oído sobre la misteriosa vida del conde de Saint-Germain, pidió a uno de sus bibliotecarios que buscara y recopilase todo lo que sobre él pudiera encontrarse en los archivos y documentos de la última parte del siglo XVIII. El trabajo fue llevado a cabo, y gran número de documentos, que formaban un enorme dosier, fue depositado en la biblioteca de la prefectura de policía. Sobrevinieron entonces la guerra francoprusiana y la comuna, y la parte del edificio en la que se guardaba el dosier sufrió un incendio. De esta forma, una vez más, un "accidente" vino a confirmar la antigua ley según la cual la vida de un adepto debe estar siempre rodeada de misterio.[3]

[1] I. Cooper-Oakley, *The Comte de St. Germain*, Londres 1927 (1.ª ed. 1912), pág. 209. A partir de los documentos de Bentinck van Rhoon, fechados el 18 de abril de 1760.

[2] Andrew Lang, *Historical Mysteries*, Londres 1904, págs. 259 y 276.

[3] M. Magre, *The Return of the Magi*, tr. Merton, Londres 1931, pág. 233.

Pero el asunto no quedó ahí; la piedad de un verdadero creyente y la concienzuda investigación de un escéptico consiguieron descubrir gran parte del velo. Todavía no sabemos quién fue Saint-Germain; desgraciadamente, sin embargo, ahora sabemos muy bien a qué se dedicaba; y la verdad, en este caso, no es más extraña que la ficción. Hasta que los frutos del exhaustivo trabajo de Gustav Berthold Volz aparecieron en la década de 1820, el conde de Saint-Germain fue el hombre misterioso a quien Federico el Grande había reconocido ingenuamente en su *Historia de la Guerra de los Siete Años*; "uno de los personajes más enigmáticos del siglo XVIII", como le describe en los años veinte Grillot de Givry.[1] De alguna forma, éste continúa representando un enigma; pero, igual que Funck-Brentano explotó el mito del Hombre de la Máscara de Hierro –relegando al héroe de su posición legendaria como hermano gemelo de Luis XIV a la de traidor ministro italiano, Matioli, cubierto con una máscara de terciopelo negro–, de la misma forma Volz despojó de glamour al primero de los magos modernos de una vez y para siempre. La grandeza trágica que rodeó al primero, y el esplendor mágico que envolvió al segundo no podrán ser recuperados ya por aquellos que sean fieles a los hechos. Por otra parte, los creadores de mitos (y uno no puede dejar de envidiarlos profundamente) están demasiado comprometidos con Saint-Germain como para considerar a Volz en su justa medida.

No obstante, fue una creadora de mitos teosófica, la señora Cooper-Oakley, quien comenzó el proceso desmitificador que culminó con Volz. Incapaz de contactar con su héroe personalmente, aunque segura de que seguía vivo, siguió afanosamente sus huellas en el pasado, y triunfó allí donde Andrew Lang había fracasado. Volz siguió su estela, y entre los dos descubrieron que figuraba en el Registro Oficial Nacional francés, en el Registro Oficial de Asuntos Exteriores francés, en los Archivos del Palacio holandés, en el Registro Oficial inglés, en los Docu-

[1] Grillot de Givry, *Witchcraft, Magic and Alchemy*, tr. Courtenay Locke, Londres 1931, pág. 365.

mentos Mitchell, en los Archivos de Secretos de Estado de Berlín, en los Archivos de Palacio y del Estado de Viena y en los Archivos de Estado de Copenhague. Magre, por tanto, estaba equivocado sobre la antigua ley, si bien uno desearía que hubiese estado en lo cierto.

Los que creen en la magia con mayúsculas y los que quisieran creer en ella deben prepararse para soportar otro de esos profundos desencantos que le esperan a uno a la vuelta de la esquina en un estudio de esta naturaleza. Deberíamos haberlo adivinado, pues teníamos delante todas las claves, diseminadas en los archivos de la época. Pero, de alguna manera, los experimentos en tinturas y curtidos, a los que ocasionalmente hemos hecho referencia, parecían meros pasatiempos de un genio versátil, no la principal preocupación de su vida. Creíamos seguir las huellas medio borradas de un sabio prodigioso; ahora descubrimos que hemos estado siguiendo los pasos de un químico experimental, alguien que viajó por Europa con sus mercancías, el pretendido gestor de una compañía con secretos que vender. La magia, el misterio y el romance desaparecen ignominiosamente bajo la ciencia, la industria y el comercio. Y Saint-Germain –hasta aquí ser único e intachable– aparece como uno de los mayores representantes (si no el principal) de ese enjambre de estafadores, charlatanes, impostores o simples aventureros que tuvo su época dorada en la segunda mitad del siglo XVIII, con representantes y clientes tan extraños como John Law, d'Eon, el barón Neuhoff, Cagliostro, Trenck y Casanova en medio de ellos; siendo en su totalidad aventureros a gran escala, conocedores de altas cimas de gloria y poder, y acreedores también de un trágico y triste final. ¿No había para Saint-Germain algo más que eso?

Al menos Volz no ha sido capaz de resolver el misterio de su nacimiento. Al arrojar dudas muy razonables sobre la propia versión del héroe –según la cual era el hijo mayor del príncipe Rakoczy de Transilvania– lo que realmente ha hecho es oscurecerlo más que nunca. El pretendido heredero de un trono ya perdido murió, según parece, en 1700. Si esto fuera cierto, desbarataría una teoría que explicaba razonablemente la evasividad de Saint-Germain sobre el tema de sus orígenes, especialmente si confiaba

en recuperar la corona que su padre se había visto forzado a entregar al Imperio austríaco tras una amarga y prolongada lucha. También explicaría la en apariencia fabulosa fortuna que poseía cuando por primera vez alcanzó la fama, sus modales sorprendentemente aristocráticos y los favores con los que le favorecieron muchos de los grandes de la tierra. Por otra parte, a través de los retratos del príncipe Francisco II de Rakoczy que se han conservado, es posible ver un parecido familiar entre éste y su hijo. Los dos hermanos menores del heredero aceptaron su destino y vivieron sin ocultarse ni ser molestados; es posible, incluso, que la noticia de la muerte del heredero se hiciera correr en falso. En cualquier caso, menos razonable parece suponer que Saint-Germain fuese el hijo bastardo del rey de Portugal o de la viuda Reina de España. Más allá del hecho de que era un magnífico intérprete musical, tampoco hay pruebas que apoyen la versión de Casanova y de otros, según la cual se trataba realmente del violinista Catalani. La versión de Choiseul, que le convierte en un judío portugués, fue con seguridad alimentada por el rencor; igual que probablemente fue la malicia la que inspirase las leyendas de un padre recaudador de impuestos de San Germano (Saboya), llamado Rotondo, y la de Wolff, un padre judío que practicaba la medicina en Alsacia. Me temo que hoy en día somos demasiado complicados como para aceptar la leyenda de una princesa árabe que se desposa con un genio (o, alternativamente, con una salamandra) y da a luz al conde de Saint-Germain; no obstante, la teoría según la cual se trataba del Judío Errante en persona, sería aceptable, si no en sí misma, sí por su valor psicológico. Sangre real, siniestro encarcelamiento, genio musical, nacimiento ilegítimo, origen sobrenatural o misteriosa maldición: la elección es ciertamente abrumadora.

Poco menos abrumador es el número de seudónimos adoptados por el hombre que hablaba con fluidez la mayor parte de las lenguas europeas, muchas de ellas a la perfección, pero era extranjero en todos los países que supuestamente visitó. "Saint-Germain" se avenía a la perfección con la exclusividad aristocrática de París. "El Marqués de la Cruz Negra" resultaba tan digno como enigmático en Londres. "Surmont" encajaba como un guante en la figura del propietario de Ubbergen, en

Holanda. ¿Qué título podía ser más adecuado en Italia que el de "Conde Bellamare"? (*¡Mare nostra!*) Había aún más cálculo en la elección del título de "Marqués de Montferrat" para impresionar a los venecianos, y en el de "Caballero Schoening" para deslumbrar a los habitantes de Pisa. El título de "General Soltikov" era un seguro pasaporte para el favor en Génova durante la guerra ruso-turca, y ¿quién podría resistir las asociaciones que producía el tranquilizador sobrenombre de "Conde Welldone"?[1] Finalmente, Tzarogy, un transparente anagrama de Rakoczy, preparó a sus últimos protectores para la revelación de su "verdadera" identidad, la del desaparecido heredero de un trono.

Los hechos probados de la existencia real de Saint-Germain que conocemos deben prevalecer cronológicamente sobre las leyendas a las que dieron pábulo. Una carta autógrafa, en su propia caligrafía, que se conserva en el Museo Británico y está fechada el 22 de noviembre de 1735, demuestra que se encontraba entonces en La Haya, si bien no aporta otros detalles personales. Morin, el secretario del barón von Gleichen, aseguró haberse encontrado con él en Holanda, en 1739. El 9 de diciembre de 1745, Horacio Walpole declaró haber sido informado de que había residido en Londres durante dos años. Su figura es objeto de la atención general durante la rebelión de Carlos Eduardo, el Joven Pretendiente, pues

> Alguien que estaba celoso de él a causa de una dama [casi con toda probabilidad se trataba de Federico Luis, Príncipe de Gales] deslizó una carta en su bolsillo, como si ésta le hubiese sido dirigida por el joven Pretendiente (agradeciéndole sus servicios y expresando su deseo de que siguiera adelante con ellos), e hizo que fuera inmediatamente apresado por un emisario. Tras ser demostrada su completa inocencia, le fue retirada la vigilancia del emisario y fue invitado a cenar por Lord H.[2]

[1] *Welldone*, Bienhecho. (*N. de la T.*)

[2] Cooper-Oakley, op. cit. pág. 35. Extraído del *London Chronicle*, 13-15 de mayo de 1760. El autor cita a partir de otro documento en el que se imprime de nuevo la noticia.

Walpole hizo el siguiente comentario sobre el incidente:

> ... El otro día fue mandado apresar un extraño hombre que responde al nombre de conde de Saint-Germain. Ha vivido aquí durante estos dos últimos años; se muestra decidido a no decir quién es o de dónde viene, pero declara que éste no es su verdadero nombre. Canta, toca maravillosamente el violín, compone, está loco, y no es demasiado sensible... El Príncipe de Gales ha mostrado una insaciable curiosidad hacia él, pero en vano.[1]

Esta falta de sensibilidad –que, más adelante, en esta misma carta, lleva a Walpole a declarar que no podía tratarse de un caballero– fue deducida del hecho de que no abandonara el escenario de su vergüenza, y, por el contrario, pareciera tomar ésta a la ligera. Su riqueza fue malintencionadamente atribuida a un matrimonio de conveniencia en México, país del cual el novio se habría fugado a Constantinopla con las joyas de su mujer. De él también se dijo que era italiano, español y polaco; sacerdote, jugador y hombre de "gran linaje". Esto es lo primero y lo último que sabemos, por espacio de doce años, del hombre misterioso, según las reprobatorias murmuraciones de los ingleses. Según Saint-Germain, estuvo dos veces en la India después de 1745; y en una carta, que escribe en 1773, hace una descripción del segundo de estos viajes, realizado en compañía de Watson y Clive, en 1755. Se trata de una jactanciosa y fútil epístola en la cual menciona a un hijo del que nunca más se vuelve a oír hablar, y en la que no se dan muestras (al contrario de lo que sucede en sus conversaciones) de un conocimiento o una observación de primera mano. De lo que sí dan muestras las tres cartas que dejó tras de sí es de que entre sus dotes casi universales no se encontraba el estilo literario. Por otra parte, según Lascelles Wraxall, la presencia de Saint-Germain fue "notablemente" sentida en Viena desde 1745 a 1755, donde

[1] *Letters of Horace Walpole*, ed. Toynbee, Oxford 1903, III, pág. 161.

disfrutó del generoso favor del conde Zobor, de Lobkowitz y de Lomberg, y también, de forma especial, del mariscal francés Belle-Isle, quien le llevó a Francia.[1]

Tras su aparición en París –probablemente en 1757–, Saint-Germain fue pronto recibido en la corte, donde su figura causó general sensación y desconcierto por su carácter incógnito, por las misteriosas indirectas que lanzaba, por no aceptar que poseía poderes que sin embargo parecía ejercer ante los ojos de todos, y por su indescifrable personalidad. Asimismo, era un conversador y un contador de historias tan brillante, había viajado y leído tanto, era tan culto, tan alegre, tan cortés, además de tan espléndido y generoso, que oscurecía incluso a sus propios diamantes y piedras preciosas. No sólo consiguió un prestigio, una fama y un poder sin parangón en aquella cínica, escéptica y sofisticada sociedad, sino que mantuvo esa posición por espacio de tres años, bajo la mirada de los grandes y penetrantes rayos de esa deslumbrante luz que resplandece sobre el trono. Tras ganar los favores de Madame de Pompadour, conquistó al rey gracias a su poder natural para fascinar, entretener, encantar, persuadir y convencer. Luis XV, siempre preso de un aburrimiento mortal, y ciertamente difícil de sorprender o impresionar, se vio conmocionado cuando este notable recién llegado transformó uno de sus diamantes defectuosos en una piedra perfecta, triplicando su precio original. El hombre era obviamente un brujo, y uno de los más desinteresados. Los milagros de esta clase, sin embargo, perdían interés con la repetición; uno de los secretos del éxito de Saint-Germain residía en que ponía el mismo ahínco en provocar el interés intelectual de sus protectores que en despertar sus emociones. Convertía a todos ellos en

[1] *Remarkable Adventures and Unrevealed Mysteries*, Londres 1863, I, pág. 140. En 1755, Clive no navegó en el *Stretham* con el almirante Watson desde Inglaterra, sino que se le unió en Bombay. Juntos se sumaron a la expedición organizada para reducir y saquear Cheriah en 1756. Si Saint-Germain hubiera estado con ellos, podría haber compartido el gran botín. Hubo un tal M. de Saint-Germain que fue gobernador de Chengalaput en 1752.

sus discípulos. Luis XV se vio pronto pasando sus horas de aburrimiento en un laboratorio acondicionado con este fin en el Trianon. Como todos los que alguna vez participaron en los procedimientos secretos de Saint-Germain, estaba convencido de que éstos producirían grandes beneficios, y que merecía la pena prestarles apoyo. Asignó varias estancias del castillo de Chambord a este inventor o descubridor, de forma que pudiera perfeccionar unas invenciones encaminadas a lograr incalculables beneficios para la industria francesa de los tintes y para las finanzas del reino, por entonces en una situación delicada. La rutilante estrella de la corte, admitida en los *petits soupers* del rey y en las habitaciones privadas de la favorita; el brillante científico que iba a revolucionar la industria y a estabilizar las finanzas; el maravilloso sabio que poseía el secreto de la eterna juventud y se disponía, tal vez, a compartirlo con algunos escogidos, ejerció (como era de suponer) una influencia nada desdeñable en el ámbito político. Más de un miembro del gabinete francés le consultó sobre asuntos de estado y llegó, incluso, a actuar bajo su consejo. Se dice que Saint-Germain fue responsable de la caída del Director General de Finanzas, Etienne de Silhouette, en 1759. Hasta donde nos es posible colegir, fue anti-austríaco, y probablemente perseguía la disolución de la alianza franco-austríaca, un ideal muy lógico si realmente se trataba de un Rakoczy. Ensalzó la figura de Federico el Grande a tiempo y a destiempo; recriminó al gabinete francés por endurecer sus relaciones con él durante las guerras coloniales entre Inglaterra y Francia; profetizó correctamente que la derrota que el monarca prusiano había sufrido de manos de los rusos en Kay y Kunersdorf se vería rápidamente equilibrada; y, en una palabra, alentó la sospecha de que era un agente secreto de Prusia. Aún más probable parece pensar que lo que hacía era, simplemente, vocear las opiniones del mariscal de Belle-Isle, cuya política era pro-prusiana. Este prejuicio anti-austríaco, que teñía todas sus declaraciones sobre asuntos públicos, no podía ser del agrado del duque de Choiseul –Ministro de Asuntos Exteriores, cuya posición dependía de la alianza austríaca– y probablemente fue el causante del posterior descalabro de Saint-Germain.

La posición prominente y la confianza que se había granjeado hicieron que, en 1760, le fuera encargada una misión secreta en La Haya, relacionada con unas ofertas de paz a Inglaterra que estaban en el aire en aquel tiempo. Parte del gabinete francés deseaba una paz separada; la Inglaterra de Pitt no aceptaría ninguna oferta que no incluyera a sus aliados, entre ellos y de manera muy particular a Prusia; las aguas eran turbias y profundas, las condiciones, por tanto, favorables para una diplomacia secreta, especialmente una clase especial de diplomacia, creada por Luis XV, que empleaba a agentes subordinados –como el caballero d'Eon– y trabajaba a espaldas de sus ministros, sin su conocimiento y a menudo con instrucciones de desbaratar su trabajo, "deshaciendo de noche la trama que sus ministros habían tejido durante el día".[1]

Luis XV, débil y vacilante, su Ministro de Guerra, el mariscal de Belle-Isle, el influyente conde Louis Clermont, el príncipe Bourbon-Condé (gran confidente del rey) y Madame de Pompadour, haciendo uso de su influencia desde la sombra, estaban a favor de las negociaciones de paz, o, al menos, de tantear el terreno. Por otra parte, ciertos miembros del gabinete francés, especialmente el duque de Choiseul, apoyaban la prolongación de la guerra. El grupo que apoyaba la paz decidió (o, al menos, esa es la impresión que recibimos) enviar a Saint-Germain a La Haya, con la aparente intención de negociar un préstamo para Francia con el gobierno holandés, y buscando en realidad acercarse al general Yorke, embajador inglés en La Haya, para discutir el tema de la paz entre Inglaterra y Francia. Casanova se encontraba en Holanda en aquel tiempo, habiendo sido también enviado allí con el objeto de negociar un préstamo para Francia, y los dos hombres fueron hospedados en el mismo hotel, "El Príncipe de Orange", según el relato de Casanova. El veneciano tenía una carta de recomendación de

[1] Andrew Lang, op. cit., pág. 240. Cf. también Duc de Broglie, *Le Secret du Roi*, París 1888.

Choiseul para d'Affry, el embajador francés en La Haya, ya perturbado por la presencia de Saint-Germain y horrorizado con la idea de tener que recibir a Casanova, quien había estado en La Haya con anterioridad y no había dejado tras de sí una reputación demasiado favorable. Sacando el máximo partido de una desagradable tarea, preguntó a Casanova por Saint-Germain. Este último habló de él en malos términos, describiéndole como una persona ambigua y peligrosa, pues ambos se habían encontrado como rivales en la casa de la marquesa d'Urfé. Después de ver a Saint-Germain personalmente, Casanova se apresuró también a estropearle el terreno ante el banquero de Amsterdam "M. d'O". (=¿Esperanza?). La misión financiera, por tanto, fue un fracaso. La misión diplomática fue también un fiasco. Dos cartas del mariscal de Belle-Isle y una del conde de Clermont, que Saint-Germain mostró a Yorke, convencieron a este último de que era un agente no oficial de Luis XV, y tanto Jorge II como Federico el Grande lo creyeron, al menos, bastante probable. A pesar de lo delicado de la misión, vemos cómo un diplomático aficionado, como era el caso de Saint-Germain, podía parecer el adecuado para cumplirla. Su presencia en La Haya, justificada por otros asuntos, no debía levantar sospechas entre los representantes de los poderes extranjeros. Se había movido en las altas esferas, tenía un conocimiento profundo de varias cortes europeas, y había demostrado poseer considerables dotes diplomáticas durante su estancia en Versalles. Desgraciadamente, poseía también otras cualidades. Incluso quienes más le apreciaban le consideraban un hombre vano y jactancioso; su conocimiento, poderes y linaje eran siempre, aunque fuera por simple implicación, el tema de su discurso. Podía mostrar, y a menudo mostraba, una reserva realmente impenetrable para realzar aquel aura de misterio con la cual se daba importancia; pero también dejaba escapar insinuaciones, o, en ocasiones, se descubría por afán de lucimiento personal. Un hombre capaz de hacer la siguiente declaración sobre sí mismo era sin duda el ser menos indicado de la tierra a quien se podía confiar un verdadero secreto, un secreto cuyo conocimiento aumentaba su prestigio:

Tengo la naturaleza en mis manos, y de la misma forma en que Dios creó el mundo, así puedo yo también invocar del vacío cualquier cosa que desee.[1]

Un hombre así debía de tener una confianza personal de marcado carácter pretencioso; además, lleno de entusiasmo por el objeto de su misión y persona de extraordinaria buena voluntad, se comportaba con la imprudencia propia del aventurero nato, orientada a obtener resultados rápidos. La mezcla de todas estas cualidades hizo de él un hombre demasiado impetuoso para negociar con Yorke, y lo que es peor, le llevó a hacer confidencias a su mujer y a todo el mundo, tan pronto puso el pie en La Haya. Kauderbach, el ministro residente sajón, apenas podía dar crédito a sus oídos mientras escuchaba los comentarios de Saint-Germain sobre la misión que le había sido confiada, sus libres opiniones sobre la debilidad del rey y de su favorita, y sobre la corrupción y malignidad que imperaban en Francia. Kauderbach llegó a la conclusión de que Saint-Germain era demasiado presuntuoso e incauto para ejercer el papel de negociador secreto, y que difícilmente triunfaría en su misión. Mientras tanto, d'Affry, el acreditado embajador en La Haya, se sentía cada vez más incómodo y celoso ante los rumores que sobre las negociaciones de Saint-Germain allí circulaban, y, aunque al principio le temía demasiado como para tratarle de otra forma que con cortesía y atención, y estaba más que medianamente convencido de sus poderes mágicos, aprovechó la primera ocasión para informar a Choiseul del estado de las cosas. Este último actuó sin dilación. O bien intimidó a Madame de Pompadour para que le entregara uno de los informes semi-

[1] G.B. Volz, *Der Graf von Saint-Germain*, Dresde 1923, pág. 316. Esta traducción alemana es de Oppeln-Bronikowski. El autor es presumiblemente holandés y el libro apareció después de la biografía de Cooper-Oakley de 1912. La cita pertenece a una carta de Alvensleben, embajador prusiano en Dresde, a Federico el Grande, fechada el 25 de junio de 1777.

oficiales de Saint-Germain, o (como el último creía) se lo robó; se enfrentó al rey y a su gabinete, dando todos ellos muestras de sorpresa, y envió las siguientes instrucciones a d'Affry:

> Señor:
> Le envío una carta de M. de St-Germain a la marquesa de Pompadour que servirá en sí misma para delatar lo absurdo de este personaje. Se trata de un aventurero de primer orden, que, además, y hasta donde he podido ver, está completamente loco. Le ruego que tan pronto reciba mi carta le haga ir a su casa y le diga en mi nombre que... tiene Vd. orden de advertirle de que si llega a mi conocimiento que decide interferir en asuntos políticos, en cualquier medida, sea grande o pequeña, le aseguro que obtendré del rey una orden para que, a su regreso a Francia, sea encerrado de por vida en una mazmorra... Después de hacerle esta declaración, le pedirá que no vuelva a poner nunca los pies en su casa, y hará bien en hacer pública y notoria a todos los ministros de asuntos exteriores, así como a los banqueros de Amsterdam, la forma en que ha despachado a este insufrible aventurero.[1]

Pero esto no fue suficiente. Choiseul persuadió a Luis XV de que tomara medidas aún más duras contra su, en otro tiempo, favorito. Transcurridas unas tres semanas de la carta citada anteriormente, d'Affry recibió instrucciones para que pidiera a los Estados Generales de Holanda que apresaran a Saint-Germain y lo enviaran a Francia, donde se encargarían de él. Por suerte para el infortunado agente secreto, su firme protector holandés, el conde Bentinck van Rhoon, importante personalidad en Holanda, fue avisado a tiempo del peligro. Éste convenció a la incrédula víctima de la diplomacia secreta de que el peligro era real, le instó a que huyera a Inglaterra e hizo que escapara de la furia incontenible de

[1] Cooper-Oakley, op. cit., pág. 170 y sigs. Carta de Choiseul a d'Affry; fechada en Versalles, el 19 de marzo de 1760.

d'Affry. Pero Inglaterra, conocedora del cambio de rumbo que había hecho a Choiseul más poderoso que nunca, rehusó acogerle:

> ... como era evidente que no era una persona autorizada, ni siquiera por parte del ministerio francés, en cuyo nombre pretendía hablar, y como su *séjour* aquí no podía ser de ninguna utilidad y podía tener consecuencias desagradables, se creyó más apropiado apresarle a su llegada. Su interrogatorio no aportó apenas datos. Su conducta y su lenguaje son astutos, una extraña mezcla difícil de definir.
>
> Por todo ello, se consideró más que aconsejable no retenerlo en Inglaterra y, como consecuencia, partió el pasado sábado por la mañana con la intención de buscar refugio en algún lugar de los Dominios de su Majestad Prusiana, dudoso como se sentía de estar seguro en Holanda. Después de repetidas e insistentes peticiones, consiguió ver al barón Knyphausen [embajador prusiano en Londres] durante su confinamiento, aunque no fue recibido por ninguno de los Servidores del Rey.[1]

Las desproporcionadas medidas adoptadas por Choiseul contra Saint-Germain y la violencia de su lenguaje, junto con la obviedad de los celos y el odio de d'Affry, demuestran cómo a sus ojos era un hombre a temer. Aquellos que estaban mejor informados creían realmente en su misión.

> Si el conde de Saint-Germain hubiera mostrado tanta prudencia como celo, hubiera, en mi opinión, acelerado la Paz en gran medida; pero confió demasiado en sus propias intenciones y no tuvo la suficiente mala opinión de los hombres con los que tuvo que tratar.[2]

[1] Cooper-Oakley, op. cit., pág. 125 y sigs. Carta del conde de Holderness (Secretario de Estado) a Mr. Mitchell (embajador inglés en Prusia); fechada en Whitehall, el 6 de mayo de 1760.

[2] Ibíd., pág. 212. Extraído de los documentos de Bentinck van Rhoon, 18 de abril de 1760.

> Al margen de los aciertos o equivocaciones del caso, los pasos dados por el conde han puesto en marcha las relaciones entre Francia e Inglaterra...[1]

> Esto es lo que queda claro: las declaraciones del conde de Saint-Germain han tenido al menos el efecto de que el duque de Choiseul no haya sido capaz de hacer frente al movimiento por la paz del Gabinete de Versalles.[2]

> Me di cuenta de que en este asunto el duque de Choiseul había procedido con gran celo contra Saint-Germain, lo cual me llevó a pensar que quizá tenía miedo de que éste maniobrase y consiguiera alcanzar una paz entre las coronas inglesa y francesa.[3]

Por otra parte, el extremado temor demostrado por Knyphausen ante la posibilidad de que Saint-Germain buscara el amparo de Federico el Grande abunda en la misma idea:

> Como este hombre a quien conozco desde hace años es peligrosamente impetuoso, y podría fascinar al rey e incitarle a adoptar múltiples medidas desastrosas, ruego a Su Excelencia que haga todo lo que esté en su mano para ocultar su viaje a Sajonia[4] [en aquel tiempo, cuartel general de Federico el Grande].

Incluso Voltaire, aunque con gran sarcasmo, se refirió a la misión secreta de Saint-Germain:

[1] Volz, op. cit., pág. 188. Carta de Federico II a Hellen, Chargé d'Affaires prusiano en La Haya; fechada en Friburgo, el 8 de abril de 1760.

[2] Ibíd., pág. 188. Carta de Hellen a Federico II; fechada en La Haya, el 22 de abril de 1760.

[3] Ibíd., pág. 202. Carta de Reischach, embajador austríaco en La Haya, a Kaunitz, canciller austríaco; fechada en La Haya, el 8 de abril de 1760.

[4] Ibíd., pág. 193. Carta de Knyphausen al Secretario de Estado prusiano; fechada en Londres, el 6 de mayo de 1760.

Probablemente sus embajadores harán más averiguaciones en Breda de las que yo he hecho. El duque de Choiseul, el conde Kaunitz y Mr. Pitt no quieren revelarme su secreto. Se supone que sólo un tal Saint-Germain lo conoce, alguien que cenó antaño con los Padres del Concilio de Trento, y que probablemente tendrá el honor de visitar a Vuestra Majestad dentro de unos cincuenta años. ¡Hombre inmortal y omnisciente![1]

Federico contestó con esta agudeza: "Le Comte de Saint-Germain n'est qu'un conte pour rire". No obstante, por aquel entonces el indiscreto emisario había sido desautorizado públicamente y había huido a Inglaterra, seguramente para profundo alivio de Luis XV, quien suponemos no deseaba castigar su fracaso con la rotundidad con la que a Choiseul le hubiera gustado que lo hiciera.

En cualquier caso, aunque Saint-Germain salvó su libertad y quizá su vida de las consecuencias de su propio desatino, de la hostilidad de Choiseul y de la ingratitud real, fue obligado a abandonar las orillas de la "pérfida Albión" y a buscar refugio en otro lugar. Parece improbable que cumpliera sus deseos y confirmara los temores de Knyphausen yendo a Alemania; y, a pesar de la extraordinaria precisión de Casanova en cuestiones de hecho, es difícil creer que el alegre Lotario viera a Saint-Germain en el Bois de Boulogne de París, con la marquesa de Urfé, en mayo de 1761. Casanova creía que Choiseul le había utilizado como contraespía en Londres, lo cual se ajusta a la historia de Barthold según la cual al oír a la marquesa de Urfé que Saint-Germain se encontraba en París, el primer ministro replicó: "No me sorprende, ya que pasó la noche en mi gabinete".[2] Pero probablemente la historia es apócrifa, porque, cuando se vuelve a saber de él, en 1762, era el propietario de la hacienda de Ubbergen, en Holanda, y se hacía llamar conde Surmont, aunque

[1] Ibíd., pág. 215. Carta de Voltaire a Federico II; fechada el 16 de abril de 1760.

[2] F.W. Barthold, *Die geschichtlichen Persönlichkeiten in Jacob Casanova's Memoiren*, Berlín 1846, II, pág. 94.

no había completado el pago de la compra. Según d'Affry –quien husmeó sobre estos detalles– había estado vagando por los Países Bajos con otro nombre, y se encontraba entonces completamente desacreditado. Choiseul decidió abandonarlo a su triste destino, tal vez porque los Estados Generales habían dado pocas muestras de cumplir la orden de extradición promulgada en 1760, y era poco probable que se mostraran ahora más complacientes. D'Affry añadió desdeñosamente que el estafador mantenía a los lobos alejados de la puerta ganándose la estima de bobalicones con la ayuda de sus procedimientos químicos secretos.

Era todo demasiado cierto, aunque uno siente algún alivio al pensar que sus bobalicones eran hombres de posición y renombre, y sus procedimientos, cuando menos, en apariencia deslumbrantes. En abril de 1763, Kaunitz, el canciller austríaco, se sintió sumamente intranquilo y alarmado por una carta de Cobenzl –ministro plenipotenciario de los Países Bajos austríacos– llena de lo que a Kaunitz le parecían planes descabellados que consistían en crear fábricas en la ciudad de Tournai para explotar los sorprendentes y maravillosos secretos de Saint-Germain. El último ponía dichos secretos a la entera disposición de Cobenzl por motivos de pura amistad; éstos marcarían el comienzo del milenio en los Países Bajos austríacos y llevarían a todos la paz y la prosperidad. Cobenzl nunca había conocido a un genio como aquél, y si no hubiese presenciado personalmente los milagros del conde nunca los hubiera creído posibles. El ennoblecimiento de metales; el teñido de sedas, lanas, algodón y madera en los más bellos colores imaginables, y de la forma más sencilla e increíblemente barata; el curtido de pieles que daban como resultado un cuero de milagrosa elasticidad y calidad; había que ver todas estas cosas para creerlas, y Cobenzl ardía en deseos de enviar algunas muestras, pues, a su juicio, esta propuesta de industria al por mayor incumbía al gobierno.

Kaunitz se encontraba ante un dilema: no deseaba enfrentarse a Cobenzl, ni privar a Austria de una potencial fuente de riquezas, pero había oído demasiadas cosas en detrimento de Saint-Germain como para confiar en el hombre o en sus secretos. Esto fue lo que le dijo a

Cobenzl, con precaución, mientras, de forma mucho más enfática, informaba al respecto a una emperatriz María Teresa igualmente escéptica. Pero Cobenzl estaba completamente arrebatado, y en un principio rehusó escuchar una sola palabra en contra del hombre que, obviamente, le había hechizado.

> Aunque la historia de su vida e incluso la de su propia persona están envueltas en el misterio y la oscuridad, descubrí en él una notable habilidad para todas las artes y las ciencias. Es poeta, músico, escritor, médico, físico, químico, mecánico y un profundo conocedor de la pintura. En una palabra, posee una cultura superior a la que jamás he conocido en otro ser humano, y habla todas las lenguas casi con la misma fluidez: italiano, francés e inglés, esta última especialmente bien. Ha viajado por casi todo el mundo, y su compañía, a pesar de su erudición, es muy entretenida, siendo muy agradables las horas de ocio que pasé con él. La única cosa que puedo reprocharle es que se jactara con frecuencia de sus dotes y de sus orígenes.[1]

Más tarde, cuando le sobrevino el desencanto respecto del carácter y el desinterés de Saint-Germain, todavía creía con la misma firmeza en el valor de sus secretos, igual que otras personas de su confianza, más competentes para juzgarle. Frau Nettine, una mujer de negocios, aportó el capital necesario para poner en marcha las fábricas, y pagó grandes sumas de dinero por algunos de aquellos secretos que, con anterioridad, su inventor había prometido comunicar gratis. Por otra parte, después de ver las muestras, los fabricantes de seda de Bruselas inundaron la firma de pedidos. Los expertos de Kaunitz se mostraban muy

[1] Volz, op. cit., pág. 247 y sigs. Carta de Cobenzl a Kaunitz; fechada en Bruselas, el 25 de junio de 1763. El portugués se encuentra entre las lenguas que Saint-Germain hablaba a la perfección, según otros observadores. Además de conocedor, era también un artista de la pintura al óleo.

fríos, por no decir negativos; no obstante, incluso ellos hablaban bien del tinte amarillo y de las muestras de cuero de Saint-Germain. La opinión de los expertos está siempre dividida; y, por lo que se refiere a los famosos secretos, Saint-Germain tiene derecho al beneficio de la duda. Éticamente, sin embargo, su conducta en el asunto estuvo lejos de ser irreprochable. Su situación económica era desesperada, pero hizo creer a Cobenzl que tenía bienes por valor de más de un millón de florines. De una forma u otra, obtuvo de Frau Nettine casi 100.000 florines; esfumándose cuando el juego se desveló, sin haberse desprendido de sus secretos más lucrativos. A pesar de ello, en octubre de 1763, Cobenzl aseguró a Kaunitz que, aunque Saint-Germain había desaparecido, las fábricas que había creado en Tournai comenzaban a dar sus frutos, que casi con toda certeza la propietaria (Frau Nettine) recuperaría su inversión, y que, probablemente, obtendría beneficios.

La pista documental del héroe de este lamentable episodio de latrocinio industrial se pierde por espacio de once años. Parte de este período transcurrió quizá en Rusia, porque existe alguna evidencia de que intentó infructuosamente establecer una fábrica de algodón en Moscú en aquel tiempo, y de que, de alguna manera, adquirió una mina rusa de piedras semipreciosas, de la cual hizo orgullosa ostentación en años posteriores. Parece bastante razonable que no se encontrara en Rusia durante la Revolución de Julio de 1762 –la cual costó el trono y la vida a Pedro III– ya que (según los descubrimientos hechos sobre sus movimientos) se hallaba en Holanda en aquel tiempo. Debe, por tanto, descartarse la leyenda según la cual tomó parte en la revolución. Por otra parte, tampoco hay razones para creer, como reza otra versión, que ostentara algún cargo en la guerra ruso-turca del Mediterráneo (1768-74). Los informes que hablan de su presencia en Mantua, Venecia, Pisa y Leghorn, durante estos años, no son concluyentes en sí mismos; pero la amistad entusiasta que sintió por él el conde Alexei Orlov, comandante supremo de la expedición rusa al archipiélago y héroe de Tchesme, ha sido avalada por un testigo ocular digno de confianza. Por otra parte, el famoso té de Saint-Germain, un suave laxante hecho con

vainas de sena –su panacea para todas las enfermedades que están ligadas a la carne– llegó a llamarse té ruso, pues fue suministrado en grandes cantidades a la flota rusa con muy buenos resultados. Muchos hombres han sido nombrados caballeros por menos; por mi parte, me inclino a creer que el privilegio según el cual se confería a Saint-Germain el rango de general ruso no fue ni una invención (como asegura Volz sin pruebas suficientes), ni una recompensa por sus hazañas marciales, sino por su útil contribución al esfuerzo bélico ruso. Vestía el uniforme en Nuremberg, en 1774, cuando, junto al margrave de Brandengurgo y el ministro Gemmingen de Ansbach (quien hizo un relato de la entrevista), fue a encontrarse con Orlov en persona. Este último no sólo no se sintió insultado, sino que dio la bienvenida a quien así vestía con la máxima cordialidad y entusiasmo, como el entrañable amigo que le declaró ser. Parece cierto, por tanto, que Saint-Germain tuviera derecho a llamarse general Welldone, a cuyo nombre (y no al de Soltikov) se había hecho la patente. Por otra parte, es más que probable que Saint-Germain deseara vehementemente que el margrave fuera testigo del encuentro con Orlov para dar realce a su posición.

No podemos censurarle por ello; los años no habían pasado en balde y al fin parecía haber encontrado un caladero. En 1774, lenta y discretamente, había conseguido ganarse la atención de Carlos Alejandro, margrave de Brandenburgo, durante una estancia en Schwabach, Ansbach, donde el margrave era entonces gobernador; cuando, tras presentarle sus respetos, le había ofrecido iniciarle en los secretos que asegurarían la felicidad y prosperidad de Brandenburgo. También le enseñó una serie de hermosas piedras, probablemente procedentes de la mina rusa, ya que, según se comprobó más tarde, no tenían el peso correcto ni podían trabajarse con lima. El interés que de esta forma suscitó en el margrave se convirtió en un patrocinio amistoso, en el cual, como a menudo sucediera en las relaciones de Saint-Germain, se reprodujo de nuevo el factor del discipulado. Aunque experimentara infatigablemente con tinturas y pieles –instando como siempre a los que le rodeaban a que hicieran lo mismo siguiendo sus principios– y aunque intentara

también interesar a su protector en el aspecto económico de estos experimentos, fue un invitado tranquilo, cortés, considerado y muy reservado en el castillo de Triesdorf donde le fueron ofrecidas algunas habitaciones de la planta baja. Por las noches, emergía para conversar sugestiva y, a veces, misteriosamente, pero nunca se sentaba a la mesa de su anfitrión, pues la dieta que al parecer llevó religiosamente toda su vida no admitía comer en público. Sus necesidades eran mínimas y su situación económica muy precaria. El único libro que poseía era una copia gastada del *Pastor Fido* de Guarini. Uno se pregunta qué clase de pensamientos cruzaban la mente del conde Tzarogy cuando ojeaba este descolorido clásico. Pues éste era el nombre con el cual se había presentado ante el margrave, antes de confesarle que su verdadero nombre era el de príncipe Rakoczy, y que era el último representante de aquel desdichado linaje real.

Desgraciadamente, esta sorprendente declaración y el impresionante recibimiento de Orlov en Nuremberg tuvieron un efecto excesivo. Durante un viaje a Italia al año siguiente (1775), el margrave oyó infinidad de historias sobre el recluso de Triesdorf, y comenzó a hacer preguntas sobre los Rakoczys; fue informado entonces de que los tres hijos estaban muertos y que el misterioso visitante era el notorio Saint-Germain, el hijo de un recaudador de impuestos de San Germano, un aventurero, y, lo que es peor, alguien que se burlaba de todo el mundo bajo innumerables nombres. El desilusionado margrave envió a Gemmingen para que interrogara a su invitado a su regreso, pero este último no consiguió sonsacarle nada. Admitió todos los sobrenombres, excepto Soltikov, pero se mantuvo firme en la historia de que era un Rakoczy, y declaró que había adoptado diferentes nombres en diferentes ocasiones para borrar su rastro de los enemigos que le perseguían como pretendiente del trono de Transilvania. Asimismo, sostuvo orgullosamente que nunca había mancillado ninguno de los nombres que había adoptado durante un tiempo, y que había llevado todos ellos como un hombre de honor. Y, sin duda, hubiéramos creído que esto era radicalmente cierto de no ser por su despreciable conducta en relación a las fábricas de Tour-

nai. Aun así, uno se siente tentado a apoyar la opinión de Gemmingen, cuando dice que sería injusto tratarle de estafador; y no deja de ser una curiosa circunstancia el que, a pesar de sus varios alias, nunca cayera en manos de la policía, ni en las de un magistrado. Esto pudo deberse más a su cabeza que a su corazón, pero esto al menos habla en su favor:

> Nunca, durante toda su relación con el margrave, pronunció un solo deseo, recibió nada del más mínimo valor, interfirió en algo que no fuera de su incumbencia. Su forma de vida, extremadamente sencilla, hacía que sus necesidades fueran muy limitadas. Cuando tenía dinero, lo compartía con los pobres.[1]

Es casi el retrato de un sabio oriental; no obstante, su modesta existencia en el castillo de Triesdorf llegó a su final con el regreso del margrave de Italia, quien se negó a comunicarse con Saint-Germain, salvo a través de Gemmingen, y pidió que le devolviera sus cartas. Su invitado devolvió todas excepto una, la cual dijo haber entregado a Orlov, probablemente para impresionar a este último; y, tras rehusar el ofrecimiento de permanecer tranquilamente en Schwabach, desapareció en 1776 sin dejar rastro. Los siguientes tres años transcurrieron en Leipzig, Dresde, Berlín y Hamburgo, pero fueron bastante infructuosos; aun cuando el intrépido aventurero envió a Federico el Grande, desde Sajonia y acompañada de una solemne carta adjunta, una lista con veinticinco temas que pedía sometiese a su graciosa consideración. Esta comprendía no sólo sus famosos procesos secretos para teñir cualquier tipo de tela imaginable, para blanquear, curtir, fundir, para el refinado de aceites y la fabricación de cosméticos, sino también algunos remedios farmacéuticos. Tristemente, la cosa huele a palabrería, y resulta comprensible que el único mensaje que recibiera de Federico, a través de

[1] Volz, op. cit., pág. 302; citado de Gemmingen.

una tercera persona, fuera que Berlín era una ciudad muy escéptica. Los temores que Knyphausen había sentido antaño parecían haber sido infundados; no obstante, las cartas privadas de Federico demuestran que no fue tan indiferente a los movimientos del "charlatán" como deseaba aparentar. La lista de Saint-Germain contenía una postdata: "Hay un punto más que no puedo mencionar aquí por múltiples razones. Lo reservo".[1]

Es probable que esto último fuera arrojado como un anzuelo; pero también es posible que actuara como recordatorio de servicios secretos prestados a Prusia en la corte de Versalles, y como forma de insinuar que estaba dispuesto a continuarlos. Si esto fue así, Federico no se quedó atrás respecto a Luis en su cínica actitud hacia los platos rotos. Mientras tanto, Saint-Germain llamaba la atención de un tipo de mentalidad muy diferente. Si de verdad era tan increíblemente viejo como la gente decía, y poseía tan notables secretos, es seguro que para entonces era un miembro de las sociedades secretas, quizá un Maestro desconocido. Mientras estuvo en Leipzig, el Gran Maestro de las Logias Masónicas Prusianas, el príncipe Federico Augusto de Brunswick, hizo que algunos iniciados le observaran e interrogaran. Dubosc, canciller sajón del Tribunal de Hacienda y banquero; Bischoffwerder, ayudante de cámara del príncipe sajón Carlos, duque de Courland; Fröhlich, un comerciante de Görlitz; y el ministro sajón von Wurmb, todos ellos rosacruces además de miembros principales de la francmasonería, se acercaron al hombre misterioso y mantuvieron con él largas conversaciones; asimismo, todos sus informes fueron negativos. El de Dubosc fue muy peyorativo; el de Fröhlich, muy enfático:

> Le conozco muy bien. Este *Sieur Welldone* no es masón; tampoco es mago, ni un teósofo.[2]

[1] Cf. ibíd., págs. 306-23 para la lista y la correspondencia relacionada con ésta.

[2] Ibíd., pág. 328. Carta de Fröhlich al duque de Brunswick; fechada en Görlitz, el 8 de marzo de 1777.

Bischoffwerder se mostró más dubitativo al principio, pero, finalmente, llegó a la conclusión de que no era "uno de nosotros". Empero, estaba convencido de que el conde tenía importantes secretos y de que le había comunicado los más importantes:

> Aunque vaya contra todas las leyes de la probabilidad, (1) que la cosa sea verdaderamente posible, (2) que yo haya sido elegido como destinatario de tan rico arcano, (3) que lo haya recibido como novicio.[1]

Dubosc y Fröhlich creyeron que se trataba de un charlatán necesitado que se jactaba de riquezas y pedía dinero prestado; Von Wurmb se sintió impresionado por su conocimiento de los tintes y del tratamiento de linos y lanas, y pensó que tal vez podía ser lucrativo para la industria local; también sonsacó a este indiferente sabio que era un fracmasón de cuarto grado, pero que había olvidado los signos y los santo y señas. Von Wurmb llegó a la conclusión de que o bien no parecía o realmente no era un masón; con más probabilidad esto último, pues era un materialista convencido.

No obstante, sería un conocido francmasón el último gran amigo y protector que la desconcertante personalidad de Saint-Germain le procuró. Se trataba del príncipe Carlos de Hesse-Cassel, muy poco deseoso al principio de tener nada que ver con él, pero quien, finalmente, se rindió a la impetuosa determinación con que el otro buscó su amistad. Desinteresado al comienzo en las nobles artes del teñido, la fundición, el ennoblecimiento de los metales y la purificación de piedras preciosas, la vehemencia de Saint-Germain fue ganando terreno en su interés y terminó por convertirle en su alumno, como lo habían sido Luis XV, Cobenzl, el margrave de Brandenburgo y, probablemente, muchos otros antes que él. Cuando, en 1779, llegó por primera vez a Schleswig, Saint-Germain confesó tener ochenta y ocho años de edad; declaró ser el hijo del príncipe Rakoczy, y haber sido educado en la casa del últi-

[1] Volz, op. cit., pág. 337. Carta de Bischoffweder al duque de Brunswick; fechada en Elsterwerda, el 9 de julio de 1777.

mo de los Médicis. El príncipe Carlos le creyó tácitamente, adaptó a sus necesidades una fábrica de Eckernförde y pagó a un médico llamado Lossau una generosa renta anual para que preparara las medicinas de su invitado. Desgraciadamente, las habitaciones que le fueron asignadas en Eckernförde eran húmedas; el inquilino contrajo un reumatismo del cual nunca llegó a recuperarse del todo, comenzó a fracasar notoriamente y a convertirse en una víctima de la depresión. En conversación con su protector, demostró ser un declarado materialista, cuyo gran objetivo en la vida era ayudar a la humanidad. Acostumbraba a hablar de Cristo en términos despectivos; pero, cuando se dio cuenta de que esto perturbaba a su amigo, le prometió nunca más volver a tocar este asunto. Quizá fue un sentimiento de gratitud el que dictó un último mensaje de Saint-Germain al ausente príncipe, a través de Lossau y desde su lecho de muerte, en el cual le comunicaba que había visto la luz en el último momento y moría como un verdadero creyente. En cualquier caso, fuera o no en olor de santidad, se sabe que murió en Eckernförde el 27 de febrero de 1784, que fue enterrado allí el 2 de marzo, y que su muerte fue registrada en los archivos parroquiales. Esta muerte representó una gran pérdida y un profundo dolor para el príncipe de Hesse-Cassel.

> Fue quizá uno de los sabios más grandes que jamás haya existido. Amaba a la humanidad; deseaba dinero sólo para dárselo a los pobres. Amaba incluso a los animales, y su corazón vivía sólo entregado a la felicidad de otros. Creía ser capaz de hacer feliz a los hombres procurándoles nuevos placeres, vestidos y colores más hermosos; y sus gloriosos colores casi no costaban nada. Nunca he conocido a un hombre de mente más lúcida; poseía también una gran erudición, especialmente en historia, de esa clase que sólo se encuentra en raras ocasiones. Había estado en todos los países de Europa... pero Francia parecía ser la tierra que más amaba.[1]

> Tenemos aquí al famoso aventurero Saint-Germain. Es el más redomado charlatán, loco, parlanchín, pretencioso y, en cierto sentido, estafador

[1] Ibíd., pág. 358; cita de las *Memorias* de Hesse-Cassel, 1816–17.

que el mundo ha conocido en muchos años. Nuestro príncipe le honra y estima de todo corazón y con todas sus fuerzas. Al hacerlo no hace sino seguir su inclinación natural hacia ese tipo de personas.[1]

La historia del conde de Saint-Germain es la de un aventurero más listo y cauto [que Cagliostro] y no está en contra del sentido del honor. No es en absoluto deshonesta, por el contrario todo en ella es maravilloso, nada mezquino o escandaloso.[2]

Este Saint-Germain nos ha contado tantos y tan palpables cuentos de hadas, que uno no puede escucharle por segunda vez sino con disgusto, a menos que tales fanfarronerías le diviertan. Este hombre no podría engañar a un niño de diez años, menos aún a hombres ilustrados... Yo le veo como a un aventurero de primera clase que se encuentra en las últimas, y me sorprendería mucho que no terminara su vida trágicamente.[3]

Yorke dijo de él que era *un hombre muy animoso y muy educado*... su conversación le agradaba mucho, siendo ésta extraordinariamente brillante, variada y rica en detalles sobre los distintos países que había visitado... Me gustaban sobremanera sus juicios sobre personas y lugares que me eran conocidos; sus modales eran extraordinariamente educados y eran prueba evidente de que este hombre había sido educado en la mejor sociedad.[4]

No era su amigo ni su admirador... me reservo mi juicio, pero debo confesar que todavía me siento profundamente inclinado a desconfiar de un hombre cuya personalidad fue siempre un inagotable acertijo, que

[1] Ibíd., pág. 361. De una carta del estadista danés, conde Carlos Warnstedt; fechado en Silesia, el 24 de noviembre de 1779.

[2] Ibíd., pág. 340. De los *Souvenirs* del sabio francés Thiebault, 1804. Éste conoció a Saint-Germain en Berlín.

[3] Ibíd., pág. 213 y sigs. Carta de Kauderbach al conde Wackerbarth-Salmour; fechada en La Haya, el 4 de abril de 1760. Kauderbach se había sentido deslumbrado y desconcertado con Saint-Germain al principio.

[4] Cooper-Oakley, op. cit., pág. 202. De los documentos de Bentinck van Rhoon; fechado el 16 de marzo de 1760.

nunca dejó de hacer las más lamentables declaraciones, que continuamente cambiaba de nombre, algunas veces pretendiendo ser un adepto, otras, un gran caballero a quien la Providencia había bendecido con más riquezas que a la mayoría de los demás.[1]

Saint-Germain fue en muchos aspectos un hombre notable, y allí donde estuvo su personalidad dejó tras de sí una favorable impresión, así como el recuerdo de muchas buenas y nobles acciones. Muchos padres de familias pobres, muchas instituciones benéficas recibieron su ayuda en secreto... nunca se le conoció una acción mala o deshonesta, de forma que inspiró simpatía por doquier.[2]

Es un hombre dotado de una mente extraordinariamente despierta, pero carente de todo juicio, y ha ganado su singular reputación sólo por medio de las adulaciones más bajas y ramplonas de que un hombre es capaz, así como por una notable elocuencia, especialmente si uno se deja arrastrar por el fervor y entusiasmo con que se expresa... Una vanidad desmedida es el principal motor de su mecanismo... mientras se limita a contar historias, resulta estimulante y entretenido en sociedad. Pero tan pronto intenta desarrollar sus propias ideas, su gran debilidad se hace patente... más ¡ay, de quien se atreva a contradecirle![3]

Sé muy bien, Monsieur, que es usted el señor más grande de la tierra.[4]

En cuanto a mí, creo, igual que Vd., que está un poco loco.[5]

[1] Volz, op. cit., pág. 143. Carta privada del estadista danés conde Bernstorff, 1779.
[2] Cooper-Oakley, op. cit., pág. 52. De las *Memorias Históricas* de Sypesteyn.
[3] Volz, op. cit., pág. 310 y sigs. Carta de Alvensleben, embajador prusiano en Dresde, a Federico II; fechada en Dresde, el 25 de junio de 1777.
[4] Cooper-Oakley, op. cit., pág. 239. Carta del almirante danés conde Danneskjold-Lawrigen a Saint-Germain; fechada en Amsterdam, el 27 de abril de 1760.
[5] Ibíd., pág. 237. Carta del príncipe Golizyn, embajador ruso en Londres, a Kauderbach; fechada en Londres, el 1 de abril de 1760.

El curso de la vida real de Saint-Germain, a pesar de algunos vacíos y de la oscuridad de su nacimiento, no resulta esencialmente misterioso, al margen de lo desconcertante que pueda ser su personalidad. En algún lugar y de alguna forma, había adquirido al menos unas nociones superficiales de química y se había propuesto sacar dinero de ello a lo grande. Más de una vez estuvo a punto de conseguir su objetivo, aunque nunca lo logró. Lo que sí consiguió fue causar un considerable revuelo en las cancillerías de Europa; pues Luis XV, y probablemente otros, le utilizaron como agente diplomático secreto. Sus verdaderas cualidades eran indudables. Poseedor de un gran sentido musical, gran lingüista, pintor aficionado que podía dotar a las joyas con las que adornaba sus retratos del brillo de las piedras verdaderas; debemos creer que tenía una gran habilidad en el tratamiento de las joyas, y que probablemente sabía cómo lavar los diamantes y cortarlos; es más, aunque sus procesos industriales demostraron no ser una mina de oro, es evidente que inventó o descubrió algunos métodos muy prometedores sobre el teñido, el blanqueado y el curtido; sencillos y económicos, si bien nunca los perfeccionó, y probablemente contuvieran algún defecto insalvable. El brillo de su inteligencia y de su personalidad, su vibrante conversación, su extraordinaria memoria, su vívida imaginación, su elocuencia persuasiva y encanto son cualidades sometidas también a un constante examen. Pero el más importante de los múltiples y variados dones que poseía era su notable poder sobre la mente de sus contemporáneos. La violencia con la que sus enemigos se expresaron sobre él, no menos intensa que el lenguaje hiperbólico utilizado por sus admiradores, es una muestra de ello. Y en ningún lugar se hace más evidente que en las innumerables leyendas que sobre él circularon durante su vida y después de su muerte. No es seguro que Saint-Germain hiciera uso consciente de este mecanismo en un principio, aunque, una vez en marcha, se aprovechó de él con creces. Al menos Walpole (y la suya es la primera alusión conocida) no menciona ninguna reivindicación de ese "fenómeno" que se negaba a desvelar su verdadero nombre. No obstante, esto fue suficiente para despertar la "insaciable curiosidad" del príncipe de Gales y de otros. Que esta sor-

prendente personalidad escapase a la identificación era un desafío, ya que representaba un vacío en el saber contemporáneo que, como cualquier otro vacío, debía ser llenado. Saint-Germain cumplió con esta ley de la naturaleza al declarar que era Rakoczy. Lo que en realidad hizo fue aumentar el misterio. Describió su infancia con colores brillantes, se retrató rodeado de un numeroso séquito, moviéndose por espléndidas terrazas, en medio de un clima glorioso, como si (según el barón Gleichen) fuese el heredero al trono de un rey de Granada en tiempo de los moros. A Madame de Genlis –entonces una niña de catorce años– le contó, en presencia de su escéptica madre, una conmovedora historia sobre cómo erraba por los bosques, a la edad de siete años, puesto precio a su cabeza, acompañado de su tutor y portando una miniatura de la madre que nunca más volvería a ver en una pulsera que llevaba en la muñeca. Para probarlo, le mostró la miniatura. De ser cierto que era un Rakoczy, esta falsa sangre real que reclamaba tener (así lo vio la madre de la niña) podría haber estado más cerca de la verdad de lo que ella creía. Más digno de atención, incluso, es el hecho de que de esta forma se cumplían los requisitos que la leyenda había establecido para la vida de los magos de la antigüedad, hostigados y amenazados por peligros.

Otro de los rasgos característicos de la vida de todos los magos –los largos y portentosos viajes– ocupa un lugar prominente en la vida real de Saint-Germain y justifica la idea bastante generalizada de que era el Judío Errante. Alguien que desaparecía de un país para reaparecer en otro sin ninguna clase de explicación… es seguro que Saint-Germain recorrió la mayor parte de Europa durante los primeros años de su vida, incluso se cree que fue mucho más lejos. Él mismo dijo haber estado en la India; según otros, les había contado que había estado en Persia, Turquía, Japón y China; país, este último, en el cual y según un biógrafo no demasiado fiable, se negó a dar ningún nombre. Las descripciones excepcionalmente vívidas que hacía en sus conversaciones sobre países orientales dan peso a la creencia de que éstos le eran familiares.

Aunque no se ha encontrado ninguna evidencia documental sobre la iniciación de Saint-Germain en la francmasonería o en ninguna otra

sociedad secreta de aquel tiempo, ello no prueba necesariamente que no fuera uno de sus miembros; por otra parte, existe una fuerte tradición entre los que gozan más o menos de este tipo de conocimiento, según la cual era un iniciado extremadamente poderoso e influyente, había fundado más de una secta y mantenía contacto con todas ellas. El mismo Saint-Germain contó a Wurmb (resulta obvio que burlándose del incidente) que, en París, más de doscientas personas pertenecientes a una sociedad que presidía el duque de Bouillon habían expresado el deseo de conocerle creyéndole un Maestro. También se ha asegurado que fue elegido representante de la gran Conferencia Masónica, celebrada en París en 1785, un año después de su muerte. Al no poder comprobar ésta ni ninguna otra afirmación al respecto, debo dejar la cuestión abierta, limitándome a señalar que, teniendo en cuenta la reputación de Saint-Germain, era inevitable que muchos francmasones y personas de este tipo le tomaran por uno de sus miembros.

> Debo ahora informar a su Excelencia de un singular fenómeno. Un hombre que dice llamarse Saint-Germain y rehúsa revelar sus orígenes, se hospeda aquí, en el hotel Kaiserhof. Vive bastante a lo grande... sin embargo, nunca recibe cartas de crédito. Escribe día y noche, y mantiene correspondencia con las más altas esferas, pero no gusta de hacer vida social, a excepción de la condesa Bentinck y de los ministros franceses. Es muy difícil trabar conocimiento con él. Es un aficionado de las ciencias naturales, ha estudiado la naturaleza, y es gracias a este conocimiento por lo que, teniendo ahora 182 años, parece un joven de cuarenta. En la más estricta confianza, le dijo a un amigo mío que posee ciertas gotas por medio de las cuales obtiene todos sus resultados, incluso la transmutación de los metales. En presencia de éste, transformó una moneda de cobre en la más pura plata, un pobre cuero en la mejor variedad inglesa, y piedras semipreciosas en diamantes. Al mismo tiempo, está siempre solo y no es en absoluto comunicativo. Tiene gran abundancia de toda suerte de monedas de oro y plata, que parece acabaran de acuñarse... y,

> sin embargo, no recibe ningún tipo de envío, ni tiene trato con los comerciantes. ¿De dónde sale todo esto? ¿Podría ser que este hombre fuese uno de esos a quienes hemos estado buscando?[1]

Así de un francmasón a otro. Sin que aparentemente Saint-Germain alentara esta situación, la leyenda de su adhesión creció y se extendió; de forma que cuando el marqués de Luchet escribió sus ataques satíricos sobre Cagliostro y el Iluminismo –el primero en 1785 y el segundo en 1789– Saint-Germain figuraba en ambos, y muchos ingenuos tomaron la burla de la iniciación descrita por el último como la desnuda verdad:

> El conde Cagliostro le pidió una audiencia secreta para postrarse ante el dios de los creyentes. Saint-Germain le citó a las dos de la mañana. Llegado el momento, Cagliostro y su esposa, vestidos con blancos ropajes y con unas bandas de color rojo anudadas alrededor de la cintura, se presentaron en el castillo. El puente levadizo estaba descendido; un hombre de siete pies de altura, vestido con una larga túnica gris, les condujo al interior de una cámara débilmente iluminada. Poco después, unas puertas plegables se abrieron de repente, y vieron un templo iluminado por mil luces, y al conde de Saint Germain entronizado sobre el altar. A sus pies, dos acólitos balanceaban incensarios dorados, que difundían dulces y discretos perfumes. La divinidad llevaba sobre el pecho un pentagrama de diamantes de un brillo casi intolerable. En las escaleras del altar, una figura mayestática, blanca y diáfana, sostenía en alto una vasija con la inscripción "Elixir de Inmortalidad", mientras, ante un gran espejo en la pared, un ser majestuoso caminaba de un lado a otro. Sobre el espejo

[1] Volz, op. cit., pág. 35 y sigs. Carta del abogado de Hamburgo Dresser al barón Uffel, juez de la Corte de Apelación de Celle; fechada en Hamburgo, el 23 de octubre de 1778. Ambos francmasones. El parecido que esta descripción guarda con Gualdi es muy evidente.

> estaba escrito: "Depósito de Almas Errantes". El más sombrío silencio reinaba en este retiro sagrado; cuando una voz, que apenas parecía una voz, pronunció estas palabras: "¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Qué deseas?" El conde y la condesa, entonces, se postraron, y, tras una prolongada pausa, el primero contestó: "Vengo a invocar al Dios de los fieles, al Hijo de la naturaleza, al Señor de la verdad. Vengo a pedirle uno de los catorce mil setecientos secretos que atesora en su pecho. Vengo a proclamarme su esclavo, su apóstol, su mártir".
>
> La divinidad no respondió; no obstante, tras un largo silencio, la misma voz preguntó: "¿Qué deseo mueve a la compañera de vuestro largo viaje?" "Obedecer y servir", respondió Lorenza.
>
> Pronunciadas estas palabras, una profunda oscuridad se adueñó de la luz resplandeciente, la conmoción sustituyó a la calma, el terror a la fe, y una voz aguda y amenazadora tronó: "¡Ay de quienes no pueden superar las pruebas!"[1]

La virtud de Lorenza y la constancia de Cagliostro fueron, entonces, puestas a prueba; tras lo cual, Saint-Germain aparece, primero, hablando de forma aparentemente absurda; después, dando cínicos consejos, y, por último, sobrepasándose con Lorenza. Este pasquín difamatorio no deja de ser en parte responsable de las persistentes leyendas sobre la importancia que Saint-Germain tuvo en las sociedades secretas de la época, y, probablemente también, la razón por la cual algunos francmasones niegan con tanta tenacidad que tuviera algo que ver con ninguna de ellas. No obstante, hoy en día se nos asegura, con gran seriedad y absoluta buena fe, que tomó parte en la creación de la Sociedad de los Hermanos Asiáticos y de los Caballeros de la Luz de Viena; también, de haber sido parcialmente responsable del grupo lla-

[1] [Marquis de Luchet], *Mémoire authentique pour servir à l'histoire du Comte de Cagliostro*, 2.ª ed., Estrasburgo 1786, pág. 4 y sigs. La primera edición se llevó a cabo en 1785.

mado Philalethes de Francia, del cual se decía eran miembros el príncipe de Hesse, Condorcet y Cagliostro, y formado a partir de la logia de *Les Amis Réunis*. Eliphas Lévi, quien le responsabiliza de la creación de la Orden de Saint-Jakin de Bohemia, también sostiene que se separó de ella cuando ésta adoptó principios anárquicos, que después fue repudiado por los hermanos, acusado de traición, y que (según una tradición) fue encarcelado en las mazmorras del castillo de Ruel. Este hecho introduce los elementos tradicionales del juicio y de la persecución; mientras, los infortunios que como Rakoczy sufrió durante toda su vida a manos de Austria, y sobre los cuales habló con tanta elocuencia a Gemmingen, tienen la naturaleza de una contienda. En lo que se refiere a su muerte, distintas versiones la sitúan en las mazmorras de Ruel, en las celdas de la Inquisición de Roma (probablemente, confundiéndolo con Cagliostro), envuelta en mental terror y agonía en Eckernförde; también se dice que nunca tuvo lugar.

Esta última versión es sin duda la consecuencia orgánica de la creencia en su longevidad, idea que con tanta persistencia circuló cuando estaba vivo. Y aquí, de nuevo, aunque es seguro que la fomentó con todas sus fuerzas, no parece que Saint-Germain iniciase el mito de su inmortalidad. Todo apunta a que esta idea surgió repentinamente en el confuso entendimiento de la octogenaria Madame de Gergy, viuda del embajador francés en Venecia. Esta anciana dama declaró que había visto al conde en Venecia, en 1710, cuando tenía unos cuarenta y cinco años. Al encontrarle en París, cincuenta años más tarde, y ni un día más viejo de aspecto, supuso que se trataba de su hijo. Una vez desengañada y como era de suponer, comenzó a hablar del asunto, y Madame de Pompadour decidió abordar a Saint-Germain. El hecho se produjo en una de esas ocasiones en las cuales, como a menudo sucediera, Saint-Germain describía tan vívidamente acontecimientos históricos y personajes de otra época que hasta el más incrédulo terminaba por creer que había estado allí. Madame du Hausset, dama de la favorita, estuvo presente en aquella reunión, y escribió la siguiente conversación inmediatamente después. Dice así:

> Madame se rió y dijo: "Aparentemente, lo ha visto usted todo". "Tengo muy buena memoria", dijo él, "y he estudiado la historia francesa a conciencia. A veces me divierto no *haciendo* a la gente creer, sino *permitiendo* que crea que he vivido en tiempos pasados". "Aún así, nunca dice cuál es su verdadera edad, y sostiene que es usted muy viejo. La condesa de Gergy, que fue embajadora hace cincuenta años, creo que en Venecia, declara que le conoció entonces con el mismo aspecto que tiene ahora". "Es absolutamente cierto, Madame, que conocí a la condesa de Gergy hace mucho tiempo". "Pero, según ella, debería usted tener ahora cien años". "Eso no es imposible", dijo él riendo, "pero, como creo, es aún más posible que la venerable dama diga tonterías".[1]

Éste es un buen ejemplo del porte enredador y de la afectación mística con los cuales Saint-Germain mantenía a todo el mundo en vilo sobre el tema de su edad:

> Estos tontos parisinos [dijo una vez a Gleichen] creen que tengo 500 años de edad, y yo he apoyado esta creencia, pues veo lo feliz que les hace. No digo sino que soy infinitamente mayor de lo que aparento.[2]

Para añadir leña al fuego de una leyenda que se extendía como el de un bosque en llamas, había en París en aquel tiempo un joven bromista, apodado Lord Gower (porque imitaba al personaje inglés), que era un transformista de primer orden. Se decía que había sido utilizado como

[1] Volz, op. cit., pág. 127 y sigs. Cita de las *Memorias* de Madame du Hausset, 1824. Por supuesto, Saint-Germain podría haber sido el hijo del hombre que escribió la carta sobre la India en 1773, y, efectivamente, por tanto, el hijo del hombre que Madame de Gergy recordaba. Si consideramos la proximidad de las fechas, también podría haber sido (o su padre pudo haber sido) el "Signor Serio" de Venecia.

[2] Volz, op. cit., pág. 49 y sigs. Cita extraída de C.-H. de los *Souvenirs* de Gleichen, París, 1868. Aparecido por primera vez en 1818.

espía de la armada inglesa durante la Guerra de los Siete Años, y ahora se dedicaba a divertir a los cortesanos con sus vívidas imitaciones. Este hombre fue introducido en la sociedad de París como Saint-Germain, y así caracterizado proclamó haber mantenido conversaciones con Cristo, haber estado presente en el Concilio de Nicea, y cosas por el estilo. Estas fábulas, añadidas a las oscuras indirectas que el verdadero Saint-Germain dejaba caer de tanto en tanto, le relacionaron inevitablemente con la piedra filosofal y el elixir de la vida, transformándose en pueriles anécdotas de viejas damas que bebían demasiado y se convertían en niñas, en bebés, o, incluso, en meros embriones en el seno materno.

Igualmente inevitable fue que la creencia en su longevidad condujera al pertinaz rechazo de su muerte. Si alguna vez dijo (lo cual es dudoso) que su cercana disolución era en realidad la preparación de un próximo rejuvenecimiento, esta expresión coincidiría más con la de un adepto o un sabio que con la de un traficante de arcanos. Según Luchet (una fuente muy sospechosa), la proclamación de su ascensión milagrosa coincidió con el momento de su entierro. Un periódico de 1785 declaró que todavía muchos creían que estaba vivo, y volvería pronto a aparecerse entre ellos. Todo indica que los francmasones eran de la misma opinión, pues le convocaron a la Conferencia de 1785. Madame de Genlis sostuvo haberle visto en Viena en 1821; también la condesa d'Adhémar. ¿Pero existió alguna vez tal persona? Según Volz, era un personaje ficticio inventado por el novelista anónimo Etienne Léon de Lamothe-Langon, y los llamados *Souvenirs* de ésta sobre María Antonieta y la Corte de Versalles no fueron sino una desvergonzada invención del último. La señora Cooper-Oakley –que hizo gran uso de ellos– creía que eran genuinos por la sencilla razón de que la entonces condesa d'Adhémar, una americana, poseía documentos sobre Saint-Germain; y por el hecho de que Madame Blavatsky visitó a la familia en el Castillo d'Adhémar en 1885. No hay duda de la existencia de tal familia; más incierto parece que algún miembro de ésta desempeñase alguna vez en la Corte de Versalles las funciones de Dama de Palacio; y los llamados *Souvenirs*, o, al menos, los extractos ofrecidos por la señora Cooper-Oakley,

no inspiran confianza precisamente. Publicados en 1836, son, no obstante, pruebas documentales de cuán viva era la creencia de la supervivencia corporal de Saint-Germain. Contaban cómo, en 1793, y por primera vez, éste se había acercado a la condesa pronunciando advertencias al estilo de Casandra sobre la muerte de María Antonieta. Como respuesta a la pregunta de ella, que inquiría si volvería a verle, replicó: "Cinco veces más; no desee una sexta".

> Volví a ver a M. de St.-Germain, y siempre para mi indecible sorpresa: en el asesinato de la Reina; el dieciocho brumario; al día siguiente de la muerte del duque de Enghien (1804); en el mes de julio de 1813; y en la víspera del asesinato del duque de Berri (1820). Aguardo la sexta visita que se producirá cuando Dios quiera.[1]

En 1845, y como consecuencia de otra serie de *Memorias* espurias que venían de Viena, la vida póstuma de Saint-Germain sufrió un nuevo vuelco. En esta publicación, se coloca al sabio en el acto de profetizar a Franz Gräffer, su autor:

> Hacia finales de siglo, desapareceré de Europa, y me trasladaré al Himalaya. Descansaré; debo descansar. Pasados ochenta y cinco años justos, la gente volverá a verme. Adiós...[2]

Desgraciadamente, no se especifica la fecha de la profecía; pero la mención del Himalaya no estaba destinada a caer en el olvido; y, saltando otros pasos intermedios, quizá sea más que oportuno considerar la transmutación de Saint-Germain en uno de los Mahatmas de la Gran Logia Blanca, planteada en primer lugar por esa imaginativa entusiasta, que fue Helena Petrovna Blavatsky:

[1] Cooper-Oakley, op. cit., pág. 54.
[2] Ibíd., pág. 144 y sigs.

> El conde de Saint-Germain fue sin duda el más grande de los adeptos orientales que Europa ha conocido en los últimos siglos.[1]

La señora Besant, en su prólogo al libro de la señora Cooper-Oakley, se mostraba más entusiasta y explícita incluso:

> El gran ocultista y hermano de la Logia Blanca... fue la fuerza más importante que respaldara el movimiento reformista intelectual; un movimiento que recibió su golpe mortal con el estallido de la Revolución francesa. Como el ave Fénix, ha vuelto a resurgir, reapareciendo en el siglo XIX como la Sociedad Teosófica, de la cual el gran hermano es uno de sus líderes reconocidos. Vive aún en el mismo cuerpo cuya perenne juventud dejase perplejos a los observadores del siglo XVIII, ha cumplido la profecía que le hiciera a Mme. de Adhémar, según la cual se mostraría nuevamente, un siglo después de despedirse de ella, y, dentro del creciente movimiento espiritual que nos rodea por todas partes. Él será uno de los jefes reconocidos.[2]

Más interesante incluso es el tributo de su biógrafa, la señora Cooper-Oakley, quien subtituló sus memorias *El Secreto de los Reyes*, y que dedicó a

LA GRAN ALMA
que en medio de las luchas
del siglo dieciocho trabajó
sufrió y triunfó,

resumiendo su existencia con las siguientes palabras:

[1] H.P. Blavatsky, *Theosophical Glossary*, citado por Cooper-Oakley, op. cit., pág. 1.
[2] Cooper-Oakley, op. cit., pág. xii y sigs.

> De esta forma destaca claramente el carácter de aquel llamado por algunos el "mensajero" de la jerarquía espiritual y por quien se guía la evolución del mundo; tal es el valor moral del hombre a quien los superficiales críticos de la tierra llaman "aventurero".[1]

Este ejemplo nos recuerda la naturaleza autónoma de la fuerza creadora de mitos. La escrupulosa biógrafa que había desenterrado de los archivos algunos documentos perjudiciales sobre Saint-Germain, y había tenido la honestidad de publicarlos, se muestra completamente ciega ante los hechos que había descubierto sobre su héroe, como si nunca hubiesen entrado en su consciencia.

Para decirlo suavemente, según ella Saint-Germain no había tenido éxito como agente diplomático. Las advertencias que ella creía había dirigido a María Antonieta fueron también ineficaces; y como trabajador contrarrevolucionario había fracasado de forma total y absoluta. Sin embargo, a sus ojos, continuó siendo la "gran alma que triunfó". Y, en lo que se refiere a la teosofía, ciertamente lo hizo, ya que ahora es adorado por los miembros de este culto como uno de los Mahatmas o Maestros, seres míticos a quienes volveremos a encontrar, y sobre cuya apariencia personal, nacimientos previos y presentes funciones Leadbeater ha comunicado gran cantidad de información, obtenida en su mayor parte de forma clarividente:

> El otro adepto a quien tuve el privilegio de conocer personalmente fue el Maestro conde de St. Germain, llamado en ocasiones, el príncipe Rakoczy. Le conocí en circunstancias bastante corrientes (sin que hubie-

[1] Ibíd., pág. 52. La señora Cooper-Oakley dedicó varios años de su vida a la búsqueda de Saint-Germain, en torno a 1900, llegando a vivir durante un tiempo en un castillo de Transilvania con ese propósito. Nunca le encontró, no obstante la señora Besant dijo haberle encontrado "primero" en el número 19 de Avenue Road, en 1896.

se mediado una cita entre ambos, y como por casualidad), bajando el Corso de Roma, y vestido como cualquier caballero italiano. Me llevó a los jardines de la colina Pinciana, y nos sentamos para hablar de la Sociedad y de su trabajo durante más de una hora...[1]

Aunque no es especialmente alto, se mantiene muy erguido y tiene un porte militar, y cuenta con la cortesía exquisita y la dignidad de un gran señor del siglo XVIII; se siente de inmediato que pertenece a una rancia y noble familia. Sus ojos son grandes y castaños, y están llenos de ternura y humor, aunque hay en ellos un brillo de poder; y el esplendor de Su presencia impele a los hombres a rendirle obediencia. Su rostro tiene un tinte oliváceo; lleva el pelo castaño, muy corto, con raya en medio y peinado hacia atrás desde la frente, y tiene una barba corta y puntiaguda. A menudo, viste un oscuro uniforme con guarnición de encaje dorado; también a menudo, una magnífica capa militar de color rojo, lo cual acentúa Su aspecto marcial. Normalmente, reside en un antiguo castillo de la Europa oriental, que perteneció a su familia durante muchos siglos.[2]

La Cabeza del Séptimo Rayo es el maestro conde de St. Germain, conocido históricamente en el siglo XVIII, y a quien algunas veces llamamos el Maestro Rakoczy, ya que es el último superviviente de la casa real. Fue Francis Bacon, Lord Verulam, en el siglo XVII, Roberto el Monje en el XVI, Hunyadi Janos en el XV, y es el adepto húngaro de *El Mundo Oculto*. Muy atrás en el tiempo fue el gran neoplatónico Proclo, y antes aquel San Albano. Realiza gran número de operaciones del ceremonial mágico, y emplea los servicios de grandes Ángeles, que le obedecen tácitamente y disfrutan cumpliendo Su voluntad. Aunque habla todas las lenguas europeas y muchas de las orientales, gran parte de su trabajo está escrito en latín, lengua que actúa como vehículo especial de Su pensamiento, y cuyo esplendor y ritmo no ha sido superado por nadie aquí en la tierra. En Sus

[1] C.W. Leadbeater, *The Masters and the Path*, Madrás 1925, pág. 11.
[2] Ibíd., pág. 44.

> diversos rituales viste maravillosos y vistosos ropajes y joyas. Tiene un traje de cota de malla de oro, que una vez perteneció a un emperador romano; está cubierto por una magnífica capa carmesí, sobre cuyo broche luce una estrella de diamante y amatista de siete puntas, y algunas veces viste una gloriosa túnica violeta. Aunque está vinculado de esta forma al ceremonial y todavía lleva a cabo algunos de los rituales de los Antiguos Misterios, cuyos nombres han sido incluso olvidados hace largo tiempo en el mundo exterior, también está muy pendiente de la situación política de Europa, y del desarrollo de la ciencia física moderna.[1]

Tendría un frío corazón aquel que no se regocijara con este apoteosis de Saint-Germain por el cual ha reconquistado, y más que reconquistado, el pristino esplendor que tuviera en la Corte de Versalles. Pues si no hubiera sido rescatado de esta forma, la historia de su vida, más patética que trágica, se parecería demasiado al cuento del árbol de navidad de Andersen y no sería sino objeto de una animada lectura. Se trata también de justicia poética, ya que, indirectamente, él mismo fue en gran medida responsable del movimiento teosófico. Tras su muerte, la fuerza vital de su personalidad tuvo como consecuencia una ulterior vida literaria; pues fue él y no otro el héroe cuyo nombre dio título a la novela de Bulwer-Lytton, *Zanoni*. Dicha novela cayó en las manos de Madame Blavatsky en los albores de su carrera, y la afectó profundamente. Es probable que la identificación de Zanoni con Saint-Germain fuese sobradamente conocida en los círculos en los que ésta se movía. De ahí la identificación que hace de este último con uno de los adeptos, ya que Bulwer-Lytton lo retrató de esta forma.

Una anciana senil (Madame de Gergy) cometió un extraño error en 1760 o en torno a esa fecha. Una leyenda se puso en marcha. Inspiró una obra de ficción. Otra anciana dama tomó la ficción por realidad. De causas tan pequeñas y aparentemente inconexas surgen las mitologías y las religiones.

[1] C.W. Leadbeater, op. cit., pág. 286 y sigs.

III
El Gran Copht (1743?-1795)

A diferencia de Saint-Germain, la relación de Cagliostro con las sociedades secretas de la época no es una cuestión de conjeturas. Es inequívoca, al menos, en una de las historias más confusas jamás contadas, incluso sobre magos. Las arenas movedizas que rodean a esta tres veces famosa figura son tan traicioneras, que no sólo su supuesto biógrafo sino el propio Cagliostro es amenazado con ser engullido por ellas a cada intento de acercarse a rescatarlo; tanto si el rescate consiste en desenmascarar a un charlatán, rehabilitar a un sabio o liberar una figura histórica. Pruebas no faltan, pero ¿cómo interpretarlas? Las mentiras son todavía más abundantes, pero ¿cómo reconocerlas? La ciénaga llamada Balsamo nos vence a cada intento. Al tratar de salvar ese obstáculo para salvar a Cagliostro, uno se hunde cada vez más en la ciénaga, y para colmo el cieno es pestilente. La primera persona en "descubrir" la identidad entre el vulgar estafador Giuseppe Balsamo y el "divino Cagliostro" fue uno de los mayores sinvergüenzas de Europa –Théveneau de Morande, chantajista periodístico y delator a sueldo. No merece mucho crédito, por tanto. Y los datos que descubrió sobre el pasado de Balsamo se basan en gran medida en el interrogatorio a la mujer de Giuseppe, Lorenza, que a instancias de él fue encarcelada por infidelidad en Sainte-Pélagie e intentó probar su inocencia difamando a su marido. Tanto es así, que puede que, a pesar de su canallesca mocedad, Balsamo no haya sido tan siniestro como se le ha pintado en su vida posterior. Que la única biografía contemporánea de la que nos podemos fiar acepte la identidad no es prueba suficiente de su exactitud. Y es que esta versión oficial sobre la carrera de Cagliostro proviene de los documentos del juicio al mago por la Inquisición romana. Ésta obtuvo, en forma de "confesiones" del acu-

sado y su esposa, todos los datos que Morande ya había "descubierto", lo cual cerró el caso en lo que concernía a la Inquisición. Y no hay duda de que el biógrafo oficial –que fue, probablemente, uno de los jueces– estaba sinceramente convencido de haber enhebrado la biografía con bastante coherencia. De hecho, este escritor –concesión hecha a su tendencia católica que le hace abominar de la masonería– parece haber sido suficientemente concienzudo, y su tono no es tampoco tan malévolo como el de Carlyle en su desagradable ensayo sobre Cagliostro, que tira por la borda el más mínimo resto de decencia y supera en maldad a la Inquisición en sus soflamas contra ella. Sin embargo, el biógrafo romano debe ser considerado como una fuente, si no corrompida, sí al menos sospechosa. Ya que, aun cuando el potro no estuviese expuesto en cada sesión como se acostumbraba en la época, los "hechos" que el desgraciado Cagliostro confirmó durante el juicio fueron reconocidos con la amenaza de la tortura sobre su cabeza. De haber sido presionado lo suficiente, habría confesado abiertamente casi cualquier cosa. Testimonio de ello es la lamentable escena siguiente:

> Aquí hubo ocasión de preguntarle cómo podía haber creído, y creer todavía, que en su trabajo con los "discípulos" [la eromancia] había contado con la ayuda de una especial gracia de Dios en beneficio de la religión católica. Al verse acorralado, trató de salir del paso con las siguientes palabras: "Ya no me entiendo ni a mí mismo; nada más puedo añadir; siento remordimiento por mi estado impío; sólo deseo recibir ayuda para mi alma; estoy inmerso en cientos de miles de errores religiosos". Pero esta reacción fue efímera y meramente diseñada para darse a sí mismo tiempo para pensar. Dos veces más fue atacado al mismo respecto, y se aferró al mismo cuento de atribuir el éxito de sus experimentos a una especial gracia de Dios. No obstante, al ser arrinconado de inmediato y escuchar la condena, sólo pudo contraatacar de la siguiente forma: "Sólo puedo decir que debo haberme equivocado en algo; me siento confundido y no entiendo nada de esto". Fue conminado a contestar de una vez por todas, pero él añadió: "Solamente puedo repetir lo

que he dicho; díganme, pues, qué quieren que diga". Y cuando se le presionó aún más para que contestase la verdad y confesara por propia voluntad, concluyó con estas palabras tan significativas: "Nunca he tenido trato con el demonio en mis experimentos, y nunca he realizado práctica supersticiosa alguna". Y llegado a este punto se deshizo en desvaríos y gestos violentos.[1]

No, ni Morande ni la Inquisición ni Cagliostro ante la Inquisición son fidedignos de antemano. Sin embargo hay demasiados hechos que relacionan a Giuseppe Balsamo con Alessandro Cagliostro como para que sean descartados a la ligera. Tanto el uno como el otro se casaron con una adolescente romana, y el apellido de soltera de ambas era Feliciani. Pero éste era un apellido bastante común; y ¿no lo habría cambiado Balsamo cuando cambió el suyo propio por el de Cagliostro si hubiera querido evitar que lo descubrieran? Esta coincidencia podría ser, pues, interpretada a favor de Cagliostro. El mismo argumento se podría utilizar para el hecho incriminante de que él mismo firmaba Joseph Cagliostro en 1777 en Londres y más tarde se convirtió en Alessandro. Pero, dado que reconoció abiertamente numerosos sobrenombres, manteniendo la incógnita desde el principio hasta el final, el uso del de Joseph en esta coyuntura podría ser aducido como prueba de ignorancia en relación a Balsamo y todas sus obras. Por desgracia, tan amplio margen de coincidencias, que se remonta hasta Palermo, donde nació Giuseppe, apunta inexorablemente a un tío de ese joven canalla llamado Giuseppe Cagliostro; mientras que otro tío declaró que su sobrino le había escrito a menudo con la firma de conde de Cagliostro. De ser cierto lo afirmado por este tío, el problema estaría resuelto. Además, una persona que había conocido a Balsamo en Londres en 1772, dijo haberlo reco-

[1] Tomado de una traducción alemana de la biografía inquisitorial; lo incluye Guenther en su edición de distintos documentos sobre Cagliostro titulada *Der Erzzauberer*, Múnich, 1919, pág. 142 y sigs. El original italiano se publicó en 1791.

nocido como Cagliostro en 1777, y lo denunció por una deuda que el anterior había contraído. Lo malo es que Aylett (que así se llamaba este testigo) era todavía menos de fiar, y terminó siendo acusado de perjurio y difamación. Incluso si su identificación fue hecha de buena fe, la semejanza entre los dos hombres no es prueba de identidad. En Palermo esta semejanza, entre otros indicios, fue considerada determinante; y los familiares de Balsamo, sobre todo el tío llamado Braconieri, ante las reproducciones de la imagen de Cagliostro, quedaron convencidos de que éste no podía ser otro que su pícaro pariente. Nuestras legítimas dudas sobre la identidad de los dos comienzan a tambalearse ante esta llamativa serie de acontecimientos. Resulta, por tanto, irónico que su último biógrafo, Petraccone, en su esfuerzo por anular semejantes dudas, lo que consiguiese con creces fuera reavivarlas.

> Es verdad, como prueban los documentos, que Giuseppe Balsamo se casó con Lorenza Feliciani en Roma. Y es verdad que el individuo arrestado en Roma y juzgado por la Inquisición fue Cagliostro. Si este Cagliostro habitó la casa de los Feliciani; si su mujer no dejó nunca de corresponder con los miembros de esta familia; y si, finalmente, estos mismos Feliciani lo denunciaron, ¿qué duda puede haber de que Cagliostro era Balsamo?[1]

La lógica es aplastante, pero cuando se examinan los documentos resulta que el suegro de Balsamo le dio su nombre –Giovanni– para el certificado de matrimonio, donde aparece en dos ocasiones. Mientras que la carta dirigida a la mujer de Cagliostro por su padre iba firmada "Giuseppe", este nombre se atribuye al mismo individuo en la denuncia contra su yerno. Así pues, se diría que estos Feliciani fueran los parientes por matrimonio de Cagliostro y no de Balsamo. No hay razones concretas por las que cualquiera de las dos familias –si ambas existieron–

[1] E. Petraccone, *Cagliostro nella storia e nella legenda*, Milán 1922, pág. 36.

no hubiera denunciado al mago bajo el nombre de "Balsamo", lo cual seguramente habría sido utilizado por cualquiera con ganas de hundirlo. Las dudas resurgidas, no obstante, se tambalean al descubrir que el registro del matrimonio eclesiástico de Balsamo se refiere a su suegro como "José" y no como "Juan". No hay forma de llegar al fondo de la verdad en esta cuestión, aunque personalmente me inclino a dar por buena la identificación. Pues, aunque uno nunca puede estar totalmente seguro de ello, tampoco puede uno dar crédito al relato ofrecido por Cagliostro acerca de sus orígenes al defenderse durante el juicio del collar de diamantes, juicio en el que su nacimiento quedó oscurecido. Y si uno no acepta ninguna de las versiones sobre el pasado del mago, entonces la misteriosa aparición de los Cagliostro en Londres en 1776 abre de par en par la puerta a una insondable oscuridad. En realidad, la historia de este hombre mundialmente conocido podría haber sido inventada en el siglo XVIII para ejemplificar el descubrimiento de que el misterio y el ritual son rasgos imprescindibles en la fama y resurgimiento póstumo de cualquier clase de magos.

El mismo Cagliostro asumía conscientemente su relevancia, tal como demuestra la fabulosa *Memoir* que compuso en la Bastilla. Un misterioso origen oriental, un sabio tutelar, un viaje lejano, la iniciación a la antigua sabiduría egipcia por los anacrónicos sacerdotes de los templos, el ingreso en la Orden de Malta... son los principales hechos que Cagliostro inventó o bordó para sí mismo a imitación del modelo legendario fijado como primordial por los rituales, reconocible una vez más como parte del aura que tradicionalmente rodea a los magos y sabios. Se ha señalado que este temprano ciclo vital recuerda mucho la leyenda de Christian Rosencreutz. No pasa de ser un parecido genérico. Pero se ha sugerido igualmente que el genio tutelar a quien Cagliostro denominó Althotas puede haber sido Saint-Germain, y que parte de las aventuras pueden haber ocurrido, si bien de un modo menos exaltado que el descrito. Un Althotas de algún tipo pudo haber figurado en la vida de Balsamo-Cagliostro. Parece improbable que se tratase de Saint-Germain, ya que nunca se supo que este último hiciese causa común con ningu-

no de sus jóvenes discípulos, sino que más bien escogía a sus seguidores entre los poderosos de la tierra. Esta atractiva teoría no ha sido aún totalmente descartada. Algo sabía Cagliostro sobre Saint-Germain, ya que dijo ser aquel sabio en 1779, cuando éste aún seguía vivo en Schleswig. Así pues, por aquel entonces ya debía haber desaparecido de la vista de Cagliostro, aunque puede que ambos se hubiesen conocido antes. Pero no son más que especulaciones. Lo indudable es el hecho de que Cagliostro, deliberadamente, configuró la historia de su vida según un modelo redescubierto y que no tuvo que redescubrir él mismo. Las sociedades secretas lo habían hecho por él.

El poder de estas instituciones sobre las personas atraídas a su órbita en ningún sitio se pone tan de manifiesto como en la mente del protagonista de esta increíble historia. Porque, si Balsamo y Cagliostro eran de verdad la misma persona, cobra total relevancia el hecho de que las bajas astucias del bribón siciliano hubiesen dejado paso a las altas aspiraciones del mago, una vez admitido en la logia masónica de Londres el 12 de abril de 1777. Fue tal la metamorfosis experimentada (aun cuando no ocurriera de repente), tan chocante el extraordinario cambio de hábitos y de modales (por no decir de espíritu), que constituye el más sólido argumento para aquellos que niegan, o al menos cuestionan, la identidad de dos hombres tan diferentes entre sí.[1]

Figuier es elocuente respecto de esa transformación:

> Su forma de hablar, su aspecto, sus modales, todo ha cambiado. Su conversación se centra únicamente en sus viajes por Egipto, a La Meca y otros lugares remotos; las ciencias en las cuales fue iniciado al pie de las pirámides; los arcanos de la naturaleza que su ingenuidad ha descubierto. Al mismo tiempo, habla poco y con frecuencia se reviste de un silencio misterioso.[2]

[1] Cf. W. R. H. Trowbridge, *Cagliostro, the Splendour and Misery of a Master of Magic*, Londres 1910.

[2] Louis Figuier, *Histoire du Merveilleux dans les Temps Modernes*, París 1861, IV, pág. 93.

Una regeneración –si no espiritual, sí al menos intelectual– parece haber tenido lugar después de su iniciación en la logia Esperance (integrada en la Orden de la Estricta Observancia) en el King's Head de Gerald Street, en el Soho. Los detalles, satíricamente relatados por Morande en el *Courrier de l'Europe*, no fueron puestos seriamente en duda por Cagliostro en su *Lettre au Peuple Anglois*, aunque señaló que, si Morande era masón, no debería haber divulgado lo que sabía; y que, si no lo era, no debería haber hablado sobre lo que ignoraba. Cagliostro, pese a todo, confirmó que él había sido admitido en la logia Esperance y que había pasado por los cuatro grados de aprendiz, caballero, Maestro y Maestro Escocés. Morande relata el siguiente juramento:

> Yo, Joseph Cagliostro, en presencia del gran Arquitecto del Universo y mis superiores en esta respetable asamblea, prometo llevar a cabo todo lo que se me ordene y cumplir las penalizaciones conocidas sólo por mis superiores, y obedecerles ciegamente sin cuestionar sus motivos o intentar descubrir los secretos y misterios en los que seré iniciado de palabra, por gesto o por escrito.[1]

No parece que los ritos y ceremonias –tal como los caricaturizó Morande– tuvieran ese elemento encantador que el talento de Luchet les adjudicaba. Más bien se asemejan a las payasadas que tienen que sufrir los novatos –al menos en las novelas– cuando llegan a los colegios mayores. No obstante, la simulación de muerte y renacimiento de los iniciados se simbolizó en una pistola descargada, que se le invitó a disparar sobre su propia cabeza. Probablemente hubo una ceremonia más impresionante que la celebrada durante la asamblea. Pero cualquiera que fuese la modalidad de los ritos, éstos debieron de impresionar al nuevo iniciado por sus posibilidades potenciales, si aceptamos que era Balsamo, y a

[1] Trowbridge, op. cit., pág. 112. Naturalmente, "descubrir" quiere decir aquí "revelar".

juzgar por su conducta posterior, parece ser que tuvieron el efecto de una especie de conversión. Es también bastante probable que disfrutase de las ventajas materiales que pertenecer a esta benévola institución comportaba cuando O'Reilly lo salvó del barullo de estafadores y timadores en cuyas garras había caído y evitó que fuese detenido infamemente en la prisión de King's Bench. Y es que O'Reilly era el propietario de la taberna King's Head –donde se reunía la logia Esperance– y, por lo tanto, con toda probabilidad masón él mismo. La asombrosa y complicada historia de las represalias contra Balsamo-Cagliostro por parte de los Scott-Fry (o bien la de su frustrado esfuerzo por desplumarlos) demuestra que no era rival para los ladrones entre los que había caído, y parece dar a entender también que Giuseppe no era un canalla tan astuto como se rumoreaba. Fuera como fuese, la cruel experiencia que había padecido en el submundo londinense puede haber contribuido a su decisión de pasar una nueva página y convertirse del todo en Cagliostro.

No era, sin embargo, un camino de virtud austera el que emprendía, sino un camino mucho más peligroso, e infinitamente más atractivo. Tras dar con un viejo manuscrito que llevaba por título *Egyptian Masonry* (La Masonería Egipcia) en el estante de una librería de Londres (según cuenta la historia), cayó víctima del encanto y el misterio de los cultos descritos y se remontó a la edad de oro del ritual, cuando los maestros del arte eran dioses o al menos grandes profetas. Pero (insistió hasta el final en esto) éste quedaba desfigurado por la magia y la superstición, reproche que él hizo a menudo al rito masónico y los de otras sociedades secretas. Se empeñó en purificar la antigua doctrina de sus más recientes incorporaciones, y en proyectar el sistema, una vez ennoblecido, sobre un mundo proclive a olvidar su contenido sagrado. A ningún aspirante masculino se le permitía llegar a ser un iniciado de la masonería egipcia, a no ser que fuese previamente aceptado como francmasón. Sólo así podía integrarse a un nivel superior en la sociedad matriz, ventaja inestimable desde el punto de vista administrativo, puesto que las bases ya estaban firmemente asentadas y además existía una estrecha relación entre todas las sociedades secretas de la época. Sin

duda había algo en las nada originales ideas de Cagliostro que conectaba con el espíritu de la época; porque, lejos de criticar un rito tendente a cambiar sus ideas mientras se aprovechaba de ellas, las logias continentales aceptaban la situación con filosofía, cuando no las acogían con entusiasmo, como pasaba a menudo. Por la razón que fuese, el propio Cagliostro se tomó muy en serio la fundación y difusión del rito egipcio; propósito que persiguió incansablemente por toda Europa, con asombroso éxito. La doctrina en sí misma, procedente, según se decía, de Enoc y Elías, predicaba el conocimiento y amor de Dios, el amor de la humanidad, así como la inmortalidad del alma y la regeneración física y moral de sus seguidores. Nada nuevo o sorprendente había en ninguno de estos dogmas, pero Cagliostro se las arregló para darles un sesgo tan sensacional como personal:

> Ya hemos mencionado al Gran Copht. Es el nombre del fundador, o mejor dicho el reformador de la masonería egipcia; y Cagliostro no dudó en admitir que deseaba designarse a sí mismo con este sobrenombre, y todo el mundo reconoció sin reservas su derecho. Ahora, en este sistema, al Gran Copht se le compara con el Dios eterno. Se le adora del modo más solemne; tiene el poder de dar órdenes a los ángeles; se le invoca en cualquier aflicción; todo se realiza a través de su poder, que le ha sido concedido especialmente por Dios.[1]

Esto lo escribió el biógrafo de la Inquisición, el cual tuvo en sus manos el libro de Cagliostro sobre la francmasonería egipcia, libro del que hizo un inestimable resumen. Lo registra junto a otros informes, mientras que el de Elise von der Recke, escrito en 1779, cuando Cagliostro estaba en Mitau, ilustraba el desarrollo de la reivindicación:

[1] Guenther, op. cit., pág. 78. El libro de Cagliostro fue quemado en público, junto a sus otros papeles, tras el juicio.

> Cagliostro es uno de los agentes de Elías... Los discípulos de Elías nunca mueren, a no ser que adopten la magia negra. Al término de su vida mortal, ascienden al cielo como hizo su sublime maestro. Y, mientras llegan a su duodécima vida, son purificados de vez en cuando por una muerte aparente, de la cual resurgen como de sus propias cenizas. De ahí que el fénix sea el símbolo de esos benevolentes magos... Si pasado un cierto tiempo oyésemos que ha muerto y vuelto a la vida, podríamos descansar seguros de que superó todas las tentaciones demoníacas y de que consiguió llegar al cuarto grado. Cagliostro hablaba del amor que se dice existía entre los hijos del cielo y los de la tierra, y daba a entender que no sólo Cristo, sino también él mismo, debía su existencia a esa unión...[1]

Otro observador de Mitau –a diferencia de Elise von der Recke en aquella misma época–, escéptico y hostil, comentaba ácidamente:

> La historia de Federico Gualdo en italiano, que había caído en sus manos, le proporcionó material para las mentiras sobre su propia gran época y sus secretos químicos. Unas veces declaraba que era Gualdo; otras, que era Elías, o Saint-Germain, y hasta Salomón.[2]

Las descripciones de los ritos dadas en su papel de Gran Copht a que nos refieren este escritor y otros (exceptuando siempre al marqués de Luchet) hacen pensar que, aunque la puesta en escena fuese siempre tan magnífica como era posible, y a veces deslumbrante, la misma ceremonia no era demasiado impresionante, y por lo general se supeditaba a uno de esos experimentos visionarios que se llevaban a cabo por medio de un niño pequeño que veía ángeles en un vaso de agua y tam-

[1] Guenther, op. cit.; Elisabeth von der Recke, *Nachricht von des berüchtigten Cagliostro Aufenthalt in Mitau im Jahre 1779...*, págs. 271, 272, 289.

[2] Guenther, op. cit.; J.J. Ferber, *Cagliostro in Mitau*, pág. 308. Gualdo es, por supuesto, el Discreto Señor Gualdi.

bién lo que estuviera pasando en cualquier otro sitio. Como maestro de ceremonias, el Gran Copht arrastraba a la mayoría de los congregantes. Observadores desapasionados lo consideraban, por lo general, enormemente ridículo por su ampulosa oratoria y su bárbara mezcla de idiomas, ninguno de los cuales hablaba o pronunciaba con corrección. Elise von der Recke, cuando estaba todavía bajo su hechizo, comentó más de una vez la extraña mezcla de inspiración y trivialidad de sus discursos. No obstante, el hecho de que él despertara un entusiamo tan extendido, tanta devoción y fe, se debía al extraordinario dominio que tenía sobre las mentes de los hombres. Y esto también parece venir de su ingreso en la francmasonería.

Giuseppe Balsamo, aunque posiblemente difamado, pertenecía al tipo de embaucador mezquino y su baza principal era, se decía, la belleza de su mujer, con la que traficaba vergonzosamente. Aun cuando esto fuese un infundio de ella, no cabe mucha duda sobre el hecho de que su vida era un fraude. Y (a juzgar por su experiencia londinense con el grupo de Scott-Fry) le engañaron tan a menudo como él a otros en su intento de vivir de su ingenio. Los fraudes de Cagliostro, que no de otra cosa se trataba, lo eran a gran escala tomados en conjunto. Del mismo modo que no todos sus "milagros" eran fraudes. En realidad, poseía dones tanto magnéticos como psíquicos, que daban vigor a sus actos y palabras cuando su *mana* estaba en alza. Pero a menudo le dejaban en la estacada. También demostró una gran benevolencia, generosidad y caridad durante su período de gloria. Se ganó legítimamente el título de Amigo de la Humanidad por el que se le conocía. Según la historia, la mano de Balsamo se había enfrentado a la de todos los demás hombres, y viceversa. Este cambio radical de conducta, esta relación de Jekyll y Hyde entre Cagliostro y Balsamo, sugiere algo parecido al desdoblamiento de personalidad, a la que están predispuestos quienes poseen poderes sobrenaturales. Es posible que los principios de la francmasonería liberasen la naturaleza más noble del neófito y, aun cuando esta aparente nobleza fuese fingida, los poderes que de ahí en adelante empezó a desarrollar no habían estado nunca al alcance de Balsamo. No

hubiera sido posible que hombre alguno, aun en aquella época tan crédula y predispuesta ante lo maravilloso, ejerciera sobre las multitudes de todas clases una fascinación como la que Cagliostro despertó en un tiempo, si hubiera sido el pequeño embaucador que Balsamo pasa por ser. O Balsamo ha sido excesivamente difamado, o es que en efecto el mago tenía en el pecho dos almas en conflicto. Esta teoría puede ayudar a explicar la extrema incoherencia de sus discursos y su incapacidad de expresarse en idioma alguno. Cuando era Cagliostro, no tenía lengua materna. Si enfocamos así el caso, parecería haber sucedido así: Balsamo, Balsamo-Cagliostro, Cagliostro, Cagliostro-Balsamo, Balsamo-Cagliostro. Nunca, ni siquiera al final, volvió a ser Giuseppe Balsamo a secas.

Sabemos con certeza que, al marcharse de Inglaterra en noviembre de 1777, recorrió Europa predicando la francmasonería egipcia y que fundó logias en Bruselas, La Haya, Nuremberg, Leipzig, Milán, Danzig y Königsberg para llegar a Mitau en marzo de 1779, famoso ya como adivino y profesor de religión. Aquí impresionó mucho al importante círculo aristocrático de Elise von der Recke. Ella misma se convirtió en ferviente admiradora suya, aunque terminaría por considerarlo un charlatán y por publicar su relato (escrito en 1779) de la visita que él le hizo ocho años después, caído ya en desgracia, con comentarios escépticos, racionales y beatos. No faltaban otros descreídos en aquel momento, y en general parece que, si algunos casos originales de videncia se dieron con el niño de cinco años como médium, el fraude llegó a ser mayor, y no siempre de un modo demasiado hábil. Así pues, aquí Balsamo-Cagliostro estaba en acción, como también probablemente en Rusia, aunque de esa estancia sólo se sabe a ciencia cierta que debió de ser corta y, en todo caso, y según se dijo, desastrosa para el mago. Testigos hostiles afirmaron que corrió la misma suerte en Varsovia, donde se rumoreó que había sido desenmascarado. Pero Laborde dio testimonio de un magnífico despliegue de recursos adivinatorios en esa ciudad, puestos de manifiesto para beneficio de un descreído cuyo pasado, presente y futuro fueron adivinados por el Gran Copht. Frankfort fue probablemente el

destino de su siguiente viaje. Se sugirió, con grandes visos de verosimilitud, que tuvo allí una entrevista con Knigge; y que el famoso cabeza visible de los Iluminados le proporcionó fondos para difundir las doctrinas revolucionarias que esta sociedad se había comprometido a propagar. Es cierto que Cagliostro hizo una entrada triunfal en Estrasburgo, el 19 de septiembre de 1780, acompañado de una si cabe más brillante reputación como autor de milagros. Durante su estancia de tres años en esta ciudad, Cagliostro, y solamente Cagliostro, por lo que podemos deducir, se puso en evidencia. Laborde (que pecó de entusiasta) elevó a 15.000 el número de sus curaciones; y aunque esto puede ser una exageración, todos los testimonios, incluso los de sus enemigos, parecen apuntar a que su éxito como curandero fue extraordinario y que entre quinientas y seiscientas personas asediaban el lugar donde se hospedaba los días que recibía pacientes. Es indudable que el magnetismo era la base de todo aquello, y que se apoyaba en la curación por la fe. A diferencia de Mesmer, Cagliostro no utilizaba ningún tipo de aparato, y se limitaba a un toque de sus manos y una gota o dos de su famosa panacea. En ningún momento intentó siquiera explotar financieramente su extraordinario don. Al contrario, rechazaba cualquier pago por sus tratamientos, y el suministro de sus medicinas corría a su propio cargo. Y más aún: dispensaba generosamente caridad a los pobres y necesitados. El Amigo de la Humanidad ciertamente se ganó ese título en Estrasburgo, y también en Burdeos y Lyon, lugares a los que se dirigió cuando la envidia y las subsiguientes persecuciones de la clase médica lo expulsaran de Estrasburgo. No antes, sin embargo, de haber conseguido tal ascendencia sobre la mente del brillante y magnífico cardenal de Rohan, que éste creía firmemente haberle visto sacar un enorme diamante de la nada, joya que el cardenal llevó y mostró a la escéptica Madame d'Oberkirch; y estaba aún más convencido de haber visto al mago fabricar cinco o seis mil libras de oro que también había entregado a Su Eminencia. Tanto Monsieur como Madame d'Oberkirch desconfiaron despectivamente del milagrero, pero incluso él hubo de reconocer que era un gran filántropo; y ella tuvo que admitir tanto su fascinación personal como la de las gentes:

> Sería imposible dar una idea de la pasión, la locura con que la gente perseguía a este hombre. Le parecería increíble a cualquiera que no lo hubiese visto. Era rodeado, asediado; podía darse por contenta la persona a la que miraba.[1]

Con simpática sinceridad, Madame d'Oberkirch reconoció la extraordinaria impresión que Cagliostro le produjo:

> No era, en rigor, guapo; pero nunca he visto una cara más llamativa. Su mirada era tan penetrante que una estaría tentada de calificarla de sobrenatural. No podría describir la expresión de sus ojos: era, por así decir, una mezcla de fuego y hielo. Atraía y repelía y, al tiempo que aterrorizaba, provocaba una curiosidad irresistible... Me fue difícil liberarme de una fascinación que todavía no alcanzo a comprender, pero cuyo efecto no podría negar.[2]

Ella misma fue testigo de la predicción que hizo sobre la muerte de María Teresa de Austria, y sobre la hora en que habría de ocurrir. El cardenal le comunicó a ella esta profecía con cinco días de antelación. Dunne, en su *Experiment with Time*, explica esta proeza adivinatoria mejor que con la obvia respuesta de los escépticos: Cagliostro se enteró de la noticia antes de que los medios de información al uso la llevaran a Estrasburgo. Pero, cualesquiera sean las razones que se den al fenómeno de Cagliostro en Estrasburgo, al menos debe admitirse que en su gran momento se reveló como alguien grande y (lo que es más) se reveló como alguien bueno.

Le quedaban más altas metas. Y cuando el "divino Cagliostro" llegó a París el 30 de enero de 1785, lo hizo para disfrutar un halo de fama y gloria que pocos han tenido. Como Gran Copht de la masonería egip-

[1] *Memoirs of the Baroness d'Oberkirch*, Londres, 1852, I, pág. 178 y sigs.
[2] Ibíd., págs. 163 y 166.

cia, como acreditado curandero, como mago que hizo oro y piedras preciosas, como visionario que predijo el futuro, como príncipe de los nigromantes (tal como se le llamaba) y en último lugar –pero no menos importante– como mago que poseía el secreto de la eterna juventud, tenía a sus pies a todo París, que se deshacía en alabanzas a lo sublime del Gran Copht y a la incomparable belleza de su mujer. Lorenza-Serafina debió de ser una criatura encantadora, y contribuía considerablemente al atractivo de las congregaciones de la calle Saint-Claude, en concreto cuando iniciaban a las mujeres en los ritos egipcios; si bien la descripción de estas reuniones dada por el marqués de Luchet es falsa con demasiada obviedad como para traerla a colación y demasiado maliciosa en sus implicaciones como para sacar de ella ningún tipo de conclusiones. Lo cierto es que para ella fue una época de esplendor, que bien pudo resarcirle de aquellos primeros años de miseria en que, de un modo muy distinto, hacía de señuelo para los trucos de Balsamo, según ella misma cuenta. Pero, ya que había traicionado a su marido una vez (cierto que a raíz de una gran provocación), en cualquier momento podía volver a traicionarle: era un perpetuo recordatorio de los días de Balsamo. Pese a todo, debe ser considerada como una de las grandes bazas de éste en París: su juventud, su belleza y su encanto apoyaban y realzaban el poder que irradiaba este Jekyll de la magia en su hora de gloria más suprema.

De l'Ami des Humains reconnaissez les traits:
Tous ses jours son marqués par de nouveaux bienfaits,
Il prolonge la vie, il secourt l'indigence;
Le plaisir d'être utile est seul sa récompense.

Este cuarteto, grabado bajo el busto que Houdon hizo del mago y que fue reproducido en cada *objet d'art* y bibelot que pueda llegarse a imaginar, contribuyó al paroxismo de rabia que más tarde escupiría Carlyle contra los rasgos físicos de Cagliostro:

> El rostro más adecuado, digno de ser el rostro del Embaucador de los Embaucadores. La cara misma de la canallería: hinchada, despectiva, abominable; con papada, chata, grasienta, llena de gula y sensualidad, mostrando la terquedad de una mula; insolente, incapaz de sentir la vergüenza; a todo esto añádanse unos ojos lánguidos, seráficamente vueltos hacia arriba, como en divina adoración contemplativa; y también un toque burlón. Tomada en su conjunto, tal vez la más perfecta cara de embaucador producida por el siglo dieciocho. Aquí descansa, y seráficamente languidece...[1]

Si lo cito es para dar una idea del tono general que Carlyle imprime a su ensayo, y también porque es bastante menos halagüeño que el de cualquiera de las descripciones contemporáneas, aún las hostiles. El barón de Gleichen, que conoció y apreció a Cagliostro, nos ha dado seguramente el mejor retrato de él:

> Cagliostro era pequeño, pero tenía la cabeza muy fina, una cabeza que podía haber servido de modelo para el retrato de un poeta inspirado. Es cierto que su tono, sus gestos y sus modales eran los de un charlatán creído, pretencioso y arrogante; pero debemos recordar que era italiano, médico con consulta, gran maestro masónico con un estilo propio, y profesor de ciencias ocultas. Por lo demás, su conversación normal era agradable e instructiva; sus actos, nobles y bondadosos; y sus tratamientos curativos nunca fallaban y a veces eran admirables: nunca cobró un centavo a sus pacientes.[2]

El rumor sobre una cura casi milagrosa que se dijo había hecho, con el príncipe de Soubise deshauciado por todos los médicos, fue sin duda lo que catapultó en París su fama, que ya de por sí era grande; pues, según Gleichen, llegó de Estrasburgo para atenderlo a insistente

[1] Thomas Carlyle, *Miscellaneous Essays*, Londres 1887, II, pág. 520.
[2] De Gleichen, *Souvenirs*, París 1868, II, pág. 135.

petición de Rohan. En este sentido, el cuarteto estaba en su derecho de afirmar que Cagliostro prolongaba la vida. Pero, desde que dijo abiertamente poseer el secreto de la eterna juventud, las expectativas y rumores sobre él fueron en aumento. Su libro sobre la francmasonería egipcia contenía las instrucciones necesarias para la regeneración moral y física, y el biógrafo de la Inquisición nos informa ampliamente de esto. Circuló también en la época un panfleto, de título satírico, que explicaba todo el proceso físico. Una muestra más de amor que debemos al marqués de Luchet. Dado que coincide con el relato ofrecido por la biografía –si bien, a diferencia de lo que sucede en ésta, nombra las medicinas– propongo la lectura de lo que me imagino es una copia transmitida por Eliphas Lévi:

> ... un retiro de cuarenta días, con el pretexto de un aniversario, debe disfrutarse cada cincuenta años, empezando con la luna llena de mayo, en compañía de una sola y fiel persona. También, un ayuno de cuarenta días, bebiendo rocío de mayo –previamente tomado del maíz recién brotado, con un trozo de lino blanco puro– y comiendo hierbas recientes y tiernas. La comida debe empezar con un gran vaso de rocío y terminar con una galleta o miga de pan. Se debe sangrar un poco en el séptimo día. Y aplicarse bálsamo de Azoth por la mañana y por la tarde, empezando por una dosis de seis gotas y aumentándola en dos gotas cada día, hasta el final del día trigésimo segundo. Al amanecer del día siguiente, sangrar otro poco; después, meterse en la cama y quedarse en ella hasta el final del día cuadragésimo.
>
> Al despertar por primera vez después de haber sangrado, tomar el primer grano de Medicina Universal. A un desvanecimiento de tres horas le seguirán convulsiones, sudores y una gran purga, tras la que será necesario cambiar de cama y de sábanas. Llegados a este punto, hay que tomar un caldo de ternera sin grasa, sazonado con arroz, salvia, valeriana, verbena y bálsamo. Al día siguiente, el segundo grano de Medicina Universal, que consiste en Mercurio Astral combinado con sulfato de oro. Al siguiente día, tomar un baño caliente. Al día trigésimo sexto, beber un

> vaso de vino egipcio; y al trigésimo séptimo, el tercer y último grano de Medicina Universal. Seguirá un sueño profundo, durante el cual el pelo, los dientes, las uñas y la piel se renovarán. La prescripción para el día trigésimo octavo es otro baño caliente, con hierbas aromáticas en el agua, las mismas que se especificaron para el caldo. El día trigésimo noveno, beber diez gotas de elixir Acharat en dos cucharaditas de vino tinto. El trabajo habrá terminado el día cuadragésimo, y el anciano habrá recuperado la juventud[1]... la cual le permitirá vivir 5.557 años, o, a su voluntad, hasta el momento en que quiera irse al mundo de los espíritus.[2]

Pese al tufo a fraude de este texto, es posible que los iniciados en los ritos egipcios se lo tomaran en serio y lo aceptaran fervientemente, aunque es difícil imaginar que alguien se ofreciera voluntariamente a seguir el tratamiento. Sin embargo, se rumoreó que el cardenal de Rohan se había sometido al proceso sin resultado alguno. De todos modos, aunque este secreto a voces delate al charlatán, hay razones para pensar que Cagliostro, durante este período, obtuvo extraordinarios resultados con los jóvenes "discípulos" varones y las pequeñas "palomas", a quienes hipnotizó para que tuvieran visiones dentro y fuera de un vaso de agua. Quizá en esto se parezca mucho a Kelley; como de él, se dijo que había invocado a los espíritus de los difuntos. Alusiones de este tipo no se le escapaban al marqués de Luchet, cuya anónima *Mémoire authentique pour servir à l'histoire du Comte de Cagliostro* –publicada en 1785 y obviamente escrita con intención satírica– contribuyó en gran medida a establecer la leyenda de Cagliostro. Carlyle estigmatizó este libro como "folletín jactancioso, lascivo, sin talento y sin asomo de verdad o de mérito, por suerte no muy largo"; pero Figuier, Lévi y Waite lo utilizaron y, después de ellos, Sax Rohmer. Los momentos estelares de este

[1] E. Lévi, *History of Magic*, trad. inglesa de Waite, Londres, s.d., pág. 413 y sigs.

[2] Waite, *Lives of Alchemystical Philosophers*, pág. 311; se cita al biógrafo italiano, pág. 87, a través de Guenther.

falaz "folletín" son: Saint-Germain inicia en su culto al conde y a la condesa de Cagliostro; los ritos presididos por Lorenza-Serafina cuando introducía a las mujeres a la masonería egipcia; y el famoso Banquete de los Muertos o Reunión de los Trece, en la cual se afirmaba que habían mantenido una conversación Cagliostro, seis invitados vivos y los espíritus de Choiseul, Voltaire, d'Alembert, Diderot, Montesquieu y Voisenon. No se dijo nada en especial, pero era lo habitual en esta clase de encuentros; y, por muy imaginativo que fuese el autor, sería demasiado esperar que hubiese podido improvisar algún *bon mot* volteriano.

Cagliostro se había sometido a una auténtica iniciación en la masonería y esto había tenido consecuencias también auténticas. Ahora iba a entrar en una contienda no menos real, que terminaría en victoria temporal y, finalmente, en derrota. Aunque su caída en París era inminente, el hecho de que se viera implicado en un enorme fraude no tramado por él y del cual era totalmente inocente fue casi accidental. Se trata del famoso escándalo del collar de diamantes, en el cual la aventurera La Motte enredó y timó al desdichado cardenal de Rohan haciéndole creer que María Antonieta (que en realidad lo detestaba) le había encargado comprar para ella el collar, a fin de demostrarle que gozaba de su favor. La credulidad del Cardenal en este asunto tiende más bien a diluir la posibilidad de que Cagliostro lograra dominar su mente hasta el extremo que había quedado manifiesto en Estrasburgo. Y ahora, aunque había advertido a De Rohan acerca de La Motte, su consejo no fue tenido en cuenta. Obligó a su querido amigo a consultar al vaso sobre los sentimientos de la reina hacia él. Pero su complicidad no pasó de ahí. En realidad mientras La Motte elaboraba su intriga él estaba en Burdeos y Lyon, y no volvió sino la noche antes de que el cardenal recibiera el collar y se lo diera a La Motte para la reina. Cuando se enteró de toda la historia acerca del ahora sospechoso de estafa, le aconsejó insistentemente que arrestara a La Motte y acudiera directamente al rey o sus ministros y diese un informe detallado del caso. De Rohan no pudo hacerlo. Si lo hubiese hecho, es más que posible que hubiese salvado toda la situación. Según ocurrieron las cosas, el cardenal y Cagliostro fueron llevados a la Bastilla, en agosto de 1785, para ser juzgados.

La defensa de Cagliostro, redactada por el muy eficaz abogado Thilorier, no deja sombra de duda sobre su inocencia, y lo cierto es que fue absuelto y puesto en libertad el primero de junio de 1786. El documento tiene abundantes puntos de interés. Lo que provocó más in quietud y diversión en la época fue la historia que Cagliostro atribuyó a su supuesta vida legendaria, a su pasado mítico. Thilorier contó bien la historia en el idioma de la ficción contemporánea, aprovechando el lado irónico de las reclamaciones de sus clientes, ya que rechazó cualquier otra explicación sobre sus orígenes y declaró no saber hasta ese momento de quién era hijo. Pero, aunque esta parte de la defensa tuvo muchos ingredientes cómicos e irrisorios, el comentario inicial es extremadamente elocuente y conmovedor, y todo fue presentado de un modo magistral. Cagliostro se aferró a su condición de hombre que curaba a los enfermos, amigo de los pobres y benefactor universal. Algunas cartas interesantes que dan fe de ello se incluyen en la *Mémoire* para su defensa; e impresiona su lectura, máxime por estar escritas en 1783 y tratarse de testimonios no solicitados, dados cuando salía de Estrasburgo a causa de la hostilidad de los médicos.

> El Rey [escribió desde París a Estrasburgo el marqués de Ségur al marqués de Salle] le ordena que se encargue de que no solamente no sea *importunado* en Estrasburgo cuando él crea conveniente regresar; también de que se le procuren las atenciones que merece por el servicio que presta a los indigentes.[1]

Otro punto interesante de la defensa es la negativa de Cagliostro a revelar la procedencia de su gran riqueza. Su servidumbre personal y otras comodidades, sus magníficas joyas y las de Lorenza eran la comidilla de toda la ciudad, como ya lo habían sido en Estrasburgo; y, sin embargo, aunque pagaba todo al contado y nunca dejaba deudas, no parecía tener fuen-

[1] *Mémoire pour le Comte de Cagliostro...*, París 1786, pág. 22.

tes claras de ingresos. Remitió al fiscal a sus banqueros; pero es poco probable que el misterio de su riqueza fuese desvelado por ellos. Parece casi seguro que las sociedades secretas lo respaldaban. Las obras de caridad que hizo entre los pobres estarían en la línea de la tradicional benevolencia masónica; y su dedicación a esta causa, su abierta arrogancia ante los ricos y los acomodados servía de propaganda subversiva si es que actuaba como emisario de los Iluminados. También puede ser que recibiera cuantiosas suscripciones de entrada a las logias egipcias, pero él repetía una y otra vez, en su defensa (y nadie se atrevió a refutarle), que jamás había cobrado nada como médico: ni en dinero ni en especie. Éstas fueron las líneas generales de la defensa que hicieron inatacable su coartada. Sin embargo, estaban también los cargos que La Motte le imputaba en su intento de que fuese declarado culpable. En sus respuestas a esas acusaciones, hay síntomas de la pérdida de nervios ocasionada por el encarcelamiento en la Bastilla. Después de alguno de sus efectivos y agudos discursos, mostró tal postración y desánimo que el juez llegó a preocuparse y, temiendo que atentase contra su vida, nombró a un "compasivo" oficial para que le acompañase. No cabe duda, al leer entre líneas sus respuestas, que Cagliostro temía, por encima de todas, la acusación de haber practicado la magia. De hecho, anduvo tan precavido que sacó a colación la leyenda de la milagrosa curación del príncipe de Soubise. Al llegar a París con Rohan desde Estrasburgo para ver al príncipe se encontró con que la Facultad había hecho pública una mejoría del estado del inválido.

> Le dije entonces [a Rohan] que no visitaría al Príncipe, pues no deseaba atribuirme la gloria de una curación que no me correspondía.[1]

Negó también por implicación cualquier fenómeno extraño en sus famosos experimentos de visiones en vaso de agua, a los que llamó ino-

[1] Ibíd., pág. 19.

centes comedias y entretenimientos sociales en los que había cierto componente de magnetismo animal, y rechazó de plano la insinuación de que conllevasen aparato ritual. Declaró que todas las predicciones eran insignificantes, aunque contestó a la acusación de ser un falso profeta con una réplica contundente:

> No siempre. Si Su Eminencia el Cardenal de Rohan me hubiese escuchado, habría desconfiado de la Condesa de La Motte; y nosotros no estaríamos donde estamos ahora.[1]

Ante la acusación de "falso alquimista", negó lo de "falso" y solamente admitió lo de "alquimista"; negó también cualquier vinculación con la piedra filosofal, haciendo ver que cualquiera que fuese su opinión al respecto, jamás la había manifestado; negó, en fin, por implicación, su famoso elixir de la inmortalidad y pidió retóricamente que La Motte hiciera venir a cualquier hombre rico a quien él se lo hubiese podido vender; y declaró *mentiris impudentissime* las acusaciones acerca de que había intentado pasar por demasiado viejo y haber estado en las bodas de Caná en Galilea o haber sido un rosacruz cuya sociedad estaba formada por visionarios de todo tipo. No pronunció palabra sobre la francmasonería egipcia; y a la acusación final sobre hechicería, respondió con una elocuente declaración: perdonaba a su desafortunado acusador, ya que cualesquiera fuesen sus delitos, seis meses en la Bastilla era ya suficiente expiación. De hecho, estas evasivas, subterfugios y tergiversaciones, tomadas en conjunto, venían a ser tanto como una negación de la magia, y habrían decepcionado, por no decir desilusionado, a muchos de sus seguidores.

Pero la decepción en lo tocante a Cagliostro estaba ya en el ambiente. Se mostró muy distinto por escrito durante el juicio y en su

[1] Ibíd., pág. 39.

puesta en escena en la audiencia. Aquí, ¡ay!, su estrafalaria vestimenta, su portentosa locuacidad, su confusión babilónica de idiomas, no dejaba de provocar carcajadas incontenibles. El Gran Copht pasaba a ser, casi de la noche a la mañana, un tipo irrisorio. Y cuando, en la última sesión, se le preguntó quién era y contestó que "un viajero ilustre", las carcajadas fueron todavía más fuertes. Su apariencia completó lo que la fabulosa vida de la *Mémoire* había comenzado; y el prestigio que con tan increíble facilidad había adquirido, se disipó con la misma rapidez. Así, la ovación con que fue recibida su puesta en libertad, y que reconfortó su ánimo, fue más una manifestación en contra del tribunal que a favor del Gran Copht. El tribunal tomó venganza: apenas Cagliostro había experimentado el éxtasis de su libertad, fue desterrado de Francia por la encolerizada monarquía, que así trataba de recuperar algo de su prestigio y poder perdidos. ¿Qué hado maligno llevó a Cagliostro a refugiarse acto seguido en Londres, ciudad que ya una vez había resultado desastrosa para él?

Llegado allí el 16 de junio de 1786, publicó cuatro días después la famosa *Lettre au peuple françois*, en la que las emociones despertadas en su corazón quedaban traducidas a un admirable francés por Thilorier o algún otro. Vendió miles y miles de ejemplares, y todavía hoy no puede ser leída con indiferencia:

> ¿Son todas las prisiones como la Bastilla? No podéis haceros una idea de lo horroroso que es un lugar así. Insolencia cínica, abyectas mentiras, hipocresía, amarga ironía, crueldad desenfrenada, injusticia y muerte es lo que hay. Un silencio tremendo es el menor de los crímenes que allí se cometen. Otros han sido enterrados allí durante treinta años, o dados por muertos, o han deseado estarlo; y tienen en su abismo, como las almas condenadas de Milton, nada más que la luz suficiente para ver la densa oscuridad que les envuelve. Lo dije encarcelado y lo repito en libertad: no hay más delito que el que se expía con seis meses en la Bastilla. Se dice que no faltan verdugos y no me es difícil creerlo. Se me pregunta si

> volvería a Francia, caso de que se me levantara la prohibición de hacerlo. Contesto sin dudar que cuando la Bastilla se haya convertido en una plaza pública. Quiera Dios que así sea. Los franceses tenéis todo lo necesario para ser felices... vuestra única aspiración, amigos míos, es algo muy pequeño: tener asegurado el descanso en vuestra propia cama mientras seáis intachables. Trabajar para esta feliz revolución es una tarea propia de vuestros *parlements*. Solamente difícil para las almas débiles...[1]

Lo que acabamos de citar es material revolucionario y profético. No obstante, algunas copias de otra edición tienen un final si cabe más adivinatorio. Se ha dudado de su autenticidad, porque el biógrafo de la Inquisición lo había traído a colación, según se citó, para mostrar a su héroe-víctima bajo un prisma de peligro.[2] Pero Petraccone, que vio ambas versiones, aporta algo más con las palabras que siguen:

> Sí, os lo anuncio: un príncipe reinará sobre vosotros y deberá su gloria a la abolición de las condenas a muerte o a destierro lacradas con el sello real; a la convocatoria de los Estados Generales. Con el tiempo, comprenderá que el abuso de poder es perjudicial para el poder en sí mismo. No le bastará con ser el primero de sus ministros, sino que deseará ser el primero de los ciudadanos franceses.[3]

El primer encuentro entre el mago y las fuerzas alineadas contra él terminó con la aparente victoria de Cagliostro, ya que no sólo fue puesto en libertad, sino que en esta carta profetizó la caída inminente del sistema que había estado a punto de aniquilarlo. Además, había dado sor-

[1] Vid. Petraccone, op. cit., pág. 113, y Sax Rohmer, *The Romance of Sorcery*, Londres 1914, pág. 227.

[2] Cf. Trowbridge, op. cit., pág. 255. Tanto Sax Rohmer como Petraccone conocían las dos versiones. A mí me ha sido imposible consultar ninguna de las dos.

[3] Petraccone, op. cit., pág. 113 y sigs.; esta variante se publicó en 1787.

prendentes muestras de que los magos son más humanos que quienes buscan riquezas o poder por medios más ortodoxos. Es verdad que Cagliostro estafó a mucha gente; pero también lo es que hizo feliz a otra. Y en la protesta que elevó contra la inhumanidad de la Bastilla demostró ser más civilizado que los grandes de la tierra que se enriquecían a costa de la Bastilla e instituciones similares. Un ataque de este tipo ciertamente provocaría represalias, y el gobierno francés, tras intentar en vano traer a Cagliostro de vuelta a Francia, empezó a servirse de Morande. El editor del *Courrier de l'Europe* trabajaba ahora para ese país, que había sufrido por su causa en el pasado. Entre las muchas historias admitidas sobre él, hay una, bien conocida, según la cual había chantajeado a la duquesa de Barry la cantidad de 5.000 guineas, para evitar que se publicara su escandalosa biografía sobre ella. A través de los buenos servicios de Beaumarchais, enviado a Inglaterra con tal fin, finalmente se convino la suma y se pagó. Tras dejar pasar un plazo de tiempo, Morande publicó el libro. Éste era el hombre a quien el gobierno francés confiaba ahora la importante tarea de desenmascarar a Cagliostro. Además del nombre imaginario de Acharat, el "viajero ilustre" del juicio del collar había reconocido sobrenombres que utilizara en su primera juventud. Al mismo tiempo, no hay duda de que se llevaban a cabo investigaciones sobre su verdadera identidad, y el dossier de Lorenza Balsamo (probablemente falso) fue entonces descubierto, o inventado. Este fue el material que se le proporcionó a Morande, quien ciertamente lo aprovechó, completándolo con datos sobre la estancia de Balsamo en Londres en 1772 y sobre la visita de Balsamo-Cagliostro en 1776-7. Empezó su ataque el 1 de septiembre de 1786, y sólo puede ser calificado de devastador. Parecía probar, fuera de toda duda, que el "divino Cagliostro", el Amigo de la Humanidad y el Gran Copht de la francmasonería egipcia no era otro que el pequeño e infame estafador llamado Giuseppe Balsamo. Según mi propia hipótesis de la doble personalidad, la identificación era correcta; pero, sin esa hipótesis, queda sin resolver un problema: cómo Balsamo pudo llegar a las vertiginosas cimas de Cagliostro; realizar sus maravillosas curaciones y desplegar tanta gene-

rosidad y aún nobleza. Si volvemos al asunto de la doble personalidad, podemos imaginar cómo el infeliz mago sufrió sus efectos. No sólo echó abajo su reputación, sino que acabó con su propia autoestima. Ahora se le obligaba a acordarse de Balsamo y aquellas turbias aventuras del pasado que había sublimado como los inicios místicos y los misteriosos devaneos del mítico Acharat. No podría, incluso en sus momentos más sublimes (que en adelante habrían de ser escasos), olvidar su otro yo. Tal recuerdo lo conducía a la destrucción, y ahora que había sido "desenmascarado" su caída era con mucho inevitable.

Una pequeña victoria obtuvo, sin embargo, sobre el incalificable Morande, y no muy diferente a las de los magos de la leyenda. Morande se habían burlado de una historia en la cual Cagliostro contaba cómo los árabes, dándole arsénico a un lechón y soltándolo en los bosques cercanos a Medina, había envenenado a todos los leones, tigres y leopardos que habitaban esos bosques. En el *Public Advertiser* del 3 de septiembre de 1786, éste contestaba así a las mofas de Morande:

> En cuestiones de física y química, las opiniones prueban poco y no ridiculizan nada en absoluto; en cambio, el experimento lo prueba todo. Permitidme pues, proponer un pequeño experimento, que divertirá al público a vuestra costa o a la mía. Os invito a una colación el próximo 9 de noviembre. Vos traeréis el vino y todos los accesorios. Yo solamente aportaré un plato, y éste consistirá en un lechón engordado a mi manera. Dos horas antes de la comida os lo presentaré gordo y vivo; vos os encargaréis de su matanza y preparación y yo no me acercaré a él hasta el momento en que sea servido. Vos mismo lo partiréis en cuatro trozos iguales, elegiréis las que más os apetezcan y me daréis uno. Al día siguiente, habrá ocurrido una de estas cuatro cosas: o estaremos los dos muertos, o los dos vivos, o yo estaré muerto y vos vivo; o, en fin, vos estaréis muerto y yo vivo.
>
> De estas cuatro posibilidades, propongo tres y apuesto 5.000 guineas a que, al día siguiente de la colación, vos estaréis muerto y yo gozaré de buena salud. Debéis reconocer que es un juego limpio... Si

aceptáis la apuesta, depositaré inmediatamente las 5.000 guineas en cualquier banco que queráis designar; y vos haréis lo mismo en el plazo de 15 días.[1]

Morande no se atrevió a aceptar este desafío, que era una invitación a un duelo mágico. El derrotado perdería la vida, un ingrediente habitual de las leyendas. Lo más probable es que Cagliostro tuviese preparado un fuerte vomitivo en caso de que Morande asistiese a la colación. Pero en vano tildó de cobarde a su enemigo; en vano echó por tierra la poca reputación que el periodista le había dejado; en vano negó de un modo enfático y bastante convincente que él fuese Giuseppe Balsamo. Es, como se sabe, casi imposible probar una negación; y el punto débil de su postura era su simulada o verdadera incapacidad para decir quién era en realidad. Otro punto muy débil de su armadura era su mujer, Serafina o Lorenza Feliciani. El propio nombre tenía ahora implicaciones siniestras para él. Si era Balsamo, sabía que ella lo había traicionado una vez. Su agonía en la Bastilla –al enterarse de que también ella estaba encerrada allí– se debía en gran medida al miedo de que en aquellas circunstancias le traicionara de nuevo. A raíz de las urgentes, elocuentes y conmovedoras solicitudes de él, fue puesta en libertad; pero con ella no se podría contar. Al dejarla en Londres en su huida de esta desastrosa ciudad –donde los buitres se reunían ya para devorar su cadáver– expuso a su débil y traicionera esposa a los requerimientos de Morande, quien consiguió sacarle algunas afirmaciones extremadamente peligrosas. Cierto que se retractó de éstas al reunirse con su marido de nuevo, pero el daño ya estaba hecho. De cualquier forma, Cagliostro se veía ya irremisiblemente arrastrado hacia la ruina. Habiéndole fallado un escondite tras otro en Suiza e Italia, su prestigio de mago y sus pode-

[1] Cagliostro, *Lettre au peuple anglois*, Londres 1786, pág. 50 y sigs. Hay una historia muy parecida sobre un desafío de Cagliostro al físico mayor de Catalina la Grande. Cf. Figuier, op. cit., IV, pág. 9 y sigs., que cita de la *Gazette de Santé*.

res magnéticos convertidos en sombra de lo que habían sido, finalmente se rindió al ardiente deseo que ella tenía de encontrarse con su familia y entraron furtivamente en Roma. Cuando los dioses quieren destruir a alguien, lo primero que hacen es cegarlo. Pues Roma, a pesar de lo mucho que Lorenza-Serafina la añoraba, era obviamente el sitio más peligroso del mundo para cualquier clase de masón. ¿No había excomulgado Clemente XII a la francmasonería en una Bula del 26 de abril de 1738; y no la había ratificado Benedicto XIV el 18 de mayo de 1751? ¿Qué esperanza podía tener Cagliostro de predicar y practicar allí? ¿Y qué otros medios le quedaban ahora para mantener alejado al lobo? Su fortuna se había deshecho como un terrón de azúcar. Y si las sociedades secretas le habían respaldado en el pasado, debieron de abandonarlo cuando se descubrió que era el pícaro Balsamo. El caso es que cuando llegó a Roma se encontraba en la miseria. Se dice que intentó asegurar su vida y su libertad haciendo una confesión absoluta a un monje benedictino y abjurando de la francmasonería. Se comportó con tal circunspección al principio, que (gracias a una carta de recomendación del obispo de Trento) varios cardenales informaron a su favor. No obstante, de la misma forma en que un adicto no puede renunciar a la cocaína, ya no podía vivir sin la masonería egipcia; por no hablar del estado de sus finanzas. Llegó a Roma hacia finales de mayo de 1789; y antes de mediados de septiembre ya había celebrado una ceremonia de admisión en la francmasonería egipcia. Todo apunta a que el procedimiento fue muy similar al acostumbrado, a juzgar por la descripción que de éste hace Abbato Lucantonio Benedetti en su diario, con fecha de 15 de septiembre de 1789, citado, y a veces parafraseado, por Petraccone.

> "Fui obligado a asistir a una reunión presidida por Cagliostro en la Villa Malta, cerca de la Porta Pinciana, incapaz de resistir los ruegos de la marquesa de M.P., la cual había arreglado que la acompañase. Llegué allí alrededor de las 2 de la madrugada; y, al entrar en la casa tras dar la contraseña a un criado de librea, fuimos llevados a un vestíbulo enorme, espléndidamente iluminado y en cuyas paredes estaban el cuadrado, las

> líneas perpendiculares, las horizontales y otros símbolos. También había estatuas de ídolos egipcios, asirios y chinos. En una pared, escrito en letras grandes: "*Sum quidquid fuit, est et erit. Nemoque mortalium mihi adhuc velum detraxit*". Frente a los asistentes había una especie de altar con todo el aparato de charlatanería que solía usar Cagliostro: búhos, calaveras, monos, serpientes, crisoles, retortas, frascos y amuletos... "Al cabo de un rato, el conde de Cagliostro entró. Es de mediana estatura, regordete, macilento, con pinta maliciosa y mirada sospechosa, igual en todo al retrato que tenemos de él. Su mujer le seguía; también se parece mucho a su retrato: hermosa, con la estatura justa y de aspecto vivaz."

Entonces Cagliostro pronunció el siguiente discurso:

> "Es verdad que debería contaros la historia de mi vida y revelaros mi pasado; que debería rasgar el tupido velo que os impide ver. Entrad y escuchad. Veo el gran desierto, las palmeras gigantes proyectando sus sombras en la arena, el Nilo que fluye mansamente, las esfinges, los obeliscos, las columnas majestuosas. Aquí está la maravillosa muralla, los innumerables templos que se erigen, las pirámides que buscan el cielo, los laberintos revelados. Es la ciudad sagrada de Menfis. Aquí está el rey Ptolomeo III, el glorioso, que entra triunfalmente tras su victoria sobre los sirios y los cananeos. Veo... pero ahora estoy en otras tierras. Ésta es otra ciudad; aquí está el templo, el sagrado templo donde Jehová y no Osiris fue adorado... Los nuevos dioses han sustituido a los viejos. Oigo voces, el profeta, el hijo de Dios está llorando muy fuerte. ¿Quién es? Es Cristo... Ah, sí, lo veo; Él está en las bodas de Caná... veis, Él convierte el agua en vino... No, Él no fue el único en realizar ese milagro; yo os lo mostraré, os revelaré el secreto; nada me es desconocido; soy omnisciente, inmortal, antediluviano. *Ego sum qui sum*". En este momento de su caótico y espamódico discurso, Cagliostro agarró una jarra de agua, salió de sus visiones y echó en la vasija unas cuantas gotas de un licor amarillo de una ampolla que tiñó el agua de color amarillo dorado. Algunos probaron este líquido y lo encontraron excelente, ante lo cual Cagliostro afirmó que se trataba del

> Falerno de los romanos. Después de este experimento, pasó a hablar de sus secretos y de su elixir de la longevidad, que dio a probar a más de uno de los presentes, en quienes, según dijo, el efecto no tardaría en hacerse notar. En efecto, sus caras se ruborizaban y parecían más animadas. Pero Benedetti observó: "No creo que el específico tenga el mismo efecto que un buen vaso de Montefiascone". Y entonces Cagliostro recurrió al experimento –en el cual Benedetti tenía poca fe– del engrandecimiento de piedras preciosas, que aplicó al anillo del Cardenal Bernis. "Después de eso", escribe el Abate, "llamó a una niña al vestíbulo y la hizo mirar en el recipiente de vidrio lleno de agua; la chica, a quien él llamó su discípula, dijo ver una calle que iba de una gran ciudad a otra, una gran multitud de hombres y mujeres que corrían y gritaban: *¡Abajo el Rey!* Cagliostro le preguntó de qué país eran, y ella contestó que los había oído gritar *¡A Versalles!* y que había un noble entre ellos. Cagliostro se volvió hacia nosotros y dijo: bien, la discípula acaba de predecir el futuro. Antes de lo que se piensa, Luis XVI será atacado por las gentes de Versalles, un duque guiará a la multitud, la monarquía será derrocada, la Bastilla destruida por completo y la libertad vencerá a la tiranía. ¡Demonios!, exclamó Su Eminencia el Cardenal de Bernis, ¿estáis haciendo una profecía tal sobre mi soberano? Siento decirlo, pero estas cosas ocurrirán, contestó el conde"... Más tarde, éste habló sobre su rito egipcio, pero no se le prestó demasiada atención; ya que solamente dos personas solicitaron ser admitidos: el marqués de Vivaldi y el fraile capuchino.[1]

Esta extraordinaria predicción de la Revolución francesa, guiada por el duque de Aguillon el 5 de octubre de 1789, pudo muy bien haber animado a Cagliostro a escribir aquel memorial conmovedor a los Estados Generales suplicándoles que le permitiesen volver a Francia y vivir allí bajo su protección ejerciendo las virtudes morales y cívicas. Nunca obtu-

[1] Cf. Petraccone, op. cit., pág. 156 y sigs. Aunque la toma de la Bastilla fue el 14 de julio de 1789, no fue destruida del todo hasta mucho más tarde.

vo respuesta. Durante esta avalancha de acontecimientos en París, el otrora famoso y lisonjeado mago ya no gozaba de la menor relevancia. En realidad había hecho la predicción de los primeros triunfos de la Revolución; hasta cierto punto, había ayudado a que tuvieran lugar; puede que incluso, secretamente, hubiese tomado parte más activa en ellos; pero ahora no era sino una herramienta rota y olvidada, y nadie iba a mover un dedo para recuperarlo. Entretanto, las sombras se condensaban sobre él. A pesar de su discurso, sus milagros, su elixir de la juventud y su asombrosa profecía, solamente consiguió meter en el salón egipcio dos pobres moscas. Se avecinaba lo peor. Movida por la inseguridad de su vida con el mago caído en desgracia, alejada de él muy probablemente por un trato violento e incluso brutal de éste (sobre el cual circulaban rumores), pero sobre todo por un deseo de congraciarse con la Iglesia a la que siempre había pertenecido, Lorenza-Serafina se decidió –o fue inducida por su familia– a denunciarlo ante la Inquisición, denuncia que fue apoyada por todos los miembros de dicha familia y sus asociados y amigos. Cagliostro fue arrestado el 27 de diciembre de 1789 y conducido al castillo de Sant'Angelo. El juicio duró desde el 4 de mayo al 22 de junio de 1790, y consistió en 43 sesiones tras las cuales, y por los delitos de herejía y francmasonería, fue condenado a muerte (la condena, en realidad, se dictó el 7 de abril de 1791), condena que conmutó el Papa por la de cadena perpetua. Lorenza, que había sido interrogada por su confesor y llevó su traición hasta el final, fue encerrada de por vida en un convento. Cagliostro, conducido a los terribles calabozos de San Leo, murió allí, al parecer de apoplejía, el 26 de agosto de 1795. Esta es, al menos, la versión que las autoridades de la prisión dieron con todo tipo de detalles médicos verosímiles y creíbles, aunque algunos escritores de tendencia sensacionalista piensan que tal vez fue asesinado.

Creo que la leyenda según la cual estranguló a un monje –al que había llamado para que le confesara y con cuyas ropas escapó, siendo visto poco después en América– debe ser desechada; aunque posiblemente sea cierto que, como declaró el príncipe Bernard de Saxe-Weimar, lo intentara sin éxito. Por su parte, Madame Blavatsky no dudaba de

que lo había conseguido, ya que, mucho después de su supuesta muerte, había aparecido en Rusia, donde, durante un tiempo, residió en la casa paterna de ella. Allí,

> ... en pleno invierno, mediante poderes mágicos, hizo aparecer un plato lleno de fresas frescas para un enfermo que lo deseaba ardientemente.[1]

El cuadro verdadero es, ¡ay!, mucho más sombrío. Los desesperados esfuerzos de Cagliostro, primero por evitar la condena y el encarcelamiento, y después por escapar de su calabozo mediante confesiones y retractaciones, son de trágica lectura. Sus mensajes desesperados al Papa suplicándole audiencia para revelarle secretos sumamente importantes para el bien de la Santa Sede; sus incoherentes y enloquecidas misivas al mundo exterior que nunca llegó a verlas; y el penoso grito de "Me voici, à moi, me voici" cuando, durante una terrible tormenta, creyó que los insurrectos romanos venían a rescatarle; una pasión dominante que se manifiesta en la siguiente "secreta" escrita al final de sus días para que Sempronio, el gobernador de San Leo, se la diese al Papa: toda ella desagarradora:

Noi Alexandro I° G.M. e Fr. dell'
ordine egiziano per la G. dio
ordinamo a coloro che ci appartengono
e a quelli credenti al verbo divino
Capo di G.
Sempronius semper fuit
Sempronius
Vita di
Smpr.
Elion Melion
Tetragrammaton

[1] Trowbridge, op. cit., pág. 306.

La fine del vivere si
apprende in questa sep-
poltura per carità
la sua
Protesta ed abiura
in presenza di Dio e del
Popolo contro a
Memoriale del Conte
di Cagliostro a S.D.M. la
SS. Trinità per impetrare il...
de'peccati,
Supplica di Alessandro I° alla
Reina del cielo
MARIA SS. NELL'
ora della morte
Anael
Uriel
Gabriel
MICHAEL
Rafael
Anabriel
Zadachiel[1]

La "secreta" tiene el aspecto de una locura, y seguramente no es muy sensata; pero demuestra una cierta coherencia de pensamiento. Los siete ángeles del final ("Anabriel" es un lapsus de escritura o de lectura de "Anachiel") terminaron por resultar familiares a los miembros de las logias egipcias, siendo como eran los siete espíritus angélicos que estaban a las órdenes de Cagliostro y a los que él constantemente invocaba. "Elion Melion Tetragrammaton" era la versión inquisitorial de "Helion, Mene y Tetragrammaton": el sol, la luna y el nombre secreto de Dios

[1] Petraccone, op. cit., pág. 195.

–una de las fórmulas mágicas de Cagliostro. Así, este revoltijo sin significado aparente no es tan insignificante como parece. Hay otra señal de que el mago no sucumbió hasta el final, hasta el mismo momento de su muerte, aunque su cerebro acusara obviamente la presión a la que estaba sometido, y quizá nunca fuese la suya una mente muy equilibrada. Al llegarle su hora, rechazó con énfasis, y por dos veces, la extremaunción. Se me ha sugerido que tal negativa pudo obedecer al miedo a ser asesinado; pues el Santo Oficio nunca hacía desaparecer a sus víctimas hasta que habían recibido los últimos sacramentos. Incluso en ese caso, el rechazo de tan siniestra consolación habría sido un indicio de lucidez mental. Pero tanto si fue ayudado a dejar este mundo como si murió a causa de su encarcelamiento, el Gran Copht de la francmasonería egipcia corrió la misma suerte que Juana de Arco y otros muchos, aunque menos famosos, rebeldes contra un credo impuesto. De haber vivido dos años más, probablemente Cagliostro hubiese sido rescatado. Cuando las tropas francesas invadieron los Estados Pontificios en 1797, llegaron a San Leo adonde el ejército papal se había batido en retirada. Fue la famosa legión polaca, a las órdenes del general Dombrowski, la que redujo esa inexorable fortaleza. Y lo primero que los oficiales hicieron al entrar, fue preguntar ansiosamente por Cagliostro, a quien consideraban un mártir de la libertad. Pero este tributo y deseo de liberarle llegó demasiado tarde. Ya no era el "divino Cagliostro".

Parece más que probable que, si la identificación con Balsamo no se hubiese dilucidado, Cagliostro habría pasado a la posteridad como uno de los más famosos curanderos de todos los tiempos, y sus doctrinas religiosas también habrían sido tomadas mucho más en serio. Su esfuerzo por establecer con milagros una nueva religión (o rehabilitar una antigua) resultó, al final, frustrado. Pese a reprobar constantemente la magia, era igual de constante en practicarla. Y su personalidad, en general, es tan ambigua que es imposible determinar si usaba la magia de los motivos religiosos, o si su religión era un mero pretexto o tapadera para la magia: si era fundamentalmente honrado o corrupto. Las huellas de Balsamo marcan a Cagliostro y a todas sus obras. Uno no

puede nunca librarse de ellas. Ha pasado a la posteridad no como una especie de hechicero santo, sino como el charlatán *par excellence*. Es, en rigor, el gran representante de la naturaleza dual que caracteriza a los magos. Todos tienen su Balsamo. Los "magos blancos" pueden con él y lo elevan en su leyenda a la categoría divina. Los "magos negros", en cambio, son derrotados por él y pasan una legendaria eternidad en el infierno. Cagliostro fue arrastrado de un lado a otro por dos agresivas personalidades en conflicto, mientras que su caudal de milagros demuestra que era un descendiente directo del curandero arcaico. Además, alardeaba de un origen misterioso; cumplió el rito iniciático; fue atrapado en un enfrentamiento espectacular; fue juzgado; fue perseguido; murió y se dijo que volvió a la vida, soportó el sacrificio del sacerdote de los ritos ancestrales. En su vida están, del mismo modo, los viajes orientales; y la religión mistérica. Pero también está, miremos donde miremos, el canalla Giuseppe Balsamo.

IV
Madame y los maestros (1831-1891)

Cagliostro predicó una doctrina de regeneración espiritual, que procedía, según declaró, del Antiguo Egipto, y que entró en trágico conflicto con el credo imperante. Pero ni siquiera su martirio pudo convertir la francmasonería egipcia en un movimiento religioso. Ésta murió con él y desapareció bajo tierra. La rehabilitación de la magia, sin embargo, tuvo lugar enseguida. Francis Barrett, en *The Magus or Celestial Intelligencer* (El Mago o el Espía Celestial), publicado en 1801, impulsó el estudio de sus formas antiguas y modernas e intentó fundar una escuela de magia que tuviera no más de doce discípulos. Pudo tener éxito o no, pero cualquiera que fuese su influencia en el pensamiento contemporáneo, su figura se vio ensombrecida por las publicaciones del gran ocultista francés, el abate Alphonse Louis Constant (h. 1810-75); el cual, bajo el pseudónimo de Eliphas Lévi, consiguió que este asunto fuese considerado de una importancia incluso extraordinaria. A juzgar por el tributo que le rindió su traductor al inglés, A. E. Waite:

> Sin distinción de escuelas, Eliphas Lévi ha sido una fuente de inspiración, y su influencia no ha sido meramente literaria: al parecer, hay pruebas que demuestran que su presentación de la ciencia mágica ha servido de base de operaciones para más de una escuela secreta o se ha visto abiertamente implicada en experimentos de naturaleza práctica; ... podemos considerar a Eliphas Lévi como cabeza visible y fuente del trascendentalismo moderno. Es el más brillante, el más original, el más fascinante intérprete de la filosofía oculta occidental; y la razón no es

> difícil de adivinar, ya que es esencialmente ese espíritu moderno que recurre a los santuarios de la iniciación, con la luz necesaria para explorar sus recovecos.[1]

Es sin duda verdad que los descarnados huesos de *The Magus* han sido creados para vivir, y viven intensamente, en las páginas de Lévi, quien contó con Bulwer-Lytton entre sus discípulos. Este último estuvo claramente involucrado en la extraña invocación de Apolonio de Tiana que Lévi hizo en Londres; y más claras todavía son las influencias ocultas contenidas en *A Strange Story, The Coming Race, The Haunted and The Haunters* (Una Extraña Historia, la Estirpe Futura, el Perseguido y los Perseguidores), y en *Zanoni*. El personaje que da título a esta última novela es seguramente un Saint-Germain superpuesto al misterioso Gualdi, miembro de una hermandad oculta, mucho más noble que los rosacruces y que secretamente conducía los destinos humanos:

> ¿Pertenecía Zanoni a esta congregación mística que previamente alardeaba de secretos entre los cuales la piedra filosofal era el menor; que se consideraban a sí mismos herederos de todo lo que los caldeos, los magos, la gimnosofía hindú y los platónicos habían enseñado; y que no tenían nada que ver con los oscuros hijos de la magia, dada la virtud de sus vidas, la pureza de sus doctrinas y su insistencia en la subyugación de los sentidos y la intensidad de la fe religiosa como base de toda sabiduría?[2]

Me es grato decir que la respuesta a esta fértil pregunta es afirmativa. Zanoni sí pertenecía a esa temible hermandad, y fue él quien representó el papel que se atribuía a Saint-Germain en su intento de detener la Revolución. El paralelismo es inequívoco; y es una pequeña maravilla que, ro-

[1] A. E. Waite, *The Mysteries of Magic*, Londres 1897, pág. xii y sigs.
[2] Edward Bulwer-Lytton, *Zanoni*, Leipzig (Tauchnitz) 1842, pág. 80 y sigs.

deado como estaba por el encanto de la pasión romántica de Bulwer-Lytton, Zanoni pudiera aparecer, ante los lectores de novela de aquella época, como el *beau idéal* de la vida espiritual. Entre sus admiradores se contaba Madame Blavatsky; si bien las obras de Eliphas Lévi eran para ella la principal autoridad en la teoría y la práctica de la magia. El germen de la Sociedad Teosófica está en *Zanoni*, cuyas doctrinas fueron en gran medida tomadas de Lévi. Según Emmett Coleman, unos doscientos puntos fueron tomados de sus obras en *Isis sin velo*, y la misma fuente fue utilizada sin citar su procedencia en *La Doctrina Secreta*. Además, la Sociedad Teosófica publicó en 1883 una traducción al inglés del libro de Lévi *Paradojas de la Ciencia Suprema*, a partir del manuscrito original francés, y sacó a la luz las cartas de Lévi al barón Spedalieri. Un artículo suyo sobre *La Muerte* se publicó, también, en el número de octubre de 1881 de *El Teósofo*, con comentarios marginales que se atribuyen a Koot Hoomi, y hay numerosas referencias al ocultista francés, tanto en las cartas de Madame Blavatsky a Sinnet como en las de Mahatma. Transcribo dos de entre las que juzgo más interesantes:

> ¿Explicarte "algo más sobre Eliphas Lévi"? ¿Y qué puedo saber yo sobre él? No llegué a verlo nunca. No sé más que lo que me contaron. Era el más erudito e ilustrado teórico entre los cabalistas y ocultistas. ¿Pero quién te ha podido decir que era un adepto *practicante*? Yo, no. Él mismo, en sus obras, dice que jamás hizo magia ceremonial, salvo una vez, cuando, en Londres, invocó a Apolonio de Tiana... Nunca antes había oído que fuese tan sucio y glotón. Pero si la señora Gebhard lo dice, ella lo sabrá mejor, ya que yo no lo conocí. Mi tía fue a verle a París, y se llevó una mala impresión, pues le cobró 40 francos por un minuto de conversación y explicación de las cartas del tarot.[1]

[1] *The Letters of H. P. Blavatsky to A. P. Sinnett*, Barker, Londres 1925, pág. 62. De H.P.B. a A.P.S.; fechada en Adyar el 27 de septiembre de 1883.

La mayor y más prometedora de esas escuelas en Europa –último intento en este sentido– fracasó estrepitosamente hace 20 años, en Londres. Era la escuela secreta de practicantes de la magia, fundada con nombre de club, por una docena de entusiastas liderados por el padre de Lord Lytton. Había reunido, con tal fin, a los más dispuestos y emprendedores al tiempo que más avanzados eruditos en hipnosis y magia ceremonial; entre ellos, Eliphas Lévi, Regazzoni y el Zopt Zergvan-Bey. Y, sin embargo, en la pestilente atmósfera londinense, el "Club" tuvo un final prematuro.[1]

Es posible, cuando menos, que este infructuoso club fuese la consecuencia de la anterior tentativa de Barrett por reunir a doce discípulos a su alrededor para estudiar y practicar la magia. Sea como fuere, los escritos de Bulwer-Lytton y Eliphas Lévi fueron los que, al alimón, dispararon la ardorosa imaginación de Helena Petrovna Blavatsky. Los rasgos fundamentales de la carrera de esta extraña mujer son ya suficientemente conocidos como para exigir y aun soportar una repetición detallada. Sin embargo, como la de Juana de Arco, su vida nos llama la atención porque los hechos de su existencia se ajustan a unas características tradicionalmente legendarias, aparte de las míticas conexiones (muchas de ellas, debidas a las afirmaciones de la propia maga) que la unen al antiguo modelo.

Aunque la descendencia divina no fue reivindicada por o para H.P.B., su sustitución moderna eran las relevantes encarnaciones previas tenidas por argumento de fe; ella afirmó categóricamente haber sido Paracelso en una vida anterior. También insinuó tener una extraordinaria edad, al estilo de Saint-Germain y Zanoni. Aunque ningún misterio rodea el nacimiento de esta aristócrata rusa; si excluimos que éste tuvo lugar la noche del 30 al 31 de julio, y así, conforme al folclore esloveno, su figura se vio dotada de poderes sobrenaturales. Además, en una época en que

[1] *The Mahatma Letters to A. P. Sinnett*, Barker, Londres 1927, pág. 209 y sigs. De Koot Hoomi a A. O. Hume, 1881 [?].

el cólera hacía estragos, fue "traída al mundo entre ataúdes y desolación"; y una conflagración desastrosa ocurrida durante su bautizo fue también susceptible de interpretación mítica. Estos accidentes externos son, sin embargo, mucho menos impresionantes que los relatos familiares de su infancia. De hecho, rara vez se ha dado el caso de un prodigio infantil semejante o tal terror doméstico como el de Helena. Turbulenta, tempestuosa, indomable, parece haberse comportado (incluyendo el cumplimiento de hazañas aparentemente milagrosas) como se decía que Heracles, Krishna y el Cristo apócrifo lo habían hecho en la niñez. Si no era, en rigor, una diosa de los prodigios, sí tenía, con certeza, el poder tanto de encantar como de aterrorizar a sus jóvenes compañeros y supersticiosos sirvientes mediante la fuerza de una imaginación que encantaba también su propia mente. Había en ella una genialidad infrecuente; no obstante, si bien es cierto que no la perdió nunca, también lo es que nunca cumplió su temprana y radiante promesa:

> No volvió a hablar de la forma en que acostumbraba hacerlo en su infancia y primera adolescencia [escribió su hermana, en vida de H.P.B.]. El río de su elocuencia se había secado, y hasta la misma fuente de su inspiración parecía perdida.[1]

Las nubes de gloria se convirtieron en una niebla sucia y tremenda en los últimos años de su vida. Una niñez y adolescencia salvajes y atormentadas, seguidas de una breve y no menos tormentosa vida matrimonial, fueron el preludio de un período de viajes legendarios y difíciles de rastrear. Según ella misma contó, visitó casi todos los países de ambos hemisferios, en busca del conocimiento oculto durante las dos décadas (1848-58 y 1864-73) en que había perdido el contacto con su familia; pero su alegación principal, un período de iniciación en una lamasería

[1] A. P. Sinnett, *Incidents in the Life of Madame Blavatsky*, Londres 1903, pág. 27.

tibetana que ella estimaba en diez, siete o tres años, y alguna vez en varios meses, nunca fue satisfactoriamente probado. Es cierto que en una ocasión intentó ir al Tíbet, pero las autoridades británicas se lo impidieron. Es posible que tuviera más éxito después. Un tal Mayor Cross afirmaba en 1927 que, en el transcurso de un viaje a través del noroeste tibetano, había

> seguido las evoluciones de una mujer blanca en 1867, a través de los campos más intransitables, hasta una lamasería situada muy al norte; a través de los recuerdos de varios campesinos viejos a los que impresionó la personalidad de esta visitante inusual. Él la identificó con Madame Blavatsky.[1]

En realidad, nunca sabremos la verdad sobre esta triplemente famosa iniciación; pero su declaración es muy significativa, y se basó desde luego en la sabiduría oriental y en creencias que reavivaban al Zanoni de la ficción. La señorita Anna Ballard, periodista norteamericana que entrevistó a H.P.B. en Nueva York en julio de 1873, una semana después de su llegada, quedó muy impresionada por su triunfal declaración sobre el asunto:

> Recuerdo perfectamente cómo se recreaba al decir "He estado en el Tíbet". No comprendí entonces por qué consideraba aquello tan importante, más destacable que cualquiera de sus viajes a Egipto, la India y otros países de los que me habló, pero el caso es que lo decía con especial énfasis y vigor. Ahora, por supuesto, comprendo la razón.[2]

Marcadamente mediúmnica (como podía parecer), H.P.B. ya había asombrado a su familia con manifestaciones sobrenaturales en Rusia durante los años 1858-64, y ahora daba más pruebas de esos dones en

[1] M.K. Neff, *Personal Memoirs of H. P. Blavatsky*, Londres 1937, pág. 162, citado de *The Canadian Theosophist*, 1927.

[2] H. Olcott, *Old Diary Leaves*, Londres 1904, I, pág. 24.

círculos espiritistas de Nueva York, y especialmente al coronel Olcott, cuyas historias sobre ella son realmente notables, tanto si las consideramos expedientes de una credulidad que puede con la imaginación, o como pruebas de unos poderes susceptibles de producir fenómenos extraños por los medios más diversos. Insatisfechos con el espiritismo, tanto en la teoría como en la práctica, la a partir de ahora inseparable pareja funda la Sociedad Teosófica en 1875, la cual se traslada a la India en 1879 y, posteriormente, en 1882, cambia su sede de Bombay por la de Adyar. Mientras tanto, y principalmente a causa de los fenómenos extraños logrados por H.P.B., la Sociedad empezó a ganar adeptos no sólo entre los hindúes, sino también entre los residentes ingleses. Esto trajo consigo un conflicto latente con una "maga rival" (la ambigua Madame Coulomb); otro, más explícito, con los sacerdotes de la antigua religión que venía a sustituir (el Colegio Cristiano de Madrás); una investigación sobre sus pretensiones llevada a cabo por la Sociedad de Estudios Psicológicos y una condena final:

> Por nuestra parte, no la consideramos ni la portavoz de unos videntes ocultos ni una simple aventurera; creemos que se ha ganado a pulso el que se la recuerde siempre como a una de las más consumadas, ingeniosas e interesantes impostoras que ha dado la historia.[1]

Aunque Madame Blavatsky sobrevivió seis años a este juicio y escribió *La Doctrina Secreta* y *La Voz del Silencio* antes de que hubiera sido emitido, en realidad nunca se recuperó de éste, y fue objeto de persecuciones más o menos leves que la llevaron casi a la locura:

> ¿No se ha planteado nunca vuestra imaginación literaria el siguiente cuadro? Hay un jabalí que vive en el bosque, una criatura hosca que no molesta a nadie si la dejan en paz en el bosque, entre los animales salva-

[1] *Proceedings of the Society for Psychical Research*, Londres 1885, III, pág. 207.

jes que la aman. Este jabalí no ha herido nunca a nadie, y sólo gruñe para sí mientras come las raíces que le pertenecen en el bosque donde se esconde. Un puñado de feroces cazadores lo acechan sin razón; los hombres lo quieren echar del bosque, quieren quemar el bosque en que nació y convertirlo en un merodeador, sin hogar, a merced de quien quiera matarlo. Aunque no es cobarde por naturaleza, huye momentáneamente de estos cazadores *por el bien del bosque*, por miedo a que lo quemen. Pero he aquí que, uno tras otro, los animales salvajes que antes eran sus amigos ahora se unen a los cazadores; empiezan a cercarlo, aúllan, tratan de morderle y darle caza, acabar con él. Agotado, el jabalí se da cuenta de que su bosque está a punto de ser incendiado y él no puede hacer nada para salvarlo ni salvarse. ¿Qué puede hacer? Pues esto: se detiene, vuelve su cara hacia el furioso grupo de cazadores y animales, y se muestra *tal como es*, de arriba a abajo, y se lanza sobre sus enemigos, y mata a tantos como sus fuerzas le permiten, hasta que cae muerto, y es entonces cuando de verdad pierde su poder.[1]

Espiritualmente al menos, la pulverización del antiguo dios salvador tuvo lugar con la muerte de Madame Blavatsky, aunque su muerte física fue como la de cualquier persona normal y corriente. Esta fue seguida en breve por su resurrección como espíritu que dictaba sus memorias póstumas directamente a un mecanógrafo Yost, y su apariencia bajo especie astral a un visionario amigo de la Condesa Wachtmeister:

> Unos días después de la muerte de Madame Blavatsky, H.P.B. me despertó por la noche, me levanté sin sorpresa, sintiendo sólo el suave placer de siempre. Ella sostuvo mi mirada con su mirada leonina. Entonces se volvió más estilizada, más alta, y su figura más masculina; lentamente se le cambiaron los rasgos, hasta que tuve delante a un hombre alto y de

[1] V. A. Solovyov, *A Modern Priestess of Isis*, trad. inglesa de W. Leaf, Londres 1895, pág. 176 y sigs. De H.P.B. a Solovyov.

aspecto rudo, que disolvía en sí mismo el último vestigio de ella, hasta quedar sólo su mirada felina, el brillo cada vez mayor de su mirada. El hombre alzó la cabeza y dijo: "¡Da testimonio!". Entonces salió de la habitación, poniendo la mano sobre el retrato de H.P.B. al pasar junto a éste. Desde entonces, ha vuelto a mí varias veces para darme instrucciones a pleno día, mientras estaba yo entregado a mis tareas, y una vez salió de un retrato grande de H.P.B.[1]

Así pues, si tomamos la reencarnación como el moderno equivalente del nacimiento sobrenatural, de los once rasgos clásicos de la tradición, H.P.B. tiene ocho. Augurios y peligros acompañaron su infancia; largos y remotos viajes precedieron su tal vez ficticia iniciación; se vio envuelta en un duelo entre magos; sufrió juicio y persecución, y una especie de resurrección después de su muerte. Había, además, otras e innumerables leyendas contadas sobre ella o por ella. Alguien sostuvo que la verdadera Helena Petrovna murió en 1867 de una herida recibida en la batalla de Mentana, y que fue entonces cuando el poderoso espíritu, H.P.B., se apoderó del control de su cuerpo. También se dijo que había dos Madame Blavatsky en El Cairo en 1868. Una de ellas, Natalia, murió, y su secretaria desapareció con sus manuscritos. ¿Pudo ser ésta Helena Petrovna? Por suerte, la condesa Lydia Paschkov declaró conocerlas a las dos. Entonces vino la leyenda de su virginidad, laboriosamente puesta en circulación por la propia Madame Blavatsky, a pesar de dos breves, lejanos y dulces matrimonios –el segundo de los cuales involuntariamente bígamo por su parte– y varias aventuras amorosas que confesó en una carta a Aksakov desde Norteamérica. Cuando algunas calumnias envenenadas sobre su pasado fueron puestas en circulación tras el dañino informe de la Sociedad de Estudios Psicológicos, llegó a obtener un certificado médico que acreditaba que nunca había tenido un hijo y que estaba físicamente incapacitada para ello. Uno puede ponerse de su lado

[1] Cf. G. Baseden Butt, *Madame Blavatsky*, Londres 1927, pág. 96.

en esto, pero su insistencia en su virginidad sería absolutamente incomprensible de haberse debido al desesperado intento de desarmar a la señora Grundy. Detrás de esto había una razón todavía más patética. No era sólo, ni principalmente, la moralidad sexual de H.P.B. lo que se ponía en duda; sino su poder mágico, ya que la virginidad pasaba por ser condición *sine qua non* para que las mujeres pudieran hacer magia. Sea como fuere la historia demuestra que los magos mejor dotados, al margen de su sexo, son de moral relajada, por decirlo suavemente. En cuanto a su pasado, ella adoptó una actitud no demasiado convincente de inocencia ofendida ante Sinnett:

> Toda mi vida, salvo las semanas y meses que pasé con los Maestros en Egipto o en el Tíbet, está tan inextricablemente llena de sucesos en cuyos secretos y realidad están involucrados vivos y muertos, y yo me hice responsable sólo de su apariencia externa, que para defenderme a mí misma tendría que provocar una hecatombe de los muertos y cubrir de suciedad a los vivos. *Y no lo voy a hacer.*[1]

¡Tengan paz las cenizas de la pobre mujer, en sus tres urnas separadas! Su moralidad personal no es algo que me incumba, mientras que los fenómenos ocultos logrados o reivindicados por ella aguardan una investigación. Éstos son de naturaleza decepcionante, ya que el punto de unión de su artífice con los curanderos del pasado y con las tribus primitivas de hoy es lamentablemente exiguo, y sus semejanzas con los prestidigitadores de salón mucho mayores. No tenía poder sobre los elementos, y el que tenía sobre el suministro de alimentos era muy leve. Algún racimo de uvas, una botella de agua, y montones de estupendas rosas fueron sus únicas incursiones en este sentido. Dejó a Olcott la curación de los enfermos (quien a veces fallaba en la tarea) y nunca intentó la proeza de hacer revivir a los

[1] *The Letters of H. P. Blavatsky to A. P. Sinnett*, pág. 145; de H.P.B. a A.P.S., sin fecha.

muertos; aunque por una extraña fuerza de voluntad, parece que ella pospuso en más de una ocasión la inminencia de su propia muerte. Sus dotes creativas adoptaron la forma pueril de muchos y diferentes *apports* de naturaleza insignificante y de la duplicación de un anillo de piedras preciosas. Estos *apports* deben también ser cargados a la cuenta del arrebato. El coronel Olcott fue testigo, no muy convincente, de la transformación de su personalidad cuando estaba bajo la influencia de Mahatmas, y también la vio desaparecer y volver a aparecer ante sus propios ojos. En circunstancias bastantes sospechosas, encontró ella el broche que una amiga había perdido. Pero no tenía el don de la profecía; y, aunque participó en hechos necrománticos durante su período espiritista, enseguida pasó a negar rotunda e insistentemente que los espíritus invocados fuesen los de los muertos. No obstante, siempre afirmó tener poder sobre el espíritu de los elementos, y habría sido de la mayor ingratitud negárselo; pues, en cierta ocasión, uno de los "pequeños locos" hizo para ella dobladillos a unas toallas a sugerencia del coronel Olcott. Es verdad que estaban hechos muy torpemente, pero sólo un poco peor que los que hacía su señora. De la lista anterior se deduce claramente que casi todos los fenómenos aquí mencionados (he omitido, por menos impresionantes, si cabe, los golpecitos y campanas astrales) son singularmente poco relevantes; y, aparte de su valor como entretenimiento, poco o nada podían contribuir a la salud, riqueza, felicidad, sabiduría o progreso espiritual de quienes los veían. Su único objetivo era el espectáculo. Pero éste obedecía a un propósito, como suele ocurrir en la fundación de las religiones. El poder fenoménico que H.P.B. tenía sobre las mentes de los hombres, con el que "hipnotizaba tanto a sus oyentes como a sí misma, a fin de que creyeran las más disparatadas invenciones de su fantasía",[1] ese poder que irradiaba de sus enormes e inocentes ojos celestes se orientaba, con toda la energía de una voluntad demoníaca, a conseguir que quienes la rodeaban aceptasen su latente apología del ocultismo, y su comunicación con los Hermanos Mahatmas o Maestros. Nunca atribuyó sus haza-

[1] Neff, op. cit., pág. 120; citado de las *Memoirs* del primo de H.P.B., Count Witte.

ñas más espectaculares ni a su propia voluntad, correctamente controlada, ni a los espíritus de los elementos; sino más bien a los Grandes Adeptos refugiados en el Himalaya, quienes, a través de uno de los miembros, en Hyde Park y el 12 de agosto de 1851, le habían encargado la fundación de la Sociedad Teosófica, y a llevar la luz de Asia al oscuro mundo occidental.

La Hermandad Blanca o Logia Blanca fue el primer artículo de su credo; la fuente de sus poderes; la prueba de la religión de la sabiduría que ella predicaba; el testimonio de la verdad de ésta. Se unió o se rindió a estos seres sobrenaturales que no envejecen, que entienden todos los idiomas de los hombres y de los animales, que predicen el futuro, leen las mentes humanas (por no hablar de sus palabras escritas o impresas en los anales akásicos o etéreos); y pueden proyectar sus otras identidades a voluntad, dejando sus cuerpos verdaderos a miles de leguas de distancia y entrando en los cuerpos de otros si hiciera falta, o dando a conocer, exteriormente, su presencia etérea. H.P.B. no fue la inventora de estos supermagos. No solamente se les podía encontrar en las páginas de *Zanoni*, sino que han sido un mandamiento de la fe oriental desde tiempos inmemoriales. Estas leyendas son corrientes en la India y en otros muchos lugares, y en ellas se hace referencia a encuentros con estos seres, o a enseñanzas e iniciaciones debidas a ellos. Tampoco inventó la hazaña por la cual serían tan conocidos en Occidente: la proyección, precipitación o materialización, a través de cualquier espacio, de las así llamadas "cartas fenoménicas":

> Los *jajan* y *Kudais* [espíritus venerados por los tártaros del Asia Central] a menudo se comunican con los mortales mediante cartas, y algunas veces los mortales, a cambio, escriben mensajes en un papel y los mandan al Cielo. Estos últimos, por lo general, son quemados en un fuego y se cree que ascienden a través de la chimenea de la tienda. Las primeras suelen caer del cielo a través del mismo orificio, o por otros medios.[1]

[1] N.K. Chadwick, "The Spiritual Ideas and Experiences of the Tatars of Central Asia", *Journal of the Royal Anthropological Institute*, 1936, LXVI, pág. 321.

Así que, después de todo, la muy difamada Madame Blavatsky estuvo en el Tíbet, donde aprendió esta curiosa sabiduría. Pudo haber obtenido noticia de esta práctica, ay, mucho más cerca de casa:

> Este caso tiene aquí un especial interés para nosotros, porque tuvo lugar en conexión con una sociedad secreta que existió hace algunos años en Livorno, con sucursales en muchos otros lugares, y que creía tener experiencia constante de fenómenos muy similares a los descritos por los teósofos –intercomunicación instantánea a distancia, apariciones fantasmales, transmisión y precipitación de cartas, desintegración y reintegración de objetos, etcétera.[1]

Debemos dejarlo ahí. Pero tanto si H.P.B. entró por primera vez en contacto con los Mahatmas en Hyde Park, a través de la novela de Bulwer-Lytton, en Egipto o en el Tíbet, el caso es que creía en ellos con la devoradora intensidad con que, en su infancia, había creído en el folclore ruso y rechazado aceptarlo como una ficción. En lo que respecta a los Maestros, el peso de la refutación cae sobre los escépticos. Hay muchas pruebas a favor, y, ya que es casi imposible investigar el asunto, debería adoptarse una posición más abierta al respecto. La revelación de su existencia por parte de Madame Blavatsky marcó sin duda una época en la magia y la religión. Estos seres majestuosos, dotados de unos poderes ocultos tan grandiosos, basados en un conocimiento más hondo de la naturaleza del que jamás la ciencia haya podido soñar, fueron sustraídos a la luz del día, para ser centro de atención de las aspiraciones espirituales. Sin embargo, no eran tan sumamente remotos como para resultar estremecedores para la imaginación. Estos guardianes de la sabiduría primitiva aparecían, además, representados como

[1] *First Report of the Committee of the Society for Psychical Research appointed to investigate the evidence for marvellous phenomena offered by certain members of the Theosophical Society*, Londres 1884, pág. ii.

vigilantes de los destinos de la especie humana. Y ¿qué podría confirmar mejor y consolar a una época que se sentía desorientada por el materialismo? Esta noción típicamente occidental estaba implícita en *Zanoni*, donde el protagonista, muy romántico, es descrito como alguien que trata de frenar las crecientes oleadas de la revolución. El pensamiento oriental siempre ha hecho hincapié en la naturaleza individual de la enseñanza e iniciación garantizada para los *chelas* o discípulos más destacados. El gurú nunca busca actuar sobre las masas directa o indirectamente. Madame Blavatsky tenía aspiraciones mucho más definitivas y tal vez más filantrópicas, y declaraba haber sido elegida como agente de la Gran Logia Blanca para sublimar a la humanidad mediante la teosofía, la religión mundial que predicaba la hermandad de los hombres. Por desgracia para la humanidad, podría parecer que se encaminaba a fundar una nueva era en nombre de la Verdad mediante una serie de mentiras. Desastrosamente para ella, cometió también el pecado imperdonable de ser descubierta. Todo vino de la determinación con que se obligó a creer en los Maestros ocultos y manifiestos para el mundo de una forma concreta; de justificar una declaración según la cual era guiada personalmente por ellos. Esto la llevó a presentar pruebas visuales de su existencia. Y ya que los Mahatmas Moria y Koot Hoomi no existían fuera de su fértil imaginación, había que buscar cómplices.

Está mal pescar en esas aguas revueltas de las pruebas y las contrapruebas, del engaño, el soborno y la traición; de las mentiras, el chantaje, el fraude, la falsificación, el perjurio, la difamación y el abuso que fueron tan malolientemente removidas por la investigación llevada a cabo por Hodgson a petición de la Sociedad de Estudios Psicológicos. Es uno de los episodios más dolorosos que se encuentran entre las numerosas y desalentadoras páginas de la historia de la religión. Y parece como si la fundadora de la teosofía debiera ser entregada a la condena de la posteridad. Pues incluso si la mayoría de las conclusiones dadas por Hodgson fuesen falsas; si las cartas a Madame Coulomb fuesen falsificaciones en sus párrafos incriminatorios; si todas las explicaciones

demasiado convincentes de los fenómenos mahátmicos fuesen invenciones endiabladamente inteligentes de un empleado descontento y vengativo; si las pruebas condenatorias respecto de paneles correderos y cosas parecidas en el Cuarto Oculto y el Santuario fuesen preparadas para las investigación; si todos los testigos que declararon contra H.P.B. hubieran mentido; y si las propias y lamentables traiciones que se hizo a sí misma en las cartas a A. P. Sinnett fuesen susceptibles de interpretaciones favorables, queda aún mucho por explicar: el perjudicial descubrimiento por parte de Massey de la insinuación de una carta a Mahatma entre sus papeles por medios tan supuestamente "ocultos" como fraudulentos; el plagio por Koot Hoomi del *The Banner of Light* (La Bandera de la Luz) y, peor aún, sus intentos de explicarlo. Pero, lo peor de todo, resultan ser las propias cartas de Mahatma, publicadas en 1927 y analizadas por los hermanos Hare en 1936. Sólo la extrema tenacidad y vitalidad de una leyenda que florece en la refutación podría haber superado este desenmascaramiento: la prueba de las cartas, tan devastadoramente resumidas por los Hare. Sin duda, la función de estos críticos es tan catártica como destructiva. Al expresar las emociones de quienes se han abierto camino entre las epístolas, iluminan la atmósfera, y dan la consistencia de su autoridad a la instintiva convicción de que las cartas de Mahatma no son producto de seres sobrenaturales. Podemos estar tranquilos. Sea cual sea la Gran Hermandad Blanca que pueda existir más allá del Himalaya, los Maestros Moria y Koot Hoomi no se cuentan, al menos, entre sus miembros. El alivio y la satisfacción que supone poder decir esto, especialmente en lo que se refiere a Hoomi, es un cumplido (aunque ambiguo) al genio de Madame Blavatsky. Moria, mucho menos prolijo y de personalidad más viril que la de Koot Hoomi, no está, ni mucho menos, tan loco como él; son tan distintos el uno del otro como otros dos personajes cualesquiera de una novela epistolar. En este tipo de novela, serían sencillamente aburridos; es su falsedad como seres humanos lo que hace que a uno le disgusten tanto. "Cuando llegue la hora, ella será llevada de nuevo al Tíbet", declaraba Moria en una carta a Sinnett. H. E. Hare comentaba ácidamente:

> Madame Blavatsky nunca volvió a "Bod Las"... Cuando llegó para ella la hora de abandonar Oriente, se llevó íntegra su identidad a Europa, se afincó allí, terminó su obra y murió, entre gentes que existían de verdad y buenos amigos, en un hogar mejor.[1]

Como otros lectores, también él se compadeció de quien creó estas personalidades ficticias, y se puso de su lado contra ellos. Sin embargo, H.P.B. dotó a Koot Hoomi del mismo tipo de vida que la señora Harris disfruta en *Martin Chuzzlewit*; sólo que allí todo es diversión superficial, y aquí todo es engaño real. "No existe Koot Hoomi; pero él continuará llevando una vida espectral mientras existan las cartas, y continuará haciendo daño". Otro paralelismo literario queda sugerido incluso más inevitablemente. Los Mahatmas representan el mismo y terrible papel en la vida de Madame Blavatsky que el "Monstruo" en la vida de Frankenstein. Y han sobrevivido, produciendo no sólo obras como *The Masters and the Path* (Los Maestros del Camino) de Leadbeater, sino también el penoso fiasco de Krishnamurti. Ella nunca previó esto al intentar por vez primera desacreditar el cristianismo y el espiritismo apelando a la gran autoridad de los Mahatmas. Pero puede ser que Koot Hoomi y Moria estén tan singularmente desprovistos de encanto precisamente por haber sido tan intenso el odio a esos dos sistemas en la Sociedad que ella fundó, uno de cuyos objetivos era:

> Hacer frente al materialismo de la ciencia y a toda forma de teología dogmática, especialmente la cristiana, la cual consideraban los jefes de la sociedad particularmente perniciosa.[2]

[1] H. E. y W. L. Hare, *Who Wrote the Mahatma Letters?*, Londres 1927, pág. 217.

[2] C. J. Ryan, *Madame Blavatsky and the Theosophical Movement*, Point Loma 1937, pág. 61; citado de *The Golden Book of the Theosophical Society* (Jinarâjadâsa), pág. 26.



9. Mahatma Koot Hoomi

Cambiaron de tono acerca de esto como acerca de otros asuntos, pero mientras tanto las cartas de Mahatma contienen demasiadas dosis de bilis religiosa como para ser edificantes en su conjunto.

Aunque hubiesen sido la caridad y la nobleza encarnadas, habrían demostrado la ruina de ella. Empezó modestamente, y se diría que bastante precavida –puede que, incluso, fuera sincera–, por atribuir sus hazañas psíquicas y mediúmnicas a la intervención directa de ellos. Pues lo cierto es que en su mejor momento esta mujer gozó de algún tipo de *mana* en abundancia. Pero el amor a la maravillosa y fatal fascinación por lo oculto hizo inevitable que terminase abocada a satisfacer los deseos que ella misma había despertado. Esto no fue demasiado difícil al principio; pero, enseguida, la insaciable demanda la obligó a trabajar afanosamente. Indómita, temeraria, ajena al miedo, fanática y sin escrúpulos, persistió en su empeño. Su vida durante este período apenas merece ser tenida en cuenta. ¿Cómo encontró tiempo, en nombre de la magia, para hacer lo que se supone que hacen los Mahatmas y vivir además su propia vida? Aquí, si es que está en algún sitio, está el milagro; y ha sido utilizado hábilmente en su defensa:

> No debe suponerse que Madame Blavatsky, en este período, no tuviera nada que hacer salvo inventarse el estilo y falsificar el guión de las "Cartas de Mahatma"; ser la leona de todas las reuniones sociales, asistir a conferencias, hablar con todos y cada uno sobre la Teosofía y la Sociedad; dormir, bañarse, vestirse y comer; mantener correspondencia con cientos de personas de toda la India, escribir para el "Theosophist", leer y comentar a menudo los artículos enviados; mantenerse en contacto con sus editores rusos, y echar una ojeada a las reseñas de todo el mundo; caer enferma, organizar fenómenos fraudulentos tales como tener diplomas enterrados bajo los matorrales a muchos kilómetros de Simla; hipnotizar a todo el mundo en todas partes, pensar, decir y hacer solamente lo que ella necesitaba para la realización de sus fraudes; manejar la red de cómplices que tenía, a la persona que escribió a los empleados del telégrafo de Jhelum y del correo de Amritsar y que debió de ser el que amañó el

> matasellos, la especie de dios hindú que engatusó al Coronel con una rosa en el Templo Dorado y el "hombre de blanco" que debía haber adherido notas en los árboles; descoser un grueso almohadón de estambre y terciopelo ajado (y asegurarse de que nadie lo echara de menos y preguntara por él en cualquier momento), descoser el forro interior, adherir una nota y un broche y volver a coser el almohadón, con hilo nuevo exactamente igual que el viejo, sin dejar huella (¡en terciopelo!); tener interminables discusiones con Hume y otros escépticos; viajar, asistir a inauguraciones de nuevas sucursales; hablar con nuevos socios; pasar horas y días enteros con desesperación y rabia bajo un huracán de difamación, explicar a los amigos y replicar a los enemigos de todas partes del país; caer terriblemente enferma y apenas convaleciente, engarzar eficazmente todos los hilos de su gran conspiración...[1]

La respuesta es por supuesto que, si uno apenas entiende cómo una mujer podría hacer todo esto sin ayuda, parece más razonable deducir que había cómplices mejor que imaginar sabios que hicieran tonterías con broches y almohadones de terciopelo. Pues la verdad es que, si nos atuviéramos a sus propias apariciones, deduciríamos que los Maestros de H.P.B. llevaban una vida de perros. No sólo escribían cartas interminables y enviaban montones de telegramas a diestro y siniestro por medios aparentemente milagrosos y ciertamente agotadores; estaban además obligados a aparecerse "astralmente" siempre que fuera necesario, e incluso en carne y hueso. Debían explicar una abstrusa filosofía oriental a la inderrotable ignorancia occidental; contestar preguntas estúpidas, dar consejos sobre cuestiones menudas y puntillosas, corregir sus propios errores y reparar los platos rotos a todas horas del día y de la noche. ¡Pobre y valiente H.P.B.! El paso se iba acelerando, los caminos se volvían más difíciles; las dudas, más ostensibles; los intentos de

[1] Beatrice Hastings, *Defence of Madame Blavatsky*, London 1937, I, pág. 23.

aliviarlas, más arduos; el cómplice principal, más peligroso; la curiosidad, más ávida –y entonces llegó el estallido:

> Ah, querido señor Sinnett, qué bien hubiera estado si todos nosotros *nunca hubiésemos pronunciado nombres de Maestro* más que en habitaciones cerradas...[1]
>
> Pero considerad las leyes del ocultismo, considerad el Karma y el resultado de *profanar* los misterios, de profanar los nombres santos.[2]
>
> ... arrojando sus nombres a diestro y siniestro, *vertidos en torrentes* sobre el público, por así decirlo, Sus personalidades, poderes y demás, hasta que el mundo (los marginales, no sólo los teósofos) profanó Sus nombres del Polo Norte al Sur... Éste es mi principal, mi mayor crimen, por haber hecho públicas Sus personalidades, involuntariamente, reaciamente y forzada a ello por – y por –.[3]

Ella estaba en lo cierto, y tanto, a uno apenas le queda resuello para señalar que, al aceptar la responsabilidad, estaba en realidad negando la existencia de los Mahatmas, los cuales habían estado muy ocupados profanándose a sí mismos en todos esos estúpidos juegos de salón, y al escribir tantas tonterías, y al animar a Sinnett a que las publicase. Sabía mejor lo que hacía cuando se negó a justificarse a sí misma en letras de imprenta:

> Hay una cosa en el mundo que podría conseguirlo si yo consintiese en ello; y es la *verdad* y nada más que la verdad –en su TOTALIDAD. Ésta haría, sin duda, saltar a toda Europa de sus asientos y provocaría una revolución. Pero sabéis que soy una Ocultista; una *auténtica* y no una *falsa*, en realidad... Es la ignorancia de las transacciones del ocultismo lo que supuso un asidero tal para Hodgson y Massey y otros. Es mi *obligado y absoluto silencio* el que ahora me fuerza a vivir bajo la avalancha de desprecio de la gente.[4]

[1] *Letters of H.P.B. to A.P.S.*, pág. 158, s.d.
[2] Ibíd., pág. 162, s.d.
[3] Ryan, op. cit., pág. 142; citado de *The Path*, marzo de 1893.
[4] *Letters of H.P.B. to A.P.S.*, págs. 142 y 171, s.d.

Sin embargo, no guardó silencio con respecto a Sinnett; podría haber sido capaz de guardarlo cuando tenía que responder una acusación tras otra; pues las trágicas tergiversaciones y rodeos a los que recurría para librarse de tales apuros revelan no sólo a una criatura a la que sus cazadores tienen acorralada, sino también una asustada oblicuidad moral y una ingenuidad de lo más vergonzosa. Finalmente, tanto ella como Koot Hoomi tuvieron que consolarse como pudieron con los destinos de los magos precedentes:

> ¿Soy más grande o, de algún modo, mejor de lo que lo fueron Saint-Germain y Cagliostro, Giordono [*sic*] Bruno y Paracelso, y muchos otros mártires cuyos nombres aparecen en las enciclopedias del siglo XIX, con los títulos de honor de *charlatanes* e *impostores*?[1]
>
> ¿No eran Saint-Germain y Cagliostro caballeros, ambos, de la más elevada educación y logros y presumiblemente *europeos*; no "negros" de mi clase –considerados en aquella época y aún considerados por la posteridad como impostores, cómplices, prestidigitadores y cuanto más?[2]

Pero éstas eran solamente briznas que flotaban en la corriente de la calamidad que ahora envolvía a la desesperada luchadora Blavatsky, y que hizo que la condesa Wachtmeister exclamase al abrir el correo de H.P.B.: "No deja de ser un misterio cómo toda esta porquería parece rodearnos y asfixiarnos".[3] Y la parte más decepcionante de todo el asunto fue la traición explícita de los antiguos amigos y discípulos, tanto europeos como de la India. La suciedad removida por las investigaciones de Hodgson podría parecer que condena para siempre la teosofía como religión, la franqueza no nos recordaba el hecho de que era la primera vez en la historia que las declaraciones y la conducta de una fundadora

[1] Ibíd., pág. 110; fechado en Wurzburg el 19 de agosto de 1885.
[2] *The Mahatma Letters*, pág. 306; recibida en Simla, octubre de 1882.
[3] *Letters of H.P.B. to A.P.S.*, pág. 272; de la condesa Wachtmeister a Sinnett; fechada en Wurzburg el 4 de enero de 1886.

religiosa habían estado sometidas a tales pruebas de investigación, o que los milagros realizados habían sido examinados tan en detalle. Sin embargo, todos ellos, en su día, fueron objeto de similares sospechas, traiciones y abusos.

Como religión no carece de interés, ya que se basaba en algunas de las más interesantes ideas de los credos orientales, tales como la doctrina del Karma y la reencarnación. Estas nociones, junto con la proclamación de la hermandad universal de los hombres y la preponderancia de los valores espirituales frente a los materiales, son la parte más valiosa de la teosofía, y fueron ampliamente aceptadas con el entusiasmo que merecían. Además, la Sociedad Teosófica tiene en su haber muchas acciones nobles en la India, tales como la fundación de escuelas y facultades, el resurgimiento del interés nativo por el sánscrito y la consolidación de la libertad religiosa en Ceilán. Tenía, por supuesto, poco o nada que enseñar en lo espiritual a Oriente, ya que lo que hizo fue popularizar el pensamiento oriental y –a juzgar por los *chelas* indios que se reunían alrededor de H.P.B. y la utilizaron de una manera infame en sus horas bajas– ejercer en la India una influencia más negativa que edificante sobre algunas mentes individuales. Ni siquiera su enseñanza del ocultismo, que se aproximaba cada vez más al budismo, tuvo un efecto revitalizador en aras del bien en Occidente, donde había sido en gran medida responsable de la relajación y confusión del pensamiento. Los excéntricos y los charlatanes han sido frecuentes en la teosofía; ha sido hecha trizas por la fratricida lucha; y la tendencia a alejarse de la rectitud, que acusó desde un primer momento, no ha sido corregida. Podría parecer que era particularmente difícil ser un teósofo y mantener la propia integridad intelectual. La lacra de los hermanos Moria y Koot Hooni le dura todavía, y de hecho la plaga se ha extendido. Ni siquiera, hasta ahora, se ha detenido en su descenso en picado al Averno del materialismo contra el que se fundó. Y, aunque a diferencia de muchas otras religiones, no ha causado ninguna guerra todavía, ha sido incapaz de evitar las temibles catástrofes que han asolado a la humanidad desde su fundación. De hecho, el mundo ha progresado a gran velocidad por el camino de la ruina, a pesar

de la religión mundial y a pesar de esos casi omniscientes Mahatmas que supuestamente guían su camino ascendente.

¿Y qué decir de la Vieja Dama (como la llamaban sus amigos) que empezó todo esto? No parece haber duda de que, como quiera que se compusiesen las cartas de Mahatma, fue ella quien escribió sus grandes libros doctrinales, *Isis sin velo* y *La Doctrina Secreta*, en estado de genuina inspiración, inducida por una pasión innata por la magia, el misterio, los milagros y el folclore, especialmente los de signo oriental. Todo esto fue una verdad viva para ella, y quedó impreso en una memoria fuera de lo común, capaz de haber retenido imágenes de oraciones, frases y, literalmente, párrafos enteros y hasta páginas que había tenido alguna vez ante los ojos. De ahí los supuestos plagios, de los cuales es muy posible que, en buena medida, no fuese consciente. No leía documentos antiguos ni manuscritos de los anales akásicos; tampoco escribía lo que los Maestros dictaban; veía, con el ojo de la mente, lo que había leído en el pasado:

> Estoy escribiendo *Isis*; no escribiendo, sino más bien copiando y dibujando lo que ella personalmente me muestra. Doy mi palabra de que, algunas veces, me parece que la antigua Diosa de la Belleza en persona me conduce por todos los países de los siglos pretéritos que tengo que describir... Lentamente, siglo tras siglo, imagen tras imagen aparecen en lontanaza y pasan ante mí, como si se tratase de un panorama mágico... Razas y naciones, países y ciudades que han desaparecido hace mucho en la oscuridad del pasado prehistórico, emergen y luego se desvanecen dando paso a otros... La más remota antigüedad deja sitio a los períodos históricos; se me explican los mitos mediante acontecimientos y personas que han existido en realidad; y cada hecho extraordinario, cada página que pasa en este multicolor libro de la vida, se imprime en mi cerebro con exactitud fotográfica.[1]

[1] Neff, op. cit., pág. 279; citado de *The Path*, enero de 1895; carta de H.P.B. a su hermana Vera.

Tanto Nietzsche como Rilke hablan de "dictado" cuando tratan de describir sus estados de inspiración; en ambos casos la inspiración parece haber sido oral. La descripción dada por Madame Blavatsky, igual de convincente, demuestra que la suya era una inspiración de tipo visual, y ayuda a explicar su manía de producir fenómenos visuales, particularmente apariciones de los maestros. Era un genio creativo que abandonó el camino de la imaginación por el de la materialización, principal error que subyace en toda magia. Y H.P.B. era maga por temperamento mucho más que por naturaleza religiosa, y no digamos lo poco que lo era por ética. Como tal, fue inevitablemente atraída por la magia ceremonial. Poseía un diploma que le acreditaba el mayor nivel en el Rito de Menfis, enviado por John Yarker desde Londres cuando ella estaba en Norteamérica. Esto la pone en conexión con Cagliostro a través de la francmasonería. Ella fundamentó la teosofía en principios masónicos, con tres estados de iniciación, símbolos, contraseñas y demás. Más tarde, estableció un círculo esotérico en la línea de las antiguas escuelas mistéricas, que ella anhelaba revivir. Toda su tarea supuso un esfuerzo muy interesante, un intento moderno de establecer una nueva religión sobre bases ancestrales. Al margen de quiénes puedan haber sido sus predecesores, esta fundadora del siglo XIX era mucho más maga que profeta o sacerdotisa; y, aunque magnánimamente elevó a Saint-Germain a la categoría de Mahatma, sobresale por encima de él, por no mencionar al pequeño y regordete brujo medieval Johannes Fausto. Por más dudas que uno pueda albergar acerca de ella, permanece como una personalidad tremenda, cuando no desconcertante; y la teosofía sobrevive en la era de la bomba atómica. Era, en verdad, grande; del mismo modo que no era una santa. Las terribles cartas que escribió a Sinnett, después de la catástrofe, son las de una mujer con tres partes de locura y lamentablemente innoble; una embustera de pura cepa. Pero, incluso en su peor momento, supo despertar el temor religioso y el respeto en mucha gente, mientras que a otros les pareció una simple estafadora. Completada la investigación, Hodgson la despreciaba claramente; incluso llegó a confesar que ella "se excedía mucho cuando

expresaba su abrumadora idea de que quizá su trabajo 'de 20 años' podía estropearse gracias a Madame Coulomb".[1] Él la llamó con salvaje ironía "un extraño estudio psicológico"; y ella expresó la misma opinión con un tono de voz distinto:

> Yo, un problema psicológico, y un enigma para las generaciones futuras, ¡una Esfinge![2]

[1] *Proceedings of the S.P.R.*, III, pág. 313.
[2] Neff, op. cit., pág. 243; de H.P.B. a su tía, Madame Fadeev, 1875 o 1876.

V
El "Diablo Santo"

Tal vez no sea del todo casualidad que el siguiente mago que asombró al mundo fuese un compatriota de Madame Blavatsky; pues el tipo de misticismo que acompaña a la más avanzada magia está en el ambiente de ese país enigmático, de espíritu mucho más cercano a Oriente que a Occidente. Se ha refugiado en el pasado y, sin duda, continuará amparando a cientos y miles de místicos, magos, sabios y santos de cualquier adscripción que podamos imaginar. Tanto que, aunque Rasputín (1871-1916) alcanzó suprema notoriedad, sus poderes podrían ser igualados y hasta eclipsados por más de un mago de pueblo. El elemento místico de su naturaleza extrañamente compleja estaba fuera de toda duda, una naturaleza que le permitió dominar de modo notable la mente de los hombres; y esta cualidad innata suya fue desarrollada además por la secta de los Khlysty o Flagelantes, a la que pertenecía. La principal doctrina de la secta, la salvación a través del pecado, estaba destinada a atraer de un modo particularmente violento a una raza en la cual el santo y el pecador, latentes en todos nosotros, viven tan estrechamente ligados. Rasputín (=el Disoluto), quien contribuyó, con muchos otros, a difundir este evangelio por el extranjero, probablemente nunca habría sido elevado a tales alturas en ningún país occidental. Pese a todo, entroncaba con la tradición principal de las religiones mistéricas del pasado que ahora resurgían como sociedades secretas y que practicaban, más o menos abiertamente, antiguos ritos orgiásticos. El frenesí que desencadenó en sí mismo y en sus seguidores, el intoxicado estado de éxtasis, las flagelaciones, las orgías, la mezcla de crueldad, amor y lujuria son una degradada, demoníaca y ciertamente maníaca edición eslava de los ritos dionisíacos griegos. Este aspecto del resurgimiento mágico-religioso

estaba predestinado a llegar a su máxima expresión en Rusia. El propio Rasputín, diabólico y santo, depravado y sublime, unas veces casi niño, otras animal y acertadamente denominado "el Diablo Santo", poseía, hasta límites insospechados, la capacidad de vivir en esos dos planos espirituales diferentes con los que las novelas de Dostoievski nos familiarizan, y que Eurípides describe en las *Bacantes*.

Dotado de grandes poderes hipnóticos, que se ponían de manifiesto en curas aparentemente milagrosas y en el imperio absoluto que ejerció sobre Nicolás II y Alejandra, Rasputín representó en Rusia lo que Cagliostro había representado en Francia: precipitó una revolución al mismo tiempo que provocó su propia perdición. Pero la historia de su asesinato, el final más terrible que ningún mago haya tenido jamás, solamente puede ser comparada con la leyenda del cruel desmembramiento de Fausto. Es posible que tenga algo de mítica, pero la historia terrorífica, como una pesadilla, del mago y su asesino en el sótano de la casa en el Moika, cuando el cianuro no hizo su efecto y las balas fallaron su objetivo, es un homenaje a la fe en los poderes sobrenaturales de Rasputín concebidos en la mente del autor:

> El cianuro tendría que haber hecho un efecto inmediato; pero, para mi absoluta sorpresa, él siguió conversando conmigo como si no le hubiera dañado lo más mínimo... Me quedé de pie frente a él y seguí cada uno de sus movimientos, esperando que cualquier instante fuera el último... Hubo una pausa exasperante. "Buen Madeira. Tomaré un poco más", dijo Rasputín acercándome el vaso... Lo apuró, y el veneno seguía sin hacer efecto... Nos sentamos uno frente al otro, en silencio. Me miró con una sonrisa astuta, como diciendo: "¿Ves?, por más que lo intentes, no me puedes hacer ningún daño". Pero, de repente, la cara se transformó en odio diabólico. Nunca antes me había producido aquel terror. Me produjo un asco indescriptible y estuve a punto de lanzarme sobre él y estrangularlo. Sentí que él ya sabía para qué lo había llevado allí y cuál era mi intención. Un enfrentamiento callado y mortal parecía entablarse entre los dos. Yo estaba horrorizado. Un segundo más y me habría hun-

dido. Aquella mirada satánica podía empezar a hacerme perder el control. Se apoderaba de mí una extraña sensación de entumecimiento. La cabeza me daba vueltas... No veía nada... No sé cuánto duró esto... Rasputín seguía sentado en la misma posición... Tenía la cabeza hacia adelante, apoyada en las manos... No le veía los ojos... El tiempo pasaba... Las manecillas del reloj daban las dos y media. La pesadilla duraba ya más de dos horas. Me preguntaba a mí mismo qué iba a pasar si me fallaban los nervios... Qué pasaría si aquella mirada penetrante notaba que yo empuñaba, a mis espaldas, un revólver con el cual podría apuntarle en un instante. "Grigori Efimovich, más te vale que mires al crucifijo y le reces una oración". Rasputín me miró sorprendido y con una sombra de miedo. Vi una expresión nueva en él, un pronto manso, de sumisión. Vino hacia mí, me miró cara a cara y pareció leer en mi mirada algo que él no esperaba. Me di cuenta de que el momento definitivo estaba ya en mi mano. "Que Dios me dé fuerza para acabar al fin con todo esto", pensé, y lentamente saqué el revólver de detrás de la espalda. Rasputín seguía en pie, inmóvil frente a mí; volvió la cabeza hacia la derecha y miró el crucifijo...Y fue como si un rayo me recorriera el cuerpo. Disparé. Con un rugido de animal salvaje, Rasputín, de una vez, cayó de espaldas sobre la alfombra de piel de oso... La bala le había atravesado la zona del corazón. No cabía duda; estaba muerto...

En plena conversación sentí de pronto una extraña inquietud; tenía que bajar al comedor. Bajé las escaleras, metí la llave en la cerradura y abrí la puerta; Rasputín seguía tendido, inmóvil... Me quedé de pie junto a él un rato, y ya estaba a punto de irme cuando me llamó la atención un ligero temblor de su párpado izquierdo... Me incliné sobre él y le miré atentamente la cara... Empezó a moverse convulsivamente, con espasmos cada vez más fuertes. De repente se abrió el ojo izquierdo... A los pocos segundos, el párpado derecho tembló y se alzó también...Y los dos ojos... los ojos de Rasputín, se clavaban en mí con el odio con que podría mirar el diablo. Me quedé con los pies pegados al suelo, como en una pesadilla. Entonces ocurrió lo increíble... Con un súbito movimiento,



10. Caricatura de Rasputín

> Rasputín se puso en pie. Sentí pavor. Resonó en la habitación un rugido salvaje. Con los dedos arqueados, como garras, daba manotazos al aire... Me cogió por los hombros y me quiso ahorcar con unas manos como hierro al rojo vivo. Sus ojos, terriblemente desorbitados, miraban de forma airada. Echaba espuma por la boca... Aquella criatura moribunda, envenenada y con un tiro en el cuerpo, resucitada por oscuros poderes para vengar su destrucción, me produjo tal miedo, tal espanto, que el recuerdo de aquello me acosa todavía. Fue el momento en que comprendí del todo y supe del verdadero poder de Rasputín.[1]

Después de esto, ocurrió lo que Marie Rasputín llamó "la siniestra y atroz cacería del hombre" hasta que, finalmente, el mago cayó al cuarto disparo, en el nevado patio hasta el cual había conseguido arrastrarse. Pero estaba todavía vivo cuando fue arrojado al Neva por un orificio hecho en el hielo. Porque, al encontrarlo la policía al cabo de 48 horas, se vio que el moribundo, ya en el agua, había conseguido desanudar las cuerdas que le ataban los brazos, en un último intento por salvarse.

[1] Cf. Prince Yusupov, *Rasputin...*, trad. inglesa de Rayner, Londres 1927, pág. 158 y sigs. Los puntos suspensivos de omisión son míos, excepto en cuatro casos en que son del autor. Hubo cuatro involucrados en la conspiración para asesinar a Rasputín, y los verdaderos hechos no se conocerán nunca.

Conclusión

No es que el relato sobre el final de Rasputín requiera fe implícita en que haya sido dicho absolutamente todo, con omisión de algunos detalles particularmente espantosos; sino que es simbólico de algo indestructible en la naturaleza de la idea que alienta al mago legendario. La historia del género es ilustrativa al respecto. El sistemático envenamiento llevado a cabo por el cristianismo debilitó en gran medida la constitución de los descendientes de los magos. De hecho, era un veneno mortal destilado de las flores del mal que siempre hay en el jardín de la magia. Pues, aunque en la antigüedad se pensaba que ser sumamente sabio o grande o bueno implicaba como natural corolario la posesión de poderes sobrenaturales, desde épocas muy remotas se sabía también que tales dones eran ambiguos. La noción hebrea de la caída espiritual y el pecado que resultaban del comercio entre mortales y ángeles, la concepción griega de la *hybris* prometeica, el temor natural que acompañaba las acciones necrománticas, iluminaban a los magos con una luz mortecina que ya les amenazaba con la pérdida de categoría en los tiempos del Imperio Romano.[1] La ética y la realidad de la magia siempre han sido y serán puestas en duda. Pero la Iglesia cristiana resolvió la cuestión enseguida, al condenar todos los fenómenos. Obligada a una posición de extrema hostilidad hacia los innumerables credos paganos que predicaban doctrinas muy similares a la suya y reivindicaban milagros indistinguibles de los que aparecen en los Evangelios –al mismo tiempo que se rodeaban de ritos mistéricos semejantes–, se aferró a aquel impresionante dicho:

[1] La burla de Peregrino Proteo por parte de Luciano y su descubrimiento de Alejandro el Paflagonio en el siglo II son síntomas de esta pérdida de prestigio.

Habet Diabolus Christos suos. Esta fórmula casi mágica completaba la transformación de las deidades paganas en demonios, y de sus sacerdotes en artífices de magia negra. Este era el veneno, mezcla de odio y temor, que se inyectó en las venas de la magia medieval. Pareció agonizar en la historia del Doctor Fausto; y no es probable que todo lo que Fray Bacon pudo hacer a modo de antídoto impidiera su muerte.

Para asegurar doblemente a la "criatura moribunda y envenenada", el ya desacreditado mago fue posteriormente expuesto a una lluvia de balas en forma de circunstancias adversas como las que acribillaron las vidas de Kelley y Dee; y, al llegar al corazón de lo que antes había sido un misterio, parecían reventarlo del todo. No obstante, en el mismo momento de exhalar el último suspiro, el mito del mago fue rescatado por los buenos samaritanos: las sociedades secretas. Halló refugio en ellas y volvió al mundo tras una restitución milagrosa. El cristianismo había hecho un daño sutil; el racionalismo había quemado su último cartucho; la muerte en el río helado de la burla, ahora amenazaba con tragarse al mago recién resucitado. La risa que Cagliostro provocara durante el juicio del collar de diamantes se oyó en toda Europa. El mundo entero se partió de risa con los adornos verbales y los arcaicos infinitivos del Mahatma de Madame Blavatsky. Pero a los asesinos de Rasputín se les olvidó lastrar el cuerpo de su víctima al arrojarlo al Neva, y éste reapareció para frustrarlos. No está claro si el peso del escepticismo será algún día lo suficientemente grande para hundir para siempre el mito del mago hasta que ya no pueda contemplarlo más la humanidad. La decisión de creer en él ha dado lugar a una fabulosa resurrección en las nevadas laderas del Himalaya. Porque los portadores del mito han sabido, en todo el mundo, convertir en sabiduría las experiencias del pasado. La Gran Hermandad Blanca (que, según la inveterada costumbre, es considerada por muchos negra como el carbón) ha sido ahora alejada del alcance de los mortales, y ha conseguido esa especie de inmortalidad que da la inmunidad física. Las palabras, los hechos y sobre todo los mandamientos de los Jefes Secretos pueden ser transmitidos por los creyentes a los ini-

ciados; pero la Inquisición nunca más juzgará ni torturará a ninguno de ellos, ni serán sometidos a investigación científica, ni encerrados en un sótano entre asesinos. Han escapado de la jurisdicción de los hombres para entrar en los reinos del misterio. No necesitan cartillas de racionamiento ni carnés de identidad; pueden viajar sin pasaporte; en la práctica, apenas se diferencian de los dioses:

> Que se sepa que existe, desconocida para la gran multitud, una orden de sabios muy antigua, cuyo objetivo es la mejora y la elevación espiritual de la humanidad mediante el triunfo sobre el error y la ayuda a los hombres y mujeres en su esfuerzo por saber reconocer la verdad. La Orden existía ya en los tiempos más remotos y prehistóricos; y ha llevado a cabo su actividad en el mundo, secreta o abiertamente, bajo diferentes nombres y de varias formas; ha ocasionado revoluciones sociales y políticas, y ha demostrado ser la roca de la salvación en tiempos de peligro y de desgracia... A las personas que estén ya suficientemente desarrolladas en lo espiritual para entrar en comunicación consciente con la gran Hermandad espiritual (Gran Logia Blanca) el espíritu de la sabiduría les enseñará directamente; pero las que todavía necesiten consejo y apoyo externos, los hallarán en la organización externa de esta sociedad... Nuestro lugar de encuentro es el "Templo del Espíritu Santo" que se expande por el Universo (etéreo o astral)...[1]

La ascensión del curandero a la categoría del mago persa; la degeneración del mago hacia ilusionista y brujo; la evolución ascendente del ilusionista y el mago hacia el supermago de nuestros días, todo esto supone un permanente movimiento cíclico de ambos en la historia de los individuos y en la del género humano en su totalidad. Porque, al trasladar al

[1] "Inquire Within": *Light-bearers of Darkness*, Londres 1930, págs. 165 y 166. Tomado de las *Instructions* publicadas por los Fratres de la Ordo Templi Orientis, orden Rosacruz de la Francmasonería.

mago a los cielos del Himalaya, no hemos dicho adiós al mago viviente, sea éste negro o blanco. El mito del mago se ha salvado y es ahora artículo de una fe muy difundida, a la que cientos de sectas de todo el mundo se adhieren con entusiasmo. Pero la importante función mundial para la que fue creado sigue siendo productiva. Esa función era la de intermediario entre la humanidad y las fuerzas externas de la naturaleza, los espíritus de los muertos y los agentes divinos o diabólicos. Tanto era así, que el curandero se elevó a la categoría de sacerdote. La especie humana no estará satisfecha por mucho tiempo con seres celestiales. Intermediarios de carne y hueso, semidioses, magos, ilusionistas o sacerdotes se elevan para entablar relaciones con aquéllos. Transformad a tales funcionarios en misteriosos Jefes Secretos y lo siguiente, como la noche sigue al día, será que los hombres que dicen estar en contacto con ellos surgirán inmediatamente. Eso es lo que ocurrió, y ocurre todavía, con la teosofía y con muchos otros credos, hermandades y sociedades equiparables. Desde el siglo XVIII, los magos más ligados a la tierra han sido proclives a la profecía en la línea de los fundadores religiosos del pasado. Zoroastro era el portavoz de Ormuz; Moisés, el de Yaveh; Simón el Mago era el Eterno en Sí Mismo; Cagliostro, el emisario de Elías; Blavatsky, la sierva de los Mahatmas; Aleister Crowley dice ser amanuense de Aiwaz. Se podría objetar que no hablan tan maravillosamente como los magos de antaño, y la apreciación resulta justa. Pero al menos demuestran que el mago, después de un largo período de descrédito, aspira de nuevo al sacerdocio; y que los Mahatmas, los Maestros, los Grandes Hermanos Blancos y los Jefes Secretos son sin duda los herederos de una tradición perdurable.

En esta viva tradición del mago como perpetuo elemento de la vida, el Fausto verdadero representa el papel más débil posible. Los "milagros" de Juana de Arco, los "crímenes" de Gilles de Rais, incluso los extraordinarios ilusionismos debidos a Zito tienen en la historia de la magia un lugar al que él no puede aspirar. Sin embargo fueron los filósofos del ocultismo del siglo XVI (como Cornelio Agripa), y no Fausto, quienes entregaron a la posteridad el testigo de una riqueza de saberes tradicionales, místicos y mágicos. Kelley y Dee se pasaron toda

la vida trabajando con este material; Cagliostro, Blavatsky y Rasputín lo explotaron en beneficio de las religiones y lo pusieron al servicio de la revelación. Pero, con la única excepción posible de Gilles redivivo como el Barbazul de Perrault, ninguno de estos magos de importancia histórica ha contribuido tan significativamente a la leyenda como Salomón, Cipriano, Teófilo, Virgilio, Merlín, Bacon y Fausto. En esta categoría, y a este nivel, el último queda ensombrecido por Salomón y Merlín, pero resulta comparable, y aun más que eso, respecto de la otra categoría. El protagonista de los libros sobre Fausto es una figura relevante en la historia de las ideas. Entre otros innumerables alardes, el verdadero Fausto, por complicidad, había presumido de un pacto con su "cuñado" el diablo. Esto enciende del todo la ya ardiente imaginación religiosa del siglo XVI. Al intentar mejorar su oscura carrera y su ambigua personalidad, se convirtió en el mago más representativo de la época; "mago negro" que alcanzó la inmortalidad como tal en la tragedia de Marlowe. Más tarde se convirtió en el prototipo del errar y de las búsquedas del hombre, en el poema dramático de Goethe, donde poco a poco fue adquiriendo dimensión de símbolo de la humanidad en general. Este itinerario es, en sí mismo, un milagro.

Tiene un paralelismo con la leyenda de Saint-Germain. El verdadero protagonista de esta historia alardeaba de, entre otras cosas y al menos por complicidad, una longevidad sobrenatural. Esto estaba en consonancia con las especulaciones del ocultismo y los misteriosos rumores promovidos por las sociedades secretas de su época. Aunque lejos de ser oscuro, Saint-Germain era lo suficientemente inescrutable y enigmático para disparar la imaginación contemporánea. Llegó a ser el mago más representativo de su época: un "mago blanco" que, después de pasar por la literatura como Zanoni, acabó siendo inmortal, en las mentes de los teósofos, como sabio glorificado, que aún vivía y trabajaba para la humanidad nada menos que en 1925; cuando se había multiplicado –como sin duda sucedió mucho antes– en un poderoso grupo de maestros. En la historia del mito del mago tiene, por tanto, más importancia que el Fausto que marcó el fin de una etapa, la etapa

"negra", mientras que Saint-Germain inició una nueva etapa "blanca" que aún sigue su curso mítico-poético. Fausto arrastraba la condena eterna y Saint-Germain la eterna transfiguración, resultado ambas de una broma de intención mística. Tanto en un caso como en otro, fue el hombre más ignoto el elegido para encarnar las ideas religiosas asociadas con la magia, el arte negro del siglo XVI o el arte blanco del siglo XVIII. Lo cual no impide que ellos mismos, hasta donde sabemos, fuesen total y cínicamente indiferentes a esas ideas.

El Fausto de la poesía tiene dominio sobre las mentes de los hombres, un dominio que sólo ejercen los grandes mitos del mundo, y sin embargo nadie cree en su realidad. Saint-Germain, merecedor de apenas una nota a pie de página en la historia, es adorado en los círculos teosóficos como un ser inmortal con ángeles a sus órdenes y una fe incuestionable a su disposición. La pregunta sobre cuál de los dos tiene una mayor influencia hoy en día sería difícil de contestar. Pero ambos son ilustrativos de la vitalidad del mago-mito: un sórdido timador del siglo XVI y un equívoco aventurero del siglo XVIII han pasado a ser héroes míticos por su vinculación a la magia, uno de los elementos más poderosos del pensamiento humano que se manifiesta en la historia de las ideas.

Selección bibliográfica

Omito deliberadamente de esta lista todos los trabajos de antropología, brujería y demonología que no han contribuido de forma material en este estudio. Sus nombres son legión.

A. OBRAS DE REFERENCIA

A Dictionary of Secret and other Societies, ed. Preuss, Londres 1924.

An Encyclopaedia of Religion and Ethics, ed. Hastings, Edimburgo 1908-21.

An Encyclopaedia of Occultism, ed. Spence, Londres 1924.

B. LIBROS DE CONSULTA

Palmer, P.M. & More, R.P. *The Sources of the Faust Tradition from Simon Magus to Lessing*. Nueva York 1936. (Incluye y traduce las fuentes de las leyendas sobre Simón el Mago, Cipriano, Teófilo y Fausto. Incompleto, pero extremadamente bien hecho dentro de los límites en los que se enmarca.)

Scheible, J. *Das Kloster*. Stuttgart 1845-49, 12 volúmenes. (Los vols. 2, 3, 5 y 11 de esta inapreciable colección versan sobre Fausto y la faustiana: los libros de Fausto, las obras para marionetas, los libros negros, extractos de demonologistas contemporáneos y trabajos críticos. Wagner, Don Juan, el mariscal de Luxemburgo, Urbano Grandier, Gerberto, Tritheim, Bacon, Zito, Virgilio e incluso Zoroastro son aquí tratados de la misma forma, si bien más resumida. Esta colección de curiosos documentos está mal ordenada, pero contiene gran riqueza de información con la cual el presente estudio mantiene una profunda deuda. La parte que trata sobre Fausto se ha basado en gran medida en el material contenido en *Das Kloster*.)

Volz, G.B. *Der Graf von Saint-Germain, Das Leben eines Alchimisten*, tr. Oppeln-Bronikowski. Dresde 1923. (Una completa colección de todas las pruebas documentales existentes sobre Saint-Germain a partir de cartas, memorias

y archivos estatales. Esta obra ha arrojado mucha luz sobre el hombre misterioso.)

Guenther, J.v. *Der Erzzauberer Cagliostro*. Múnich 1919. (Una selección bastante parcial de documentos y opiniones contemporáneas, que incluye el ensayo sobre el juicio de la gargantilla de diamantes de Carlyle, y las investigaciones de Goethe contenidas en *Die italienische Reise*. Se trata, no obstante, de un libro útil, ya que incluye no sólo las observaciones de Elisabeth von der Recke sobre Cagliostro, sino también una traducción alemana de la biografía escrita por uno de los jueces de la Inquisición; algo muy difícil de encontrar hoy en día.)

C. GENERAL

I. Textos

La Biblia.

Los Apócrifos.

The Apocryphal New Testament, tr. y ed. James. Oxford 1926.

The Book of Enoch, tr. y ed. Charles. Oxford 1912.

The Talmud, tr. Polano. Londres n.d. (Extractos)

Josephus, F. *The Antiquities of the Jews*, tr. Whiston, ed. Margoliouth. Londres 1906.

[Philo] *Biblical Antiquities*, tr. James. Londres 1917.

The Koran, tr. Palmer. Oxford n.d. (World's classics).

The Sacred Books of the East, ed. Max Müller. Oxford.

The Arabian Nights Entertainments. 2 vols. Londres 1807.

II. Obras

Adams, W.H.D. *Witch, Warlock and Magician*. Londres 1889.

Anon. *Secret Societies in the Middle Ages*. Londres 1848.

Barret, F. *The Magus or Celestial Intelligencer*. Londres 1801.

Cauzons, Th. de. *La Magie et la Sorcellerie en France*. 3 vols. París n.d.

Chadwick, H.M. y N.K. *The Growth of Literature*. Vol I. Cambridge 1923.

Chadwick, N.K. "Shamanism among the Tatars of Central Asia, The Spiritual Ideas and Experiences of the Tatars of Central Asia". *Journal of the Royal Anthropological Institute*. Londres 1936.

Conford, F.M. *The Origin of Attic Comedy*. Cambridge 1934.

Figuier, L. *Histoire du Merveilleux dans les Temps Modernes*. 4 vols. París 1860-61.

Floegel, K.F. *Geschichte der Hofnarren*. Liegnitz y Leipzig 1789.
Frazer, J.G. *FolkLore in the Old Testament*. Londres 1923.
The Golden Bough. Londres 1934. (Versión abreviada.)
Garçon, M. y Vinchon, J. *The Devil*, tr. Haden Guest. Londres 1929.
Gibbon, E. *The Decline and Fall of the Roman Empire*, ed. Bury. Londres 1897.
Givry, Grillot de. *Witchcraft, Magic and Alchemy*, tr. Courtenay Locke. Londres 1931.
Glanville, J. *Sadducismus Triumphatus*. Londres 1681.
Gleadow, R. *Magic and Divination*. Londres 1941.
Godwin, W. *Lives of the Necromancers*. Londres 1876.
Graf. A. *The Story of the Devil*, tr. Stone. Londres 1931.
Guthrie, W.K.C. *Orpheus and Greek Religion*. Londres 1935.
Harrison, J.E. *Prolegomena to the Study of Greek Religion*. Cambridge 1908.
Themis, Cambridge 1927.
Ancient Art and Ritual. Londres 1918. (Home University Library.)
Hocart, A.M. *Kingship*. Londres 1941. (Thinker's Library).
The Progress of Man. Londres 1933.
"Inquire Within". *Light-bearers of Darkness*. Londres 1930.
The Trail of the Serpent. Londres 1936.
James, W. *The Varieties of Religious Experience*. Londres 1902.
Jennings, H. *The Rosicrucians, their Rites and Mysteries*. 7.ª ed. Londres s.d.
Knoop, D. y Jones, J.P. *An Introduction to Freemasonry*. Manchester 1937.
A Short History of Freemasonry to 1730. Manchester 1940.
Lang, A. *Historical Mysteries*. Londres 1904.
Myth, Ritual and Religion. Londres 1887.
Langton, E. *Satan, a Portrait*. Londres 1945.
Lecky, W.E.H. *History of the Rise and Influence of the Spirit of Rationalism in Europe*. Londres 1865.
Lehmann, A. *Aberglaube und Zauberei*, tr. Petersen. Stuttgart 1898.
Lévi, E. *History of Magic*, tr. Waite. Londres s.d.
Transcendental Magic, tr. Waite. Londres s.d.
Liebstoeckel, K. *The Secret Sciences in the Light of our Time*, tr. Kennedy. Londres 1939.
Long, M.F. *Recovering the Ancient Magic*. Londres 1936.
Lowie, R.H. *Primitive Religion*. Londres 1936.
Magre, M. *The Return of the Magi*, tr. Merton. Londres 1931.
Marrett, R.R. *Anthropology*. Londres 1921. (Home University Library.)

Mead, G.R.S. *Fragments of a Faith Forgotten*. Londres 1900.

Michelet, J. *La Sorcière*. Bruselas 1863.

Murray, M. *The Witch-Cult in Western Europe*. Oxford 1921.

The God of the Witches, Londres s.d.

Myres, J.L. *The Dawn of History*. Londres 1937. (Home University Library).

Naudé, G. *Apologie pour tous les grands hommes qui ont esté faussement supçonnez de magie*. París 1625.

Papus. *Traité élémentaire de magie pratique*. París 1893.

Peuckert, W.E. *Pansophie*. Stuttgart 1936.

Raglan, Lord. *The Hero*. Londres 1936.

Jocasta's Crime. Londres 1940. (Thinker's Library).

Reade, Winwood. *The Martyrdom of Man*. Londres s.d. (Thinker's Library).

Robertson, J.M. *Christianity and Mythology*. Londres 1900.

Pagan Christs. Londres 1911.

Robertson-Smith. *The Religion of the Semites*. Londres 1894.

Rohmer, Sax. *The Romance of Sorcery*. Londres 1914.

Seabrook, W. *Witchcraft. Its Power in the World Today*. Londres 1941.

Scott, C. *An Outline of Modern Occultism*. Londres 1935.

Scott, W. *Demonology and Witchcraft*. Londres 1831.

Spence, L. *The Outlines of Mythology*. Londres 1944.

Summers, M. *The History of Witchcraft and Demonology*. Londres 1926. (Contiene una extraordinaria bibliografía.)

The Geography of Witchcraft. Londres 1927.

Witchcraft and Black Magic. Londres 1946.

Thompson, R.C. *Semitic Magic*. Londres 1908.

Thorndike, L. *A History of Magic and Experimental Science during the first thirteen centuries of our Era*. Londres 1923.

Tylor, E.B. *Primitive Culture*. Londres 1871.

Vivian, H. *Secret Societies Old and New*. Londres 1927.

Waite, A.E. *Lives of Alchemystical Philosophers*. Londres 1888.

Devil Worship in France. Londres 1896.

The Mysteries of Magic. Londres 1897.

The Brotherhood of the Rosy Cross. Londres 1924.

Weston, J.L. *From Ritual to Romance*. Cambridge 1920.

Williams, C. *Witchcraft*. Londres 1941.

Wittemans, F.R. *A New and Authentic History of the Rosicrucians*, tr. Durvad. Londres 1938.

Wraxall, L. *Remarkable Adventures and Unrevealed Mysteries*. 2 vols. Londres 1836.

Wright, T. *Narratives of Sorcery and Magic*. 2 vols. Londres 1851.

D. OTROS TRABAJOS Y ESTUDIOS
siguiendo el orden de los capítulos

Parte I

Schuré, E. *Krishna and Orpheus*, tr. Rothwell. Londres 1919.

Herodotus. *Works*, tr. Macaulay. Nueva York 1905.

Plutarch. *Über Isis und Osiris*, tr. Parhey. Berlín 1850.

Bidez, J. y Cumont, F. *Les Mages hellénisés*. París 1938.

Crawford, F. Marion. *Zoroaster*. Londres 1901.

Dhalla, M.N. *History of Zoroastrianism*. Nueva York 1938.

Firdausí. *Sháhnáma*, tr. Warner. Londres 1910.

Gorwalla, D.M. *The Light of Iran or the Coming of Zarathustra*. 1935.

Williams Jackson, A.V. *Zoroaster, the Prophet of Ancient Iran*. Nueva York 1899.

Wilson, J. *The Pársi Religion*. Bombay 1843.

The Assumption of Moses, tr. Charles. Londres 1897.

Fleg, E. *The Life of Moses*, tr. Haden Guest. Londres 1929.

Freud, S. *Der Mann Moses und die monotheistische Religion*. Amsterdam 1939.

The Key of Solomon, ed. Mathers. Londres 1889.

The Testament of Solomon, ed. McCown. Leipzig 1922.

Fleg, E. *The Life of Solomon*, tr. Garvin. Londres 1929.

Hammer-Purgstall, J. von. *Rosenöl*. Stuttgart and Tübingen 1813.

Salzberger, G. *Die Salomo-Sage in der semitischen Literatur*. Berlín 1907.

Seymour, St John D. *Tales of King Solomon*. Londres 1934.

Weil, G. *Biblical Legends of the Mussulmans*. Londres 1946.

Wünsche, A. *Der Talmud*. Zürich 1879.

Eurípides. *The Bacchae*, tr. Murray, Way, Lucas, ed. Dodds. Oxford 1944.

Norwood, G. *The Riddle of the Bacchae*. Manchester 1908.

Verral, A.E. *The Bacchants of Euripides*. Cambridge 1910.

Iamblichus. *Life of Pythagoras*, tr. Taylor (1818). Londres 1926.

Lévy, I. *Recherches sur les sources de la légende de Pythagore*. París 1926.

—*La légende de Pythagore de Grèce en Palestine*. París 1927.

Philostratus. *Life of Apollonius of Tyana*, tr. Conybeare. Londres 1917. (Loeb Classics.)

Renan, E. *La vie de Jésus*. París 1891.

Strauss, D.F. *Das Leben Jesu*. Stuttgart 1836.

Irving, W. *The Life of Mahomet*. Londres 1944. (Everyman's Library.)

Parte II

Bowen, C. *Virgil in English Verse*. Londres 1887.

Comparetti, D. *Vergil in the Middle Ages*, tr. Benecke. Londres 1908.

—*Virgilius*, ed. Thoms, en *Early English Prose Romances*. Londres 1858. Vol. II.

Geoffrey of Monmouth. *British History*, ed. Giles, en *Six Old English Chronicles*. Londres 1848. (Bohn's Antiquarian Library.)

—*Vita Merlini*, ed. Parry, *University of Illinois Studies in Language and Literature*. Illinois 1925.

Heywood, T. *The Life of Merlin*... Londres 1813.

Malory, T. *Le Morte Darthur*. Londres 1906. (Everyman's Library)

Nennius. *History of the Britons*, ed. Giles, en *Six Old English Chronicles*. Londres 1848. (Bohn's Antiquarian Library).

Merlin, or the Early History of King Arthur, ed. Whetley y Meade, E.E.T.S. 2 vols. Londres 1899.

Reid, M.J.C. *The Arthurian Legend*. Edimburgo 1938.

Rowley, W. *The Birth of Merlin*... Londres 1662.

San Marte. *Die Sagen von Merlin*... Halle 1843.

Skene, W.F. *Four Ancient Books of Wales*. Edimburgo 1868.

Spenser, E. *The Faerie Queene*. Londres 1872.

Willemarqué, H. de la. *Myrddhin ou l'enchanteur Merlin*. París 1862.

Dubravius. *Historia Bohemia*. Basilea 1575. En Scheible, *Das Kloster*. Vol. II.

Malého. *Chronicle*, 1845. En Scheible, *Das Kloster*. Vol. II.

Michelet, J. *Jeanne D'Arc*, ed. Rudler. París 1925.

Shaw, G.B. *Saint Joan*. Londres 1924.

Huysmans, J.-K. *Oeuvres Complètes*. París 1928-34. Vol XII.

Wilson, T. *Blue-Beard, Gilles de Retz, 1404-1440*. Nueva York y Londres 1899. (Incluye los documentos del juicio.)

Laver, J. *Nostradamus*... Londres 1942.

Gundolf, F. *Paracelsus*. Londres 1927.

Faust (*Ver* Libros de consulta).

Kiesewetter, C. *Faust in der Geschichte und Tradition*. Leipzig 1893.

Frier Bacon. *His discovery of the Miracles of Art, Nature and Magick*. Fiel traducción de la propia Copia del Dr.Dee, por T.M. y primera versión en inglés. Londres 1629. (Hubo una traducción anterior, en 1597, pero no la puede ver).

Roger Bacon. *The Cure of Old Age and Preservation of Youth*. Londres 1683.

Friar Bacon's, *Prophesie: A Satire on the Degeneracy of the Times*. A.D. 1604. *The Famous Historie of Fryer Bacon's*, ed. Thoms, *Early English Prose Romances*. Londres 1858. Vol. I.

Little, A.G. "Roger Bacon". *Proceedings of the British Academy*. Londres 1928.

Sandys, J.E. "Roger Bacon". *Proceedings of the British Academy*. Londres 1914.

Ward, A.W. Ed. *Old English Drama*, 3.ª ed. Oxford 1892.

Winthrop, W. *Roger Bacon*. Londres n.d. (reciente).

Wood, A. *Antiquities*.

Dee, J. *The Private Diary of Dr John Dee*, ed. Halliwell para la Camden Society. Londres 1842.

—*A True and Faithful Relation of what passed for Many Years between Dr John Dee and Some Spirits*..., ed. Casaubon. Londres 1659.

Fell-Smith, C. *John Dee*. Londres 1909.

Hort, G.M. *Dr John Dee*, en *Three Famous Occultists*. Londres [1939].

Parte III

Saint-Germain. (Ver Libros de consulta.)

Cooper-Oakley, I. *The Comte de St Germain. The Secret of Kings*. 2.ª ed. Londres 1927.

Genlis, Mme de. *Mémoires inédits*... París 1825. Vol. I.

Maynial, E. *Casanova et son temps*. París 1910.

Cagliostro. (Ver Libros de consulta.)

Cagliostro, A. di. *Lettre au peuple françois*. Londres 1786.

—*Lettre au peuple anglois*. Londres 1786.

Mémoire pour le Comte de Cagliostro... París 1786. (Juicio del collar de diamantes.)

Mémoire pour le Comte de Cagliostro... París 1786. (Vista contra Chesnon, etc.)

The Life of Count Cagliostro. Londres 1787.

Vie de Joseph Balsamo. París 1791. (Traducción de la biografía apostólica italiana. Versión alemana de Guenther.)

Carlyle, T. *Myscellaneous Essays*. Londres 1887. Vol. II.

Casanova, G. *Mémoires*. Bruselas 1871.

Funck-Brentano, F. *L'affaire du collier*. París 1901.

Gleichen, C.-H. de. *Souvenirs*. París 1868.

Harrison, M. *Count Cagliostro...* Londres 1942.

Haven, Marc. *Le maître inconnu: Cagliostro*. París 1912.

King, F. *Cagliostro...* Londres 1929.

Laborde, L.-B. de. *Lettres sur la Suisse en 1781*. Ginebra 1784.

[Luchet, Marquis de.] *Essai sur la secte des Illuminés*. París 1789.

—*Mémoire authentique pour servir à l'histoire du Comte de Cagliostro*. 2.ª ed. Estrasburgo 1786.

Morande, Th. de. Artículos en el *Courrier de l'Europe*. Londres 1786-87. Núms. 15-22.

Oberkirch, H. L. d'. *Mémoires...* París 1853.

Petraccone, E. *Cagliostro nella storia e nella legende*. Milán 1936.

Trowbridge, W.R.H. *Cagliostro, The Splendour and Misery of a Master of Magic*. Londres 1910.

Blavatsky, H.P. *The Letters of H.P. Blavatsky to A.P. Sinnett*, ed. Barker. Londres 1925.

—*The Mahatma Letters to A.P. Sinnett*, ed. Barker. Londres 1923.

—*Some unpublished Letters of Helena Petrovna Blavatsky*, ed. Corson. Londres s.d.

H.P.B. In Memory of Helena Petrovna Blavatsky by some of her Pupils. Londres 1931.

Sociedad para la Investigación Psíquica. *First Report of the Committee for the S.P.R. appointed to investigate the evidence for marvellous phenomena offered by certain members of the Theosophical Society*. Londres, 17 diciembre 1884.

—*Proceedings of the S.P.R.* Londres 1885. Vol. III.

—*Journal of the S.P.R.* Londres 1884–85. Vol. I, 2.ª ed.

Baseden Butt, G. *Madame Blavatsky*. Londres 1927.

Coulomb, E. *Some Account of my Intercourse with Madame Blavatsky from 1872 to 1884*. Londres 1885.

Ephesian [Bechofer Roberts, C.E.]. *The Mysterious Madame*. Londres 1931.

Hare, H.E. y W.L. *Who Wrote the Mahatma Letters?* Londres 1936.

Kingsland, W. *The Real H.P. Blavatsky*. Londres 1928.

—*Was she a Charlatan?* Londres s.d.

Neff, M.K. *Personal Memoires of H.P. Blavatsky*. Londres 1937.

Olcott, H. *Old Diary Leaves*. Londres 1904.

Sinnett, A.P. *The Occult World*. Londres 1881.

—*Incidents in the Life of Madame Blavatsky*. Londres 1895.

Ryan, C.J. *Madame Blavatsky and the Theosophical Movement*. Point Loma 1937.

Wood, E.E. *Is this Theosophy?* Londres 1936.
Fülop-Miller, R. *Rasputin, the Holy Devil*, tr. Flint y Tait. Londres 1928.
Yusupov, Prince. *Rasputin...*, tr. Rayner. Londres 1927.
Rasputin, M. *The Real Rasputin*, tr. Chambers. Londres 1929.

Índice alfabético

[Los números en negrita indican las principales referencias]